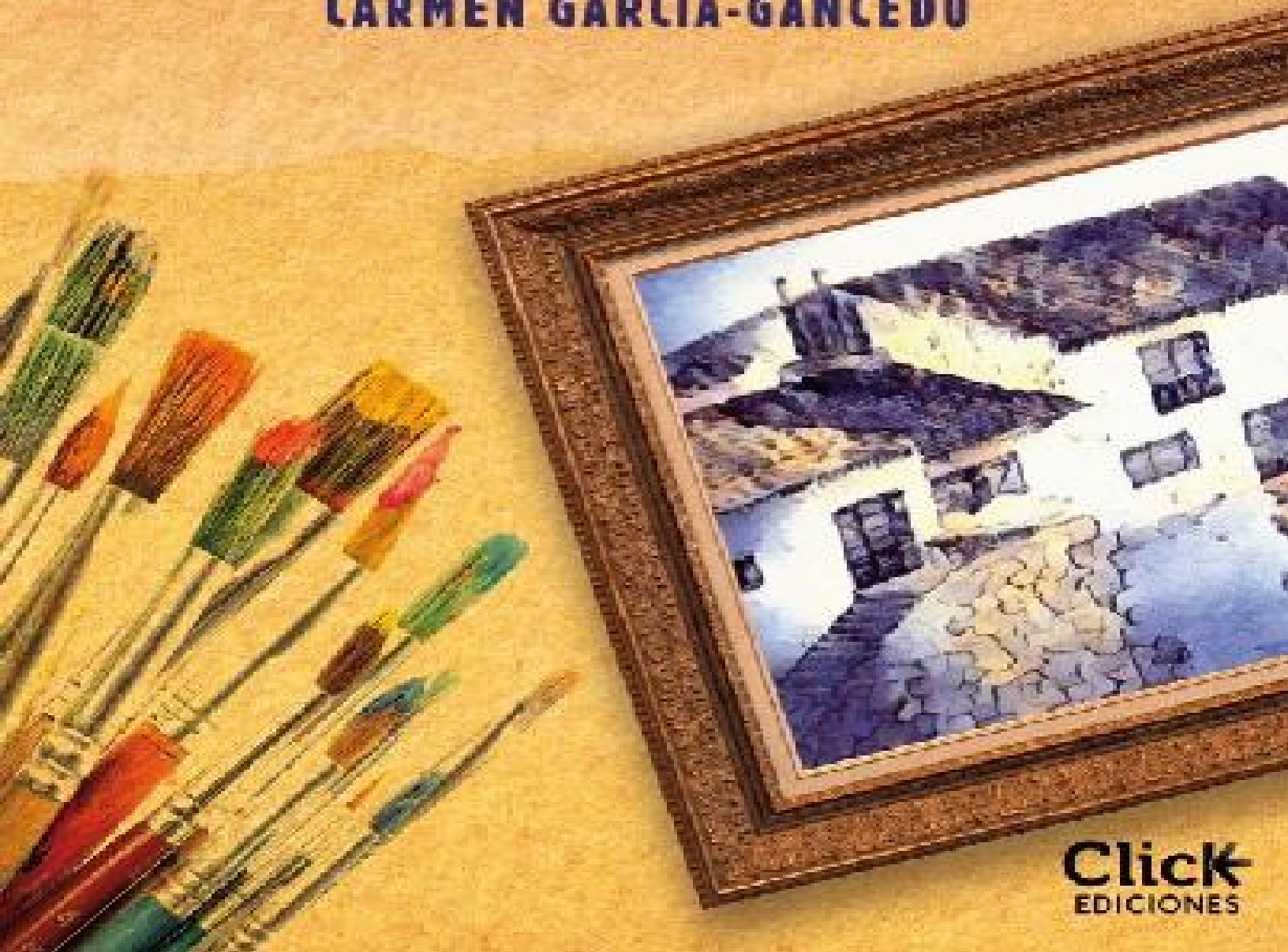
LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS

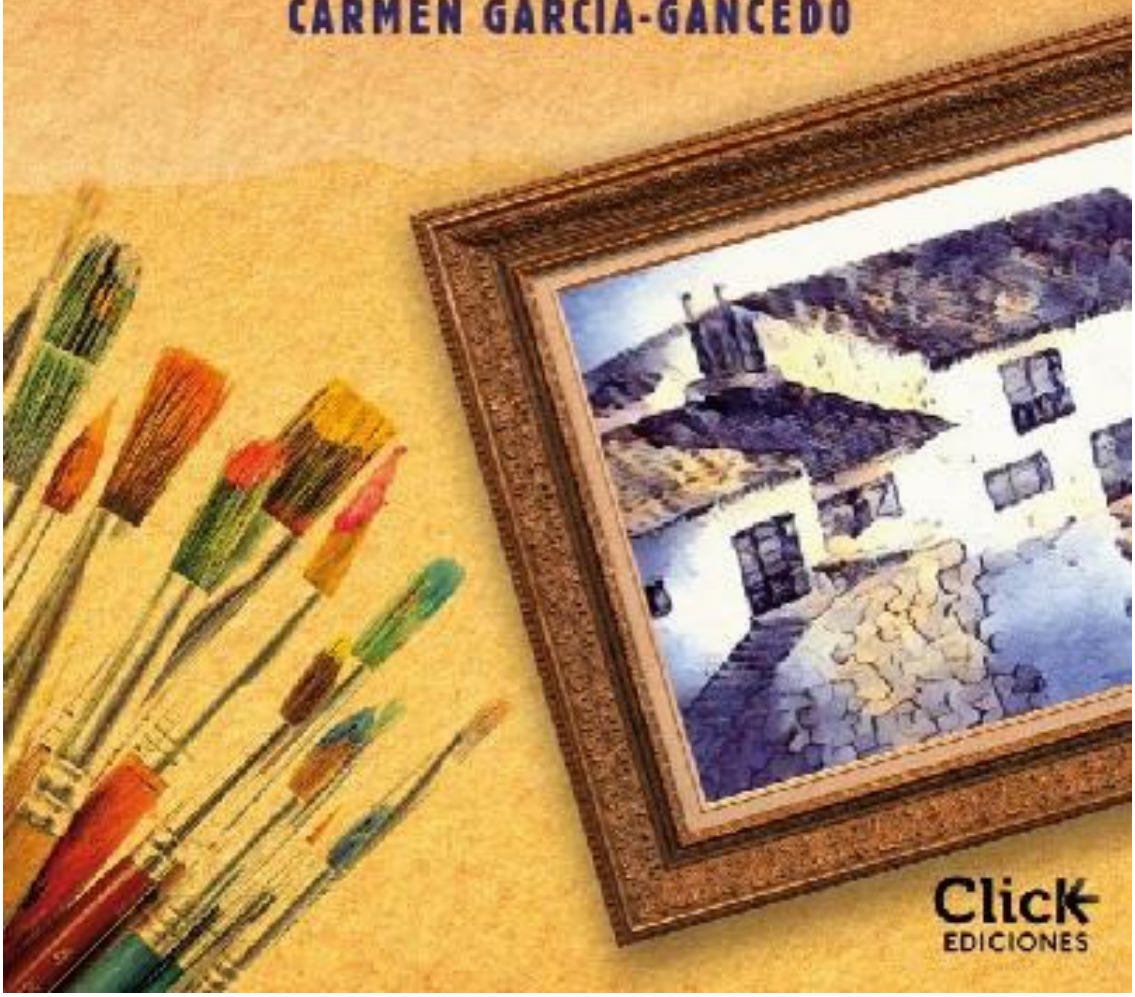
CARMEN GARCÍA-GANCEDO



Click EDICIONES

LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS

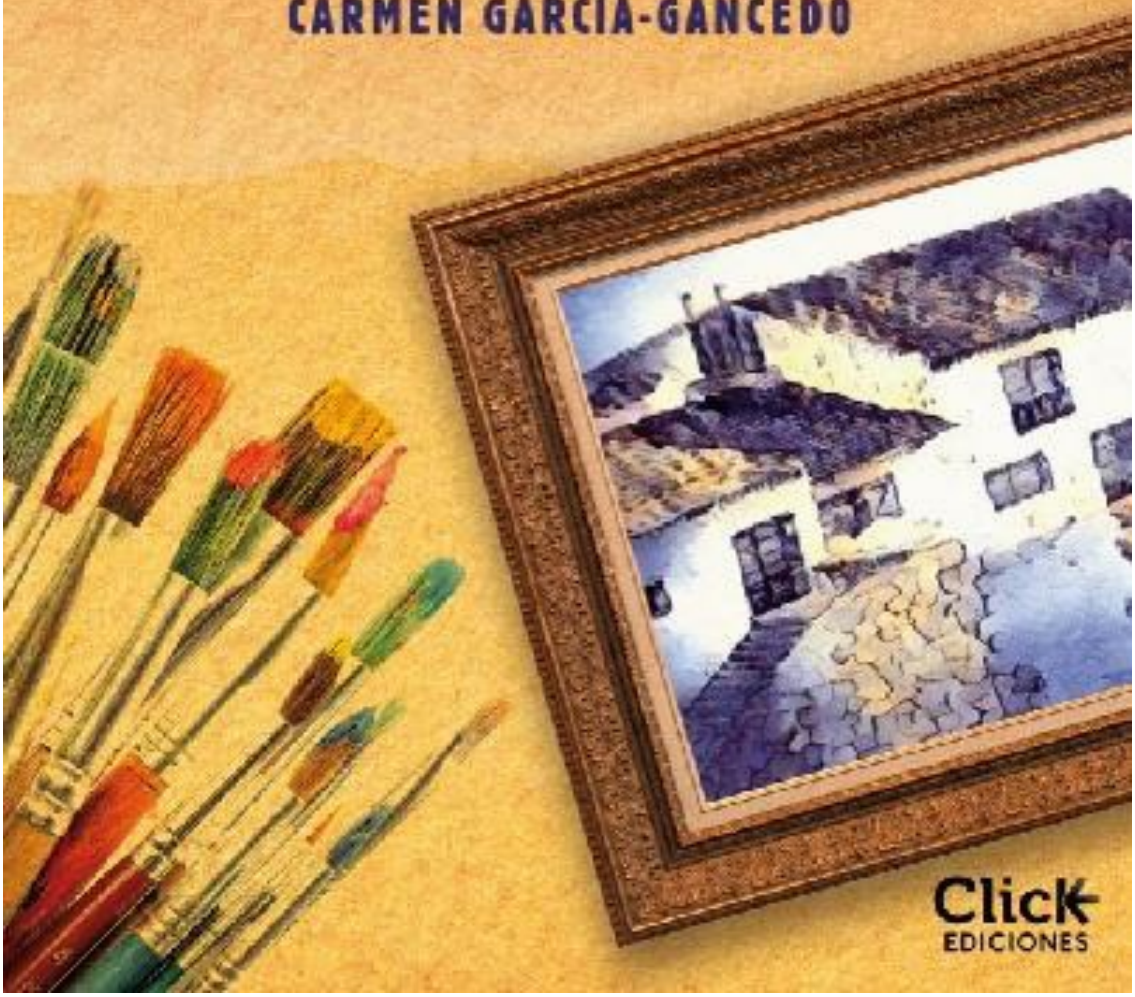
CARMEN GARCÍA-GANCEDO



Click EDICIONES

LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS

CARMEN GARCÍA-GANCEDO



Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

En el barrio de Salamanca...

Capítulo 1. Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Capítulo 2. Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Capítulo 3. Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Capítulo 4. Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Capítulo 5. Lunes, 30 de enero de 2022 - Madrid

Capítulo 6. Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

Capítulo 7. Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

Capítulo 8. Abril, 1941 - Avilés, Asturias

Capítulo 9. Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

Capítulo 10. Miércoles 2 de febrero de 2022 - Madrid

Capítulo 11. Jueves, 3 de febrero de 2022 - Madrid

Capítulo 12. Sábado, 5 de febrero de 2022 - Madrid-Asturias

Capítulo 13. Domingo, 6 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 14. Febrero, 1942 - Avilés, Asturias

Capítulo 15. Domingo, 6 de febrero de 2022 — Avilés

Capítulo 16. Marzo, 1942 - Avilés

Capítulo 17. Domingo, 6 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 18. Marzo, 1945 - Avilés, Asturias

Capítulo 19. Lunes, 7 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 20. Mayo, 1946 - Avilés, Asturias

Capítulo 21. Mayo, 1946 - Avilés, Asturias

Capítulo 22. Lunes, 7 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 23. Diciembre, 1947 - Avilés, Asturias

Capítulo 24. Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 25. Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 26. Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 27. Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 28. Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 29. Julio, 1950 - Asturias

Capítulo 30. Julio, 1950 - Asturias

Capítulo 31. Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 32. Mayo, 1953 - Asturias

Capítulo 33. Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 34. Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 35. Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 36. Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 37. Mayo, 1953 - Asturias

Capítulo 38. Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 39. Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 40. Diciembre 1953 - Avilés, Asturias

Capítulo 41. Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 42. Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 43. Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 44. Enero, 1954 - Avilés, Asturias

Capítulo 45. Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 46. Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 47. Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 48. Abril, 1955 - Asturias

Capítulo 49. Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 50. Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 51. Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 52. Noviembre, 1955 - Avilés, Asturias

Capítulo 53. Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 54. Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 55. Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 56. Junio, 1995 - Asturias

Capítulo 57. Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 58. Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 59. Junio, 1995 - Asturias

Capítulo 60. Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 61. Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 62. Martes, 15 de febrero de 2022 - París

Capítulo 63. Miércoles, 16 de febrero de 2022 - París

Capítulo 64. Año 1920-1953 - París

Capítulo 65. Miércoles, 16 de febrero de 2022 - París

Capítulo 66. Jueves, 17 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 67. Jueves, 17 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 68. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 69. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 70. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 71. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 72. Abril, 1975 - Avilés

Capítulo 73. Febrero, 1976 - Avilés

Capítulo 74. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Capítulo 75. Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Epílogo. Mayo de 2022 - Madrid

Junio, 1976 — Avilés

Mayo de 2022 - Madrid

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Click Ediciones

Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publica
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales: Explora De

La memoria de las acuarelas

Carmen García-Gancedo


Ciclo
EDICIONES

A mi padre,

que me regaló la idea para esta novela,

me acompañó durante el proceso de escritura y,

aunque se fue sin poder leer el final,

continúa inspirando cada una de mis historias.

Nota de la autora

Mi padre pintaba sus recuerdos.

Una plumilla, un papel y un poco de concentración eran suficientes para llevarnos a la casa en la que vivió cuando era niño y de la que no se conservaba ni una foto porque mi abuela las extravió en una mudanza. Sus dibujos tenían hasta el último detalle: el árbol cerca de la entrada, ese pequeño desconchado en la fachada por el que asomaba un tímido ladrillo, el canalón que bajaba por una pared y no por otra… Este talento que conocíamos quienes le queríamos y del que él jamás presumió le llevó a la situación que da origen a esta historia.

Cuando se cumplió el centenario de las fiestas de Avilés, una revista decidió publicar un reportaje sobre el restaurante Casa Campanal. La familia de mi padre, Luis, vivía en una pequeña finca en la parte de atrás del negocio, finca de la que, como decía, no se conservaban fotos. Entonces, quizá un poco por diversión, quizá para volver a los recuerdos de su infancia, decidió que, a falta de fotografías, él podría hacer un dibujo para ilustrar el lugar donde vivió y donde muchos avilesinos disfrutaron de largas jornadas al sol, en buena compañía y con el estómago lleno durante los casi cuarenta años en los que estuvo abierto el local.

Satisfecho con la plumilla que había preparado, la entregó a los organizadores del reportaje. Llegó el día de la publicación y ahí estaba la obra. Preciosa, con su árbol, su desconchado y su canalón. Solo un detalle estropeaba el cuadro: la firma.

Estaba firmado por una mujer.

Y os recuerdo que mi padre se llamaba Luis.

Resulta que no solo no había firmado el dibujo que entregó a la revista, sino que otra persona lo hizo en su lugar. Cuando le preguntamos por qué no había estampado su nombre en una esquina, simplemente se encogió de hombros con su modestia habitual. ¡Ni que él fuera Velázquez!, dijo.

Nunca supimos qué ocurrió con el dibujo auténtico, ni quién era la mujer de la firma, lo que sí llegamos a saber es que a partir de la plumilla original, otro dibujante pintó un óleo que después apareció en casa de mi tío. ¿Casualidad? Quién sabe.

Había escuchado muchas veces esta anécdota que ocurrió cuando yo solo era una niña, así que no fue hasta muchos años después cuando, en una conversación con mis padres, seguramente en el Carpe Diem, volvió a salir a relucir. Quizá esa tarde la escuché con oídos nuevos, con renovado interés, quizá fue imaginarme ese Avilés antiguo, esas historias de nuestros abuelos, ese caserón abandonado a las afueras de la villa lo que me inspiró para escribir esta novela. Tal vez fue la idea de pintar los recuerdos, como hacía mi padre.

Ojalá yo también tuviera ese talento. Él, en cambio, decía que le hubiera gustado escribir. Por eso, siempre me animó a perseverar en ello. Sé que no es lo mismo que un dibujo, pero, al final, aunque la tinta sea negra (o azul), los colores de los recuerdos, de las memorias sobre papel, me parecen igual de brillantes.

En el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid, un taxi se detiene frente a una sala de exposiciones muy cercana a la calle de Alcalá. El conductor, solícito, abandona su puesto y se apresura para abrir la puerta a su cliente. Del coche se apea un hombre mayor, con el rostro surcado de arrugas y movimientos tan lentos que parece que el tiempo se ralentiza a su paso. El anciano se agarra con fuerza del brazo del taxista y le mira agradecido. Se notan años de complicidad. Tras él abandona el vehículo una chica de unos quince años, su nieta, que ofrece una tímida sonrisa y se coloca al otro lado del abuelo. Este se apoya sobre su hombro.

—¿Nos vemos en tres horas? —pregunta el conductor.

—Esta semana, mejor que sean dos, Enrique. De un tiempo a esta parte me cuesta mucho pasar tanto tiempo de pie. —El anciano suspira y piensa que ojalá pudiera tener la fuerza y el vigor de su juventud o, al menos, el suficiente para poder ver una exposición de arte completa.

—Lo que usted mande, jefe.

Enrique se despide con un gesto, vuelve a subir al vehículo y desaparece en el tráfico de la ciudad. Abuelo y nieta se miran con una sonrisa y, con la vista al frente y paso lento pero firme, se adentran en el edificio. Cada jueves, acompañado por algún familiar o amigo, el anciano visita una exposición de arte distinta, aunque a veces se permite el lujo de repetir, y cada jueves, Enrique, el taxista, le lleva hasta su destino y le recoge un rato después, agotado pero satisfecho, como si hubiera respirado una bocanada de vida.

Esta semana la exposición tiene un cariz especial y el hombre está nervioso, como un chiquillo cuando va al cine por primera vez.

—Me alegra tener la oportunidad de poder ver la obra de un pintor asturiano de mi época —comenta emocionado a su nieta.

Ambos realizan una parada frente al cartel que anuncia la exposición:

«LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS»

por TINO ACEVEDO

Obra póstuma

—¿Conocías a Tino, abuelo?

—La verdad es que no y, si te soy sincero, me extraña mucho. Por eso tenía muchas ganas de venir hoy. Tengo la esperanza de poder averiguar algo más sobre su vida. Quizá Tino y yo tuviésemos algún amigo en común, pues al fin y al cabo parece que ambos vivimos en Asturias

por los mismos años —explica el anciano en voz baja mientras continúa observando el cartel.

«La memoria de las acuarelas».

Ese nombre… De pronto siente un mal presagio. Sacude la cabeza intentando borrar las ideas disparatadas que le vienen a la mente, fruto de la imaginación desmedida de un viejo chiflado. Ya está como don Quijote, piensa. Mira a su nieta en un intento por apartar sus absurdeces y sonríe al ver cuánto se parece a su querido hijo.

Cuando entran en la sala se sorprenden ante la gran cantidad de personas que hay. Abuelo y nieta comparten el mismo pensamiento. Están asombrados. Ella es la primera en hablar:

—Pues sí que debía ser conocido el tal Tino; creo que en ninguna de nuestras visitas ha estado la sala tan llena. ¿Cómo es posible que nunca hayamos visto ningún cuadro suyo, abuelo?

El anciano se acerca lentamente a la primera pintura. En cuanto posa la mirada sobre el lienzo, un desagradable escalofrío le recorre la espalda. Sin decir una palabra y con la respiración entrecortada, se acerca al segundo lo más rápido que alcanzan sus envejecidas piernas, y luego al tercero, y poco a poco, con ayuda de su nieta, que le mira preocupada, recorre casi toda la sala hasta que le fallan las fuerzas.

No puede ser, piensa.

Las manos le tiemblan. No sin esfuerzo, consigue llegar hasta un banco en el que sentarse.

—Abuelo, ¿estás bien? ¡Abuelo!

Al ver la cara de apuro de la niña, un vigilante se acerca.

—Señor, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

El anciano le mira con sus ojos grises mientras realiza movimientos horizontales con la cabeza. La barbilla le tiembla. Una lágrima parece a punto de echar a rodar por las arrugadas mejillas. Con un susurro se dirige a su nieta:

—Por favor, llama a Enrique. Sácame rápido de aquí.

Una vez en el taxi, y algo más repuesto después de que el vigilante le llevase un vaso de agua y unos azucarillos, el abuelo mira taciturno por la ventanilla del coche. No ha pronunciado ni una palabra desde que salieron del edificio.

—¿Me vas a contar qué es lo que ha ocurrido en la exposición? Has visto el primer cuadro y te has puesto blanco como la pared. Cuando llegamos estabas perfectamente.

—La exposición no ha sido lo que esperaba —responde escueto.

—Pero si recorriste la sala a toda velocidad. No has podido ni fijarte en los cuadros.

—No me hace falta. Los conozco perfectamente. —El anciano mira a su nieta con infinita tristeza—. Los conozco porque los pinté yo.

Capítulo 1

Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Son las cinco y media de la mañana cuando suena el despertador. Ese sonido infernal que contrasta con la buena noticia de que comienza un nuevo día. Saúl busca a tientas su teléfono móvil y apaga la alarma. Somnoliento, da media vuelta y se tapa con el mullido edredón. A esas horas es cuando mejor se está en la cama. Disfruta unos breves instantes de felicidad.

—No te duermas, Saúl. —Escucha a su lado la voz adormilada de Alejandra—. Vas a llegar tarde.

—Estoy agotado, Ale. Ayer volvimos a casa a las tantas.

La chica abre los ojos y se incorpora al lado de Saúl. Mala señal, piensa.

—Tienes que levantarte e ir al gimnasio. Sabes que si empiezas a faltar, perderás el hábito y es muy importante que…

—Está bien, está bien —protesta.

El chico se incorpora pensando que esos son los segundos más dolorosos del día. Luego todo irá a mejor y se alegrará de haber madrugado. Alejandra tiene razón, es muy importante que no rompa con la rutina; al fin y al cabo, son los buenos hábitos los que le han llevado donde está ahora.

Atraviesa el enorme piso a oscuras. En el salón está la bolsa de deporte que dejó preparada la noche anterior con la ropa del gimnasio meticulosamente doblada al lado. Alejandra le acusa de maniático, y no le falta razón, pero sus pequeños tics en muchas ocasiones le hacen la vida más fácil.

Cuando está vestido y a punto de marcharse, su novia aparece por la puerta, despeinada y con los ojos entrecerrados; aun así, guapísima.

—¿Vienes a pedirme que me quede? —pregunta él con voz traviesa.

—No —responde ella en tono cortante—. Vengo a recordarte que te pongas esto. —Le lanza una sudadera gris con un enorme logo dorado en el pecho.

Saúl la coge al vuelo y la observa.

—Ale, esto es feísimo.

Ella se encoge de hombros.

—No olvides sacarte una foto y subir unas stories para Instagram —dicho esto, la chica da media vuelta para volver al dormitorio.

Saúl, con la sudadera todavía en la mano, suspira. A veces le gustaría que su novia no fuera tan esclava de las redes y, ya puestos a pedir, un poquito más amable por las mañanas.

Un rato más tarde recorre las calles de Madrid en su Mercedes. Un pequeño capricho que se dio gracias a su último ascenso hace ya un par de años: paquete AMG, tapicería con acabados en cuero, iluminación interior y una enorme pantalla táctil que preside el salpicadero. Un coche que transmite elegancia y clase, digno de un ejecutivo de Goodman Sachs como él. Saúl sonríe mientras pisa el acelerador y atraviesa el paseo de la Castellana, aún vacío, a más velocidad de la permitida. Una de las ventajas de madrugar.

Cuando llega al gimnasio, uno de los más exclusivos de la ciudad saluda a la chica de recepción, que bien podría ser modelo, y baja al vestuario. Mira su reloj: son las seis de la mañana.

—Puntual, como siempre.

Saúl sonríe al descubrir a su interlocutor, un hombre de unos cincuenta años de quien se dice que es un tiburón en los juzgados y que todas las mañanas, como él, entrena antes del amanecer.

—No hay que perder las buenas costumbres —responde mientras se pone la sudadera que le ha dado Alejandra.

El hombre le mira.

—¿Tienes que hacerte una foto con eso? Es espantosa. Ese escudo dorado es… Uff.

—Lo sé, pero si no, mi novia me mata. Ya sabes, los followers, las colaboraciones…

—Ya es mala suerte tener una novia influencer.

—Bueno, depende de cómo se mire.

Saúl sonríe y se despide mientras recuerda la fiesta en la que estuvieron anoche. Se celebró en uno de los áticos más increíbles de la capital, con botellas de Dom Pérignon por doquier y la gente más selecta de Madrid. Una buena oportunidad para ver y ser vistos y para conseguir alguna que otra tarjeta de potenciales clientes. Llegaron a las dos de la mañana a casa, después de haber bebido alguna que otra copa de champán y sacado unas cuantas fotos para las redes sociales. Con una sencilla cuenta, Saúl calcula que solo ha dormido tres horas y media. Chasca la lengua. Sabe que debe tener más cuidado y no jugar con las horas de sueño, sobre todo cuando, como ese día, tiene una presentación importante en el trabajo.

La presentación.

Pero la noche anterior se dejó llevar por su novia, otra vez.

Se coloca delante del espejo del vestuario con la sudadera puesta. Otea a su alrededor y agradece no tener compañía. Nunca llegará a acostumbrarse a los selfies, piensa. Se siente patético ahí plantado intentando poner un gesto seductor con una sudadera horripilante. Si le viera su madre…

De pronto, recuerda que hace semanas que no va a visitar a su familia. Legazpi no queda tan lejos, piensa, pero sabe que la distancia entre sus mundos ya no se mide en kilómetros. Cada vez se siente más lejos de sus orígenes. Sus padres no entienden su forma de vivir. No entienden que su trabajo le exija tantas horas, que tenga que dedicar su escaso tiempo libre a hacer contactos, la continua exposición mediática en la que ha convertido su vida y, por supuesto, no tragan a Alejandra.

Saúl tampoco les culpa. Son de otra generación. Y entiende que se quedasen horrorizados cuando, el primer día, su novia quiso publicar un stories titulado «Conociendo a los suegris». Se alegra de que sus padres no tengan redes sociales y no puedan ver las noches de desfase o las fotos con atuendos variopintos, regalo de colaboradores, como la que se está haciendo en ese momento.

Una vez superado el trance del selfie, habiendo obsequiado a sus diez mil seguidores con semejante visión, y etiquetado a la marca, se dispone a entrenar. Cuando lleva cinco kilómetros en la cinta, siente que ya no puede con su alma. Su cuerpo está agotado. Necesita un buen desayuno y unas cuantas horas de sueño. Lamentablemente, no puede permitirse ni lo uno ni lo otro.

Camina, o, mejor dicho, se arrastra hasta la zona de pesas mientras comprueba cómo, pese a lo temprano que es, en su foto ya aparecen unos cuantos likes y comentarios. Abre la aplicación de WhatsApp y revisa las conversaciones. Al arrastrar los chats encuentra un mensaje antiguo de su hermana Laura. Le dice que tienen que hablar sobre el abuelo. Saúl se maldice por no haberle contestado. Lo olvidó por completo y ahora siente un pinchazo de remordimiento. ¿Cómo puede olvidar a sus dos personas favoritas? Su hermana y su abuelo lo han sido todo para él. Laura nació cuando él tenía diecisiete años y ya pensaba que sería hijo único toda la vida. Su llegada resultó una alegría inesperada para la familia y, desde el primer día, Saúl adoró a ese bebé de mejillas sonrosadas que ahora se había convertido en su mayor fan. Y el abuelo le contó cientos de historias cuando era niño, y con él pasó las tardes mientras hacía los deberes y merendaba pan con chocolate.

«¿Está bien el abuelo?», escribe a Laura.

Ese mensaje debió enviarlo hace unos cuantos días, y lo sabe. Ojalá no llegue demasiado tarde. Como la otra vez…

Vuelve a mirar su teléfono y ve que la última conexión de su hermana fue la noche anterior, a

una hora mucho más prudente de la que él se fue a la cama. Debe mejorar la relación con su familia. Es un propósito que se hace muchas veces y que después no es capaz de cumplir. Sabe que eso tiene que cambiar. Ese mismo día comenzará por llamar a sus padres en cuanto termine la presentación.

Una nueva punzada le atraviesa el pecho: la dichosa presentación. El momento que lleva quitándole horas de sueño desde hace meses.

Saúl trabaja en un banco de inversión. Su jefe, al fin, le ha confiado su primera IPO, o lo que es lo mismo, la gestión de la oferta inicial al público de acciones de una empresa que quiere salir a bolsa. Esa mañana, él, en representación de su equipo, presentará el folleto informativo en el que llevan meses trabajando. A la reunión acudirán importantes abogados, auditores, posibles inversores, el CEO de la compañía… Pero eso no es lo que más impresiona a Saúl, sino las últimas palabras de su jefe: «Si te sale bien, el puesto de managing director es tuyo».

Managing director con treinta y tres años. El pecho se le hincha de orgullo solo con pensarlo. Esta sería la recompensa a mucho tiempo de duro trabajo y le colocaría solo a un escalón de ser director general. Ese puesto representaría para él un nuevo desafío, su vida sería muy diferente a la de un analista asociado o vicepresidente (su actual posición), ya que su responsabilidad se centraría en la búsqueda de nuevos negocios. Viajes, cenas, conocer a personas interesantes, muchas reuniones y, sobre todo, mucha presión. Eso sí, todo ello compensado con una retribución que podría llegar, con facilidad, a los cuatrocientos mil euros al año más variables.

Por eso, esa mañana, la presentación tiene que salir a pedir de boca. El día anterior lo dedicó a repasar la ponencia una vez más: ensayar todas sus frases, el tono que utilizará, cómo paseará por la sala de juntas, y hasta algunos chistecitos para relajar el ambiente. Sin embargo, le parece que han pasado siglos desde entonces. No debería haber ido a la fiesta y, sobre todo, no debería haber vuelto tan tarde. Ahora ya no tiene arreglo, así que no le queda más remedio que hacer frente a la situación con las tres horas y media de descanso que lleva en el cuerpo.

En estos últimos años, el ritmo de su vida ha sido frenético: eternas jornadas de trabajo, fines de semana incluidos, y, por si fuera poco, desde que sale con Alejandra, el número de fiestas y eventos a los que tiene que asistir se ha multiplicado. Pero cada uno de ellos representa una oportunidad para hacer networking y construir una lista de contactos que le resulta imprescindible para el futuro.

La consecuencia de este ajetreo es que casi no tiene tiempo para descansar. No recuerda la última vez que ha dormido una mañana entera o se ha tumbado en el sofá a ver la televisión toda la tarde. Pequeños placeres que ha tenido que erradicar de su vida para ganar un sueldo con muchas cifras y lograr un estatus social con el que sus padres no hubieran podido ni soñar. Sin embargo, ellos no parecen apreciar tanto sus éxitos como el propio Saúl. ¿Acaso no se dan cuenta de que él gana en solo un año lo que el matrimonio ha tardado más de veinte en ahorrar? Lamenta que no se sientan todo lo orgullosos que a él le gustaría.

Vuelve a mirar el móvil, impaciente, preocupado. Laura no contesta.

Capítulo 2

Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

A las ocho de la mañana, con un impecable traje hecho a medida, Saúl entra en el flamante edificio de la calle de María de Molina donde se encuentra la sede de Goodman Sachs en la que trabaja. Le encanta esa zona por las mañanas, llena de hombres trajeados y mujeres elegantes. Se enorgullece al pensar que él es uno de ellos y que pertenece a la crème de la crème.

Hijo de profesor de instituto y enfermera, Saúl creció en Legazpi, un barrio al sur de Madrid. Destacó en el colegio gracias a sus impecables notas y consiguió varias becas para estudiar la carrera y el máster en universidades privadas. Allí descubrió otro mundo más allá del barrio y una vida mucho más interesante de lo que había imaginado. Cuando iba a la escuela primaria soñaba con ser profesor, como su padre, y llevar una existencia monótona y tranquila, tal y como había visto en casa. Sin embargo, con los años y la influencia de sus nuevas amistades, comenzó a ver a sus padres como personas simples que no aspiraban a más, que se conformaban con un sueldo medio y con ir de vacaciones, cuando se podía, a la costa Brava.

Aparta estos pensamientos de la cabeza y dibuja una sonrisa perfectamente ensayada con la que da los buenos días a las personas de recepción. Toma el ascensor y, cuando llega a su planta, se da de bruces con Sergio.

—Solo hay alguien en esta oficina más puntual que tú, ¡y ese soy yo! —saluda el chico sonriente mientras le tiende un café.

—Eso es bueno para mí, que bebo café gratis todas las mañanas —replica Saúl divertido.

Sergio es su persona favorita de la oficina. Seguramente porque es el único al que no ve como un competidor. Está cerca de los cuarenta y más cerca aún de abandonar el mundo de la inversión. Después de varios años en el puesto de vicepresidente y sin perspectivas de ascender, ha decidido dar un giro a su carrera y estos serán sus últimos meses en el banco. Por fin podrá empezar a vivir como Dios manda.

—Hoy es tu gran día —le recuerda.

—Y ayer fue una gran noche —dice Saúl.

—¿No te ibas a casa?

—Me iba…, pero Alejandra me lio y ya sabes que me cuesta mucho decirle que no.

—¿Y por eso esta mañana has aparecido en Instagram con esa sudadera tan fea? Por favor, Saúl, un poco de dignidad.

Saúl acepta la pulla de su compañero.

—¿Dignidad? Eso no existe en las redes sociales.

Después de haber saludado, como cada mañana, a los miembros de su equipo, llega al despacho que comparte con Sergio. Mira su reloj y, como cada día nada más sentarse en la silla de cuero, saca su agenda del maletín. La agenda es una de sus más preciadas posesiones. Allí apunta todos y cada uno de los acontecimientos de su vida. La lleva consigo a todas partes y, de vez en cuando, saca fotos a sus páginas para asegurarse de preservar su contenido en el caso de perderla. A las diez de la mañana de ese día, con rotulador rojo y exclamaciones, tiene apuntada la reunión y el que será, en definitiva, uno de los hitos más importantes de su carrera. Justo debajo, con un color menos vistoso, anota que debe llamar a sus padres.

Como un acto reflejo, mira su smartphone. Laura sigue sin contestar, recuerda mientras acaricia distraído las hojas del diario.

—Lo tuyo con esa agenda es un idilio muy raro, que lo sepas —bromea Sergio—. Eres como mi hijo con Patatín, el Minion que lleva a todas partes. Sin él se siente perdido.

—Me alegra que me compares con un niño de cuatro años. Me hace sentir… rejuvenecido —responde él con sorna.

—¿Estamos de cachondeo a primera hora de la mañana?

Rodrigo Costa, director general, hace su aparición en el despacho. Es un hombre tremendamente gordo cuyas ojeras solo son comparables con su leyenda. Se dice que Rodrigo ha sacado a bolsa a más de veinte empresas, que se codea con personas de los consejos de administración no solo de las compañías del IBEX 35, sino de muchas internacionales, y que su nombre se susurra detrás de los movimientos empresariales más importantes del país.

Saúl le admira. Ese hombre ha puesto en él toda su confianza para liderar la IPO que consiguió en una cena con un cliente. No puede defraudarle. Costa persuadió al CEO de una pequeña y puntera compañía tecnológica para sacarla a bolsa. Un movimiento arriesgado, pero con enormes probabilidades de éxito. El CEO, en un principio, no estaba muy convencido. Gracias a la persuasión de Rodrigo y al excelente trabajo del equipo de Saúl, comenzó a creer en la operación.

—¿Estás preparado, Ortega? ¿Nervioso? Te veo un poco ojeroso.

—Me he pasado la noche repasando la presentación —miente.

—Muy bien, hijo. Pero recuerda que también hay que estar descansado para que la mente funcione en condiciones.

—Lo sé.

—Los participantes de la reunión llegarán a las nueve y media. Les recibimos, nos presentamos, se servirán unos cafés para acompañar una pequeña charla distendida, y después comenzamos. ¿De acuerdo? Será tu gran momento.

—Perfecto —responde Saúl con un nudo en la garganta.

—Bien, bien… Te dejo solo por si tienes que repasar algún fleco de última hora. Nos vemos en un rato —se despide.

Saúl suspira y se afloja la corbata. Está nervioso. De pronto no se siente demasiado bien. Se disculpa con Sergio y camina veloz hasta el servicio que está más cerca del despacho. Cierra el pestillo y se apresura al inodoro. Vomita.

Cálmate, Saúl, piensa mientras reza para que nadie le haya escuchado. Cuando se incorpora se siente solo un poco mejor. Se echa agua en la frente, se retoca el pelo y se mira al espejo. Le gustaría tener mejor cara y menos ojeras. Vuelve a mirar su reloj, nervioso. Son las ocho y media. Tiene una hora hasta que lleguen los clientes. Mientras tanto, lo mejor será aprovechar el tiempo que le queda para repasar sus notas.

Respira hondo, estira el traje y sale del lavabo.

—Hoy brillas con luz propia.

Saúl pone los ojos en blanco al encontrarse con Borja. El desprecio que sienten el uno por el otro es mutuo. Borja le estudia con ojos fríos como el hielo mientras pasa una mano por su pelo rubio y lacio.

—Métete en tus asuntos, Borja. Estoy ocupado. Tengo una reunión importante. ¡Ah! Y acuérdate de traernos los cafés bien calentitos —le provoca.

El chico le mira con odio.

—Ándate con ojo, Saúl. Te crees en la cima, pero es cuestión de tiempo que des un traspiés y muerdas el polvo.

—Eso no sucederá.

—Ya, ya…

Borja se aleja, dejándole ligeramente inquieto. Ese tipo nunca le ha dado buena espina. Quizá porque sabe que se parecen más de lo que le gustaría reconocer. Ambos harían lo que fuera por ganar, por escalar puestos en esa carrera de fondo que es la banca de inversión. Entraron como analistas en la misma promoción, y sus carreras han ido muy a la par. Sin embargo, Borja no tiene el don de gentes ni los contactos de Saúl, quien no duda, ni un minuto, cuando tiene ocasión, en comentarle a su jefe de pasada que ha estado cenando con tal marqués, político o

empresario. Esto a Rodrigo Costa, que se encanta a sí mismo y le encanta rodearse de «gente de bien» no le deja indiferente. Por eso ha desarrollado cierta predilección por el chico que, además de ser un lince, con su hándicap diez, es un contrincante más que digno para jugar al golf en el club de Puerta de Hierro.

—¿Ya está Pelo Pantene tocando las narices? —pregunta Sergio, que los ha visto desde el despacho.

—Pero ¿tú trabajas en algún momento? —Sonríe Saúl—. Eres como la vieja del visillo. —Sergio se encoge de hombros—. En respuesta a tu pregunta te diré que sí. Ha venido a desearme mala suerte, básicamente.

—Bah, no le hagas caso.

—Oye, Sergio, ¿tú has visto las fichas en las que tenía preparada la presentación? —pregunta mientras busca en los cajones de su escritorio.

—Pues no. La última vez que las vi fue ayer, cuando estabas repasando, ¿por qué?

—No las encuentro —responde con un hilo de voz—. Juraría que ayer las dejé aquí en el cajón, pero no están. No lo entiendo.

Saúl vacía sobre la mesa el contenido de los tres cajones del escritorio. Comienza a sacar distintos dosieres y a buscar en su interior, cada vez más desesperado.

—Lo tienes todo siempre ordenadísimo, tío. Es muy raro que no las encuentres. ¿Te las habrás llevado a casa? —sugiere mientras fija su atención en la pantalla de su ordenador.

El chico le mira esperanzado.

—Puede ser. Voy a llamar a Alejandra.

Después de varias llamadas perdidas y tres mensajes en el contestador, no da señales de vida. Estará durmiendo y con el teléfono en silencio, piensa malhumorado. De todas formas, haciendo memoria, duda mucho que se haya llevado esas tarjetas a casa. Se acordaría. Además, juraría que no sacó ni un papel de su maletín.

Vuelve a mirar su reloj. Son casi las nueve. De pronto empieza a sentir mucho calor.

—Sergio, necesito recuperar esas fichas —confiesa agobiado.

—Pero si ya te las deberías saber de memoria. ¿Cuántas veces te las has leído? ¿No puedes hacer la presentación sin ellas?

—No. Además, el problema es que con las fichas estaban el folleto y la presentación.

—Vale, Saúl, vamos a mantener la calma. Me estás diciendo que has perdido el dosier con los

documentos para la reunión.

—Sí.

—Bueno, no me parece tan grave. Imprímelos de nuevo. Tal vez no te dé tiempo a preparar nuevas fichas, pero está todo en el PowerPoint. —Saúl le mira con la cara desencajada—. ¿No?

—La presentación solo está en un USB. El mismo que había guardado en la carpeta en la que también están las fichas. Sergio, ha desaparecido todo.

—O sea, que tampoco hay nada en tu ordenador.

—¡Que no!

—¿Y no lo tiene nadie más de tu equipo? No me digas que solo había una copia…

Saúl asiente pálido. Su compañero continúa:

—Esto es surrealista. Pero ¡¿cómo no se te ocurre hacer una copia de seguridad?! ¿Tú, que eres el summum de la pulcritud y el detalle? ¿Tú, que no se te escapa una?

—¡No lo sé! Yo… pensé que un USB sería el mejor lugar donde guardar la información. Lo tenía todo en este cajón. ¡Aquí! —Señala histérico al escritorio—. Y ahora no hay nada, joder. ¿Cómo se puede haber esfumado? Si lo tuve entre mis manos ayer por la tarde y…

—Vale, vale, tranquilo. Esta es la situación que tenemos. Ahora vamos a pensar en un plan de emergencia… ¡Ya sé! Puedo buscar en todas las papeleras de la oficina y en las cajas de las máquinas trituradoras —insinúa Sergio nervioso.

—Qué dices…

—Quizá el personal de limpieza se pudo haber confundido y tirarlo pensando que era basura.

Saúl pone los ojos en blanco.

—Permíteme que lo dude.

—Pues espero que se te ocurra otra solución, y rápido. Los clientes ya están aquí.

Los dos ejecutivos comprueban, horrorizados, cómo las puertas del ascensor se abren. Las personas de la reunión han llegado.

Capítulo 3

Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

—Mierda… Pero ¿por qué llegan tan pronto?

A las nueve y diez, Saúl y Sergio contemplan afligidos que los participantes de la reunión se van incorporando con cuentagotas: auditores de las firmas más importantes, posibles inversores, el CEO y los miembros del consejo de administración de la compañía tecnológica, el socio de uno de los despachos de abogados más prestigiosos que, con un par de colegas, han venido a observar desde Nueva York…

Rodrigo Costa, con su sonrisa más comercial, se apresura a darles la bienvenida en un perfecto inglés. Mira a su alrededor y le dedica un gesto a Saúl para que se acerque. Su compañero le da una palmada de ánimo en el hombro y el chico se aproxima con la sonrisa congelada.

Tiene un problema bien gordo.

—Nice to meet you —saluda un hombre inmenso con un fuerte acento americano.

Saúl sonríe y saluda a todos y cada uno de los presentes fingiendo tranquilidad cuando, en realidad, siente que está a punto de desmayarse.

—Tenemos que hablar —susurra a su jefe.

Rodrigo percibe, en un solo instante, la cara de Saúl, se disculpa con los presentes y ambos se dirigen a su despacho. Al chico le parecen los treinta segundos más largos de su vida. ¿Cómo van a arreglar esta situación? Literalmente, no tienen nada que presentar. ¿Qué van a decir? La mayoría de esas personas han cogido trenes y aviones solamente para asistir a esa reunión. ¿Qué explicaciones va a dar a su equipo, a las seis personas que han estado dejándose la piel para que esa mañana Saúl haga brillar su trabajo?

Por el rabillo del ojo descubre a Sergio, que revisa disimuladamente las papeleras y le hace gestos negativos con la cabeza. La situación es de locos.

—Bien, tú dirás, Ortega —comienza Rodrigo cerrando la puerta tras de sí—. Sé breve, porque no tenemos mucho tiempo.

Saúl se aclara la garganta e intenta aflojar ligeramente el nudo de la corbata. Siente que podría vomitar de un momento a otro. También nota gotas de sudor que comienzan a resbalar por la sien. Lo peor es que parece que su jefe las ha visto y las contempla fijamente.

—Tenemos un problema. La presentación ha desaparecido. La dejé guardada en un cajón y no la encuentro.

Rodrigo sonríe.

—Tranquilo, hombre. Seguro que te la llevaste a casa. ¿No decías que habías estado toda la noche repasando?

Pillado.

—Repasé utilizando solo algunas notas que había tomado —improvisa Saúl, sintiéndose como un colegial. Su jefe arquea una ceja confuso—. Quiero decir…, dado que la información del folleto es tan confidencial, decidí que lo mejor era no sacarla de la oficina. Así que la guardé en el cajón de mi escritorio. Tenía un dosier con la documentación: el folleto, mis fichas, un USB con el PowerPoint, y… ha desaparecido, todo.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Se ha esfumado —reitera el chico con un hilo de voz—. No está.

Rodrigo Costa se lleva las manos a la cabeza y entrecierra los párpados.

—Tendrás una copia de seguridad en tu ordenador.

Saúl traga saliva.

—Pues… no.

Al hombre se le salen los ojos de las órbitas y pregunta en tono de súplica.

—Digo yo que alguien de tu equipo la tendrá…

El chico mueve la cabeza de forma horizontal.

—Tampoco —susurra—. Mi equipo me pasaba la información y yo fui el encargado de realizar la presentación. Solo la vieron el día del ensayo. No la llegué a compartir.

Rodrigo se muerde el labio inferior y se desploma en la silla.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no puedes presentar? —pregunta subiendo el tono de voz mientras su expresión va adquiriendo una tonalidad cada vez más rojiza—, ¿que hemos hecho venir a todas esas personas tras recorrer medio mundo para decirles… ¡que no tenemos nada que decirles!?

Saúl mira al suelo. No lo entiende. Lleva semanas trabajando en esa presentación, y meses preparando el folleto y la operación. Está seguro de que la noche anterior, antes de irse, lo guardó en el cajón y el despacho quedó cerrado con llave.

Un momento.

Él no cerró el despacho. Sergio se fue más tarde.

—Me has decepcionado, Saúl —prosigue Rodrigo—. Confiaba en ti para esto. Sabes que yo también me juego mucho dinero, además de una reputación que me ha costado años de trabajo. Tú siempre has sido un trabajador ejemplar, el mejor…

Saúl intenta que las palabras de Rodrigo no le hieran, pero en ese momento es imposible. Está agotado, siente náuseas, un calor insoportable y, sobre todo, una enorme sensación de decepción que pesa sobre sus hombros. Sabe que esto acarreará consecuencias.

—¡¿Cómo es posible que no hicieras ni una copia de seguridad?! —continúa Rodrigo.

Eso, Saúl, piensa él: ¿cómo es posible que no la hicieras?

Quizá porque estaba muy cansado, se responde, porque lleva unos años que no para. Trabaja de sol a sol para vivir en un piso de lujo, cenar en los mejores restaurantes, acudir a los clubs más selectos y presumir de lo fantástica que es su vida delante de diez mil seguidores. Y claro, no se puede ser el mejor en el trabajo, estar cachas, atender a una novia superexigente, poner siempre buena cara para Instagram, que es como el ojo que todo lo ve, y, además, hacer una copia de seguridad del maldito PowerPoint, joder.

Le gustaría decírselo a Rodrigo: que no puede más. Que por primera vez en la vida se siente sobrepasado por las circunstancias y que, encima, es tan idiota de cagarla justo ese día. El día más importante de su carrera.

—¡A ver cómo les digo yo ahora que se suspende la reunión! ¡Vamos a perder la oportunidad, Ortega! Y todo por tu culpa. Voy a quedar fatal y…

El chico observa de refilón, a través de los cristales del despacho, a una serie de personas que no quitan ojo a lo que está ocurriendo ahí dentro. El tono de voz de Rodrigo Costa, cada vez más elevado, hasta convertirse en un grito, ha llamado la atención de los empleados, que contemplan con curiosidad la escena. Puede imaginarse las caras de decepción de su equipo, que seguramente no entiende lo que está ocurriendo.

Saúl percibe a Sergio, que le mira compungido, y a Borja, que muestra una sonrisa de suficiencia en el rostro. La rabia le invade.

Jamás pensó que el final de su carrera fuera a ser tan pronto y causara tanta expectación. Siente un pinchazo en el corazón.

El final de su carrera.

Todo lo que ha estudiado.

Todo el esfuerzo.

Todo lo que ha tenido que sacrificar.

Para nada.

De pronto, una extraña sensación de hormigueo empieza a correr por sus brazos. Intenta mover los dedos y cambiar de postura, pero no se le pasa. Rodrigo, que no parece reparar en él, camina por la sala con el ceño fruncido y suelta improperios. Saúl, aún con el hormigueo, se afloja la corbata, no puede respirar. Intenta tranquilizarse. Cierra los ojos un momento. No puede desmayarse, no ahora. Lo mínimo es que aguante el trago con dignidad, como un hombre, pero las fuerzas le fallan.

Se agarra al cabecero de una de las sillas e intenta moverla, necesita sentarse. Unas palpitaciones extrañas aparecen en su pecho ¿Qué le está pasando? Vuelve a observar a su jefe, que le mira. Ahora su rostro no refleja enfado, sino preocupación.

—¿Ortega? ¿Estás bien?

Saúl no termina de escuchar la frase. Todo se vuelve borroso. Busca desesperado la forma de sentarse, pero no llega a tiempo.

De repente, la oscuridad.

Capítulo 4

Lunes, 31 de enero de 2022 - Madrid

Cuando abre los ojos, una luz blanca le deslumbra.

—¿Me habré muerto? —Es lo primero que piensa y dice.

—Por suerte, no. Estás en el hospital. —Escucha una amable voz masculina.

El chico parpadea y, cuando se acostumbra a la claridad, mira a su alrededor. Se encuentra en una cama de hospital. A su izquierda, un enfermero manipula el gotero que tiene enchufado al brazo. Enfrente de la cama, alguien le observa.

—¡Abuelo! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

—Te ha dado un ataque de ansiedad y has perdido el conocimiento —confirma una doctora que acaba de aparecer por la puerta—. Por lo que me han explicado mis compañeros, parece que has estado sometido a mucha presión.

—Yo… me encontraba un poco mal, pero supongo que no es para tanto. No había desayunado mucho.

—Vamos, Saúl, no te hagas el valiente —le reprende el anciano frunciendo las cejas plateadas.

—Me imagino que habrás tenido sensación de falta de aire, quizá hayas sentido un hormigueo en los brazos, palpitaciones… —El chico asiente—. O sea, un ataque de ansiedad de libro. —Saúl suspira—. Vamos a ver, Saúl. Cuéntame lo que recuerdas —indica la médico mientras toma un bolígrafo.

—Le va a parecer una tontería.

—Eso lo juzgaré yo —responde ella con voz suave.

—Hoy tenía una presentación muy importante. Llevaba semanas preparándola, y nos jugábamos mucho. Trabajo en Goodman Sachs, seguro que el nombre le suena. —La doctora asiente—. La cuestión es que, media hora antes de comenzar, me di cuenta de que el PowerPoint había desaparecido y no tenía copia de seguridad. Los asistentes llegaron. Más de veinte personas; algunas habían viajado desde Nueva York, imagínese. Se lo tuve que explicar a mi jefe y, como era de esperar, no le sentó nada bien.

—Me puedo hacer una idea…

—Comenzó a gritarme y empecé a encontrarme mal. Luego todo se volvió negro. Supongo que me vi superado por las circunstancias. Además, no había dormido demasiado —reconoce.

—¿Y eso?

—Una fiesta en un ático de Velázquez. Llegué a casa a las dos, y me levanté tres horas y media después.

—Pero ¿a qué hora entras a trabajar?

—A las ocho.

—¿Y por qué te levantas a las cinco y media?

—Para ir al gimnasio, claro.

La doctora arquea las cejas. Parece haber caído en la cuenta de algo.

—¡Claro! Ya sé quién eres: el novio de Alejandra Summer, la influencer. —Saúl asiente con la cabeza, sintiendo más vergüenza que orgullo—. Perdona que te lo diga, pero la sudadera de esta mañana era feísima. —Sonríe.

—¿Me sigue?

—A tu novia —reconoce encogiéndose de hombros—. Sea como sea, Saúl, debes bajar el ritmo de vida. No te exijas tanto o volveremos a vernos aquí. —Como si fuera tan fácil—. Por lo pronto, te sugiero que te tomes unos días de descanso. Y, si me permites un consejo personal, desconecta.

El chico percibe que la doctora le mira con lástima y siente que algo se remueve en su interior.

—Haré lo que pueda —pronuncia casi en un susurro.

—Volveré a verte más tarde, descansa.

Cuando la médico abandona la estancia, el abuelo, con movimientos de tortuga, se sienta en el sillón que hay al lado de la cama y suelta un quejido. Saúl le observa con preocupación.

—Abuelo, pero ¿cómo has venido hasta aquí? ¿Y papá y mamá?

—Tus padres vendrán en un rato. Mientras tanto, ¡no iba a dejar que mi nieto favorito estuviera solo en el hospital!

—¿Nieto favorito? Le dices lo mismo a todos… —El anciano se encoge de hombros con gesto divertido—. Por cierto, te he traído unas pastas. De tu confitería favorita. Algo de azúcar te vendrá bien para recuperarte.

Saúl le mira agradecido y, consciente de su enorme esfuerzo para venir a verle, acerca la bolsa que el hombre le tiende y observa con cariño sus manos arrugadas, siempre con restos de tinta o carboncillo que, como una pista silenciosa, delatan la técnica de su último dibujo.

—Ha sido una gran idea. Será mejor que las abramos —afirma Saúl a sabiendas de que el hombre terminará comiéndose la mayor parte de la caja. Provoca una pausa—. Supongo que papá y mamá habrán puesto el grito en el cielo al enterarse de que estoy aquí.

—Estaban preocupados, sí.

—Ya —replica sin convicción y, tras un silencio deliberado, añade—: Estoy seguro de que no valoran lo que hago, lo alto que he llegado.

—Sí lo valoran, Saúl. Pero valoran más la felicidad de su hijo que el dinero que tiene en la cuenta bancaria. Y a ti… hace tiempo que no se te ve muy feliz. Bueno —corrige con un carraspeo—, de hecho, ver te vemos bien poco.

—Estos últimos meses con la IPO han sido… agotadores. Y todo para nada. ¿Cómo pude perder ese USB? No me lo explico. Lo había guardado en un cajón, y al día siguiente no estaba.

—No le des más vueltas.

—Mañana, cuando vuelva, hablaré con Costa y…

—Espera, espera —pide el abuelo con un carraspeo—. ¿Mañana? ¿Volver?

—Claro.

—Saúl…

Ahí viene la represalia, piensa el chico molesto.

—Deberías descansar. Tómate unos días. Una temporada, más bien. Llevas años soportando una presión insostenible; desde el colegio, diría yo. De hecho, me imaginaba que algún día ocurriría algo así.

—No sé, abuelo. No puedo parar ahora, estando tan cerca. Quiero conseguir ese puesto, y quizá si vuelvo mañana, si busco la forma de arreglar las cosas…

—No arreglarás nada si no te encuentras bien —sentencia con una pasta en la mano a la que acaba de pegar un bocado—, pero tú sabrás.

Los dos se quedan en silencio durante unos instantes, escuchando los sonidos del hospital, el ir y venir de los carritos con comidas y medicinas, las conversaciones de las enfermeras y el pitido de las máquinas de antibióticos. Saúl es el primero en hablar.

—Me alegro mucho de que estés aquí —confiesa.

—Ya sabes lo que dicen: si la montaña no va a Mahoma… Además, acuérdate de aquella vez que te rompiste la pierna y tuviste que pasar unos cuantos días aquí.

—Lo pasamos muy bien —recuerda el chico con una sonrisa soñadora—. Me hiciste compañía todos los días. En el hospital y en casa. Me contabas esas historias tan divertidas de tu infancia.

—Y construimos un montón de juguetes caseros, ¿recuerdas?

—Sí. Aún guardo esa peonza de madera con la que casi me rebano un dedo.

—Tu madre puso el grito en el cielo. Siempre tan exagerada —bromea el abuelo.

—También intentaste enseñarme a pintar con óleos. Te hice un cuadro horrible.

—Nunca has tenido ningún talento para la pintura —reconoce el hombre risueño—. En eso no te pareces a mí.

Abuelo y nieto pasan el día entre recuerdos y anécdotas. Durante un rato, Saúl se siente relajado y es capaz de olvidar sus pesares. Hacía mucho que no se reía tanto y de forma tan sincera y, sobre todo, hacía demasiado tiempo que no viajaba al lugar de su memoria en el que se encuentran los momentos más felices de su infancia.

* * *

Un buen rato más tarde, cuando el sol reluce en lo alto del cielo, aparece Laura. Lleva una pesada mochila y se la ve algo cansada.

—La profesora me ha hecho repetir esas dichosas ecuaciones hasta la saciedad —se queja mientras se acerca a dar un abrazo a su hermano—. He tenido que decirle que mi hermano estaba a punto de estirar la pata para que me dejase marchar.

—¡Qué cara tienes!

Laura se encoge de hombros.

—Tengo recursos, hermano. Y además de verte a ti, vengo a rescatar al abuelo que, según mamá, se ha fugado.

—¡Yo no me he fugado! —exclama el abuelo con los carrillos llenos.

—¿Cuántas pastas te has comido ya? —pregunta Laura, alarmada, mirando la caja casi vacía—. ¿Y el azúcar qué, abuelo?

—Entre tu madre y tú me vais a volver tarumba —protesta mientras palpa sus pobladas cejas blancas.

Saúl les mira divertido, percatándose de lo mucho que extrañaba a su familia.

—En fin —sentencia la chica, que se sienta en el borde de la cama—. Hablemos de algo interesante: abuelo, ¿le has contado ya a Saúl lo del otro día?

Capítulo 5

Lunes, 30 de enero de 2022 - Madrid

—¿Qué ha pasado? —pregunta Saúl alarmado.

El rostro arrugado del anciano dibuja una mueca.

—Nada de importancia…

—Sí que es importante, abuelo. Cuéntaselo.

—Está bien, está bien. —Se aclara la garganta—. Veamos… Como sabes, desde hace años voy todos los jueves a ver alguna exposición de arte. —Saúl asiente porque le avergüenza reconocer que no tenía ni idea.

—Los llamamos los «jueves del arte» —sonríe Laura con gesto cómplice.

—Eso es. Visitamos museos como el Prado, el Thyssen, el Sorolla…, y distintas salas de exposiciones de Madrid. Cada vez me canso más, así que últimamente solo pasamos allí un ratito.

—El abuelo lo tiene todo muy bien organizado —añade Laura—. Se ha hecho amigo de un taxista, Enrique, que es un hombre superamable y le lleva al museo y le recoge.

El abuelo asiente.

—Además, siempre me acompaña alguien: tus padres o tíos, tu hermana…

—¿Por qué nunca me has avisado? —se sorprende preguntando Saúl.

Laura pone los ojos en blanco y contesta:

—¿No es evidente? No hubieras podido venir.

Saúl intenta protestar, decirle que lo hubiese apuntado en su agenda, que hubiera sacado un hueco, que habría hecho cualquier cosa para ir…, pero reconoce que ella tiene razón; sin duda lo hubiera cancelado en el último minuto por culpa de alguna reunión o evento inesperado en el trabajo.

—La cuestión es que hace algunos jueves fuimos a una sala cerca de la calle Alcalá, porque

exponían los cuadros de un pintor asturiano llamado «Tino Acevedo» —continúa el abuelo—. Tenía muchas ganas de ver esa exposición. Sabes que yo viví en Asturias hasta que me casé con tu abuela.

—¿Y conocías a ese hombre?

—Pues no. Y eso es lo curioso, porque por un breve artículo que leí en el periódico sospecho que debería de tener más o menos mi edad. Un poco más joven, tal vez. La temática iba de la guerra y la posguerra en Asturias, así que debimos de ser de la misma quinta.

—¿Y no te sonaba su nombre?

—En absoluto.

—Pero eso no es lo más interesante —continúa Laura ante la mirada expectante de su hermano. El abuelo, que parece repentinamente fatigado, le dedica un gesto a su nieta para que termine de contar la historia de una vez—. Cuando llegamos y el abuelo vio el primer cuadro, se quedó pálido, de piedra. Yo no sabía qué le pasaba. Recorrió la sala a toda velocidad.

—Bueno, velocidad, lo que se dice velocidad… —comenta Saúl mientras el abuelo esboza una sonrisa cansada.

—A la máxima velocidad que pudo —matiza la chica—. Cuando terminó, pensé que se nos desmayaba ahí en medio. Afortunadamente, apareció un guarda de seguridad que trajo unos azucarillos, y llamamos a Enrique para que viniera a buscarnos de inmediato.

—¿Qué te pasó? —pregunta Saúl.

—Fue por los cuadros.

—¿Por los cuadros?

El anciano, con un gesto amargo, replica:

—Esos cuadros, obra póstuma del excelentísimo Tino Acevedo —pronuncia con sorna—, en realidad los pinté yo. Son todos míos.

Saúl se queda perplejo.

—¿Tuyos? —El abuelo asiente—. Pero ¿cómo han llegado hasta allí?

—Eso es lo que me gustaría saber.

—¿Y estás seguro de que son tuyos? ¿Y si te confundes?

El hombre, convencido, niega con la cabeza.

—No, no me confundo, son míos. Esos cuadros forman parte de una exposición que comencé a

preparar cuando era muy joven. Iba a ser mi primera exposición, y la titularía «La memoria de las acuarelas».

—Justo el título de Tino —afirma Laura.

—Los cuadros son unas acuarelas con imágenes de mi infancia y juventud en Avilés, la ciudad en la que vivía.

—Además, el abuelo pintaba de memoria —añade la chica orgullosa—, directamente de sus recuerdos. Recreó escenas de aquella época, incluso rostros de personas. Algunos están tan logrados que te ponen la piel de gallina. Se te encoge el corazón solo con mirarlos.

—Reflejan la dureza de aquellos años.

—Sí —continúa Laura emocionada—, y algunos de los rostros son…, hacen que se te pongan los pelos de punta. Supongo que por eso la exposición ha despertado tanto interés.

Saúl se queda pensativo un momento.

—Abuelo, si tú pintaste los cuadros, ¿no deberían estar firmados? Un garabato, una seña, algo.

Los ojos de Paco se oscurecen.

—Deberían, pero la realidad es que no los firmé. —Alza las manos en un gesto de derrota—. La exposición no estaba terminada, y supongo que pensé que quién los querría, si yo no era nadie…

—Qué modesto eres, abuelo —afirma Laura.

—Modesto no, es la verdad. Yo era un estudiante cualquiera en Avilés. Jamás pensé que fuera a encontrar mi obra en una sala de Madrid.

—¿Y esto se lo has contado a alguien?

—A tus padres y a tus tíos. No creo que a nadie más le interesen las historias de un viejo chiflado.

—Pero son tus cuadros. ¡Es tu nombre el que debería aparecer en la exposición! No el de ese tal Tino.

El abuelo sonríe.

—La cuestión no es el nombre que aparezca en la sala. Lo que yo quisiera saber es cómo han llegado mis cuadros allí. Los perdí hace más de sesenta años y me duele, porque son mis recuerdos. Siempre pensé que me los habían robado, pero nunca pude averiguar quién y por qué.

El hombre y sus dos nietos se quedan en silencio unos instantes. Saúl se imagina el disgusto del abuelo al ver esas acuarelas bajo el nombre de un impostor. Además, si las empiezan a vender, el

anciano las perderá definitivamente. Su autoría nunca será reconocida, y otra persona se lucrará con ello.

Observa al hombre, cada vez más hundido en la desgastada butaca del hospital. Desde que es niño le recuerda pintando. Incluso ahora, a sus noventa y tantos, lleva consigo su cuaderno y un par de lápices o unas acuarelas de viaje, siempre. El abuelo no necesita cámara, lo inmortaliza todo a través de su pincel. A Saúl se le ocurre que quizá pueda llamar a alguno de sus contactos. Su amigo Perico tiene conocidos en todas partes. Tal vez así puedan averiguar algo.

—Saúl —el abuelo interrumpe sus pensamientos—, yo había pensado…

—¿Sí?

—Había pensado que, no sé, si decidieras tomarte ese tiempo sabático, ya sabes, para descansar, reflexionar sobre lo que quieres hacer… —El chico arquea una ceja, expectante—. Quizá, durante ese tiempo, podrías investigar qué ha pasado con mis cuadros.

—No tengo claro que me vaya a tomar un descanso, abuelo, creo que no es buen momento.

—Nunca es un buen momento —bufa Laura.

—Vamos, después de lo que te ha sucedido, si no es ahora, ¿cuándo? Además, tienes dinero de sobra. ¿Hace cuánto tiempo no tienes vacaciones? ¿Por qué no te coges una excedencia?

—¡Qué buena idea! Yo también podría hacerlo, para acompañarte y eso —se ofrece Laura.

—Tú tienes que estudiar —replican abuelo y nieto al unísono.

—Y no sé, abuelo…

—Dime al menos que lo pensarás. Los dos ganamos: tú te distraerás y yo…, bueno, no me gustaría morirme sin saber qué ha pasado con mis pinturas. Sabes que ya soy muy viejo.

—Vamos, no juegues la carta sentimental conmigo. —El anciano se encoge de hombros con una divertida sonrisa—. Mira, haré lo posible por averiguar algo sobre tus acuarelas, pero no prometo que me vaya de vacaciones.

Capítulo 6

Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

A la mañana siguiente, después de pasar la noche en observación porque las pruebas no salieron todo lo bien que deberían, Saúl abandona el hospital. La doctora le ha prescrito descanso, desconexión, pero él no está dispuesto a seguir sus recomendaciones. Debe volver a la oficina cuanto antes para intentar arreglar el desaguisado del día anterior. Ha llamado varias veces a Sergio, pero no le coge el teléfono. Le extraña.

Mientras espera un taxi, respira el aire fresco de la mañana. En una bolsa de plástico guarda sus escasas pertenencias. Tendrá que pedirle a Estela que lleve su traje a la tintorería. Lleva puestos unos vaqueros y una sudadera de su época de universitario que su hermana le trajo el día anterior. Alejandra ni siquiera se dignó a aparecer por el hospital. «Como no era grave», le dijo.

Cuando llega a su destino, paga la carrera y sube a su piso. Se alegra al respirar ese olor familiar cuando abre la puerta. Sin embargo, con solo un par de pasos a través del pasillo siente que algo no va bien. La casa está hecha un desastre: pantalones, vestidos, camisetas y zapatos tirados por todas partes. En la cocina, botellas vacías, algunas copas a medias y restos de la cena de la noche anterior. Maldita niñata, piensa mientras comienza a sentirse mal por segunda vez esa mañana.

—¿Alejandra? —pregunta mientras recorre el apartamento.

Mira su reloj. Son las once y cuarto. Seguramente se habrá ido, aunque le extraña que haya madrugado tanto.

—Hola —escucha una voz tímida.

—¡Estela! —La mujer aparece pertrechada con una fregona y un trapo del polvo—. ¿Qué ha pasado aquí?

—La señorita me llamó bien temprano. Dijo que era una emergencia y que, por favor, viniera a primera hora, que todo tenía que estar impecable para cuando usted llegara. Pero solo me ha dado tiempo a limpiar los cuartos de atrás. Yo… tenía que dejar a mis hijos en el colegio.

—No te preocupes, Estela. Al contrario, muchas gracias por hacernos el favor —dice con suavidad mirando a su alrededor—. No me puedo creer que montase una fiesta mientras yo estaba en el hospital —murmura.

—¿En el hospital? —pregunta alarmada la mujer—. Vamos, no se quede ahí, siéntese, que yo le preparo algo.

—Tranquila, si estoy bien. Ahora me vestiré para ir a la oficina.

Estela observa a Saúl preocupada. Está algo pálido, y dos enormes ojeras se dibujan debajo de sus ojos castaños. El chico se dirige a su cuarto, que, por suerte, es uno de los que ya están recogidos, mientras marca el número de Alejandra. Duda mucho de que le coja el teléfono, pues, seguramente, esté en medio de una sesión de fotos. Un tono, dos tonos… Ojalá descuelgue, porque la bronca que le va a echar será monumental. ¿Cómo se le ocurre dejar así su piso? Y ¿cómo es capaz de montar una fiesta cuando está convaleciente?

—¡Sauli! ¿Qué tal estás? —Escucha su voz despreocupada.

—Pues estaría mejor si, al llegar a casa, no me hubiera encontrado a Estela luchando con los restos de la fiesta que montaste anoche.

—No fue una fiesta —afirma ella muy seria—, solo fueron unas copas con unos amigos de la sesión. Ya te dije que vinieron al piso y…

—Y lo dejasteis todo hecho una mierda.

—Por eso le he dicho a Estela que viniera con urgencia. ¿Qué te pasa con la casa? Normalmente no eres tan quisquilloso, hijo. En un par de horas estará limpia. Otras veces no te ha importado.

—Otras veces no acababa de salir del hospital.

—Así que es eso…, es porque no he ido a verte. —Saúl cierra los ojos, cansado, dudando si ocultar su decepción—. Sabes que te quiero, pero eso no significa que tengamos que estar juntos todo el tiempo.

—¡Apenas pasamos tiempo juntos! Y estaba ingresado. Ni siquiera me has preguntado cómo me encuentro.

—Pensaba que eras más independiente, eso es lo que me gusta de ti.

—¿Que casi no nos vemos? ¿Es eso?

—Mira…, estás muy cansado, lo mejor será que hablemos luego.

Dicho esto, la chica cuelga el teléfono. Saúl se desploma, estupefacto, en la enorme cama que preside la habitación. Mira al techo blanco, inmaculado, y por un momento se siente exhausto. Aun así, consigue sacar fuerzas para abrir el armario, dispuesto a ponerse su mejor traje. Tiene que causar buena impresión, aunque su cara no sea la más lozana que Rodrigo Costa vaya a ver ese día. Está cansado y por primera vez en mucho tiempo se pregunta con pesar hasta qué hora tendrá que estar en la oficina.

Más tarde consigue llegar a María de Molina. Cuando sube en el ascensor, empieza a sentir un ligero agobio y una leve sensación de mareo. Todo está igual, pero siente que él no es el mismo.

Respira hondo.

Las puertas se abren. Saúl las cruza con paso firme y la sonrisa más segura que es capaz de dibujar. Saluda a algunas de las personas que encuentra de camino a su despacho y que le preguntan por su salud. El cansancio, el estrés, había desayunado poco…, les explica con ensayada convicción. Sergio no está para recibirle con su habitual café matutino. Seguramente no sospeche que va a aparecer por allí. Al acercarse a la pequeña sala que comparten, le descubre con la vista clavada en la pantalla del ordenador.

—¡Tío! —le saluda Sergio con la preocupación reflejada en el rostro—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando.

Saúl se desploma en su silla y mira con ligera desconfianza a su compañero.

—No podía permitirme estar fuera durante más tiempo. Después de lo que sucedió ayer, tengo que recuperar mi reputación, si es que eso aún es posible —murmura. Su compañero hace una mueca—. ¿Sucede algo? —le pregunta.

—Bueno…, digamos que alguien se aprovechó de tu… desvanecimiento.

Saúl arquea una ceja.

—Explícate —le espeta.

Sergio se revuelve tenso en su asiento, no resulta fácil lo que le tiene que contar a su amigo.

—Cuando la ambulancia se fue, Costa quedó totalmente desencajado —le explica en un tono calmado—. Cundió el pánico, no te voy a engañar. ¿Cómo iba a decirle Costa a todas esas personas que se marchasen porque a su trabajador estrella le había dado un chungo? —Saúl traga saliva—. Alguien salvó la situación.

—Tú.

—¿Yo? ¿Qué dices? Fue Borja.

—¡¿Borja?! —exclama Saúl.

—Como lo oyes. Nuestro amigo Pelo Pantene. Parece ser que el tío tenía preparada su propia presentación.

—Pero ¿cómo? Ni siquiera trabajaba directamente en mi equipo. Solo conocía el tema de pasada…

—Por lo visto, le vendió a Rodrigo que era un tema que suscitaba mucho su interés y que estuvo trabajando en él en paralelo, así, por amor al arte. Como si nos sobrara tiempo.

—¿Y Costa se lo tragó? Es imposible que Borja pudiera preparar esa presentación teniendo

apenas datos.

—No sé cómo lo hizo, la verdad.

—Pues porque robó mi presentación, seguro.

Sergio se encoge de hombros.

—Es posible, pero no sé cómo vas a poder demostrarlo.

—Algo se me ocurrirá.

Saúl revisa las citas que tiene apuntadas en su agenda para ese día. Alguna reunión, una comida con clientes, un par de presentaciones con el equipo esa tarde… Duda que alguno de esos planes se mantenga, pues estaban supeditados al éxito de la IPO. Debe hablar con Costa lo antes posible.

La siguiente hora la pasa observando, a través del cristal de su despacho, el ascensor, a la espera de que su jefe aparezca. De pronto, las puertas se abren dejando ver a Rodrigo con una radiante sonrisa. Saúl se levanta con rapidez y, antes de que Sergio pueda terminar de desearle buena suerte, sale a su encuentro.

—¡Rodrigo! —saluda con voz firme.

—¡Hombre, Saúl! —sonríe—, ¡no te esperaba!

—Ya estoy mucho mejor —explica estrechándole la mano y sonriéndole a su vez.

Los dos hombres se dirigen al despacho de Costa. Saúl no puede evitar aflojar ligeramente el nudo de la corbata justo antes de entrar. Ese lugar no le trae buenos recuerdos. Respira hondo y toma asiento frente a su jefe.

—Entonces, ¿estás seguro de estar mejor?

—Completamente. Quisiera preguntarte qué tal fueron las cosas el lunes después de…, bueno, ya sabes.

—Oh, sí, sí. Muy bien, no te lo voy a negar. Borja salvó la situación. Resulta que tenía una presentación preparada, ¿te lo puedes creer? Me quedé asombrado.

—Ya veo…

Saúl cada vez tiene más sospechas de que Borja es el ladrón de su USB. Es la única explicación que se le ocurre, de lo contrario, jamás hubiese podido preparar esa presentación. ¿Cómo si no pudo conseguir los datos de una operación tan compleja?

—Así que no te preocupes, Saúl.

—¿Y qué ocurre con mi ascenso? —se atreve a preguntar—. ¿Hay algo que pueda hacer para remediar este pequeño… incidente?

El rostro de Rodrigo Costa se vuelve repentinamente serio.

—Sabes que confié en ti y que has sido mi ojo derecho, pero lo del otro día fue un fallo grave.

—Lo sé.

—Entenderás que no puedo permitir que algo así vuelva a suceder, y más en un momento tan delicado.

—Me falló la salud. Estoy seguro de que no soy el primero ni el último al que le ocurre algo así —protesta Saúl.

—El problema no fue que te desmayases, el problema fue que te descuidaste, que no tenías una copia de seguridad de la presentación ni un sustituto por si a ti te pasaba algo.

—Era improbable.

—Pero sucedió. —Rodrigo Costa se encoge de hombros—. El caso es, Saúl, que de momento vamos a dejar ese puesto de managing director en stand by.

—Y la vacante…

—Quizá se la dé a Borja —confiesa.

Al escuchar esto, Saúl siente como si un jarro de agua helada se le derramara por la espalda. ¿Cómo puede estar ofreciéndole el puesto a ese idiota?

—Él estuvo preparado y salvó una situación desesperada —continúa Rodrigo—. Y es esa clase de gente la que necesito en mi equipo.

En solo unos instantes, Saúl tiene tiempo para reflexionar sobre el desastre de los últimos días. Parece que Rodrigo está poniendo la guinda a la serie de catastróficas desdichas que han acontecido en las últimas cuarenta y ocho horas. El chico vuelve a intentar aflojar el nudo de la corbata, que parece cada vez más apretado, y su jefe continúa alabando a Borja. ¿Qué hará ahora? No le apetece nada continuar viéndole la cara a ese tramposo que, con toda seguridad, ha robado su presentación y la ha utilizado para pasarle por delante. Por un momento piensa que todo su esfuerzo no tiene sentido. Además, Costa no le da ni una oportunidad para redimirse y, por el momento, queda descartado del puesto de managing director. Suspira mientras mira por el cristal del despacho cómo todos sus compañeros parecen enfrascados en sus pantallas de ordenador. Solo algunos observan de reojo lo que está ocurriendo en la pequeña sala. Por la ventana contempla el cielo azul de invierno. Una repentina sensación de calma le invade. Vuelve a observar a su jefe y, por primera vez en mucho tiempo, sonríe tranquilo.

—Rodrigo, quiero una excedencia.

Capítulo 7

Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

Cuando Saúl abandona el despacho de Rodrigo Costa siente como si una pesada carga se hubiera desvanecido de sus hombros. Con la imagen del rostro sorprendido de su jefe aún reciente en la memoria, camina ligero en busca de Sergio para contarle su decisión.

—Así que te piras —comenta Sergio sorprendido—. No creí que fueras capaz.

—Es solo durante unas semanas, un par de meses quizá —responde Saúl, que recoge sus escasas pertenencias—. A Costa le ha parecido bien.

—Claro, ahora que tiene un nuevo lacayo…

—Prométeme que me informarás si descubres cómo ha hecho Borja la presentación. Estoy convencido de que hay gato encerrado.

—Por supuesto —afirma—. ¿Y qué vas a hacer durante este tiempo?

Saúl sonríe.

—Por lo pronto, desenmascarar a un ladrón de cuadros. Y creo…, creo que voy a dejar a Alejandra.

Sergio arquea las cejas.

—Hace tiempo que me he dado cuenta de que esto no va a ninguna parte, y necesito un descanso.

—Pues sí que te ha dado fuerte —afirma su compañero—. El nuevo Saúl.

Saúl sonríe y, con un gesto de despedida, sale del despacho. Busca a su novia en su lista de contactos y marca su número por última vez.

Cuando abandona la sede de Goodman Sachs, Saúl respira hondo y deja que el sol de febrero le acaricie el rostro. Sonríe. Decide ir caminando a casa y se sorprende pensando que no recuerda cuándo fue la última vez que dio un paseo. Se siente un extraño en su propia ciudad. Por la Castellana observa a personas que van y vienen, deportistas, hombres y mujeres trajeados que toman café en las terrazas de alrededor. Se deja invadir por una agradable y extraña sensación de calma.

Después de cuarenta y cinco minutos de reconfortante caminata, llega a casa. Se recompensa con una larga ducha y, después de ponerse ropa cómoda, decide hacer dos llamadas. En la primera contacta con Javier, su persona de confianza en la inmobiliaria. Necesita ayuda para encontrar algo más modesto y barato. Aunque no tiene problemas económicos, lo que paga cada mes por un piso que solo utiliza para dormir es una aberración.

—¿Estás seguro de que te quieres mover? —le pregunta.

—Segurísimo. Búscame algo más sencillo, pero que sea luminoso.

—¿Barrio de Salamanca?

—Por supuesto —contesta Saúl. Hay privilegios a los que no está dispuesto a renunciar.

—Perfecto. Dame un par de días y te llamo para concertar las visitas.

—Gracias.

La segunda llamada es para el abuelo. Esa misma tarde, mientras Alejandra recoge sus pertenencias, comenzarán la investigación.

* * *

A las cinco de la tarde, el abuelo y Laura, acompañados por Saúl, viajan en el asiento de atrás del taxi de Enrique. Por fin puede unirse a un «jueves del arte». Una tradición reciente en la que parece que todos sus familiares han participado excepto él. Hasta el taxista en alguna ocasión acompañó a Paco a visitar exposiciones. El chico suspira. Ahora tiene dos meses para enmendar sus errores. En cuanto le contó al abuelo lo de la excedencia, el anciano no pudo más que dibujar una amplia sonrisa entre un acordeón de arrugas. Ya sabía yo que entrarías en razón, le dijo.

Conforme se van acercando a la calle Alcalá, el abuelo está más serio y taciturno. Laura le mira preocupada.

—Vamos, abuelo —le anima—, sé que esto es difícil para ti, pero tenemos que volver a la exposición si queremos encontrar alguna pista para empezar a tirar del hilo. Llegaremos hasta el fondo de este asunto y recuperarás tus cuadros, te lo prometo.

—Si los cuadros están a la venta, no sé si los podremos recuperar —comenta Saúl. Laura le fulmina con la mirada—. Pero algo conseguiremos —se apresura a añadir—, no te preocupes.

—Me da mucha pena volver a verlos. Pena y, a la vez, rabia. —Paco frunce sus ojillos envejecidos—. Esos cuadros son muy importantes para mí, y siento que alguien se está lucrando a costa de mi esfuerzo y mis recuerdos. Pero sí, tenéis razón, ahora no vale la pena lamentarse;

tenemos que entrar ahí y averiguar algo.

Enrique se detiene muy cerca de la entrada de la galería y dice:

—Os espero aquí.

—No sé lo que vamos a tardar… —contesta Saúl.

—Da igual, esperaré por si me necesitáis. Yo también quiero poner mi granito de arena.

Saúl se extraña y escruta con la mirada a su hermana Laura.

—¿También lo sabe? —pregunta en un susurro.

—¡Pues claro! —afirma ella—. Aquí el último en enterarse has sido tú.

El chico encaja el golpe y sale del coche. El último en apearse es el abuelo, que, de nuevo, con pasos lentos y asido del brazo de su nieta, contempla la fachada de la galería. Se despide de Enrique y camina con paso firme hacia la entrada, donde aparece anunciado el cartel de la exposición de Tino Acevedo. Durante unos instantes Paco deja volar su imaginación y fantasea con su nombre escrito en ese letrero: «La memoria de las acuarelas», por Francisco Ortega. Se visualiza entrando en la galería y hablando sobre sus cuadros a las personas que visiten la exposición, su familia contemplándole orgullosa, sus hijos y nietos, y su mujer Mercedes, que seguro le estaría mirando desde arriba, animándole: «Ya era hora de que ese talento tuyo viera la luz, Paco. Mejor con noventa y dos que nunca…». Un escalofrío recorre los viejos huesos de Paco. Siente que no le queda mucho más tiempo y que quizá ver su nombre en esa galería se quede solo en eso, en un sueño.

Se dirigen a la sala en la que se encuentra la exposición. Lo primero que hace Saúl es coger un folleto informativo. Lo ojea. En él aparecen algunos de los cuadros con sus títulos y una muy breve descripción sobre Tino Acevedo. El chico la lee en voz alta:

Tino Acevedo (¿?-2009), acuarelista asturiano que inicia su formación artística en la Escuela de Artes y Oficios de Avilés, de la mano del también pintor asturiano Amador Campillo. Continúa sus estudios en la escuela de pintura La Academia, en Avilés, que completará posteriormente con diversos cursos de arte en Asturias.

Pese a haber comenzado su instrucción a una edad muy temprana, no será hasta 1996 cuando Tino celebre sus primeras exposiciones individuales en León, con un éxito colosal. Su obra figura en colecciones particulares en Francia, Portugal y a lo largo de la geografía española.

«La memoria de las acuarelas» es la obra póstuma de este artista, con la que su familia quiere homenajear su primera etapa.

Cuando termina, Saúl observa a Laura y al abuelo.

—Aquí hay cosas que no me cuadran —manifiesta—. Por ejemplo, ¿por qué no se indica la fecha de nacimiento? ¿Es que su familia no lo sabe?

—Quizá no sepan la fecha exacta —sugiere Laura.

—Pero sí una aproximación, ¿cómo no va a saber su familia la fecha en la que nació? —sentencia el chico—. Y hay otra cosa importante en la que llevo pensando estos días: ¿no se debería acreditar la autoría de los cuadros?

El abuelo se encoge de hombros y replica:

—Eso depende de la galería. Aquí creo que simplemente se alquila el espacio, así que no creo que les hayan pedido grandes cosas.

—Pues vaya…

—Supongo que es la mejor opción si no quieres justificar nada y, sencillamente, exponer para ganar unas pesetas por los cuadros.

—Euros, abuelo —sonríe Laura—, que ya llevamos veinte años con ellos.

El anciano, tras un ademán para restarle importancia, comienza a recorrer, a paso lento pero firme, la sala de exposiciones. Saúl, que hace lo propio, sonríe al identificar en las pinturas el estilo del abuelo: los trazos, los colores, esa forma tan particular de dibujar los rostros. Por un momento siente que se emociona al ver reflejadas sobre el lienzo todas esas escenas de su infancia y juventud. Es como asomarse por un pequeño agujero del tiempo, por una ventana de tinta de colores.

Algunos de los cuadros, con tonalidades lúgubres, reflejan lo gris de los años de la Guerra Civil: la incertidumbre, la soledad, el hambre, el miedo. Otros, sin embargo, parecen ambientados en una época algo posterior y, con colores más alegres, plasman la esperanza, la ilusión y el disfrute de las cosas sencillas. A Saúl hay un cuadro que le llama la atención: en él aparecen unos niños jugando al cascayu [1] y, de fondo, cuatro mujeres sentadas en un banco. Tres de ellas parecen conversar animadamente; la cuarta mira al frente con una sonrisa tranquila, como si estuviera posando para un objetivo imaginario. Pese a sus ropas oscuras, parece muy bella.

—Era mi madre, tu bisabuela. —El abuelo aparece por detrás de Saúl, que da un respingo—. Algunas tardes se sentaba en el parque con su madre, su tía y algunas amigas. Pasaban la tarde charlando mientras nosotros jugábamos. Es un recuerdo muy feliz.

—¿Y tú eres alguno de estos niños?

El hombre niega.

—Yo soy el fotógrafo. Pero en lugar de cámara, tengo pincel. —Esboza una sonrisa nostálgica.

—Por eso tu madre está mirando. Es a ti a quien sonríe.

—Eso es. Este es el cuadro que más me gusta, aunque mi madre nunca llegó a verlo. Lo guardaba en secreto, esperando sorprenderla el día de una exposición que al final nunca se celebró. Lo que son las cosas…

—Abuelo, nunca te he preguntado cómo empezaste a dibujar.

Paco sonríe.

—Esa es una historia curiosa. Tenemos que remontarnos al año 1941…

Capítulo 8

Abril, 1941 - Avilés, Asturias

—¡Vamos, Paco! Date prisa, mamá te está buscando.

Paco levanta la vista del papel y se encuentra con la mirada apurada de Celestino, su hermano. Ha perdido la noción del tiempo otra vez.

—Ya voy —responde con fastidio mientras guarda los lápices y el cuaderno en una bolsa desgastada.

—Llegamos tarde a comer, todos están esperando. Desde que los Reyes Magos te pusieron esos lápices te has vuelto aburrido. Te pasas el día haciendo garabatos.

Paco mira enfurruñado a su hermano, solo un año menor que él.

—No son garabatos —replica—. Dibujo lo que veo.

—Garabatos —concluye el otro dándole un suave empujón en la espalda—. ¡Vamos! ¡A ver quién llega primero!

Los dos hermanos se enzarzan en una carrera por las calles de Avilés hasta llegar a casa. Recorren la calle del Generalísimo y la plaza de la Merced, sortean a unas cuantas personas y suben la cuesta de la calle Bances Candamo hasta llegar a su portal. Celes toca primero el murete de piedra, dedicándole una mueca a su hermano. Ambos suben, entre empujones, los escalones que les llevan a los soportales de madera y piedra que, en las tardes de invierno, les resguardan de la lluvia y les sirven de zona de juegos. En cuanto llegan al portal pueden oír el barullo que procede del pequeño piso: las voces de sus otros hermanos y de su madre, que intenta poner orden. Las ajadas escaleras crujen con cada paso y, justo antes de alcanzar la puerta, Celes se vuelve y, mirando a Paco, se pone un dedo en la boca.

—Que no nos vea —susurra.

—Que no os vea ¿quién? —pregunta su madre, que aparece de forma inesperada—. ¿Se puede saber dónde estabais?

—Ha sido culpa mía —explica Paco—. Me entretuve dibujando.

Concepción, la madre de los chicos, se dirige a Paco con fingido enfado.

—¡Venga! A comer. Luego me enseñarás tus dibujos.

En un salón con escasos muebles, seis niños y tres adultos se hacinan en la mesa de madera que preside la estancia y que parece no dar cabida ni a un comensal más. Paco y Celes se apretujan al lado de su hermanos y hermanas, que les reciben con caras largas y quejas. Siempre llegan tarde. Presidiendo la mesa se encuentra Francisco, el padre, y a su lado, de riguroso luto, las dos abuelas: Encarna y Abelina.

Francisco es un hombre sumamente delgado y de ojos cansados. El traje de domingo que viste ha vivido tiempos mejores y le sobra por todas partes. Concepción, que le mira con lástima, le sirve un plato de lentejas y un generoso pedazo de pan.

—Vamos, Paco, tienes que comer, que ese trabajo tuyo desgasta mucho.

—¿Qué voy a comer, Conchita? Si estas ocho fieras no nos dejan ni una miga.

La mujer suspira y continúa dividiendo el puchero entre toda la familia. Cuando por fin están todos sentados, después de haber bendecido la mesa, Francisco se aclara la garganta y le anuncia a Paco:

—Bueno, Paco, la semana que viene cumplirás once años y creo que ya eres suficientemente mayor y fuerte para que empieces a ayudarme en la obra.

Paco le mira con ojos como platos mientras piensa que sus tardes de recreo han tocado a su fin.

—Pero…

—Hay otros niños de tu edad. Es un trabajo duro, pero te gustará.

El niño busca a su madre, que, desde el otro lado de la mesa, le devuelve una media sonrisa. Respira hondo intentando analizar si se siente triste o contento. Por un lado, está orgulloso de poder ayudar a su padre en el trabajo. A sus once años sabe que en su familia el dinero es un bien escaso y que a duras penas da para alimentarlos a todos. Además, su hermana Rosa lleva tiempo muy enferma, con una tos que les despierta a todos por la noche, y las medicinas son muy caras. Los remedios caseros de las abuelas no parecen ser demasiado efectivos, y Rosa está cada vez más escuchimizada.

—Estoy seguro de que lo haré bien, padre.

Francisco asiente, conforme.

—He visto, además, que eres bastante habilidoso con las manos. Tal vez en unos años consigamos que aprendas un oficio para que no tengas que ser peón el resto de tu vida. No como yo.

Concepción protesta:

—No seas tan duro contigo mismo, Paco. Te pilló la guerra. Demos gracias a Dios porque estás aquí.

—La guerra, la guerra… —murmura Abelina.

—Madre… —Concepción lanza una mirada a la abuela a sabiendas de lo que va a decir.

—A Paco le gustaban mucho las verbenas antes de la guerra. A él sí que le pilló la guerra bailando —bufa.

—Mejor bailando que no amargada —defiende Encarna, la madre de Francisco.

—¿Amargada yo?

—¡Sí, tú! Que llevas de luto desde que te salieron los dientes de leche.

—¡Ya está bien! —protesta Concepción mientras le da una cucharada de lentejas a Rosa—. Intentemos tener la fiesta en paz, por favor. Ni un domingo se puede estar tranquilo en esta casa.

Los cuatro adultos mastican en silencio. En el comedor solo se escuchan las risas de los niños, ajenos a la nube gris que parece cernirse sobre la estancia. Cuando termina el plato, Paco se levanta y busca su cuaderno. Se acerca a su madre y le enseña los dibujos que ha hecho ese día. Ella los observa con atención.

—Son muy bonitos, Paco.

El niño asiente.

—Eso me ha dicho un señor en la calle.

—¿Ah, sí?

—Sí, se llamaba «don Amador».

Desde el otro lado de la mesa, Francisco, que está escuchando la conversación de refilón, interviene:

—¿Don Amador? ¿Será don Amador Campillo? ¿Ese no es profesor en la Escuela de Artes y Oficios?

—Eso creo… —responde Concepción pensativa.

—Me dijo que podría ir a sus clases —susurra Paco.

Concepción le contesta con tristeza.

—No podemos permitírnoslo, Paco. Me parece que tendrás que seguir practicando tú solo.

Paco ya se había imaginado esa respuesta. Tomando de nuevo sus dibujos y con un lápiz en la mano, vuelve a sentarse en su lugar en la mesa. Busca qué dibujar para evadirse, un truco que nunca falla. Mira hacia la izquierda, donde está su padre, y comienza a hacerle un retrato. Con solo unos trazos, comienza a captar sus ojos cansados, sus arrugas prematuras y las manos callosas con las que sigue sujetando la cuchara, como si aún quedase algo por comer en su plato.

Un buen rato más tarde, cuando la mesa del comedor está vacía y todos los niños juegan en la calle, Francisco coge el cuaderno de Paco y lo observa. Él, que se considera un bruto sin apenas formación, es capaz de reconocer el talento de su hijo. Es en ese momento cuando desea con todas sus fuerzas que su primogénito tenga un porvenir mucho mejor que el que le ha tocado a él.

Capítulo 9

Martes, 1 de febrero de 2022 - Madrid

—¡Ahí está!

Para fastidio de Saúl, Laura interrumpe el relato del abuelo.

—¿Ahí está quién?

—El director de la sala.

Saúl y el abuelo se vuelven hacia donde señala la chica. Un hombre delgado y de pelo canoso habla de forma distendida con la vigilante de seguridad. Con una mirada cómplice a sus familiares, Saúl se dirige a él.

—Disculpe —le dice—. Mi nombre es Saúl Ortega, ¿es usted el director de la sala?

—El mismo. Juan López —se presenta tendiéndole la mano.

—Quisiera decirle que a mi familia y a mí nos ha encantado esta exposición; los cuadros son… una maravilla —afirma con tono adulador.

—¿Verdad que sí? —replica el director con orgullo mirando a su alrededor—. No pensábamos que esta colección fuese a tener tanto éxito, sobre todo si tenemos en cuenta que Tino Acevedo no es precisamente un pintor muy conocido, pero sus acuarelas hablan por sí solas.

Saúl, que ve su oportunidad, aprovecha:

—Estoy totalmente de acuerdo, pero hablando de Tino, nos ha extrañado la poca información que hay en el folleto. ¿Hay alguna forma de que podamos averiguar algo más sobre él? Trayectoria, exposiciones anteriores, no sé, un retrato. No sabemos ni cómo era su cara.

—Pues…

—Verá —interrumpe Saúl—, mi abuelo, ese señor que ve usted allí —le señala—, se ha emocionado mucho al ver los cuadros. Él también vivió en Asturias y le recuerdan su niñez, ¿sabe? Le gustaría mucho poder ver más obras de Tino o, y perdone el atrevimiento, poder conocer al familiar que ha promovido esta exposición para felicitarle.

Juan López niega.

—No sé si eso va a ser posible, señor…

—Ortega.

—Señor Ortega. En los dos meses que lleva aquí esta exposición no hemos tenido el gusto de conocer a ningún miembro de la familia Acevedo. Solo hemos tratado con un marchante de arte. —Se encoge de hombros—. Es cierto que es algo totalmente inusual, porque a la familia de los artistas le suele gustar pasarse por la sala para comprobar que todo está correcto y, por qué no, para dejarse ver.

—Entiendo…

—Pero les facilitaré gustoso el contacto, seguramente él pueda serles de más ayuda.

Dicho esto, Juan López da media vuelta y se dirige a su despacho para buscar el número de teléfono y nombre del marchante. Saúl le da las gracias y vuelve victorioso junto a Laura y al abuelo. Les cuenta la conversación y los tres coinciden en lo extraño del asunto: la autoría de los cuadros es falsa, hay poca información sobre Tino Acevedo, la familia es difícilmente localizable y tratan con la galería exclusivamente por medio de un intermediario.

Unos minutos después, el director de la sala vuelve junto a ellos y le entrega a Laura una tarjeta que lee en voz alta:

—«José Manuel Navarro. Marchante de arte. Calle Recoletos, número 13. Madrid».

Ella le da las gracias y, cuando le observa suficientemente alejado, afirma:

—Ya tenemos siguiente parada.

Saúl sonríe. Tiene al compañero perfecto para visitar la calle Recoletos.

Capítulo 10

Miércoles 2 de febrero de 2022 - Madrid

Al día siguiente, en una terraza de la calle Serrano, los dos amigos desayunan mientras contemplan el ir y venir de los madrileños a las nueve de la mañana. Saúl le ha contado a Perico las novedades: su excedencia y lo poco que han podido averiguar sobre Tino Acevedo.

—Esto se pone interesante —afirma Perico, que da buena cuenta de una tostada con tomate y aceite—. ¿Por qué iba a querer alguien, cuya exposición está teniendo tanto éxito, esconderse detrás de un representante? —piensa en voz alta.

—¿Porque ha robado los cuadros, tal vez?

—Sí, pero esos cuadros se los robaron a tu abuelo… ¿hace cuánto? ¿Sesenta años? Puff, perdona que te diga, pero nuestro querido Paco podría estar muerto perfectamente.

A Saúl le recorre un escalofrío y una nueva teoría empieza a circular por su mente: ¿y si los familiares de Tino Acevedo conocen al abuelo? ¿Y si saben que aún está vivo y por eso deciden exponer los cuadros escudados por un representante? Si fuera así, ¿por qué no esperar a que fallezca? ¿Problemas económicos, tal vez? La tarde anterior, en la galería, se fijó en el papelito plastificado con los precios de las acuarelas: cien, doscientos y hasta cuatrocientos euros. Efectivamente, los familiares de Tino podrían hacer un buen negocio con la exposición.

El chico da un sorbo a su zumo de naranja. Observa a los peatones que recorren la calle con apuro y se alegra de no ser uno de ellos, de no tener que ir corriendo a la oficina para pasar allí encerrado las próximas doce o trece horas. Por un momento se pregunta si será capaz de volver. Quizá dentro de dos meses se sienta con fuerzas y muchas más ganas de retomar su antigua vida, pero ahora… Ahora le parece imposible.

—¿Y bien? —le interrumpe Perico—. ¿Qué vas a hacer?

—Me ibas a acompañar a hablar con el marchante, ¿no?

—Sí —responde mirando su reloj—. En un rato. Pero me refiero a qué vas a hacer con tu vida estos dos meses.

—¡Ah! Pues aún no lo sé. De momento investigaré el asunto de los cuadros y cambiaré de piso. No he pensado mucho más allá.

—¿Un viajecito?

—¿Yo solo?

—Hay gente que viaja sola para descubrirse a sí misma. Podrías ir a la India.

Saúl arquea una ceja.

—¿De verdad me ves en la India?

Perico observa a su amigo, con la ropa impoluta y perfectamente peinado. En definitiva, una de las personas más urbanitas que ha conocido en su vida.

—No, no te veo. —Se ríe.

A las diez de la mañana, una hora que les parece suficientemente prudente, los dos amigos se dirigen al número 13 de la calle Recoletos. En el portal luce una placa con el nombre del marchante de arte. Tocan el timbre y la pesada puerta de metal se abre. En el primer piso, un hombre de unos cuarenta años los recibe. Lleva una camisa blanca inmaculada y unos vaqueros demasiado ceñidos para el gusto de Perico. Cuando se adentran en la estancia la observan, curiosos. Prácticamente no hay muebles en las distintas habitaciones, solo una mesa, estanterías blancas y unas sillas del mismo color. Las paredes están decoradas con cuadros de tonalidades chillonas, y algunas esculturas con formas extrañas descansan en las esquinas. Ya en su despacho, José Manuel Navarro se atusa la melena y les invita a tomar asiento detrás de su escritorio.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarles?

Saúl le explica que el día anterior visitaron la exposición de Tino Acevedo con su abuelo y le cuenta, de forma exagerada, cómo el hombre se emocionó al ver los cuadros y que le hubiera gustado conocer a Tino, pero que en el folleto se indicaba que era una obra póstuma. El chico también le relata cómo se extrañaron al descubrir que no había demasiada información sobre el pintor y le expresa su deseo y el de su familia de poder admirar más obras del artista para, quizá, realizar alguna compra y, si fuera posible, contactar con sus parientes para darles la enhorabuena.

José Manuel mueve la cabeza apesadumbrado.

—Me temo que eso no va a ser posible —les dice—. La familia Acevedo me ha indicado expresamente que no quiere darse a conocer. Puedo transmitirles sus felicitaciones yo mismo, si les parece bien.

Saúl trata de disimular su cara de fastidio.

—¿Podría indicarnos la razón de esa… discreción? —interviene Perico—. No entiendo por qué es necesario tanto anonimato.

—Son sus deseos expresos —replica el marchante—. Parece ser que Tino siempre fue un pintor muy discreto. Quería que fueran sus obras quienes hablasen por él y no convertirse en un artista mediático como algunos de sus coetáneos. Ya sabe, es como los escritores: muchas veces los

libros se venden por el nombre del autor y no por la obra en sí. Y esto es precisamente lo que tanto Tino como su familia quieren evitar.

—Mi abuelo se va a llevar un disgusto —murmura Saúl afligido—. Es un hombre de noventa y dos años. Como usted comprenderá, no le queda mucho tiempo de vida y ha hecho un gran esfuerzo acudiendo personalmente a visitar la exposición. Ha llorado varias veces en la galería. —Perico le da un discreto codazo a Saúl, que se está excediendo con su apelación a los sentimientos—. El caso es, ¿no existiría la remota posibilidad de que hiciera una excepción con nosotros, de que nos diera un nombre, un teléfono…, algo?

—Lo siento, pero estas son las instrucciones que he recibido por parte de mis clientes. Deben entender ustedes que me debo a ellos. No obstante…

—¿Sí?

—Se me ocurre que podrían dejarme sus datos y yo comentaré este asunto con la familia Acevedo. Si ellos lo desean, les contactarán. ¿Qué les parece?

—Pues que se lo agradecemos mucho —responde Saúl y dirige una mirada a Perico, que, en ese momento, tiene la vista perdida en el caos de papeles que cubre la mesa del hombre.

—¿Eh? Sí, sí, muchas gracias —pronuncia despistado—. Señor Navarro, me encanta ese cuadro que tiene colgado en la pared. —Lo señala y los tres lo observan.

—Es una obra que pinté yo mismo.

—¿Ah, sí? Tiene usted gran talento, por lo que veo…

Mientras el hombre comienza un soliloquio sobre el cuadro y su breve época como pintor, Saúl mira extrañado a su amigo. ¿Desde cuándo a Perico le interesa el arte? Además, el cuadro sobre el que están hablando le parece espantoso, una auténtica chapuza. Cuando media hora más tarde consiguen salir a la calle, después de haber alegado varias veces que tenían prisa, Perico saca, victorioso, un papel de su bolsillo y se lo muestra a Saúl.

—En realidad me importaba un bledo el cuadro —le explica—, pero fue una distracción perfecta para conseguir esto.

Los dos amigos observan el papel. Es un folleto para la siguiente exposición de Tino Acevedo. En la portada aparece la imagen de uno de los cuadros y, justo debajo, el siguiente anuncio:

Las obras de Tino Acevedo vuelven a su lugar de origen.

«La memoria de las acuarelas»

18 de febrero de 2022

Sala de exposiciones de la Casa de la Cultura, Avilés

Capítulo 11

Jueves, 3 de febrero de 2022 - Madrid

Hacía mucho tiempo que Saúl no se sentía tan descansado. A las diez de la mañana, aún en la cama, observa adormilado cómo los rayos de sol se cuelan por las rendijas de la persiana e iluminan las partículas de polvo que se proyectan. El día anterior, después de salir de la oficina del marchante de Tino Acevedo y de escudriñar el folleto varias veces, decidió que un buen paseo por el parque del Oeste le sentaría de maravilla a sus pulmones. Almorzó en una terraza del paseo de Pintor Rosales, uno de los pocos lugares de Madrid donde se puede ver el horizonte, y terminó la tarde retomando uno de sus antiguos y olvidados hobbies: sumergirse en librerías de segunda mano. Regresó a casa satisfecho, con una pesada bolsa de libros meticulosamente seleccionados, entre ellos, algunos de pintura para el abuelo. Le gustarán. Se los dará ese mismo día, planea mientras apura el último sorbo de café, aprovechando que Perico y él irán a comer a su casa para contarle los últimos hallazgos sobre el misterioso pintor.

Cuando, unas horas después, llegan al barrio donde creció Saúl, este observa a su amigo con cierto nerviosismo. Aunque se conocen desde hace años, le sigue dando reparo llevar a Perico, que no sale del barrio de Salamanca, a su lugar de origen. El bloque en el que vive su familia necesita una buena mano de pintura y un arreglo urgente del portal, que huele a rancio y a humedad. El olor se disipa al entrar en casa del abuelo, que les recibe con una sonrisa, una botella de vermut y unas aceitunas.

—¿Y la Coca-Cola Zero Zero, abuelo? —bromea Saúl.

El hombre frunce su arrugado ceño y, mientras avanza con lentitud por el pasillo, murmura algunas frases ininteligibles de las que Saúl logra captar «agua», «fregar» y «azúcar de los c…».

—¿Y bien? ¿Qué nuevas me traéis? —pregunta ya confortablemente sentado en su sillón.

Los dos amigos le explican al anciano, con todo lujo de detalles, su visita a José Manuel Navarro y le muestran el folleto que Perico sustrajo discretamente de su escritorio.

—¿Creéis que se pondrán en contacto con nosotros? —pregunta el abuelo esperanzado.

Saúl se encoge de hombros.

—Lo dudo, pero teníamos que intentarlo.

—Pienso igual —afirma Perico—, pero esta noche se me ha ocurrido una idea. —Dirige la mirada a Saúl—. Saúl, tienes que ir a Asturias.

—¿¡Qué!? ¿¡Por qué!?

—¿No te das cuenta? El folleto dice que los cuadros vuelven a su lugar de origen. Tienes que ir a esa exposición, es ahí donde tenemos que investigar.

—Pero, Perico, que los cuadros vuelvan a Avilés no significa que la familia de Tino Acevedo esté ahí y yo los vaya a encontrar —protesta.

—No, pero lo que está claro es que esta exposición es importante. Además, Avilés es una ciudad pequeña. Quizá puedas hablar con la gente y consigas enterarte de algo.

Saúl busca al abuelo con la mirada, esperando encontrar apoyo, pero está sumido en sus pensamientos mientras se acaricia la poblada barba blanca.

—Me encantaría volver a Avilés —pronuncia el anciano al fin—. Asturias es un lugar tan bonito…, pero ya soy muy mayor para esos tutes. —Suspira resignado—. Creo que Perico ha tenido una buena idea.

Perico alza su vaso, victorioso, y da un sorbo al vermut. Saúl, por el contrario, los mira de hito en hito con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¡Vamos! ¿Qué otra cosa tienes que hacer? —le anima su amigo—. Te plantas allí, te comes un cachopo, tomas unas sidras, preguntas a unos y a otros sobre Tino… ¡Será divertido!

—Estoy de acuerdo —apoya el abuelo—. Además, es una buena oportunidad para que conozcas tus orígenes. Podrás visitar las zonas en las que viví de joven. Me pregunto cómo estará la ciudad actualmente…

Perico y el abuelo, que parecen entusiasmados con el viaje, comienzan a debatir sobre todas las cosas que tendrá que hacer Saúl en cuanto llegue a Avilés: los lugares que debe visitar, las personas que deberá conocer, dónde vivir…

—Un momento. ¿Cuándo queréis que me vaya? Si es que me voy, claro…

—¡Pasado mañana! —afirma Perico; el abuelo asiente—. Si no, no te va a dar tiempo a averiguar nada antes de la exposición.

—¿¡Estáis locos?! ¿Cómo me voy a ir mañana? ¿Dónde viviré?

—¿En un hotel? —sugiere el abuelo.

—¿No tienes ese contacto de la inmobiliaria? ¿El tal Javier? —le recuerda Perico.

—Sí.

—Pues ve llamándole y que te busque un piso. De hecho, mejor le llamo yo. Dame tu teléfono.

Saúl, que no da crédito a lo que está sucediendo, busca de nuevo complicidad en el abuelo, pero este parece muy animado comiendo aceitunas a dos carrillos. Reprime un lamento. Sus planes de relax en Madrid se van al traste, al menos durante las dos próximas semanas. Aunque, por otra parte, ¿qué otra cosa tiene que hacer? Quizá un pequeño viaje le venga bien para desconectar. Además, Asturias está mucho más cerca que la India.

—Ya está —afirma Perico tras colgar el teléfono—. Javier te conseguirá un piso para dentro de dos días. Eso sí, te costará un poco más caro, por las prisas, ya sabes…

—Sois unos liantes —afirma Saúl sin ser capaz de contener media sonrisa—. Y cuando llegue allí, ¿qué se supone que debo hacer?

—Lo primero, visitar a Antonio —señala el abuelo.

Paco les explica que Antonio es el hermano de Manuel Cano, uno de sus mejores amigos de infancia y juventud. Manuel llegó a convertirse en un pintor consagrado y muy reconocido en Asturias, así que, si alguien conocía a Tino, ese es Manuel y, por ende, su hermano Antonio. Siempre estuvieron muy unidos.

—Antonio debe ser ya muy mayor —comenta el abuelo—, pero estoy seguro de que te recibirá encantado. Eso sí, no le digas nada sobre mis cuadros —le pide—. En Avilés mucha gente se conoce, y si la familia o algún conocido cercano de Tino anda por ahí, lo mejor será que no se enteren de tus pesquisas. Simplemente, intenta averiguar lo que puedas sobre él.

—Y, sobre todo, por qué robó los cuadros —concluye Perico.

Capítulo 12

Sábado, 5 de febrero de 2022 - Madrid-Asturias

En un tren rumbo a Asturias, Saúl reposa la cabeza en el respaldo del asiento y se deja mecer por el traqueteo constante. El silencio del vagón de primera clase le envuelve y regala espacio a sus pensamientos. Así rememora, aún incrédulo, cómo el abuelo y Perico se han salido con la suya. Dibuja media sonrisa. Vaya par.

Apoya la frente en el cristal y contempla cómo, a medida que se acercan al norte, la paleta de color verde del paisaje se vuelve más intensa y el cielo adquiere un color plomizo. Tendrá que comprar un paraguas, reflexiona justo cuando las primeras gotas de lluvia salpican las ventanas del tren.

A las cinco y media de la tarde, después de un viaje que le ha parecido eterno, llega a la pequeña estación de Avilés. Ya en la calle se sorprende de lo bajitos que son los edificios en comparación con los que se alzan en las amplias avenidas de Madrid. También observa cómo los avilesinos pasean tranquilos, paraguas en mano, y se sientan en las terrazas a pesar del frío del mes de febrero y la humedad, que se inyecta hasta los huesos. Saca su teléfono móvil del bolsillo y con Google Maps averigua cómo llegar a su nuevo apartamento. Javier le ha conseguido un pequeño estudio en la calle San Bernardo, en pleno corazón de la ciudad.

Arrastra su maleta por las calles y callejas y mira a su alrededor con curiosidad. Si bien la zona de la estación no le ha resultado especialmente atractiva, cuando se adentra en la pequeña villa le parece un lugar agradable con sus casas de colores y piedra y soportales para resguardarse del orvallo. Cuando llega a la dirección que señala su GPS, llama al teléfono que Javier le ha facilitado. Una voz masculina responde y, a continuación, escucha el clac del portal. Se adentra en el edificio: es sorprendentemente moderno, en contraposición con la fachada. En la segunda planta, un chico que parece solo un poco más joven que él le recibe.

—Soy Daniel —se presenta con una sonrisa afable.

Saúl le estrecha la mano y el chico con pantalones de pana, que parecen de tiempos de su abuelo, una gabardina raída y un jersey de lana deshilachado le invita a pasar al apartamento.

—No es muy grande, pero te gustará. Lo reformamos hace poco —le explica.

El piso se compone de un salón-cocina bastante amplio y luminoso. En una de las esquinas, hay dos puertas: una para el baño y otra para el dormitorio. Todo se ve nuevo, las paredes recién pintadas y la decoración sencilla y funcional. Saúl siente que estará a gusto en esa pequeña casa.

—Vivo justo arriba, en el segundo —señala Daniel—. Así que si necesitas cualquier cosa…, sal, por ejemplo, puedes tocar a mi puerta cuando quieras.

—Te lo agradezco.

—Ahora he de irme a trabajar.

¿Con esas pintas?, no puede evitar pensar Saúl.

Daniel le entrega una copia de las llaves que guardaba en su bolsillo y, al sacarlas, muestra, sin querer, un plástico transparente que parece envolver unos carboncillos.

—¿Eres pintor? —pregunta Saúl.

Daniel se extraña.

—¡Ah! ¿Lo dices por esto? —Señala los carboncillos—. Una historia larga de contar. Tal vez otro día. —Sonríe.

El chico abandona el apartamento dejándole intrigado. En cuanto la puerta se cierra, Saúl contempla su alrededor satisfecho. Aparca la maleta en su nuevo cuarto y reflexiona sobre lo mucho que echará de menos a Estela los próximos días. ¿Cuánto tiempo hace que no tiene que encargarse de comprar o poner una lavadora? Ni se acuerda.

Después de una visita al supermercado que se ha alargado más de lo deseable y de la que ha vuelto con cantidades ingentes de comida, decide dar una vuelta por la ciudad. Pasea tranquilo por el parque de Ferrera y observa cómo los niños dan de comer a los patos en el estanque. Grupos de amigos y parejas de enamorados recorren los caminitos de asfalto rodeados de césped o se sientan en los bancos de madera desde los que se puede contemplar el sol caer. A la salida del parque le reciben unas hermosas calles adoquinadas llenas de terrazas, cuyas mesas, algunas en forma de tonel, se despliegan bajo los soportales de piedra. Decide tomar asiento en una de ellas y pedir una cerveza. Hechizado por el ambiente y lo especial del entorno, contempla admirado los caserones indianos que se erigen con elegancia justo enfrente. Carga sus pulmones con el aire frío del norte y borra de su mente los aciagos acontecimientos que le han llevado hasta allí. Un rato después, el frío y la humedad le han calado hasta las entrañas y, lamentando no tener más compañía que un libro en una ciudad con tanto por descubrir, decide volver a casa.

Al calor del apartamento, con una buena copa de Rivera y una cena sencilla que le ha costado casi una hora preparar, decide que es el momento de hacer una llamada.

—Buenas noches. ¿Podría hablar con Antonio Cano?

Capítulo 13

Domingo, 6 de febrero de 2022 - Avilés

Antonio Cano vive en un antiguo edificio situado en la plaza de España, justo enfrente del ayuntamiento de Avilés. Mientras espera a la hora acordada, Saúl toma café en una terraza cercana y contempla a los peatones que, incluso trajeados de domingo, compran pan y pasteles y pasean despreocupados hasta que toque el vermut. Dirige la mirada a los inmuebles que rodean la plaza. Sus colores azul, blanco, naranja y amarillo dan un toque alegre al casco antiguo de la ciudad.

Cuando, a las doce, se acerca a la vivienda de Antonio, le da la sensación de que ese edificio debe de ser incluso más viejo que el hombre al que va a visitar. Al abrir el portal, un olor difícil de describir, como a muebles o libros antiguos, penetra por su nariz. Comprueba que el suelo de madera necesita una mano de barniz, y las paredes, una capa de pintura. No hay ascensor, por lo que se pregunta cómo se las arreglará el anciano para salir a la calle. Toca el timbre y una mujer de unos cuarenta años, ataviada de uniforme blanco y con cara de malas pulgas, le abre la puerta.

—Mi nombre es Saúl Ortega —se presenta—. Llamé ayer por la noche para visitar a don Antonio.

—Ah, sí, pase —responde secamente la mujer. Mientras le conduce por un oscuro pasillo, que cruje a cada paso, le advierte—: No sé de qué conoce a don Antonio ni qué tiene que hablar con él, pero tenga en cuenta que es un hombre muy mayor y delicado. Le pido por favor que no le altere ni le disguste.

Estas palabras, acompañadas por una mirada fulminante y desconfiada, provocan que Saúl trague saliva, pero acostumbrado a no dejarse amedrentar, replica:

—El hermano de don Antonio era muy amigo de mi abuelo. Estoy aquí investigando los orígenes de mi familia —miente—. Solo quiero compartir con él algunos recuerdos. No se preocupe, haré todo lo posible por no alterar su paz.

Cuando abre la puerta del salón, Saúl contempla a un hombre muy mayor sentado en un enorme butacón. A sus noventa y seis años, Antonio parece aún guardar parte de la corpulencia de su juventud. Aunque no le ha visto de pie, sospecha que todavía debe de ser bastante alto. Viste ropa algo desgastada, pero elegante, corbata incluida, y mira con ojos sabios a través de unas gafas de montura casi invisible.

—Así que tú eres el nieto de Paco. —Sonríe y le invita a tomar asiento—. Perdona que no me

levante, pero esta artrosis me mata —pronuncia con un quejido y continúa—: Un buen hombre tu abuelo, sí señor. Lástima que después de marcharse a Madrid no nos visitase más a menudo. Mi hermano le tenía mucho aprecio.

—Creo que era recíproco —afirma Saúl tras sentarse justo enfrente—. Mi abuelo guarda muy buenos recuerdos de su vida en Avilés.

Antonio asiente y observa con curiosidad la cajita que el chico sostiene en su regazo.

—¿Eso son pastas? —pregunta goloso—. Deberíamos regarlas con un buen café, ¿te parece? ¡Amelia!

—¿Sí? —responde la mujer apareciendo de inmediato.

—¿Nos prepararías un café a este caballero y a mí?

Amelia asiente y abandona la sala con un mohín. Saúl la observa sin poder evitar que una de sus cejas se alce incrédula.

—Amelia es un poco…, bueno, es muy protectora conmigo y, además, las cosas que se salgan de la rutina le ponen de muy mal humor —explica Antonio con un encogimiento leve de hombros —. Pero no lo tengas en cuenta. Es muy buena persona, y… lo único que me queda —comenta con tono afligido.

A Saúl se le encoge el corazón al escuchar las palabras de Antonio y piensa en lo diferente que debe de ser la vida de ese hombre, tan solitaria, tan gris, a la de su abuelo, siempre rodeado de hijos y nietos.

—¿Y bien? —prosigue el anciano, que parece tener ganas de hablar—. ¿En qué puedo ayudarte?

El chico recuerda que el abuelo le pidió expresamente que omitiera el tema de sus cuadros, así que contesta:

—Pues verá, me he tomado un tiempo libre en mi trabajo y he decidido venir a Asturias porque me gustaría investigar sobre los orígenes de mi familia. Mi abuelo vivió en Avilés hasta que se casó, y tengo curiosidad por conocer la ciudad y enterarme de historias de su infancia. Me ha dicho que usted tiene muy buena memoria. —Sonríe.

—Bueno, últimamente no es tan buena.

Amelia irrumpe en la estancia con una bandeja con los cafés y un plato para las pastas. Saúl le ayuda a disponerlo todo en la mesita auxiliar que acercan a la butaca de Antonio. Intenta ganarse la simpatía de la mujer, pero no consigue más que un seco «gracias» y una mirada de desconfianza. Antonio hace un disimulado gesto indicando a Saúl que no se lo tenga en cuenta.

—¿Quiere que me quede aquí por si necesita algo? —pregunta la mujer.

—No te preocupes —contesta él—. Creo que nos arreglaremos. Además, voy a contarle a este joven algunas batallitas del pasado, cuentos de viejos, seguro que te aburrirá. ¿Por qué no sales a dar un paseo con tu hija? El sol te vendrá bien.

Amelia asiente, aunque su gesto denota que no está en absoluto conforme con la sugerencia.

—La pobre se pasa aquí todo el día —expresa Antonio una vez que ella ha abandonado la salita —. ¡Con este viejales! Yo le digo que tiene que salir, pasar tiempo con su niña y conocer gente de su edad, que ya me arreglaré, pero no hay manera. —Saúl asiente incómodo—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Querías saber algunas cosas de cuando éramos jóvenes, ¿verdad?

—Eso es. He oído que su hermano era un gran pintor —comenta el chico intentando guiar la conversación.

Antonio asiente mientras intenta doblarse para alcanzar una taza de café. Saúl le ayuda.

—Llegó a ser conocido, sí. Al menos en Asturias. Pero al principio nadie daba un duro por él, especialmente nuestro padre.

—¿Y eso por qué?

—Calma, calma, jovencito. Las historias es mejor empezarlas por el principio.

Sentado en su vieja butaca, Antonio mira por la ventana y contempla, melancólico, la misma plaza del ayuntamiento en la que decide comenzar su historia.

Capítulo 14

Febrero, 1942 - Avilés, Asturias

—Papá te va a dar una buena tunda cuando te vea llegar con ese ojo.

—¡Se lo merecía! —protesta Manuel palpándose el ojo derecho, que cada vez tiene un tono más negro.

—No haces más que meterte en líos —le reprocha Antonio—. Siempre estás igual.

—Es que tú eres don Perfecto. Don Ropa Limpia y camisa por dentro de los pantalones. Eres un soso del copón, ¡mírate! Comprando el pan en lugar de estar por ahí con los amigos.

Antonio dibuja una mueca y replica:

—Papá y mamá estaban muy ocupados hoy. Hay que arrimar el hombro de vez en cuando. Lo que tú eres es un desagradecido.

Los dos hermanos atraviesan la plaza de España mientras se enzarzan en otra de sus discusiones. Antonio siente lástima por Manuel. Es un chico revoltoso que no para de meterse en líos porque, en su opinión, no acaba de encontrar su lugar en el mundo. No es un buen estudiante ni hay nada que se le dé especialmente bien: no destaca en los deportes, no es muy sociable, y ni siquiera sus trastadas tienen gracia. Con catorce años, y después de haber vivido las penosas consecuencias de la guerra, debería estar más centrado. Debería ser casi un hombre; en cambio, parece que no va a madurar nunca.

Antonio observa con disgusto y cierta tristeza cómo Manuel continúa acariciando su ojo maltrecho, con la esperanza vana de que el moretón desaparezca para cuando lleguen a casa.

Después de un buen rato de caminata divisan el enorme caserón en el que viven, a las afueras de la villa. Una casa señorial que su padre compró cuando, allá por 1927, regresó de Cuba después de haber hecho fortuna en el negocio del tabaco gracias a una empresa llamada «La Copiosa». El chalé de piedra de dos plantas cuenta con dos torreones y una preciosa galería en el piso inferior, en la que su madre suele pasar las horas, dedicada a la costura y cómodamente sentada en una sencilla butaca. Como si intuyera su presencia, la mujer levanta su mirada clara y sonríe a sus dos hijos a través del cristal. Antonio percibe cómo la sonrisa se le tuerce al descubrir el ojo hinchado de su hermano.

—¿Qué ha pasado? —les pregunta alarmada en cuanto llegan al recibidor.

—Lo de siempre —bufa Antonio—. Voy a llevarle el pan a María, prefiero no tener que escuchar vuestra charla.

Recorre la casa guiado por un aroma delicioso. En la cocina, un par de ollas descansan sobre los fogones. En un rincón descubre a la mujer, muy atareada desplumando un desdichado pollo.

—Gracias, señorito Antonio —pronuncia ella mientras recoge las barras que el chico acaba de posar sobre una desgastada mesa de madera—. Van ustedes a chuparse los dedos con la comida de hoy.

Antonio sonríe.

—No me cabe duda. No sé qué haríamos sin ti, María: con dos o tres ingredientes haces auténtica magia. —Le guiña un ojo. La mujer le mira complacida—. Por cierto, ¿has visto a mi padre?

—Creo que está en su despacho.

El chico asiente. Qué pregunta tan estúpida: su padre siempre está en su despacho, salvo que salga por…

—¡No me das más que disgustos!

Un grito proveniente del salón corta sus pensamientos. ¿Será posible que exista un domingo de paz en esa casa? Cuando se acerca a la estancia se encuentra una escena que conoce bien: su padre le acaba de cruzar la cara de un bofetón a su hermano, por si no tuviera bastante con el ojo morado. A una prudente distancia, su madre observa apenada, pero impasible.

—No aprendes, ¿eh? —reprueba don Manuel a su hijo, que lleva su mismo nombre—. No sé qué vamos a hacer contigo.

—Pero…

—¡Fuera de mi vista!

El chico, con ojos acuosos, huye a su cuarto y la congoja invade la sala. Sus padres cruzan una mirada.

—¿Por qué siempre eres tan duro con él? —le reprocha la mujer—. Ni siquiera le has dado la oportunidad de explicarse.

—¿Explicarse? —bufa él—. ¿Y qué sentido tiene? La mitad de las cosas se las inventa, y la otra mitad…, que si alguien le empujó, que si le hicieron trampas en una carrera, que si le robaron la peonza. Tiene que espabilar y centrarse, que ya es casi un hombre. —Se desploma cansado en una butaca—. Ojalá se pareciera más a Antonio. Mira qué bien nos ha salido.

Antonio, que está escuchando detrás de la puerta, sonríe. Adora a su padre. Sabe que es un

hombre duro, pero justo, y se desvive por contentarle. Por eso, escuchar esas palabras de su boca supone una recompensa y un orgullo. Algún día se convertirá en el brazo derecho de don Manuel Cano y llevarán, codo con codo, el negocio familiar. Estudiará y le ayudará con las exportaciones de La Copiosa. En la actualidad solo trabajan con tabaco, habanos y cigarrillos, pero dentro de unos años… quién sabe.

Esa misma tarde, si el hombre está de buen humor, Antonio llevará a cabo su plan. Está a punto de cumplir dieciséis años, así que irá al despacho de don Manuel y le dejará claro su interés por el negocio y por comenzar a trabajar cuanto antes. Sabe que su padre quiere que vaya a la universidad, pero, por el momento, está seguro de que algo podrá hacer más allá de ser el chico de los recados. Esboza una sonrisa mientras vislumbra en su cabeza la cara de satisfacción de su progenitor.

Por el cristal de la ventana observa a su hermano. Ha salido al jardín y, apoyado en el tronco de un árbol, hace garabatos en un cuaderno. Últimamente le ha dado por el dibujo. Seguro que se lo habrá visto a alguno de sus amigos y lo habrá copiado, como cuando le dio por hacer tallas de madera o jugar a las chapas. El chico no tiene ningún talento, piensa apenado; al menos, ninguno que hayan descubierto por el momento. Antonio se compadece de él y se promete que hará todo lo posible por ayudarle a enderezarse, a hacer algo de provecho con su vida. Además, él es el hermano mayor y el encargado, después de su padre, de velar por la familia.

De pronto se le ocurre una idea. Una idea sencilla, pero que puede dar buenos resultados. Vuelve a mirar a Manuel, que sigue concentrado en su dibujo.

Si el chico no es capaz de encontrar su propio camino, él le ayudará.

Capítulo 15

Domingo, 6 de febrero de 2022 — Avilés

Una angustiosa tos interrumpe el relato de Antonio. Saúl le observa preocupado y, algo nervioso, le acerca un vaso de agua que el anciano acepta con manos temblorosas. Sigue tosiendo, como si fuera a dejar de respirar en cualquier momento, y parte del contenido se le derrama. Saúl, alarmado, mira a su alrededor sin saber bien qué hacer.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —Amelia entra en el salón como un rayo. Se acerca al anciano y le da unos golpecitos en la espalda y un caramelo. Unos minutos después, el hombre se encuentra visiblemente mejor, pero con signos de agotamiento. Dirige una mirada cansada a Saúl a través de los cristales de sus gafas.

—Se ha acabado la charla por hoy —sentencia la mujer con dureza.

Saúl asiente; no quiere abusar de la confianza de Antonio.

—¿Volverás? —pregunta el anciano con un hilo de voz.

El chico siente un pinchazo en el corazón.

—Por supuesto —responde sin dudar—. Tendrá que contarme cómo continúa la historia. ¿Qué le parece en un par de días? Cuando se encuentre mejor. —Antonio asiente y cierra los ojos satisfecho—. Llamaré primero.

Amelia acompaña a Saúl hasta la puerta y, cuando está segura de que Antonio no puede oírles, le espeta:

—Hacía mucho tiempo que don Antonio no sufría un ataque de tos como este. Te lo había advertido: estamos muy bien, no vengas a perturbar la paz de un pobre anciano.

Saúl, irritado, frunce el ceño.

—No creo que un rato de compañía le haga ningún mal. ¿No ve que se siente muy solo? Solo hemos estado charlando, por el amor de Dios…

—¡Y mira lo que ha pasado! No sé bien quién eres ni qué quieres, pero ándate con ojo. Te voy a estar vigilando.

El chico baja las escaleras del viejo edificio de mal humor. ¿Quién se cree que es esa mujer?,

piensa irritado. Cuando llega a la calle, le recibe un cielo repleto de nubarrones negros que amenazan con descargar de un momento a otro. Saúl echa un vistazo a su reloj y decide arriesgarse y dar un paseo antes de volver a casa.

Camina por la calle Rivero, prendado por sus baldosas de colores y sus casitas de piedra con soportales. Se refugia en ellos para protegerse de las primeras gotas de orvallo. Piensa en Antonio. Le ha dado mucha pena ver al hombre tan consumido y enjuto, sentado en esa vieja butaca. Está claro que no conserva el vigor de su abuelo Paco, aunque también es cierto que suma unos cuantos años más. Siente un pellizco en el pecho al percibir lo solo que está, sin familia y sin más compañía que ese dragón que no escupe fuego por poco. Amelia le ha resultado de lo más desagradable: una mujer flaca, con cara de haber chupado un limón, manos callosas y un pelo que parece cortado a hachazos y, sobre todo, con muy poco cariño. ¿De dónde habrá salido? Quiso entender que no son familia, así que ¿por qué tanta dedicación? Saúl sospecha que el apego de la mujer por ese anciano desvalido no es desinteresado y que va a poner todos los obstáculos posibles para evitar sus visitas o hacerlas desagradables. En cualquier caso, no piensa achantarse. Además de investigar qué ha ocurrido con los cuadros del abuelo, reconoce que ahora siente curiosidad por el relato de Antonio. Le gustaría saber qué ocurrió con su hermano Manuel y con el caserón de los Cano. Hubiera hecho tantas preguntas… Ni siquiera han tenido tiempo para hablar sobre Tino Acevedo.

Cuando llega al parque de Ferrera, el orvallo se ha convertido en una lluvia intensa, por lo que se apresura a volver a casa antes de calarse hasta los huesos. Por el camino decide que esa tarde se dará un homenaje: se tumbará en el sofá a ver una película o a leer un buen libro; no necesita nada más. Respira hondo y se concentra en sentir las gotas de lluvia impactando contra su cara. Sonríe. En los últimos días no ha vuelto a pensar en su antigua vida en Madrid. No le ha dedicado ni un instante a Alejandra, ni ha vuelto a abrir su cuenta de Instagram. Tampoco ha recordado nada de su trabajo, ni lo que sucedió hace apenas una semana. Solo imaginar que vuelve a la oficina le provoca urticaria. Se consuela pensando que aún tiene tiempo para reflexionar sobre cómo quiere dirigir su vida después de estos dos meses de impasse. Por el momento, aunque sea por una vez, decide vivir en el presente. Resolverá el misterio de los cuadros de su abuelo, y luego…, luego ya veremos.

* * *

Después de una tarde de sofá y manta en la que las gotas de lluvia repiquetean en el cristal de la ventana sin descanso, Saúl decide llamar al abuelo para contarle que ha conocido a Antonio. Habla primero con Laura para que le ayude a realizar una videollamada, pues Paco y la tecnología no tienen un buen idilio. Un rato después puede contemplarles a través de la pantalla.

—¿Cómo estás, hermanito? Se te ve muy saludable —afirma la chica con tono alegre.

—Pues aquí, disfrutando del sol y las buenas temperaturas. —Gira la pantalla hacia la ventana.

—Ya veo, ya…

—¿Has visto a Antonio? —pregunta el abuelo impaciente, clavándole sus ojillos nerviosos.

—Sí.

—¿Y qué tal está? Vamos, cuéntame.

Saúl sopesa unos instantes qué va a contarle. Tiene que omitir lo del ataque de tos, lo solo que ha visto al hombre y lo desagradable que es su cuidadora.

—Pues bien. Está… bien. —El abuelo arquea una ceja formando un surco de arrugas—. Es un hombre muy mayor —explica el chico—, no está para correr una maratón, abuelo.

—Eso ya lo suponía…

—Y la mujer que estaba hoy en su casa me ha resultado un poco desagradable. Se nota que no le gustan los desconocidos. Seguramente es porque quiere proteger a Antonio —se apresura a añadir—. Se la veía muy preocupada por él.

—Eso está bien. ¿Y le has preguntado por Tino Acevedo?

—No —murmura Saúl—. No me ha dado tiempo.

—¿Cómo que no te ha dado tiempo? —exclama Laura—. Si solo tenías que preguntar por Tino. ¡Era tu ú-ni-ca misión! —bufa tapándose los ojos con una mano—. Ya os decía que teníais que haberme dejado ir a mí…

El abuelo sonríe.

—Tú tienes que ir al instituto. —Dirige un gesto a su nieto para que continúe.

—Pues hemos hablado de otras cosas —comenta Saúl—. Digamos que Antonio no recibe demasiadas visitas y le venía bien charlar un rato. Parece que ha tenido una vida interesante. Me ha estado contando una anécdota de su infancia, cuando vivían en un caserón a las afueras de Avilés.

—Oh, sí. Una casa magnífica —comenta Paco con un carraspeo y la mirada soñadora.

—¿La conoces?

—Claro. Estuve allí varias veces… Me pregunto qué habrá sido de ella. Me suena que ahora está abandonada.

El anciano se queda pensativo y tamborilea con los dedos en la mesa.

—También me ha hablado de su hermano Manuel, que, al parecer, era un pieza.

—¿Manuel? —pregunta Laura—. ¿Ese es Manuel, el amigo del abuelo?

—El mismo —replica Paco—. Y no es que fuera un pieza. Simplemente tardó en encontrar su lugar en el mundo, pero, cuando lo consiguió, demostró a todos lo que valía —explica con orgullo—. ¡Y vaya si lo hizo! Os contaré una historia, una historia de esas de viejos.

—Esas son mis favoritas —afirma Laura.

El abuelo la mira con cariño y Saúl siente que, a pesar de la distancia, está más cerca de su familia que en mucho tiempo. Con el ordenador portátil en los brazos, se acomoda en una butaca, que está al lado de la galería y que ya es su sitio predilecto de la casa. Paco comienza su narración.

—Corría el año mil novecientos cuarenta y dos, y yo acababa de cumplir doce años. La historia empieza muy cerca de tu apartamento, Saúl, en la calle Fray Valentín Morán, que tal vez reconozcas como la calle Cabruñana.

Capítulo 16

Marzo, 1942 - Avilés

En lo alto de la cuesta de la calle Fray Valentín Morán, Manuel, Paco y otros niños se disponen a echar una carrera. Los últimos días los han pasado entretenidos construyendo «carrillos», unos artilugios utilizados para deslizarse por las cuestas a toda velocidad. Manuel, con uno de sus dedos morados a causa de un martillazo durante la construcción, agarra bien el palo de escoba que sirve de volante y da el pistoletazo de salida.

—Tres, dos, uno… ¡Tonto el último!

Entonces, los niños se lanzan cuesta abajo en una carrera desenfrenada. Es el momento de comprobar si los carrillos, construidos con una tabla, un palo de escoba y tres rodamientos, que hacen la función de ruedines, resistirán el envite. Recorren la acera de enfrente del posteriormente conocido restaurante Casa Campanal, en cuya puerta algunas personas les observan divertidas. Varios participantes se desvían y terminan accidentados en uno de los laterales de la calle; el artilugio de otros no resiste la contienda; por último, los que logran llegar en primer lugar celebran la victoria.

—¡He ganado! —festeja Paco dando saltos mientras su amigo Manuel le da una palmada en la espalda.

Los dos chicos recogen su carrillo y se disponen a subir la cuesta para empezar otra vez. Manuel ese día está visiblemente contento.

—¿Por qué estás tan sonriente hoy? —le pregunta Paco animado.

—Porque voy a empezar a ir a clases de pintura, en la Escuela de Artes y Oficios, con don Amador.

—¿Y eso?

Paco siente una pequeña punzada al recordar a don Amador, aquel hombre tan amable que tanto alabó sus dibujos. No le ha vuelto a ver, y su familia ha descartado por completo que él pueda asistir a sus clases.

—Mi madre y Antonio han convencido a mi padre. Piensan que es una forma de que me centre. Además, mi madre ha dicho que cree que tengo mucho talento. Ella me apoya y mi hermano también —comenta risueño.

—Te envidio. Ojalá pudiera ir yo —dice su amigo.

Manuel le observa apenado con sus intensos ojos azules. Sabe que Paco lo tiene difícil. Con una familia tan numerosa, apenas les da para vivir. Incluso Celes, un año más pequeño que Paco, ha tenido que acudir a la obra también. Aunque cuentan a sus amigos que hay momentos de diversión, los chicos se muestran visiblemente más cansados que de costumbre. El trabajo es duro, y las jornadas largas. Reflejo de ello son sus manos cada vez más duras y secas, agrietadas por el esfuerzo de utilizar poleas, cargar carretillas y trajinar con cemento y arena. Ojalá él pudiera hacer algo por ayudar a su amigo. Reconoce que tiene verdadero talento artístico: mientras que los dibujos de Manuel resultan poco más que garabatos, los de Paco son extraordinarios. Con sus lápices, cada vez más menguados, retrata paisajes, animales, personas, flores… Está seguro de que no hay alma en Avilés a la que no haya plasmado en su cuaderno. Si alguien merece ser alumno de don Amador, ese es Paco. Además, si estuvieran juntos, sería mucho más divertido. Pero ¿qué puede hacer él?

Dos meses después de ir a pintura varios días por semana, sigue dándole vueltas a esta cuestión, pero aún no se le ha ocurrido nada. Un día en el taller, entre lienzos y pinturas, aguza el oído para escuchar una conversación: don Amador habla en un rincón con uno de sus alumnos más veteranos.

—Desde que Evaristo se fue a Santander no doy abasto. ¡Mira cómo está esto! El taller es un caos. Paso las clases recogiendo pinceles de aquí y de allá, limpiando botes y quitando manchas del suelo. Así no puedo atender a mis alumnos.

—Pero, don Amador, ¿por qué no busca otro ayudante?

—Debería, sí, pero no te creas que me sobran las pesetas —dice resignado.

A Manuel no le hace falta oír nada más y, escondido detrás de su caballete, sonríe ampliamente. El resto de la clase la pasa nervioso y poco concentrado, pensando en cómo le va a plantear su idea al profesor. Cuando llegan las siete, el chico se entretiene y recoge sus pinceles con lentitud, mientras observa a sus compañeros abandonar el aula con cuentagotas.

Es su momento.

—Don Amador, ¿tiene usted un minuto?

—Pues claro. —Sonríe el hombre mientras coloca unos lápices en un tarro.

—No he podido evitar escuchar su conversación con don Félix —el profesor alza una ceja entre divertido e indignado—, y creo que conozco a alguien que podría serle de gran ayuda.

Don Amador suspira.

—Supongo que también habrás oído que no tengo mucho presupuesto.

—Sí, señor. Pero a la persona que yo conozco quizá no haga falta pagarle nada. Quizá mi amigo

pueda ayudar unos días a la semana a cambio de…, a cambio de acudir a sus clases.

El profesor guarda silencio unos instantes, dubitativo.

—¿A tu amigo le interesaría ese trato? —responde al fin.

—Oh, sí. Sé que está deseando venir, pero Paco tiene muchos hermanos y tiene que trabajar para ayudar a mantener a su familia. Sus padres no pueden permitirse pagarle clases de pintura.

—¿Has dicho Paco?

—Eso es.

—El caso es que ese chico me suena… —murmura.

Manuel extrae de su cartera un dibujo arrugado que Paco le regaló hace algún tiempo. Un sencillo boceto del caserón de los Cano. Se lo muestra a don Amador, quien lo mira con detenimiento y cierta sorpresa.

—Interesante… Este dibujo es… Las proporciones son fantásticas, la profundidad, la intuición de las sombras… ¿Y dices que ese chico nunca ha acudido a clases? —Manuel asiente—. Bien. Pues que pase por aquí esta semana y veremos si podemos llegar a algún acuerdo.

—¡Gracias, don Amador! Se lo diré. No se arrepentirá.

Manuel abandona el taller feliz, satisfecho. Corre, lo más rápido que sus piernas le permiten, hasta el barrio de Sabugo. Al ver que su amigo no está en casa, aguarda, sentado bajo los arcos de piedra, a que regrese del trabajo. Mientras espera, se entretiene con su cuaderno y lápices e intenta dibujar las casas de la calle. Un buen rato después, Paco y Celes aparecen sonrientes, pero visiblemente fatigados.

—¿Manuel? ¿Qué haces aquí?

—¡Tengo una gran noticia! —exclama nervioso—. Verás…

Unos minutos después, los dos dan saltos de alegría bajo la divertida mirada de Celes. Paco abraza a su mejor amigo. Nadie antes había hecho algo así por él. Acudir a las clases de don Amador es su sueño, y ahora, gracias a la ayuda de Manuel, está muy cerca de conseguirlo.

—Esto no lo olvidaré nunca —le promete emocionado.

Esa noche, en casa de Paco, reina la alegría. Su padre le ha dado permiso para hablar con don Amador e intentar llegar a un acuerdo sobre los días que debe ir a ayudarle en el taller. La única condición que le han puesto es que no descuide sus obligaciones. Sin embargo, Paco es un niño responsable y sus padres están seguros de que no les defraudará. En el pequeño piso, todos brindan por la salud de Manuel y por su gesto desinteresado para ayudar a un amigo. Ojalá existieran más personas así, comentan.

En el otro extremo de Avilés, en casa de la familia Cano, el ambiente es bien distinto. En el gran salón, Antonio y Manuel cenan con sus padres en silencio. Manuel, que no se atreve a levantar la mirada de su plato, se ha llevado una buena tunda por llegar tan tarde. Cuando le ha contado a su padre la conversación con don Amador y su intención de ayudar a su amigo Paco, el hombre se ha limitado a observarle por encima de las gafas y, con tono reprobatorio, ha sentenciado:

—Ya podías ser tú el que limpie los suelos y los botes de los pinceles. Así sabrías lo que vale un peine. ¡Ya está bien este niño! —se dirige a su mujer—. No tiene más que pájaros en la cabeza. Mucha pintura y mucha obra de caridad, pero aquí nos tiene a todos esperando para cenar. ¿Y las notas? Las notas, ¿qué? Si es que no va a llegar a nada, Ana. ¡A nada! Una vergüenza para la familia Cano y…

Manuel termina la noche con lágrimas en los ojos. Sube a su cuarto ante la mirada de tristeza de su madre y de Antonio. Son unos cobardes, piensa. Esperaba que saltasen en su defensa o que le dedicasen un mínimo gesto de apoyo, pero, una vez más, se han quedado en silencio y con la mirada gacha.

Y eso es aún más doloroso que las palabras de su padre.

Capítulo 17

Domingo, 6 de febrero de 2022 - Avilés

—Así que comenzaste a ir a clases de pintura gracias a Manuel Cano —afirma Laura.

—Eso es —responde el abuelo con orgullo—. Manuel siempre fue un buen amigo. Tenía un gran corazón, aunque eso a su padre le importaba un pimiento. Era un hombre estricto y estirado. A todos los niños nos daba miedo. —Sonríe.

—¿Y cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—¿Con Manuel? ¡Puf! Ni me acuerdo —reflexiona el anciano pasándose la mano por su espesa barba blanca—. Creo que hablamos por teléfono hace unas cuantas Navidades, unos años antes de que falleciera. En muchas ocasiones pensé que era una lástima que hubiésemos perdido el contacto, pero ya sabéis, las distancias…

—… son difíciles de sobrellevar, sí —termina Saúl—. Lo que está claro es que mis visitas a Antonio van a estar un poco restringidas.

—¿Por su cuidadora? —apunta Laura—. Haz el favor, hermano, ¿desde cuándo Saúl, el superejecutivo, se deja amedrentar? —le chincha. Saúl hace una mueca.

Tras una breve pausa, el chico pregunta:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo puedo seguir investigando?

Los tres se quedan en silencio unos instantes. A través de la pantalla, el abuelo, como siempre, tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras su mirada gris se pierde en algún punto de la estancia. Laura, por su parte, frunce el ceño y arruga la boca, concentrada.

—¡Ya sé! —exclama Paco dedicándoles una sonrisa arrugada—. ¿Por qué no vas a visitar mi antigua clase de pintura?

—¿Tu antigua clase? ¿Eso seguirá abierto? —pregunta la chica—. Estamos hablando de hace por lo menos doscientos años.

El abuelo, encajando el golpe, explica:

—En primer lugar, fue algo menos de doscientos años y, en segundo, iba a clase en la Escuela de Artes y Oficios de Avilés. Es más que probable que continúe abierta. Quizá allí recuerden a don

Amador y alguien conozca a Tino Acevedo.

Saúl asiente. Si al día siguiente consigue esa información, entonces todo será coser y cantar. Quizá ni siquiera sea necesario que pase las dos próximas semanas en Avilés.

—Es una gran idea, pero si no lo saben, estamos perdidos —apunta Laura.

—Entonces tendremos que pensar en otras opciones. Así que, Saúl, ya tienes deberes para mañana —afirma Paco con voz cansada.

Laura mira de reojo al abuelo y, tras un casi imperceptible gesto a su hermano, sugiere ir terminando con el consejo de sabios. Se despiden dejando a Saúl envuelto por el silencio de su apartamento.

Tras apagar el ordenador, Saúl lanza un profundo suspiro y dirige la vista a la ventana, bañada por lágrimas de lluvia. A través de las cortinas puede intuir la luz tenue de las farolas, que resisten estoicamente el temporal. De pronto siente cómo un fuerte granizo comienza a golpear el cristal, como si lo fuera a perforar de un momento a otro. El chico se levanta de un salto y corre a la pequeña galería del salón para ver la calle. Parece vacía, pero, en un instante, detecta el movimiento de una figura que corre por la acera intentando, en vano, resguardarse del agua. Como si intuyera que unos ojos curiosos le estuvieran observando, el extraño levanta la vista.

Daniel.

Saúl observa que viste el atuendo con el que le encontró el día anterior, esa gabardina ajada que no parece protegerle del frío y que ahora, además, está empapada. También puede percibir que su cara está algo oscurecida, como si volviera de una mina. Aguza el oído y escucha cómo abre el portal. A continuación siente sus pasos cansados y las gomas de sus zapatos resbalar en los baldosines de las escaleras del edificio. Saúl, con pasos sigilosos y como llevado por una extraña intuición, se coloca justo detrás de la puerta del apartamento. De pronto percibe cómo su casero se detiene en su planta y da unos pasos en su dirección. Nota sus botas rascar el felpudo y espera tenso a que suene el timbre. Unos segundos después, Daniel parece cambiar de idea y continúa su trayecto escaleras arriba hacia su apartamento. Cuando escucha el golpe de la puerta, respira tranquilo, pero, al observar su brazo, descubre que se le han puesto los pelos de punta.

* * *

A la mañana siguiente, el sol del mes de febrero intenta abrirse paso entre los densos nubarrones que cubren la ciudad. La luz se refleja en los charcos y en las baldosas brillantes de las aceras, y Saúl, por momentos, tiene que guiñar los ojos y aminorar ligeramente la marcha. Ha decidido salir a correr. Aunque ya no necesita entrenar con la intensidad del gimnasio, siente que su cuerpo le pide ejercicio. Así, esa mañana se ha puesto su atuendo de runner y ahora se encuentra recorriendo el agradable paseo de la ría de Avilés. Se sorprende de la cantidad de gente que hay:

personas mayores que pasean solas, acompañadas o con sus mascotas, hombres y mujeres que corren como él o incluso peatones que utilizan ese trayecto para ir a sus trabajos o al tren. Pese a que el cielo está cada vez más encapotado, los asturianos continúan su rutina, tan acostumbrados al chubasquero y al paraguas que la lluvia nunca altera sus planes.

Cuando, una hora más tarde, llega hasta su portal, comienzan a caer las primeras gotas. Justo a tiempo, piensa. Al subir las escaleras recuerda la extraña escena de la tarde anterior, con la sospechosa parada de Daniel en su rellano. Sube los escalones mientras reflexiona si preguntarle sobre ello la próxima vez que le vea. Ya en su piso, descubre un post-it amarillo pegado a la puerta.

¿Un café?

Daniel

Sorprendido, recoge la nota y mira a su alrededor. ¿Cómo se supone que debe contestar? ¿Van a estar dejándose mensajitos en las puertas como dos enamorados? La situación le parece ridícula, así que decide responderle cuando le vea.

Un rato más tarde, después de una ducha caliente y bien abrigado, se dirige a la Escuela de Artes y Oficios. Recorre la calle de la Cámara, el Parche, como le ha dicho un hombre que llaman los avilesinos a la plaza del ayuntamiento, y sube hasta la plaza de Álvarez Acebal, donde se encuentra la escuela. Saúl contempla el edificio con una media sonrisa. Con cuatro columnas que presiden la fachada central, pintada de color gris claro, y un frontón, la arquitectura le recuerda a un templo griego. Cuenta, además, con dos pisos de enormes ventanales que reflejan el color del cielo. Está seguro de que en uno de ellos estará la clase de pintura. Sin más preámbulos, decide entrar. Al traspasar el umbral de la puerta le recibe un gran patio interior, iluminado con una luz cálida y cubierto por un techo alto con vigas de madera y una enorme claraboya. En un primer vistazo descubre una exposición de cuadros que preside la estancia, y muchos otros colgados en las paredes de alrededor. Alza la vista y divisa dos pisos de corredores donde, supone, se encuentran las aulas.

El conserje le acompaña hasta la clase de pintura. Cuando está solo a unos pasos, un olorcillo de pintura penetra sus fosas nasales. Ese olor tan familiar y que tanto le recuerda al abuelo. Sonríe al imaginarlo allí mismo hace más de sesenta años, irradiando energía, plasmándola en sus pinturas, con toda la vida por delante.

—¿Hola? —pregunta con timidez dando unos toquecitos en la puerta.

Una mujer mayor con pelo ensortijado de color rojo oscuro aparece detrás de un enorme lienzo. Lleva una bata negra cubierta de manchas de colores.

—¡Hola! —le responde con voz alegre—. ¿En qué puedo ayudarte?

Saúl se aclara la garganta, dispuesto a pronunciar el discurso que lleva ensayando desde el día anterior.

—Mi nombre es Saúl Ortega. He venido a pasar una temporada en Asturias para conocer los orígenes de mi familia. Mi abuelo vivió en Avilés y estudió en esta misma escuela hace muchos años. Quería ver el edificio y…, bueno, ver si puedo contactar con alguien de su generación.

La mujer dedica unos instantes a estudiar a Saúl con la mirada y, a continuación, pronuncia con cierto alivio:

—Menos mal. Con lo elegante que vas, ya pensaba que eras un abogado o, peor, de Hacienda… —Saúl arquea las cejas, entre divertido y sorprendido—. ¿Estudió en esta escuela, dices? Entonces seguro que mi abuelo le dio clase. Se llamaba Amador.

—¿Don Amador? —repite Saúl esperanzado.

—Veo que has oído hablar de él —replica la mujer con tono amable—. Yo soy Rafaela —se presenta—. Te daría dos besos, pero no quiero mancharte el abrigo. Parece de los buenos… —termina con un murmullo.

Saúl sonríe.

—Mi abuelo se alegrará mucho cuando le diga que la he conocido: le tenía mucho aprecio a don Amador.

—Me alegra escuchar eso.

—Él sigue siendo un apasionado de la pintura y el arte. Por eso me pidió expresamente que visitara esta escuela. Pasó grandes momentos aquí.

—¿Es pintor?

—Oh, no, solo por hobby. Cuando se trasladó a Madrid se hizo delineante.

—Ya veo…

—Pero le encanta ver exposiciones. De hecho… —Saúl provoca una pausa; es el momento de dirigir la conversación hacia Tino Acevedo—, el otro día estuvimos viendo una exposición en una sala, muy cerca de la calle Alcalá. Era de un pintor asturiano, Tino Acevedo, ¿le suena?

Rafaela se frota la barbilla, pensativa, dejando un surco de pintura azul sobre su piel. Saúl intenta contener una sonrisa.

—Pues juraría que he visto ese nombre en algún cartel de la escuela… Creo que por una exposición que se celebrará en unas semanas —responde—. Pero no sé nada más. ¿Dices que era asturiano?

—Eso decía el folleto. También decía que Tino inició su formación en esta escuela y que su abuelo le dio clase.

—¿Mi abuelo?

—Sí, eso parece.

Saúl busca en su teléfono móvil la foto del folleto de la exposición y le enseña la descripción a la mujer, que la lee con interés.

—¡Pues vaya! Es la primera noticia que tengo de esto, pero…

—Pero… —intenta sonsacar Saúl al verla reflexionar, intentando ignorar su cara cubierta de azul.

—Me extraña que mi abuelo no me hubiera hablado de un alumno tan brillante. Le encantaba su trabajo, ¿sabes? Disfrutaba muchísimo dando clases y se enorgullecía de sacar, en ocasiones con sacacorchos, lo mejor de sus alumnos. A veces nos contaba los avances de cada cual. Además era muy meticuloso, tenía fichas de todos sus estudiantes, en las que recogía sus progresos, la técnica que estaban aprendiendo y sus mejores destrezas y puntos flacos.

—Se ve que era un hombre muy entregado.

—Sí. Quizá demasiado —dice Rafaela—. Revisaré sus fichas; aún las guardamos —propone—. Quizá allí encuentre algo sobre Tino.

—Se lo agradezco. Mi abuelo es un hombre muy mayor y se emocionó mucho cuando vio la exposición. Los cuadros le recordaban los tiempos de su infancia y juventud. Hemos intentado contactar con la familia para darles la enhorabuena, pero son ilocalizables.

Rafaela arquea una ceja, intrigada.

—Supongo que tendrán un representante.

—Sí. Hemos hablado con él y dejado el recado, pero no sé si alguna vez devolverán el mensaje.

—Entiendo… ¿Y cómo dices que se llama tu abuelo?

—No se lo he dicho. —Sonríe Saúl, que cada vez se encuentra más cómodo conversando con esa mujer—. Se llama Francisco. Francisco Ortega.

Rafaela observa a Saúl unos instantes, y a continuación exclama:

—¡Ya sé de qué me suena ese nombre! Es por una historia, una anécdota que me contó mi abuelo…

—Si tiene tiempo, me encantaría escucharla.

Toma asiento en uno de los taburetes e invita a la profesora a hacer lo mismo. Ella sonríe complacida, pues hay pocas cosas que le gusten más a Rafaela Campillo que pintar y contar batallas, sobre todo si es a un joven atractivo como Saúl.

—Esta historia empieza en un día lluvioso como el de hoy…

Capítulo 18

Marzo, 1945 - Avilés, Asturias

Las enormes cristaleras de la Escuela de Artes y Oficios reflejan un cielo completamente negro. De vez en cuando, a lo lejos, aparecen relámpagos entre las nubes que, en forma de suspiros luminosos, advierten a los avilesinos de que hay que guarecerse antes de que comience el torrente de lluvia. En la clase de don Amador, los alumnos miran por la ventana con aire contrariado mientras recogen sus cosas. Les va a caer una buena jarreada. El único que parece ajeno a los fenómenos atmosféricos es Paco, concentrado como está en la limpieza y colocación de los pinceles que han dejado los estudiantes en el taller.

Don Amador no puede contener una sonrisa al observar al chico, que en los últimos meses se ha convertido en uno de sus pupilos más destacados. Posee un talento natural, un don al que saca brillo con cada una de sus lecciones.

—Entonces, ¿qué le parece, don Amador?

El hombre sacude la cabeza. Manuel se acerca y le enseña el resultado final de su último cuadro.

—Creo que aún falta un poco para que esté terminado, ¿no crees?

El chico observa su lienzo decepcionado.

—Quería regalárselo a mi madre —explica.

—Pues lo mejor será que esperemos a la semana que viene. —El profesor le guiña un ojo—. Entonces estará completamente acabado y seguro que a tu madre le gustará mucho.

—Está bien…

Don Amador niega con la cabeza y suspira. La mayor parte de sus alumnos son impacientes. Como Manuel, quieren ver terminadas sus obras cuanto antes y no pueden esperar para comenzar la siguiente. Sin embargo, un buen pintor ha de ser paciente, disfrutar de cada trazo, sentir cada línea.

El profesor se vuelve para buscar un cuaderno en su maletín y descubre a Paco concentrado frente a su caballete, pintando pequeños detalles con un carboncillo.

—Paco…

El chico le mira con ojos como platos.

—Lo siento, don Amador. Vi el dibujo de lejos y pensé que no estaba bien. Si no matizaba la sombra del jarrón ahora…, seguramente para la clase de la semana que viene se me olvidaría.

—No te preocupes —replica el maestro observando fugazmente su reloj—, hoy no tengo especial prisa. Y con la que está cayendo…

Paco, carboncillo en una mano y trapo de la limpieza en la otra, vuelve a ensimismarse en su dibujo. Por su parte, don Amador observa por la ventana a los alumnos que abandonan el edificio. Todos echan a correr para intentar guarecerse del chaparrón. Todos menos Manuel, cuya madre ha venido a recogerle con un paraguas. Manuel, a sus diecisiete años, es un joven con un buen porvenir. Su familia se asegurará de que nunca le falte de nada, de que, haga lo que haga, tenga una red donde caer; sin embargo, el profesor reconoce que no en todos los aspectos de su vida lo tiene fácil. Con la mirada perdida en el cuadro de su alumno, recuerda la conversación mantenida hace unos días con el pequeño de los Cano.

—Mi padre me ha dicho que tengo unos meses para decidir qué quiero hacer en la vida.

—Eso es normal, Manuel. Ya tienes una edad, y tu padre se preocupa por tu futuro —había afirmado don Amador levantando la vista de un manual de pintura.

—Sí, pero… quizá no quiera hacer lo que él espera. Quizá quiera… otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre espera que estudie Derecho, como mi hermano Antonio, o si no Economía. Pero yo… no sé, no me veo. No soy muy buen estudiante.

—Y entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

Manuel había mirado a su profesor y con timidez le había contestado.

—Me gustaría ser pintor, como usted. Hacer exposiciones, dar clases…

Don Amador había mirado a su alumno a través de los cristales de las gafas y sonreído después de una pausa.

—Manuel, ojalá seas libre para escoger la vida que deseas, pero no idealices la carrera de un pintor. No es nada fácil destacar. Hay que tener talento, trabajar muy duro y, por supuesto, suerte.

—Entonces, ¿cree que tengo posibilidades? —había preguntado esperanzado.

—Podría ser —contestó el hombre midiendo sus palabras—. Hay una facultad de Bellas Artes muy buena en Madrid. Algunos de mis alumnos incluso han logrado entrar con una beca del ayuntamiento. Quizá si lograses ser admitido, te formases bien…

—¡Es una gran idea! Eso haré. ¡Gracias, don Amador! Se lo diré a mi padre.

Don Amador vio a su alumno abandonar el aula entusiasmado. Sin embargo, sabiendo lo que sabía de su padre, sospechaba que no iba a compartir el mismo entusiasmo que su hijo. De hecho, solo unos días después, don Amador recibió la visita de don Manuel, que utilizando un tono educado, aunque algo más elevado de lo que las buenas formas requieren, le dijo que por favor se abstuviera de dar consejos a su hijo y de meterle pájaros en la cabeza. El profesor había aguantado impasible la charla y despedido a don Manuel Cano con elegancia, pese a que no le faltaran ganas de volcar un bote de pintura sobre su cabeza.

De vuelta al presente, don Amador observa a Paco moverse con agilidad de un sitio a otro del taller, limpiando y colocando cada cosa en su lugar. Se acerca al bodegón de carboncillo en el que lleva trabajando desde hace semanas y percibe que está prácticamente perfecto.

—Aún no lo he terminado —indica el chico desde el otro lado de la sala.

El hombre asiente.

—Te lo guardaré hasta la semana que viene.

Paco devuelve una mirada de tristeza a su profesor.

—Ojalá pudiera venir a sus clases más a menudo.

—Paco, ¿has pensado qué quieres ser de mayor? —El chico parece extrañado—. Me refiero a qué quieres hacer dentro de unos años. Supongo que no pensarás trabajar en la obra toda tu vida, ¿o sí?

—Bueno, yo…, mi padre dice que podría aprender un oficio. Tiene un amigo carpintero que tal vez pueda enseñarme.

—¿Y no has pensado en estudiar?

—¿Estudiar? Imposible. Usted sabe que no tenemos dinero.

Don Amador suspira.

—Quizá eso pueda tener arreglo. El ayuntamiento ofrece becas para aquellos alumnos que quieran estudiar Bellas Artes, ¿lo sabías? Estoy seguro de que, con tu talento, no sería difícil que consiguieras una.

—¿Y podría dibujar todo el día?

—Harías muchas más cosas que dibujar.

—Eso sería fantástico…

—Me parece que aún te quedan unos años para ir a la universidad. ¿Cuántos tienes? ¿Quince? Así que tienes tiempo para pensarlo. —El hombre le guiña un ojo—. Solo te lo comento para que aprendas todo lo posible y no pierdas la ilusión.

—No lo haré, se lo prometo.

Así, esa tarde dos personas volvieron a sus casas con el corazón rebosante de esperanza: el alumno, visualizando un porvenir brillante y colorido como sus pinturas, alejado los tonos marrones y grises de la obra, y el profesor con el anhelo de ser el descubridor de uno de los pintores más prometedores del siglo

XX

.

Lo que en ese momento ninguno de los dos podía intuir es que el destino haría realidad sus sueños, pero no de la forma que ellos esperaban.

Capítulo 19

Lunes, 7 de febrero de 2022 - Avilés

—Ya me imagino a qué se refiere —afirma Saúl—, al final Manuel Cano fue el pintor famoso, y no mi abuelo.

Rafaela asiente.

—Eso es. Manuel no era el alumno más aventajado de Amador, sin embargo, llegó a construirse un buen nombre en Asturias. Tras unas cuantas exposiciones que tuvieron bastante éxito y que sus cuadros se vendieron como churros, también abrió una academia de pintura.

—Parece que al final tuvo una vida bastante interesante; la vida que deseaba, de hecho.

—Sí —corrobora la mujer—. Estoy segura de que, si buscas por internet o vas a la biblioteca, encontrarás muchas cosas sobre él.

Saúl asiente, pensando que Antonio sería una fuente de información mucho mejor que internet si quisiera conocer algo sobre Manuel Cano. Sin embargo, no es la vida de este pintor la que le interesa.

—Entonces, sobre Tino… ¿nada?

La mujer se encoge de hombros y mueve la cabeza de forma horizontal.

—Buscaré entre las cosas de mi abuelo, pero no te puedo prometer que vaya a encontrar algo.

—Se lo agradezco.

—Deberías venir a alguna de mis clases. Estoy segura de que te gustarán.

—Créame, no he heredado ni una pizca del talento de mi abuelo. Me he quedado en dibujar un retrato con un seis y un cuatro.

Rafaela suelta una carcajada.

—Tranquilo. No esperaba descubrir a un nuevo Picasso, simplemente puedes venir y pasar un buen rato. La gente aquí es muy simpática, y estoy segura de que pintar te resultará reconfortante. Tienes pinta de ser de los que no tienen mucho tiempo libre en la gran ciudad, ¿verdad?

Saúl sonríe.

—Me ha calado.

—Pues serás bienvenido. Ahora, si no te importa, tengo que terminar de recoger el aula.

Él asiente y se despide de Rafaela, que ha comenzado a colocar los caballetes y a ordenar botes repletos de pinceles y otros utensilios. Cuando baja las escaleras de la escuela, reflexiona sobre la historia que le ha contado la mujer. Por una parte, se alegra de saber algo más sobre la vida de su abuelo; por otra, se siente frustrado. Tino Acevedo continúa siendo un misterio.

Ya en la calle, Saúl saca su iPhone del bolsillo y la tarjeta del representante de Tino de la cartera. Se sienta en uno de los bancos de piedra de la placita situada justo al lado de la escuela y redacta un escueto email:

Estimado José Manuel:

Espero que se encuentre muy bien.

Mi nombre es Saúl Ortega. Estuve hace unos días en su despacho interesándome por contactar con los familiares de Tino Acevedo, pues, como le decía, mi abuelo ha quedado francamente sorprendido con los cuadros del artista.

Quisiera saber si ha podido trasladar nuestra enhorabuena a sus parientes y si, por casualidad, estos tendrían a bien ponerse en contacto con nosotros para reiterarles nuestra admiración personalmente.

Ruego que me contacte a esta misma dirección de correo electrónico lo antes posible.

Muchas gracias por su ayuda.

Un saludo.

Saúl Ortega

Satisfecho, guarda de nuevo el teléfono y comienza a andar. Por algún motivo, no se fía demasiado de ese representante. Han pasado ya unos días desde que le hicieron la visita y no ha dado señales de vida. Saúl decide que le presionará hasta que pueda sonsacarle algo de información.

Mira su reloj. Es casi la hora de comer, algo de lo que su estómago le lleva avisando desde hace un buen rato. Decide ir a la compra y preparar un buen almuerzo. Contra todo pronóstico, esos pocos días que lleva en Asturias está disfrutando al realizar tareas domésticas: comprar, cocinar, poner lavadoras… Su madre estaría orgullosa.

Se pregunta qué tal les irá a sus compañeros de trabajo. ¿Habrán ascendido ya a Pelo Pantene? Quizá debería llamar a Sergio para preguntarle, aunque, pensándolo bien, le da una pereza terrible. Una brisa fría le acaricia el rostro. Saúl respira hondo y, por primera vez en mucho tiempo, siente cómo la opresión que se había instalado en su pecho se hace cada vez más pequeña hasta casi desaparecer.

* * *

—¡Así que has conocido a la hija de don Amador! —exclama el abuelo a través del Skype esa misma tarde—. Era un gran hombre, sí, señor. Creyó en mí como el que más, pero luego…

—Abuelo, luego conociste a la abuela y os casasteis —precisa Laura—. Tampoco te fue tan mal.

El hombre frunce sus pobladas cejas formando un surco de arrugas y después sonríe.

—¡Es verdad! Reconozco que no cambiaría a vuestra abuela por la fama y la vida bohemia, pero ojalá hubiera tenido las dos cosas, ¿no os parece? Si llego a saber que mis cuadros iban a tener tanto éxito…

—Tampoco lo intentaste —afirma Saúl.

—Escucha, jovencito: a tu edad yo ya tenía tres hijos y trabajaba horas y horas. La familia entera dependía de mi sueldo, y el poco tiempo libre que tenía era para estar con ellos. ¿Cuándo iba a pintar? Era pintar o dormir, y cuando llegaba a la cama caía como un tronco.

—Vale, abuelo, no te enfades —claudica Saúl—. Solo digo que es una pena que se haya desperdiciado ese talento.

—Ese talento está en esta casa. —Laura señala las paredes cubiertas de cuadros del salón de Paco—. Y ahora, gracias a nuestro ladrón de arte, Tino Acevedo, en una galería cerca de la calle Alcalá.

—Entonces, cuéntanos qué sucedió, abuelo. Supongo que Manuel llegó a estudiar Bellas Artes y tú te quedaste en Avilés, ¿no?

El anciano asiente.

—Eso es. Pero hay una historia muy divertida sobre cómo Manuel consiguió entrar en la facultad. Me alegra pensar que he puesto mi granito de arena en la carrera de un pintor de su categoría.

—¿Y nos vas a contar esa historia?

—Por supuesto.

Sentado en la butaca que está al lado de la galería, con vistas a las fachadas de las casas de Avilés, Saúl se acomoda dispuesto a sumergirse en el relato de Paco.

Capítulo 20

Mayo, 1946 - Avilés, Asturias

Resguardados bajo los soportales de la calle Galiana, Paco y Manuel contemplan el incesante orvallo que no da tregua a los avilesinos, como si el verano se resistiera a llegar a la villa. Los dos amigos se distraen lanzándose una vieja pelota. Los lápices y el cuaderno de Paco descansan en un rincón.

—No puedo creer que mi padre me obligue a hacer esa ridícula prueba de dibujo —se queja Manuel chutando el balón—. ¿Quién se cree que soy? Llevo años asistiendo a las clases de don Amador.

Paco se encoge de hombros y, devolviéndole la bola, replica:

—Qué más te da. Solo tienes que ir ahí y hacerle un dibujo a un amigo de tu padre. No me parece tan grave.

—Sí que lo es. Demuestra que no confía en mí, que piensa que voy a desperdiciar mi vida estudiando Bellas Artes porque no tengo suficiente talento. Por eso ha hablado con ese amigo suyo, el tal don Félix, para que me examine, para que evalúe si realmente valgo para esto.

—Pues yo estoy de acuerdo con Paco —afirma Celes, que acaba de unirse al grupo y se incorpora al juego—. Ojalá solo tuviera que hacer un dibujo para que me dejen ir a la universidad.

Manuel pone los ojos en blanco y arruga los labios. Detesta que sus amigos no le entiendan. De hecho, últimamente siente que nadie le comprende: ni sus padres, ni su hermano, y ahora tampoco Celes y Paco. La única que parece confiar en él es su madre. Doña Ana alaba todos y cada uno de sus dibujos y los tiene expuestos en el cuartito que habitualmente utiliza para coser. Le anima a pintar, a hacer algo con lo que se sienta feliz. Aunque incluso ella le ha sugerido valorar la opción de estudiar leyes, como Antonio.

Dichoso Antonio.

Siempre el ojo derecho de su padre y, últimamente, también su mano. Pasan el día hablando de negocios y de cómo lograr que La Copiosa continúe mejorando las cifras. Un aburrimiento. A Manuel no le interesa nada de eso. No quiere llevar una vida de esclavo sentado miles de horas en un cuartucho leyendo papeles soporíferos. Eso, por supuesto, no se lo dice a sus amigos, que sueñan con trabajar cobijados en una oficina y no a la intemperie, en una cantera. Manuel lo que

quiere es disfrutar, ganar dinero y demostrar a sus padres que es un hombre de provecho, cosa que espera conseguir gracias a la pintura.

En ocasiones, haciendo examen de conciencia, se pregunta si tiene suficiente talento. Don Amador le dice que ha mejorado mucho desde sus inicios, sin embargo, Manuel es suficientemente listo para darse cuenta de que sus dibujos no tienen la vida y el realismo de los de Paco. Aunque eso, se convence, es algo que mejorará al estudiar Bellas Artes. Se aplicará a fondo y, cuando vuelva de la universidad, demostrará a todos su gran talento.

La prueba del día siguiente le inquieta. Pese a que Paco, e incluso el propio don Amador, le han dicho que no tiene nada que temer, le preocupa no dar la talla. Sacude la cabeza y se fuerza a pensar en otra cosa. Mira de reojo la bolsa de tela que descansa justo al lado del cuaderno de Paco y sonríe.

—Hoy vamos a hacer algo diferente —anuncia a sus amigos tras dar un último toque al balón, que vuela directo hacia Celestino.

Los dos chicos le contemplan expectantes. Manuel, que está encantado de ser el centro de atención, procura mantenerlos intrigados mientras, muy despacio, saca unas botellas de vino de la bolsa.

—Recién llegadas de la Rioja —afirma clavando su mirada azul en sus amigos.

—Tu padre te va a matar.

—¡Qué va! Seguro que ni se entera. En la despensa había por lo menos otras veinte. ¡Vamos a abrirlas!

Así, hasta bien entrada la noche, entre carcajadas, los tres amigos dan buena cuenta de las botellas.

—¡Está bueeeníííísimo! —afirma Celes arrastrando las sílabas—. Nunca había probado un vino como este.

—No me digas —responde irónico Manuel—. ¡Vamos, Paco! No te quedes atrás. Ya verás lo bien que dibujas después de tomarte unos tragos más. ¿No dicen que muchos grandes artistas solo son capaces de crear cuando están ebrios? Quizá deberías probarlo.

—No creo que sea una buena idea —murmura Paco—. De hecho, estoy un poco mareado. Creo que ya no voy a beber más. Además, no tenemos ni un mísero trozo de pan duro para empapar esto.

—¡Empapar dice! ¡Esto que lo empape mi cuerpo serrano!

Manuel y Celes lloran de la risa por el comentario. Paco se pone de pie y, recogiendo sus cosas, les dice que es hora de volver a casa. Los otros dos protestan.

—Cómo se pone a veces. Es demasiado serio este Paco —reflexiona Celes, que, en cuanto su hermano se ha ido, saca unos cigarrillos del bolsillo—. ¿Quieres? Me los ha vendido un amigo. Irán muy bien con el vino.

Manuel se dirige al chico con una media sonrisa.

—Me hacía falta una tarde como esta.

—Pues aún no ha hecho más que empezar.

A la mañana siguiente, cuando Paco se despierta, descubre que las camas de sus hermanos pequeños están ya vacías, sin embargo, Celes continúa durmiendo. Cuando le ha sentido llegar, los rayos de sol comenzaban a asomar por la ventana. Si nuestro padre le descubre, se va a llevar una buena bronca, piensa. Sospecha que Manuel habrá llegado a su casa a la misma hora que su hermano o, incluso, más tarde y… Un momento.

¡La prueba!

Alarmado, se viste deprisa y sale corriendo de casa sin siquiera pasarse a saludar a las abuelas y a su madre, que trasiegan en la cocina. Tiene que comprobar que Manuel está listo para hacer ese dibujo o no podrá ir a la universidad. Su padre nunca le perdonará haberse dormido. Jadeando, maldice que la casa de su amigo esté tan lejos. El vino de la noche anterior ha mermado sus facultades y siente cómo su cuerpo se queja por el esfuerzo de la carrera.

Cuando por fin consigue llegar al caserón de la familia Cano, encuentra a María, la cocinera, que vuelve de la compra cargada de bolsas y con la espalda encorvada.

—¡María! —exclama.

—¿Cómo estás, Paco? ¡Qué alegría me da verte! —responde ella risueña, aunque con gesto cansado.

—Yo de perlas y feliz de verte —contesta Paco mientras coge una de las pesadas bolsas—. Necesito saber dónde está Manuel. ¿Sigue durmiendo?

Ella le mira agradecida por el gesto y le informa:

—Me da la sensación de que el señorito Manuel corrió una buena juerga ayer. Le sentí llegar cuando yo estaba desayunando. Ya sabe que me levanto al alba. Seguía durmiendo cuando salí a hacer recados esta mañana, y me imagino que seguirá igual, como un tronco.

—Pues tengo que ir rápidamente a despertarle.

En cuanto llegan a la cocina, Paco coloca las bolsas encima de la enorme mesa de madera y vuela escaleras arriba en busca del cuarto de su amigo. Por fortuna, don Manuel y doña Ana parecen no encontrarse en casa en ese momento, aunque deben de estar a punto de llegar. María le ha contado que hace ya un buen rato que han ido a la estación de tren a buscar al hombre que

examinará a Manuel.

Como era de esperar, Paco encuentra a su amigo durmiendo a pierna suelta. Sin ningún tipo de reparo, le sacude.

—¡Vamos, Manuel! ¡Despierta! Tus padres están a punto de llegar y tienes que hacer la prueba. —El chico abre ligeramente los ojos y balbucea unas palabras ininteligibles. Le da un manotazo a Paco y vuelve a acurrucarse entre las sábanas. Este frunce el ceño—. ¡No te puedes dormir, joder!

Paco mira a su alrededor y descubre un gran vaso de agua en la mesita de noche. Sin dudar, vuelca el contenido en la cabeza de su amigo.

—¡La madre que te…!

—¡Tus padres ya están aquí! —exclama Paco asomado a la ventana. El matrimonio, acompañado por un hombre espigado y con bigote, avanza por el jardín de la casa—. ¡La prueba de dibujo!

Con notable esfuerzo, Manuel se incorpora en la cama.

—Me encuentro muy mal —afirma—. Creo que voy…

De pronto el cuerpo del chico se dobla y vomita encima del suelo de madera. Con ojos vidriosos, mira a su amigo.

—Paco, ayúdame. La he cagado, no estoy en condiciones de pintar ni una línea. Tienes que hacer esa prueba por mí.

Paco le mira alarmado.

—¿Cómo? Eso es imposible. Ese hombre estará presente mientras dibujas.

—Piensa algo, por favor —replica tumbándose de nuevo en la cama y cerrando los ojos.

—¡Ah, no, no! De tumbarse, nada —protesta Paco enfadado, agarrándole por el cuello de la camisa—. Creo que vamos a necesitar refuerzos —murmura.

Como una exhalación, sale del cuarto y baja las escaleras con sigilo para no ser descubierto por los padres de Manuel. Ya en la cocina, encuentra a María a punto de desmoldar un bizcocho.

—Necesitamos tu ayuda —le suplica.

La mujer, que siempre ha sentido debilidad por Paco, le mira intrigada. El chico le cuenta la penosa situación en la que se encuentra su amigo y lo importante de la prueba que está a punto de realizar. María pone los ojos en blanco ante la falta de responsabilidad de Manuel. Con lo que confía en él su madre, se dice compungida. Sin más tiempo que perder, María y Paco regresan a la habitación de Manuel, que intenta recomponerse a duras penas. Un agrio olor a vómito les

recibe. La cocinera arruga la nariz con disgusto.

—Pues sí que tiene mala cara, sí —observa María—. No puede presentarse así.

—¿Manuel? —Escuchan la voz de su padre desde el piso de abajo—. Don Félix ha llegado. Baja a recibirle, por favor.

Los tres se miran alarmados. Manuel se aclara la garganta y, con la voz más firme que es capaz de entonar, responde:

—Bajo enseguida. Estoy terminando de asearme.

—Vamos. Lávate bien la cara y la boca, y ponte ropa limpia —ordena María.

—Y péinate —añade Paco.

—Me encuentro fatal. No puedo hacerlo. Creo que voy a volver a vomitar de un momento a otro.

—¡Tengo un remedio para eso! Una infusión que preparaba mi abuela —dice María saliendo del cuarto—. Te la traeré ahora mismo.

Paco mira a su amigo con ojos como centellas y afirma:

—Respecto a la prueba, esto es lo que vamos a hacer. Escúchame bien.

Capítulo 21

Mayo, 1946 - Avilés, Asturias

Un rato más tarde y con aspecto algo más lozano, Manuel hace acto de presencia en el salón para recibir al invitado.

—Ya pensábamos que no te ibas a dignar aparecer —afirma don Manuel con voz tensa.

—Disculpadme. Ayer me quedé dibujando hasta las tantas y hoy se me han pegado un poco las sábanas. Lo lamento, don Félix —responde Manuel cordialmente dirigiéndose al hombre.

—No te preocupes —manifiesta este con desenfado—. Me gustan los chicos con entusiasmo, los que se implican. Luego podemos ver esos dibujos nocturnos tuyos.

—Claro. —El chico traga saliva.

—Pues no perdamos más tiempo —afirma don Manuel—. Don Félix ha tenido a bien hacernos el favor de venir hasta aquí desde Madrid para evaluar tus habilidades. Si lo haces bien, no pondremos objeción a que estudies Bellas Artes en la Escuela de San Fernando, donde nuestro querido amigo da clases.

—No te pongas nervioso. Estoy seguro de que lo harás muy bien —le tranquiliza don Félix—. Tu padre solo quiere comprobar que sabes defenderte, nada más.

Manuel está a punto de replicar que si su padre hubiera prestado más atención, habría visto todos los cuadros que están colgados en el cuartito de su madre. De pronto, las palabras de su profesor aparecen en su mente provocando una repentina inseguridad en Manuel: «Este espacio es demasiado grande, esto no está proporcionado, este azul hay que oscurecerlo…». Suspira. ¿Y si en realidad no tiene suficiente talento? Levanta la vista y descubre a Paco a través de la ventana de la galería. Entonces se tranquiliza. Si su amigo está con él, las cosas saldrán bien.

Manuel observa que en esa misma sala han preparado un caballete y unos carboncillos. Don Félix busca en su maletín y saca una foto.

—Me gustaría que dibujases a esta dama —le explica mientras doña Ana y don Manuel observan la imagen con interés.

—Es…

—Eso es, querida Ana. Es Paulina, mi mujer. —Se dirige a Manuel—. Tienes cuatro horas para

hacer un retrato sencillo. No necesito que entres en muchos detalles, lo único que quiero es mirar el dibujo y ver en él una imagen fidedigna de mi esposa.

Manuel observa la fotografía y siente como un sudor frío le invade. Odia los retratos. Nunca le salen bien. Colocar los ojos, las cejas, plasmar el pelo y, sobre todo, conseguir que el dibujo tenga vida le resulta terriblemente difícil, se lamenta.

—Yo me quedaré aquí leyendo un libro mientras tú pintas. Si necesitas algo, no dudes en preguntarme.

—Yo también estaré aquí —afirma doña Ana—. Me encantará ver a mi hijo mientras realiza el retrato.

Los nervios de Manuel se incrementan. No contaba con que su madre también estuviera en la sala, y su padre…

—Lo siento, pero yo no podré acompañaros —afirma don Manuel—. Tengo una reunión importante.

—¿En sábado? Querido, trabajas demasiado…

Mientras los demás se despiden del hombre y toman asiento, Manuel coloca el caballete frente a la ventana, justo delante de su madre y don Félix, tal y como Paco le ha indicado. Durante la primera hora, intenta hacer el dibujo de la mejor forma posible, pero siente que nada le sale bien. No para de borrar y percibe la mirada de don Félix, que, aunque parece concentrado en su libro, observa de reojo sus movimientos.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta.

—No, no. Estoy perfectamente. —Manuel sonríe nervioso.

El tiempo corre y no hay señales de Paco. ¿Dónde se habrá metido? Tiene un dolor de cabeza insoportable y en ocasiones nota un ligero mareo que le invade. Afortunadamente, el remedio de María para las náuseas parece funcionar. De pronto observa movimiento en el jardín. María y Paco están preparando una mesa repleta de suculentos pinchos dulces y salados, acompañados por unas botellas de sidra para regarlos. Un rato después, la mujer aparece en el salón.

—Señora, me he tomado la libertad de prepararles un pequeño aperitivo en el jardín, puesto que parece que, por fin, la lluvia nos ha regalado una tregua.

—Muchas gracias, María, pero estamos con la prueba de Manuel y…

—Yo estoy hambriento —afirma don Félix, que ha respirado el delicioso olor que exhala desde la cocina, cuya puerta María ha dejado abierta de forma intencionada—. Si nos sentamos justo enfrente, seguiremos viendo a Manuel con su trabajo. ¿Qué le parece?

—Entonces, ¡no se hable más! —sentencia doña Ana—. No permitiré que ningún invitado en

esta casa pase hambre.

Una vez que los dos adultos se han instalado en el jardín, Manuel se queda solo. Observa su dibujo; le parece una porquería. Además, el papel está lleno de marcas de borrado. Si la noche anterior no hubiera bebido todo ese vino, no estaría en esa situación, se reprocha. De pronto siente que algo roza su pierna y da un respingo.

—¡Paco! Pero qué….

—Chisss. Vamos, dame un papel y déjame ver la foto. Creo que podré hacer el dibujo mientras ellos están en el jardín. María ha preparado una degustación de canapés y tienen para un buen rato.

Sin tiempo que perder, Manuel le pasa una de las hojas a Paco y le acerca la foto. Durante la siguiente media hora, Manuel vigila que su madre y don Félix no se muevan de su posición y observa de reojo la facilidad con la que Paco, en solo unos trazos, capta la esencia de Paulina.

—¡Se están levantando!

Paco eleva sorprendido la mirada del papel y se la devuelve a su amigo, que no puede disimular el gesto de alarma.

—¡Vamos! Dame la hoja.

—Un segundo, que estoy retocando la mirada…

—¡No hay tiempo!

Manuel le arrebata el dibujo a su amigo, que huye del salón a gatas. Lo coloca sobre el caballete y tiene el tiempo justo para hacer una bola con la hoja anterior y tirarla a la papelera. Observa admirado el retrato que Paco ha realizado en poco más de treinta minutos. Su talento es innegable. Los ojos que le miran desde ese trozo de papel rebosan de vida. Tan embelesado se encuentra Manuel que no escucha cómo su madre y don Félix se colocan justo detrás de él.

—Tienes un talento incuestionable, chico —elogia el hombre sorprendido—. Has captado la mirada de mi mujer y la has volcado sobre la hoja. Te felicito. Algunos de mis estudiantes tardan años en conseguir lo que tú has hecho esta mañana. —Se dirige a doña Ana—. Pueden estar orgullosos. Su hijo tiene un gran porvenir en la pintura, si él quiere, claro.

Manuel sonríe ante los cumplidos, pero se siente un estafador. Quisiera decirles que en realidad él no ha pintado esos ojos. Quisiera pedirles otra oportunidad para demostrar su valía y está a punto de hacerlo cuando su padre aparece por la puerta.

—Don Manuel, quiero felicitarle por el talento de su hijo —afirma don Félix.

Don Manuel mira primero al cuadro y después a su benjamín y, por primera vez en muchos años, no hay decepción en su rostro, sino orgullo. El chico decide callarse y esperar a que se le

presente la oportunidad de volver a ver esa mirada por sus propios actos.

Unos metros más allá, escondido detrás de la puerta del salón, Paco sonríe al escuchar los cumplidos de don Félix. Ojalá pudiera decirle la verdad, decirle que él es quien ha pintado ese retrato. Pero no puede, se lo debe a su amigo Manuel.

Solo le queda confiar en que, como dijo don Félix, a él también le espere un gran porvenir.

Capítulo 22

Lunes, 7 de febrero de 2022 - Avilés

—Eras un buen amigo —afirma Saúl tras escuchar el relato—. Sin ti, Manuel no hubiera podido entrar en Bellas Artes.

El abuelo se encoge de hombros con movimientos lentos.

—Pues yo creo que lo hubiera conseguido de una forma u otra. Manuel era muy perseverante y tenía talento. Yo siempre creí en él. Cuando, años después, vi su primera exposición, supe que no me había equivocado.

Los tres guardan silencio unos instantes; después, Laura es la primera en intervenir.

—¿Y qué te dijo la profesora sobre Tino exactamente?

—Que no le suena —contesta Saúl con un suspiro—. Y que le extraña que, si Tino Acevedo llegó a ser famoso, don Amador no le hubiese hablado de él. Por lo visto, tenía fichas de todos sus alumnos.

—Es extraño —comenta la chica—, el propio folleto de la exposición dice que don Amador dio clases a Tino.

—Eso le dije yo a Rafaela. Me prometió rebuscar entre las cosas de su abuelo. Quizá ahí encuentre algo, así que me pasaré dentro de unos días por si hay novedades. De todas formas, no tengo muchas esperanzas.

—Quizá deberías ir a la Casa de la Cultura —sugiere el abuelo—. ¿Cuánto falta para la exposición? ¿Diez días? Es probable que allí, los de la organización, puedan contarte algo.

—Ojalá —replica—, porque hasta ahora todas las investigaciones sobre Tino han sido en vano: ni el marchante, ni Antonio, ni Rafaela nos han servido de nada.

—Paciencia, chico, paciencia. Nadie dijo que esto fuera a ser fácil —concluye Paco con voz serena.

El resto de la tarde, Saúl la pasa navegando por internet desde la confortable butaca del salón, al lado de la galería. No puede evitar pasear la mirada por la calle de vez en cuando, preguntándose si esa noche su extraño vecino también aparecerá con ese atuendo tan peculiar, pero no hay ni rastro de él. Debería intentar ponerse en contacto con Daniel para no quedar como un

maleducado. Además, reconoce que ese tipo le inquieta e intriga a partes iguales. Piensa en esto mientras recorre el buscador de Google en busca de noticias sobre Tino Acevedo. Descubre algunos artículos de periódico, de hace algunos años, en los que aparecen anunciadas varias exposiciones del artista. No parece un pintor muy prolífico. Por lo que puede leer, la mayor parte de sus obras las pintó entre 1996 y 2003. En las noticias puede contemplar alguna fotografía en blanco y negro de los cuadros, pero nada que le dé una pista concluyente, y mucho menos algún retrato del artista.

Al día siguiente, después de una reconfortante carrera por el paseo de la ría, Saúl vuelve a casa. Decide parar unos minutos en el portal para estirar los gemelos en el escalón antes de subir al piso. Mientras cronometra los segundos de estiramiento, observa como una figura aparece por su espalda. Es Daniel, pero esta vez no va vestido con los harapos de las otras ocasiones, sino con un buen abrigo y un jersey que no parece que se vaya a deshacer de un momento a otro.

—¿Recibiste mi mensaje? Pensé que un post-it era una forma un poco extraña de abordarte, pero no quería interrumpir ni aparecer en tu casa como el típico vecino que pide sal.

—Sí, sí, lo recibí —responde Saúl con cierto apuro—. He estado ocupado estos días, pero te acepto ese café… o una caña, mejor.

—Yo también soy más de cañas. ¿Mañana entonces?

—De acuerdo.

Saúl se despide de su vecino. Por un momento siente como si acabase de concertar una cita romántica: el post-it amarillo, los encuentros en el portal… Sacude la cabeza reprochándose por tener tantos prejuicios. Quizá su vecino simplemente quiera ser amable. Además, le vendrá bien un poco de compañía de menores de sesenta años.

A media mañana, tras una breve parada en una confitería, se dirige a casa de Antonio. Sube las viejas escaleras y, nada más tocar al timbre, toma aire esperando encontrarse con el rostro avinagrado de Amelia.

—¿Es que no piensa dejarnos en paz? —espeta ella a modo de saludo nada más abrir la puerta.

—Vengo a ver a Antonio. Eso le prometí hace unos días, y aquí estoy.

—Usted no hace más que alterarlo. La noche después de su visita, el pobre no durmió.

Saúl lamenta escuchar las palabras de la mujer.

—Créame que lo siento, pero debe ser Antonio quien decida si quiere prescindir de mi compañía.

El chico se abre paso y recorre con decisión el pasillo lúgubre que lleva hasta el salón de la casa. Amelia avanza pisando sus talones mientras murmura toda clase de improperios. Cuando abre la puerta, se encuentra con Antonio, elegante y hundido en su vieja butaca. Al verle, la cara del hombre se ilumina y muestra sus desgastados y amarillentos dientes.

—¡Has vuelto! —exclama.

Saúl se acerca. El anciano le toma las manos entre las suyas, huesudas y arrugadas.

—Por supuesto, don Antonio —responde Saúl conmovido—. ¿No le dije que volvería en unos días? Le he traído unos pasteles para animar el café.

—Amelia, ¿por qué pones esa cara? —pregunta don Antonio al percatarse de que ella se ha quedado en la puerta con rostro gélido—. ¿No ves que este joven solo viene a hacerme compañía un rato? ¡Alégrate, mujer!

—No quiero que le molesten, don Antonio, solo eso. Le estaba diciendo a…

—Saúl.

—Le estaba diciendo a Saúl que la noche de su visita no durmió usted nada.

Don Antonio hace un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Llevaba mucho tiempo sin recordar el pasado —explica a Saúl—. Por eso me costó un poco conciliar el sueño, nada más. Además, últimamente duermo demasiado. Supongo que es normal cuando se tienen casi cien años —afirma el hombre con una mezcla de orgullo y cansancio—. Y creo que ya soy suficientemente mayor para elegir mis compañías. —Guiña un ojo a Amelia.

Ella suspira y, anunciando que va a preparar café, abandona la estancia.

—¿Y bien? ¿Qué tal vas con las investigaciones sobre tu familia?

—Pues he conocido a la profesora de Artes y Oficios, Rafaela, la nieta de don Amador, y me ha estado contando algunas batallas sobre mi abuelo. También sobre su hermano.

—Mi hermano, mi hermano… siempre en boca de todos —dice don Antonio.

Saúl asiente y decide obviar la historia que el abuelo les contó el día anterior, pues quizá el hombre no supiera de esa pequeña farsa.

—Parece que su hermano tenía bastante claro qué quería hacer con su futuro —comenta Saúl.

—Mi hermano, sí, pero mi padre… creo que nunca terminó de ver con buenos ojos su carrera artística. Verás…

Don Antonio cierra un momento sus ojos surcados de arrugas, como si así pudiera contemplar el pasado con más claridad.

Capítulo 23

Diciembre, 1947 - Avilés, Asturias

En la mañana de Nochebuena, la plaza de Abastos siempre está de bote en bote. Decenas de personas de las aldeas de los alrededores se han instalado allí al alba para vender los ingredientes de la que será la cena más especial del año. Los puestos son una auténtica exhibición de olores y colorido: las verduras relucen como recién extraídas de la tierra, el pescado fresco aún huele a sal, los pavos y las gallinas cacarean ajenos a su destino y, por supuesto, abundan los tenderetes rebosantes de polvorones y mantecados envueltos en papeles blancos que huelen a almendra y a Navidad.

Antonio y María intentan abrirse paso entre el gentío en dirección al vendedor de pollos.

—Gracias por acompañarme, señorito Antonio —pronuncia ella esquivando el codazo de una mujer cargada con una bolsa de lechugas.

—No hay de qué. Siempre me ha gustado el ambiente navideño, aunque hoy hay demasiada gente —comenta agobiado.

—¡Y menos mal que hemos madrugado! En una hora las mejores piezas habrán volado. Tu madre se llevaría un disgusto si volviéramos sin un buen pavo… o dos. La cena de este año tiene que salir perfecta.

—Todos los años dices lo mismo, María. Y todos los años, tus platos salen perfectos.

En cuanto pronuncia estas palabras, se da cuenta, alarmado, de que está hablando solo. Acaba de extraviar a María entre la multitud. Mira a su alrededor buscando el pelo castaño y el abrigo marrón de la mujer. Le parece imposible encontrarla. Estupendo, piensa mientras pone los ojos en blanco; ahora volverá a casa no solo sin el pavo, sino sin la cocinera. A ver cómo se lo explica a su madre.

Unos minutos después siente unos golpecitos en el brazo y la descubre con el cabello algo revuelto, las mejillas sonrosadas y un gesto victorioso, sujetando con firmeza un par de flamantes pavos por las garras.

—Ahora, ¡a por el turrón!

A mediodía, cargados con los animales y unas cuantas bolsas, llegan a la hermosa finca de la familia Cano. Al abrir la puerta, perciben un ligero alboroto proveniente del salón. Antonio deja la compra en la cocina y corre a ver qué está pasando. La escena que descubre le provoca una

sonrisa: doña Ana envuelve entre sus brazos a Manuel, que acaba de llegar de un largo viaje desde Madrid.

—Cómo te he echado de menos, hijo mío —le dice colmándole de besos.

—Si solo han sido tres meses, mamá. No seas exagerada…

—¡Hermano! —saluda Antonio acercándose.

Manuel se separa de su madre y le clava sus ojos azules. Por unos instantes Antonio siente un escalofrío y percibe cómo su hermano fuerza una sonrisa antes de acercarse a él y estrecharle la mano.

—Un abrazo, ¿no? ¿O es que la capital te ha vuelto un estirado? —dice Antonio en tono amistoso.

Manuel parece ablandarse y le devuelve el abrazo a su hermano.

—Tendrás muchas cosas que contarnos. —Doña Ana sonríe y se acerca feliz al ver a sus dos hijos juntos.

—Sí, aún tenemos unas semanas por delante para ponernos al día.

* * *

Todo está preparado para la gran noche: la casa impecable, los adornos bien dispuestos y un enorme belén, con todo lujo de detalles, se exhibe en la pared principal del comedor, justo al lado de los ventanales de la galería. En el centro de la estancia, la mesa dispuesta con una valiosa vajilla y sofisticados canapés esperan para recibir a los invitados, meticulosamente elegidos por don Manuel.

Por favor, sentiros como en casa, proclama el hombre a los comensales, abrumados por tanta ostentación.

Sentados alrededor de la mesa, la velada transcurre entre brindis y conversaciones animadas. Don Manuel parece relajado entre sus seres queridos y amigos cercanos y, entre sorbo y sorbo de vino, alardea:

—Debo confesaros que las cuentas de La Copiosa este año han sido formidables. Hemos vendido todo lo que teníamos y más.

—También has trabajado mucho, Manuel —precisa uno de los invitados.

—Lo sé, mi querido amigo, pero el mérito no ha sido solo mío. Mi hijo, aquí presente, también

se ha dejado la piel. La exportación de tabaco ya no tiene secretos para él.

—Entonces podemos decir que tenemos aquí a tu digno sucesor.

—Tú lo has dicho.

Don Manuel Cano le da una palmada en el hombro a Antonio, sentado a su derecha, que sonríe sin intentar ocultar su orgullo. Ha trabajado muy duro para hacerse un hueco al lado de su padre y, por fin, siente que el día en que se le reconoce el mérito ha llegado. No necesita cerrar los ojos para imaginarse, dentro de unos cuantos años, en esa flamante casa, presidiendo esa misma mesa y, quién sabe, quizá acompañado por una bella esposa. Se recrea unos instantes más en su sueño hasta que la conversación capta su atención.

—Entonces, Manuel, tú estás estudiando Bellas Artes en Madrid —comenta una mujer un par de asientos a su izquierda.

—Eso es. Este es mi primer curso.

—Has elegido mejor que tu hermano. Te lo pasarás en grande todo el día con los pincelitos y haciendo figurines de barro —bromea otro de los presentes.

—No es exactamente así —replica Manuel sin perder las formas—. Se requiere mucha concentración, horas de práctica y…

—Sí, sí —le corta—. ¿Y para cuándo tu primera exposición?

—Bueno, yo…

—Todavía está por ver —corta don Manuel, que, con una mirada, indica a su invitado que se ha terminado la conversación—. De momento, Antonio es la esperanza de esta familia. Gracias a él puedo dormir tranquilo. Lo demás… ya se verá.

Antonio observa cómo su hermano se encoge en su asiento con gesto dolido. En cierta forma, comparte el desafortunado comentario del invitado: Manuel no sabe lo que es el trabajo duro, el esfuerzo. Está dándose la gran vida en Madrid, y haciendo dibujitos mientras él no solo ayuda a su padre con el negocio de la familia, sino que pasa el tiempo libre estudiando esas tediosas leyes. Antonio suspira y, por un momento, los dos hermanos se miran. Ambos sueñan con ser dignos sucesores de su padre, con mantener el lustre de esa magnífica casa y, sobre todo, del apellido Cano.

¿Cuál de los dos lo conseguiría? Hubieron de pasar muchos años para averiguarlo.

Capítulo 24

Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Cuando Antonio termina de contar su historia, lanza un profundo suspiro, como si quisiera llevarse con él todos los recuerdos grises de aquella época.

—Si ese caserón pudiera hablar… —sonríe cansado—, contaría lo estúpidos que fuimos y cómo nos dejamos llevar por una competición sin sentido por culpa de nuestro padre.

—Pero usted era su ojo derecho.

—Oh sí, pero pagué un precio muy alto, créeme…

El anciano se ajusta las gafas con manos temblorosas; un gesto de amargura surca su rostro arrugado.

—¿Y qué pasó con la casa? —pregunta intrigado.

Antonio le mira con tristeza y, con voz cansada, responde:

—Es una larga historia, así que te contaré directamente el final: la casa de mis padres lleva años vacía y abandonada. Está prácticamente en ruinas. Es una pena. Sí, señor, una pena…

—¿No ha vuelto por allí?

—¿A mis años? Imposible. Mi viaje más largo es bajar a tomar un chocolate a las cafeterías de aquí abajo y, si te digo la verdad, ni recuerdo la última vez que lo hice —termina pensativo.

—Quizá yo pueda ir y hacerle unas fotos. Se las traeré —se ofrece Saúl—. Me gustará ver la casa en la que usted vivió y en la que mi abuelo pasó grandes momentos con su hermano.

El chico recuerda la historia sobre la prueba de arte que le contó el abuelo Paco. Le encantará ver la galería en la que Manuel fingía pintar el cuadro mientras su madre y el profesor le observaban desde el jardín, completamente ajenos al engaño.

—Bueno, ¿y tú qué? —La voz de Antonio interrumpe sus pensamientos—. Ya he hablado mucho sobre mí; en cambio, yo solo sé que eres el nieto de Paco.

—Es que no hay mucho más que contar, en realidad.

Saúl percibe una sombra apostada junto al cristal translúcido de la puerta del salón. Frunce el ceño. Esa Amelia es una cotilla. Antonio alza su arrugado mentón invitándole a hablar, por lo que el chico continúa:

—Me he tomado un tiempo de descanso en el trabajo. Un tiempo para pensar…

—¿Para pensar? —se sorprende el anciano—. Qué cosas tenéis los jóvenes. En mi época se pensaba mientras se trabajaba.

—Lo sé. Pero yo ya no podía más. También es una larga historia. —Le guiña un ojo—. El caso es que, casualmente, visité con mi abuelo una exposición de un pintor asturiano llamado «Tino Acevedo». ¿Le suena?

El hombre reflexiona unos segundos mientras Saúl le observa conteniendo la respiración.

—La verdad es que no.

—¿Seguro? Parece bastante famoso, y debía ser de la generación de su hermano. Parece que también fue alumno de don Amador.

Antonio vuelve a negar con la cabeza antes de afirmar:

—Conocí a varios compañeros de profesión de mi hermano, pero ese tal Tino…, la verdad es que no me suena. —Provoca una pausa—. Entonces fuiste a esa exposición…, ¿y?

—Y a mi abuelo le encantaron los cuadros. Así que, ya que estoy aquí, quizá sería interesante si pudiera dar con la familia de Tino. Hemos hablado con su representante porque nos gustaría transmitirle nuestra enhorabuena.

—¿Tanto os han gustado? —se sorprende Antonio sin poder evitar un carraspeo.

—Ya lo creo. Son maravillosos, le dejan a uno sin aliento.

Amelia entra en el luminoso salón ataviada con un mandil e interrumpe la conversación sin mayor reparo.

—Ya es casi la hora de comer. Creo que lo mejor es que se vaya.

Saúl arquea las cejas sorprendido por lo cortante que resulta esa mujer. Mira a Antonio, quien mueve la cabeza de forma horizontal y lanza un suspiro.

—Está bien. Ya me voy. —El chico se levanta y, mientras se coloca el abrigo, le susurra a Antonio—: Tiene usted una paciencia increíble…

El hombre dibuja una sonrisa cansada.

—No se puede despreciar a quien cuida de uno —responde con un leve encogimiento de

hombros.

—Esta tarde me pasaré por su antigua casa y haré unas fotos, ¿qué le parece?

Los ojos de Antonio se iluminan.

—Te lo agradezco mucho, Saúl. Aunque si la casa está en muy mal estado…, no sé si podré soportar verlo.

Saúl se despide del anciano y abandona el piso escoltado por Amelia.

—No se librará de mí tan fácilmente —le espeta antes de que la mujer cierre la puerta.

Ella frunce el ceño y replica:

—Vuelva a su vida de Madrid y déjenos en paz. Usted solo va a traer disgustos a esta casa, ya lo verá…

Saúl da media vuelta y escucha un sonoro portazo a su espalda. Aunque le gusta ir a visitar a Antonio, se aflige cada vez que abandona ese apartamento trasnochado. Antes siquiera de llegar al portal y, como si de un pálpito se tratase, el chico recuerda una frase de la conversación mantenida con el anciano hace unos momentos: solo uno de los dos hermanos lograría ser digno sucesor de su padre.

¿Cuál de ellos fue?

Capítulo 25

Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Esa misma tarde, Saúl pasea por las calles de Avilés en dirección a la Casa de la Cultura. El comentario hiriente de Amelia antes de abandonar el piso de Antonio continúa haciendo eco en su pecho: «Usted solo va a traer disgustos a esta casa». Su único pecado es acompañar a ese pobre anciano que pasa los días solo, sentado en un desgastado sillón y mirando por la ventana como si a través de ella pudiera observar los recuerdos de un tiempo mejor. Esa mujer no le da buena espina. Está seguro de que tiene algún interés oculto detrás de tantos cuidados en apariencia desinteresados a una persona que ni siquiera es de su familia. ¿Será por su herencia? En realidad, no le sorprendería, puesto que, por lo que sabe hasta el momento, no parece que a Antonio le quede ni un pariente vivo.

Sacude la cabeza y se promete no dar más vueltas al asunto. ¿Qué le está pasando? El Saúl de hace un par de semanas era un ejecutivo implacable que ni se hubiera percatado de la existencia de la asistenta, y ahora se pasa el día preocupado por ancianitos varios y sus problemas. Quizá por fin se está derritiendo ese corazón de hielo. «Hermano, parecías Iceman», le había soltado Laura el día anterior entre risas.

Si ella supiera…

Después de un agradable paseo, llega al edificio de la Casa de la Cultura, que está pegado a la Escuela de Artes y Oficios. Es una construcción luminosa y con enormes ventanales desde los que se puede ver el parque de Ferrera, donde siempre hay gente haciendo footing o paseando y pandillas que charlan o practican algún deporte en el césped. Saúl entra en la pequeña sala de exposiciones, ocupada solamente por un par de personas más, y la recorre mientras observa las obras de fotografía que lucen en las paredes. Mira a su alrededor y decide buscar al responsable de la sala. Pregunta a una mujer que se encuentra en la garita de la entrada.

—Ha salido —le explica ella con amabilidad—. Tenía que hacer algunas gestiones, pero volverá en un rato.

Saúl mira su smartwatch.

—Entonces esperaré.

—Quizá tenga que esperar bastante… Lo mejor será que vaya usted a tomar un café y vuelva en un par de horas.

—¿Un par de horas? —pregunta sorprendido.

La mujer se encoge de hombros.

—Hay una cafetería en el piso de arriba —sugiere señalando las escaleras.

Saúl duda un instante.

—Creo que daré un paseo. Volveré luego.

Se despide dando las gracias y abandona el edificio con paso firme. De pronto tiene una idea. Esas dos horas le vendrán que ni regaladas.

Acostumbrado a pasear por las enormes y larguísimas avenidas de Madrid, cuando Saúl recorre Avilés de punta a punta en tan solo veinte minutos, mira estupefacto su GPS. Ha decidido aprovechar el rato para visitar la casa en la que vivió la familia Cano. El enorme chalé está situado a las afueras de la ciudad, muy cerca de la comisaría de Policía. Sin poder evitar un ligero jadeo, después de una última cuesta, llega a sus proximidades. Cuando aún está a unos metros de distancia, puede intuir que detrás de la oxidada verja de metal se alza un caserón con aspecto señorial y envejecido. Es mucho más grande e imponente de lo que se había imaginado. Los pelos se le ponen como escarpias al acercarse y contemplar el fantasma de la que debió ser una magnífica casa. Se aproxima a la verja y descubre que está entreabierta. Para su sorpresa, detecta voces y movimiento en el interior de la finca. Escudriña entre la vegetación y percibe ropas fluorescentes y algún que otro casco.

Obreros…, piensa con emoción.

Guiado por la curiosidad, las ganas de hacer averiguaciones y, por qué no, de adentrarse en el precioso caserón, decide atravesar por completo la valla. Aún no ha puesto un pie en la hierba cuando una voz femenina le sobresalta.

—¡Eh, tú! ¿Dónde crees que vas?

Saúl se vuelve y descubre a una chica de pelo corto castaño, con una enorme cámara de fotos colgada del cuello y cara de pocos amigos.

—Yo… solo quería acercarme un poco más —responde sintiéndose como un colegial pillado en plena trastada.

—Pues no vas a poder. Están trabajando —afirma ella categórica—. Créeme, yo ya lo he intentado varias veces y no hay manera de que me dejen pasar.

La chica suspira y, algo más relajada, toma algunas fotos de la finca.

—Es estupenda, ¿verdad? —comenta observando el caserón desde el objetivo de su cámara.

—Ya lo creo —responde Saúl sin saber bien qué decir.

—De niña me encantaba venir aquí —continúa la chica—. Me asomaba a esta misma verja y me imaginaba cómo sería la vida de los antiguos propietarios.

—Pues una vida con sus más y sus menos. Como la de todos. —Sonríe él acordándose de las historias de la familia de Antonio y Manuel—. Desde luego, la casa es impresionante, incluso abandonada. ¿La están reformando?

—Sí, hace unos días que comenzaron las obras. Parece que por fin los nuevos dueños han decidido hacer algo con ella. Desde que se fueron los Cano, esto se cae a pedazos.

—¿Cómo sabes…?

Ella le mira y arquea una ceja.

—¿Que la casa era de la familia Cano? Todo Avilés lo sabe. No eres de aquí, ¿verdad?

Saúl asiente.

—De Madrid.

—Me lo imaginaba —murmura.

—¿Y estás sacando fotos para recordar cómo era la pobre casa en sus malos tiempos? —pregunta divertido.

La chica sonríe.

—No. Soy periodista y voy a escribir un artículo para que todos sepan que el chalé volverá a lucir como antes.

—Yo que tú me informaría primero, no vaya a ser que estos señores de cascos amarillos estén pensando en hacer del chalé de los Cano un parking de autobuses.

Ella le fulmina con sus ojos castaños.

—No soy una principiante, si eso es lo que estás pensando.

—No quería decir…

—Venís de Madrid y pensáis que sois los más listos de España.

—Oye, oye —protesta Saúl—, que no te he dicho nada. No dudo de que tendrás tus fuentes.

—Fuentes fidedignas.

—Por supuesto. —El chico provoca una pausa y contiene una sonrisa—. ¿Empezamos otra vez?

Ella suaviza el gesto.

—Mi nombre es Deva. —Le tiende una mano.

—¿Deva? Nunca había oído ese nombre.

—Es típico de aquí. Es un río. —La chica se encoge de hombros y guarda su cámara en la funda —. Y tú eres…

—Saúl. Me llamo Saúl.

—¿Y qué haces aquí, Saúl?

—Pues es una historia larga…; en resumen, mi abuelo vivió en esta ciudad cuando era joven y…

—Y quieres conocer tus raíces y todo ese rollo, ¿no? —le corta ella.

—Así es. Más o menos… —murmura.

Tras un último vistazo a la casa, comienzan a alejarse en dirección al centro de Avilés. Saúl procura evitar el típico momento incómodo en el que uno camina en el mismo sentido que un extraño con el que solo ha intercambiado algunas palabras y no sabe bien qué decir, así que rompe el silencio.

—¿En qué sección del periódico trabajas?

—Pues soy un poco chica para todo. —Deva sonríe. Saúl percibe cierta tristeza en su tono—. Aunque lo que más me gusta es escribir sobre cultura, ya sabes: libros, teatro, conciertos, exposiciones…

El chico se sorprende. ¿Será su día de suerte?

—En ese caso, quizá puedas ayudarme —comenta. Ella gira la cabeza intrigada—. Verás — comienza con cautela—, hace unas semanas visité una exposición de arte con mi abuelo en un centro cultural de Madrid. Se titula «La memoria de las acuarelas». Es la obra póstuma de un pintor de Avilés, Tino Acevedo. ¿Te suena?

Deva guiña los ojos unos instantes, como buscando en el archivo de su memoria, para terminar con una negativa. Saúl suspira decepcionado.

—La verdad es que nunca había oído ese nombre. ¿Estás seguro de que es de aquí? He oído que hay otro Avilés en Murcia.

Él suelta una carcajada.

—Ese hubiera sido un fallo muy gordo por mi parte: venir al Avilés equivocado… Pero en serio, sí, era de aquí. Al menos eso es lo que ponía el panfleto informativo. También decía que fue alumno de don Amador Campillo.

—Don Amador fue un profesor muy querido de la Escuela de Artes y Oficios. Quizá podrías hablar con su nieta, Rafaela. También da clases allí.

—Lo he hecho —confiesa—, y tampoco le dice nada ese nombre. Ya no sé qué más hacer, la verdad.

—Pues sí que es raro, sí —responde Deva distraída mientras revisa su teléfono móvil. Bloquea la pantalla y resopla guardándolo de nuevo en el bolsillo.

—¿Malas noticias?

—Ni preguntes… —bufa—. Además, la labor del periodista es superconfidencial, casi como los curas y los médicos —bromea—. Y bien, ¿qué te está pareciendo nuestra querida ciudad? Ese olor extraño que hay algunas mañanas, las chimeneas…

—No seas exagerada. Sí que hay algunas chimeneas a la entrada de Avilés, pero por lo demás está bien. El casco histórico me ha parecido muy bonito.

Ella asiente y, mientras cambia el pesado bolso de hombro, añade:

—Reconozco que los que llevamos viviendo aquí toda la vida a veces no apreciamos lo bonito de la ciudad. Supongo que le ocurre a todo el mundo.

Cuando unos minutos más tarde llegan a la calle de la Cámara, se despiden.

—Encantada de conocerte, Saúl. Espero que tengas suerte buscando a ese tal Tino.

—Si de pronto recordases algo…

—Sabré localizarte —manifiesta enigmática—, pero ten esto por si acaso. —Le tiende su tarjeta —. Llámame si descubres una gran noticia.

—¿Como que el chalé de los Cano será un parking para autobuses? Yo también tengo mis fuentes.

Ella le propina un leve codazo y se despide con un gesto. Saúl sonríe, y con la tarjeta todavía en la mano, la observa alejarse por la calle. Pues ni tan mal la Deva esta, piensa antes de darse la vuelta y poner rumbo a la Casa de la Cultura.

Capítulo 26

Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Con la tarjeta de la periodista en el bolsillo, Saúl sube por la calleja de los Cuernos hasta la plaza en la que se encuentra la Casa de la Cultura. Mira su smartwatch y se da cuenta de que son algo más de las seis y media de la tarde. Espera que, por fin, el director haya regresado de sus gestiones y tenga tiempo para atenderle. Es casi de noche. Alza la vista y, a través de los grandes ventanales, puede contemplar la actividad de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, a algunas personas que pululan por los pasillos de la biblioteca e intuir las luces encendidas de la sala de exposiciones. Con paso rápido y soltando una bocanada de vaho, Saúl se da cuenta de que empieza a tener las manos heladas y se arrepiente de no haber realizado una parada técnica para tomar un buen café caliente. Qué bien le vendría en ese momento. Al verle llegar, parece que la mujer de la garita de seguridad piensa lo mismo, ya que cuando aún están a unos metros, exclama:

—Pero ¿dónde ha estado, hombre de Dios? ¿Y dónde va sin guantes?

—Pensé que un buen paseo me haría entrar en calor, pero ya ve. Creo que voy a perder un dedo. Esta humedad que hay en Asturias…

—Haga el favor de tomarse un chocolate caliente, venga.

—Si le soy sincero, preferiría hablar con el responsable de la sala y poder irme a casa —responde con cansancio.

La vigilante asiente.

—Sí, ahora mismo se encuentra hablando con otra persona. Llevan un buen rato, así que me imagino que no tardará en aparecer. Puede esperar en ese banco.

Ni que el director fuera Obama, piensa contrariado mientras se dirige al lugar donde le indica la mujer. Coge su móvil para matar el tiempo. Todavía no ha conseguido quitarse esa manía de abrir Instagram cada vez que tiene que esperar, aunque reconoce que últimamente ha estado tan ocupado que casi no ha dado uso a su smartphone.

Después de diez minutos escucha a dos mujeres que charlan animadamente acercándose a la salida. Parecen venir de la sala de exposiciones. Saúl las observa con interés: una rubia, algo más entrada en años, y otra morena, con rostro amable y una peculiar mirada fría. Se despiden con dos besos, como si fueran amigas de toda la vida, y la morena abandona la estancia. La otra hace

un gesto a la vigilante de seguridad y, a continuación, se dirige a Saúl.

—Buenas tardes, ¿es usted quien ha preguntado por mí?

—Eso creo —responde Saúl. La vigilante le hace un gesto afirmativo con el pulgar—. Muchas gracias por atenderme.

—Soy Elvira García, un placer. Bien, ¿en qué puedo ayudarle?

El chico estudia a su interlocutora que, pese a estar vestida y peinada de forma impoluta, muestra evidentes signos de cansancio en el rostro.

—Verá —comienza—, me he enterado de que dentro de unas semanas se celebrará aquí una exposición del pintor Tino Acevedo. —Ella asiente y Saúl carraspea—. Estoy trabajando en mi tesis doctoral —improvisa—. Es un análisis de la pintura a finales del siglo veinte en Asturias.

—Muy interesante.

—El caso es que me gustaría centrar mi trabajo en Tino Acevedo. Admiro mucho lo que he podido ver de su obra, y me gustaría saber más sobre él, pero el problema que me estoy encontrando es que hay muy poca información.

La mujer asiente a la par que aprieta los labios hasta formar una fina línea recta.

—Qué casualidad… —murmura.

—He buscado en periódicos, en bibliotecas y en internet, y prácticamente no he encontrado nada sobre su vida. Ni una miserable foto. ¡Me parece imposible! —termina con un quejido—. Así que he venido hasta aquí porque me he enterado de que en diez días se celebrará una exposición del pintor.

—Está usted bien informado. Dentro de un par de semanas inauguraremos una pequeña exposición en homenaje a Tino Acevedo y sus etapas más tempranas. Sin embargo, siento decirle que no ha elegido usted un personaje nada sencillo para su tesis doctoral. No es mucho lo que se sabe de él. Su familia afirma que fue un hombre muy discreto en vida y que así quieren que continúe siendo tras su muerte.

—Pero —se apresura a añadir Saúl— la gente necesita saber. ¡Para eso están los doctorados! Para arrojar luz a la oscuridad… Quizá Tino tuvo una vida trepidante y nos lo estamos perdiendo.

Elvira, divertida, arquea una ceja.

—Veo que es usted un estudiante muy entusiasta.

El chico asiente.

—¿Me dará algún detalle?

Ella medita unos instantes.

—Puedo decirle que fue alumno de don Amador Campillo, antiguo profesor en Artes y Oficios. Y también que durante varios años vivió en León, donde realizó varias exposiciones.

Saúl chasquea la lengua con disimulo. Esa información es justo lo que se indica en el folleto informativo que él mismo recogió en Madrid.

—Me temo que esa información ya la conocía —explica decepcionado. Ella se encoge de hombros y le mira con lástima—. No sé si voy a ser capaz de terminar la tesis. —Una estudiada mueca de desamparo surca el rostro de Saúl, aunque algo le dice que la carta de la pena no le va a servir con esa mujer.

—No puedo desvelar nada que la familia del artista no quiera decir. Lo siento. Entienda que nosotros simplemente somos un espacio en el que se exponen las obras. Quizá pueda hablar con su representante…

—También lo he hecho —se desespera Saúl.

—Pues elija a otro artista, hombre. ¡Hay decenas sobre los que podría escribir!

—No puedo —replica tajante—. Mire, seré sincero con usted: en Madrid, mi abuelo visitó una exposición de Tino y se emocionó tanto con sus cuadros que yo decidí dedicarle mi tesis doctoral. Esos cuadros son como un viaje por el pasado en la vida de mi querido abuelo —afirma pensando que es la primera verdad que le cuenta a esa mujer—, y por eso quisiera desentrañar su historia para después poder contársela a él. Sería una bonita forma de agradecerle todas las aventuras que me contaba a la hora de cenar cuando yo era niño.

La responsable de la sala se aclara la garganta, visiblemente incómoda.

—Desde luego la idea es preciosa, y su tesis suena muy interesante, pero permítame un último consejo.

—Claro —afirma Saúl con expectación.

—Estoy segura de que a su abuelo le importará más que termine la tesis que su propio contenido. Cambie de pintor. Si continúa con Tino Acevedo, nunca acabará su trabajo, créame. ¿Por qué no escribe sobre Manuel Cano, por ejemplo? —le sugiere—. Ese sí que es un pintor muy conocido aquí. Podrá encontrar mucha información sobre él en esta misma biblioteca, y nuestra hemeroteca debe estar llena de artículos sobre su vida. Además, quizá a su abuelo también le guste la obra de Manuel, al fin y al cabo, creo que solo es un poco mayor que Tino.

—Está bien… —susurra Saúl decepcionado.

—Y si me permite un pequeño chivatazo para dar más color a su tesis —comenta recogiéndose

un mechón rubio detrás de la oreja y acercándose a Saúl—, se dice que la obra de Manuel es un tanto… controvertida.

—¿Controvertida? ¿A qué se refiere?

La mujer le guiña un ojo de forma enigmática, y al despedirse le dice:

—Para eso están los doctorados, ¿no? Para sacar a relucir la verdad.

Capítulo 27

Martes, 8 de febrero de 2022 - Avilés

Todavía sorprendido por las palabras de la responsable de la sala de exposiciones, Saúl se despide de la vigilante de seguridad y emprende el camino a casa. Está seguro de que esa mujer sabe mucho más de lo que le ha querido contar, y no solo sobre Tino, sino también sobre Manuel Cano. O quizá sea un farol, reflexiona. En ocasiones, en las pequeñas ciudades, la gente inventa chismes por una pura cuestión de envidia o para desprestigiar un apellido. De ser así, ¿qué interés podría tener ella?

En cualquier caso, Saúl no ha viajado a Avilés por Manuel Cano, sino por Tino Acevedo, un personaje cada vez más misterioso. Le llama la atención que Elvira haya realizado un comentario muy similar al de José Manuel, refiriéndose a lo discreto que era Tino. ¿Tanto que no hay ni una simple fotografía en internet? Le extraña, y también el anonimato en el que quiere permanecer la familia. ¡Por el amor de Dios! Ni que Tino Acevedo fuese Goya.

Saúl introduce su mano congelada en el bolsillo del abrigo y se topa con la tarjeta de Deva. Sonríe al recordar su encuentro delante del caserón y reconoce no haber estado muy acertado con alguno de sus comentarios. Ojalá tenga la oportunidad de arreglarlo. Piensa en las ganas que tiene de enseñarle a Antonio y al abuelo las fotos de la casa que, aunque no esté en buenas condiciones, se eleva hermosa, recortada contra la luz roja del atardecer. Se promete que otro día volverá hasta allí con más calma, así podrá fotografiar sus recovecos e imaginar con todo lujo de detalles las escenas que ha escuchado a lo largo de estos días.

Son las ocho cuando llega a su portal. Mientras rebusca las llaves en el abrigo, percibe un movimiento sigiloso a su espalda. Lo primero que piensa es que está a punto de ser atracado; en solo un segundo lo descarta. La calle está llena de gente. Se vuelve con brusquedad y descubre a Daniel, que, con su característico abrigo raído, le observa divertido.

—Perdona, no quería asustarte.

—Tranquilo, te he visto venir —miente.

—Claro, claro… —responde el vecino esbozando una ligera sonrisa, sin creérselo—. ¿Qué? ¿Te animas a tomar esa caña?

Un rato después, los dos jóvenes se encuentran sentados en una de las mesas de madera de una vinatería llamada «Carpe Diem», en la misma calle del apartamento. Saúl observa el extravagante atuendo y el rostro sucio y desaliñado de su acompañante. Mira a su alrededor

abochornado. Parece que está tomando vinos con un vagabundo. Si le vieran sus compañeros de oficina…, piensa.

—Disculpa las pintas —dice Daniel leyendo sus pensamientos—. Habitualmente suelo ir algo más… —se mira intentando encontrar las palabras—aseado.

—No te preocupes, no me importa —contesta Saúl con despreocupación forzada. A continuación, movido por la intriga, le pregunta—: Pero ¿por qué vas así?

Daniel sonríe.

—Verás, me has pillado en medio de un trabajo importante. Estoy realizando una investigación para la Universidad de Oviedo —explica—. Se trata de un estudio sobre la psicología de los prejuicios.

Saúl arquea una ceja.

—¿Y por eso te vistes así?

—Exacto. Quizá recuerdes un experimento que realizó Unicef hace unos años. Se trataba de una niña que estaba en la calle, vestida con un abriguito blanco y unas botas relucientes. Al verla sola, varias personas se agacharon para hablarle, llamar a la policía para informar de la situación y para ayudarla, en definitiva. Sin embargo, días después, aparece la misma niña vestida con harapos y con la cara ennegrecida. ¿Qué crees que ocurrió?

—¿Lo mismo?

—Pues no. A esa niña la ignoraron. Se quedó ahí sola, de pie, porque una niña pobre no genera empatía en los ciudadanos.

—No me lo puedo creer. ¿Quién no ayudaría a una niña desvalida? —protesta Saúl.

—Pues seguramente tú, o yo. A esa niña ni siquiera se la veía.

—¿Y estás haciendo de niña?

—Pues mira, sí. Acudo vestido de mendigo a lugares donde nadie me conoce para comprobar en mi propia piel qué se siente al ser ignorado o al causar cierto temor o rechazo en la gente solo por mi apariencia.

—Deduzco que no ligarás mucho —bromea Saúl.

Daniel suelta una carcajada.

—No ligo nada, tío. Ni con harapos ni sin ellos. —Hace una pausa—. A lo que vamos: de no saber que soy tu casero, seguramente no estarías aquí conmigo.

Saúl se queda en silencio y no puede más que darle la razón.

—Entonces soy objeto de tu experimento, por lo que veo —comenta dando un sorbo a su Rioja.

—Tú lo has dicho. Además, he visto que eres influencer. Internet es un buen nicho para mi investigación —murmura—. Aunque no he visto en tu perfil ninguna foto en Avilés. ¿Es que no te gusta?

—Me estoy dando un descanso —responde cansado—. Había llegado a un punto en que mi vida era todo apariencias, ya que estamos con el tema. Conseguí un trabajo increíble, me codeaba con la gente que sale en las revistas…, pero fui perdiendo lo que más me importaba: a mi familia, a la chica que quería, a mí mismo, en realidad.

—Lo siento, tío.

Saúl observa a su vecino, que coge un pincho de queso de una espléndida bandeja. Tiene un ligero aspecto de hobbit, con el pelo algo revuelto, la nariz achatada y su corta altura.

—¿Y por qué Avilés? —le pregunta sacándole de sus pensamientos.

Saúl, que ya se ha inventado múltiples versiones sobre el motivo por el que está en la ciudad, decide hablarle directamente sobre Tino Acevedo, aunque sin contarle la relación con los cuadros de su abuelo.

—Y, por favor, no me digas que hable con Rafaela, o que te suena que la familia de Tino es muy discreta. Esa es la historia que me cuenta todo el mundo y estoy harto —concluye.

Daniel se encoge de hombros.

—No tengo ni la más remota idea de quién puede ser ese señor —responde con sencillez—. Lo único que puedo ofrecerte es mi hombro y mi compañía si necesitas hacer cábalas o contarme que no has descubierto nada.

—Se agradece. Me vendrá bien algo de compañía durante mi estancia aquí. Avilés es un sitio muy bonito, pero ir solo a todas partes es un poco lastimoso.

—¡Pues aquí tienes un compañero! El Carpe Diem será nuestro cuartelillo.

—Me parece bien —contesta Saúl. Saca un par de billetes del bolsillo para pagar las consumiciones—. ¡A esta ronda invito yo! Tengo la costumbre de invitar a los vagabundos.

Daniel, tras una carcajada, se agacha un momento y recoge un papel blanco del suelo. Es una tarjeta.

—Creo que se te ha caído esto.

El chico abre los ojos de par en par.

—¡Sí! Se habrá traspapelado al sacar los billetes.

El vecino sonríe y, tendiéndole la tarjeta, dice:

—No sé de qué conoces a Deva Fernández Durán, pero si alguien puede ayudarte a averiguar quién es Tino Acevedo, sin duda es ella.

Capítulo 28

Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

A la mañana siguiente, cuando Saúl llega a casa después de su carrera diaria y tras una ducha larga y merecida, llama al abuelo. El Skype pasa un buen rato comunicando. Sospecha que, aunque Laura lo ha dejado todo preparado, el hombre no se arregla bien con el ordenador. Al cabo de unos minutos, parte de su rostro aparece en primer plano.

—¡Abuelo! Tienes que alejarte un poco de la cámara. Solo te veo un ojo.

El abuelo manipula la pantalla. Saúl observa cómo coloca el portátil en una mesita y se acomoda en su butaca.

—Estos chismes del demonio… —murmura con un quejido—. ¿Qué tal por Avilés?

—Pues muy bien. ¿Tú qué tal estás?

—¿Yo? Hecho un viejo, qué te voy a contar. Y hasta el gorro de las lentejas de tu madre.

—¿Te ha llevado lentejas otra vez?

El anciano suelta un carraspeo.

—Pues sí. No sé si es que ha encontrado una oferta o qué, pero parece que en esta casa no se come otra cosa. —Hace un ademán con la mano y exclama—: ¡Vamos al grano! ¿Qué tal van tus investigaciones?

—Ya te adelanto que mal. —El abuelo frunce el ceño—. Pero ayer fue un día bastante interesante: fui a la Casa de la Cultura para hablar con la responsable de la sala donde se van a exponer sus cuadros.

—Querrás decir, mis cuadros —corrige con orgullo.

—Eso, eso, tus cuadros. Y, como me dijeron que tenía que esperar dos horas, decidí visitar el caserón de los Cano.

—¡Anda! ¿Y cómo está?

—Puedes verlo tú mismo.

Saúl, a través del Skype, comparte con el abuelo algunas fotografías de la tarde anterior. El anciano las observa con cierta emoción mientras mueve la cabeza de forma horizontal y murmura: «Qué pena, qué pena».

—Pero, abuelo, la buena noticia es que parece que la están reformando. Me imagino que alguien irá a vivir allí dentro de poco —comenta para animar al anciano mientras piensa que ojalá se haya equivocado con el asunto del parking de autobuses.

—Espero que tengas razón…

—Seguro. Eso me ha dicho una periodista que estaba allí sacando unas fotos. —Provoca una pausa—. ¿Tú sabes por qué la casa está en esas condiciones? Me extraña que la familia Cano la hubiera dejado así. Tiene pinta de llevar años en mal estado.

El anciano se encoge de hombros con lentitud.

—Eso deberías preguntárselo a Antonio.

—Lo he intentado, pero me ha dicho que es una larga historia y me ha contado directamente el final: la casa abandonada y medio derruida, como puedes ver en las fotos. Lo que me extraña es que ese hombre parece tenerle mucho cariño al chalé. ¿Por qué no ha hecho nada al respecto? Si es de su familia…

—Quizá el patrimonio de los Cano ya no es lo que era, Saúl. Imagínate cuánto puede costar el mantenimiento de ese caserón. Supongo que pocos bolsillos pueden permitírselo.

El chico reflexiona unos instantes. Posiblemente tenga razón. Todo lo que sabe sobre Antonio es en relación con su infancia y juventud y la de su hermano, pero ¿qué pasó después? ¿Qué sucedió con La Copiosa? La vivienda actual del anciano es de un tamaño considerable y está en un lugar céntrico de Avilés, por lo que calcula que debió costarle un buen dinero. Sin embargo, le resulta imposible, con la información que tiene, adivinar cuál es el estado económico del hombre. Quizá Amelia se haga una idea más acertada, piensa con maldad.

—Entonces, ¿lograste hablar con la mujer de la Casa de la Cultura?

—Sí. Se presentó como Elvira García. Le conté que yo era un estudiante de doctorado y que por eso necesitaba información sobre Tino Acevedo.

—Muy listo. ¿Y funcionó?

—Me temo que no. Me contó exactamente lo mismo que decía el folleto informativo de la exposición. ¿No te parece extraño? Me dio la sensación de que era un discurso muy ensayado. Seguro que oculta algo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque murmuró algo como… «qué casualidad» o «vaya casualidad». No sé. No lo pude oír

bien.

Abuelo y nieto permanecen en silencio a través de sus pantallas. Paco, que se acaricia la barba blanca pensativo, es el primero en hablar.

—¿A quién le has contado lo de Tino?

—¿Lo de tus cuadros? Esa historia, a nadie. Pero sí que he preguntado por Tino a varias personas: a Antonio, a Rafaela, a Elvira, a Deva, que es la periodista que conocí ayer, a mi vecino…

—¿A tu vecino?

—Surgió la conversación —responde Saúl escueto—. Abuelo, para poder averiguar algo tengo que preguntar. ¡Aquí no conozco a nadie!

—Sí, sí, pero…

—¿Pero?

—¿Y si hubiera otra persona preguntando por Tino? Por lo de la casualidad, digo.

—Me resultaría extraño, aunque supongo que no podemos descartarlo teniendo en cuenta lo raro que es todo esto. De todas formas, en esa conversación sucedió otra cosa peculiar: Elvira me sugirió elegir a otro personaje para mi doctorado inventado. Propuso a Manuel Cano.

—Es lógico. Manuel llegó a ser bastante popular —replica el abuelo restándole importancia.

—Esa no es la cuestión. Me dijo que su obra es algo controvertida, pero tampoco me quiso decir por qué.

El anciano cierra los ojos. Sus labios forman una fina línea, y su rostro se contrae en un gesto amargo.

—¿Abuelo? ¿Tú sabes algo?

—Sé que hubo gente que dudó del talento de Manuel. Eran unos envidiosos. Yo siempre creí en él. De hecho —toma aire—, me gustaría contarte una historia…

Capítulo 29

Julio, 1950 - Asturias

Cuando Manuel se apea del tren, tiene dos motivos para respirar hondo: en primer lugar, no puede evitar sentir alivio por haber terminado el viaje sin incidentes, pues, solo unos meses antes, el expreso que cubre el trayecto de Madrid a Gijón descarriló por causas que aún no están muy claras y temía que volviera a suceder. Por otro lado, el aire limpio y fresco de su tierra le alegra y preocupa a partes iguales. En contra de las predicciones desalentadoras de su padre, ha terminado la universidad y sabe que las próximas semanas, de una forma u otra, marcarán el rumbo de su vida.

—Te noto algo nervioso, hermano —comenta Antonio despreocupado al volante de su flamante Mercury Rubia—. ¿Es por nuestro padre?

Manuel, con la vista fija en la carretera, responde en tono cortante:

—Los que no somos su hijo predilecto tenemos las cosas un poco más difíciles.

—No se trata de ser hijo predilecto, Manuel —contesta obviando la pulla—. Tú elegiste un camino totalmente diferente a lo que papá tenía en mente, y eso le desconcierta. Estoy seguro de que cuando logres demostrar lo que vales, estará orgulloso y presumirá delante de sus amigos de su hijo pintor.

Los dos se miran un momento y Antonio le guiña un ojo. Manuel se siente reconfortado y protegido bajo el ala de su hermano mayor, como cuando eran unos niños.

—Veo que a ti las cosas te van muy bien. Este coche habla por sí solo. Serás la envidia de todo Avilés.

—No me puedo quejar, aunque también trabajo muy duro. Y no pienses que todo es fácil. Nuestro padre es un jefe muy severo, y a mí, por ser su hijo, me exige más que a cualquier otro empleado. Además, cuando llego a casa, no tengo a quien quejarme.

—Deberías buscarte una novia.

—Si me presentas tú a alguna…

Un rato más tarde, Antonio y Manuel llegan al chalé. Como cada vez que vuelve de la capital, Manuel se detiene a observar la magnífica casa que le recibe imponente con la cúpula de uno de sus torreones brillando bajo el sol. Después de saludar con un efusivo abrazo a su madre y a

María, el chico se dirige al despacho de su padre. Toma aire y abre la puerta. En el interior de la estancia descubre a don Manuel, con el pelo aún más plateado que la última vez que se vieron y con la misma mirada severa que le juzga desde que alcanza a recordar.

—Me alegro de verte, padre.

El hombre se quita las gafas y se acerca a darle un abrazo rápido y seco, más parecido a un saludo cortés que al achuchón que se le da a un hijo al que se ha extrañado durante meses.

—He terminado mis estudios con buenas calificaciones —le explica el joven con nerviosismo mientras toma asiento frente al escritorio—. Me he esforzado mucho. Te he traído mi expediente, y también algunos dibujos que he hecho para que puedas ver cuánto he mejorado.

Don Manuel observa con poco interés el contenido de la carpeta que su hijo le tiende, pasa las páginas sin siquiera pararse a analizar los documentos. Cuando termina, le dedica una pequeña mueca.

—¿Y ahora? —se limita a preguntar.

—¿Ahora qué?

—Que qué vas a hacer ahora. ¿Has conseguido alguna exposición o algo? —cuestiona en tono severo.

Manuel retuerce los dedos de las manos por debajo de la mesa antes de contestar con tono desafinado:

—Aún no —se aclara la garganta—, pero estoy seguro de que pronto saldrá algo.

—Ya, ya, pronto… Si yo le hubiera dicho a mi padre eso de «pronto saldrá algo» no estaría donde estoy ahora. —Mueve la cabeza y con disgusto dice—: Ay, Manuel, no sé qué voy a hacer contigo. No me das más que dolor de cabeza. No debí permitirte estudiar eso del arte y los dibujitos.

—Bellas Artes —corrige Manuel.

—Tendrías que haber estudiado Derecho, como tu hermano, o Economía. Al menos así servirías para algo. ¿Qué hacemos ahora con un pintor en la familia? Y más con uno mediocre, que no ha conseguido ni una sola exposición.

Al escuchar estas palabras, Manuel nota como algo se le desgarra en el pecho y la tristeza y la desilusión asoman cogidas de la mano. También comienza a sentir odio por ese hombre que está tirando por tierra su esfuerzo, todas las horas y las noches en vela, practicando, repitiendo bocetos y borrando una y otra vez con el fin de aprobar los exámenes. Es consciente de que no tiene el talento de su amigo Paco, sus pinturas no reflejan la vida y la fuerza de los que poseen un don, pero tiene voluntad y determinación, y gracias a eso ha logrado conseguir el título que ahora su padre desprecia.

—Reconozco que cuando hiciste la prueba con don Félix me sorprendiste —continúa don Manuel—. Quizá me dejé llevar por la emoción del momento… —comenta casi para sí—. En fin. La cuestión es que ahora ya no tiene arreglo.

Padre e hijo se miran.

—No vas a vivir a la sopa boba en esta casa —concluye don Manuel—. Te doy un mes para que consigas una buena exposición o un trabajo decente con el que puedas ganarte la vida. De lo contrario, hablaré con Antonio y te buscaremos algún oficio en La Copiosa. Quizá sirvas para recadero o mozo —escupe con tono despectivo.

Manuel, sin fuerzas ni ganas de replicar, recoge su carpeta y abandona la estancia con una escueta despedida. Cuando sale del despacho, descubre a su madre mirándole con tristeza.

—Lo siento, hijo… —El chico frunce el ceño—. Déjame ver esos dibujos preciosos —pide cogiendo el dosier—. Yo sí creo en ti —susurra.

—Pues espero que creas en voz alta —replica Manuel con voz gélida—. Los susurros no me sirven para nada.

Capítulo 30

Julio, 1950 - Asturias

Sin poder aguantar un minuto más en esa casa, Manuel recorre la villa hasta el único lugar en el que siente que será bien recibido. Por el camino se encuentra con algunos amigos de la familia y gente de la ciudad que le felicitan por haber conseguido el título universitario. Estamos impacientes por ver una exposición del gran Manuel Cano, afirma un hombre cogido del brazo de su mujer. Aunque sabe que se lo dice con la mejor de las intenciones, después de la conversación con su padre, Manuel está lleno de inseguridades. Tal vez sea cierto que él es un pintor mediocre. ¿Y si toda esa gente acudiese a sus exposiciones solo por ser amigos de don Manuel? Por compromiso. De pronto, sentirse tan expuesto, que su talento sea juzgado, se le hace un mundo. Un abismo al que le da pavor caer. Siente vértigo, y una arcada le asoma a la garganta.

Solo cuando llega a la Escuela de Artes y Oficios y se encuentra con la mirada familiar de don Amador, se siente algo más tranquilo. Paco también está allí y, aunque le alegra verle, reconoce que esperaba poder estar a solas con su querido profesor.

—¡Manuel! —exclama Paco soltando el trapo con el que había estado limpiando algunas manchas de pintura—. Dame un abrazo, amigo.

—Qué bien te veo, Paco. —Sonríe—. No sabía que seguías trabajando aquí.

—Bueno, en realidad, solo ayudo a don Amador. Cada vez hay más gente en el taller y hacen falta manos.

—Yo también me alegro de verte, chico —dice don Amador dándole una palmada en la espalda —. ¿Qué tal la vuelta?

—Podría haber sido mejor —dice Manuel desplomándose sobre un taburete.

Durante los siguientes minutos, el chico relata al maestro y a Paco sus andanzas por Madrid, cuánto le ha costado conseguir esa titulación y, por supuesto, la reacción de su padre de hace un rato.

—Pensaba que cuando viera que he terminado la carrera, estaría orgulloso. Sé que no daba un duro por mí, y he pasado los últimos años escuchando sus comentarios de desprecio. Supongo que he sido un iluso al creer que con un título eso cambiaría.

Don Amador y Paco se miran apenados. El maestro es el primero en hablar.

—No te des por vencido, Manuel. Piensa que ya impresionaste a tu padre una vez con aquel dibujo que hiciste para la prueba de don Félix. —El comentario se le clava a Manuel como un cuchillo aserrado. Don Amador no sabe que ese dibujo en realidad lo hizo Paco, que mira al suelo como si se le hubiera perdido algo—. Así que podrás hacerlo otra vez, estoy seguro.

El chico asiente no muy convencido. La conversación continúa. Don Amador, incluso, consigue sacarle una sonrisa contándole algunas anécdotas de su época como estudiante. De pronto, se da cuenta de que Paco ha desaparecido. Lo busca con la mirada.

—Estoy aquí —anuncia el chico, que se ha colocado detrás de un caballete al fondo de la estancia—. Os estoy escuchando. Quería terminar este dibujo…

—Lo tuyo es obsesión, Paco —afirma don Amador sin poder disimular un deje de orgullo en la voz.

Paco se encoge de hombros.

—Yo diría más bien que no tengo tanto tiempo para pintar como me gustaría, así que aprovecho hasta el último momento.

—¿Mucho trabajo? —se interesa Manuel.

—Bastante. Trabajar en la obra es duro. —Muestra sus manos callosas y estropeadas—. Y dedico gran parte de mi tiempo a aprender el oficio de carpintero. Mi padre está obsesionado con que no puedo acabar como él.

—Casi como el mío —señala Manuel por lo bajini.

—Un día a la semana acudo a las clases de don Amador, pero esas horas nunca me parecen suficientes. —Profesor y alumno intercambian un gesto sombrío—. Ojalá hubiera podido ir a la universidad como tú, pero, aunque conseguí la beca del ayuntamiento, mis padres no tenían una peseta que aportar y la vida en Madrid es muy cara.

—Ya lo siento, amigo.

El chico esboza una sonrisa de resignación y continúa a lo suyo. Manuel se acerca y, al mirar el lienzo, siente que le faltan las palabras. La pintura es una bella acuarela en la que aparecen tres mujeres sentadas en un banco del parque. Visten tonos oscuros, pero sus rostros son alegres. Una de ellas mira fijamente hacia el pintor. Su rostro sereno y sus facciones suaves son sobrecogedoras. En un plano anterior se puede intuir lo que serán unos niños jugando.

—Aún no está terminado —se excusa Paco.

—Está muy bien —alaba Manuel escuetamente—. ¿Puedo ver la foto en la que te has basado?

—No hay foto —responde don Amador con satisfacción.

—Todo está aquí. —Paco se da unos golpecitos en la cabeza—. Estos son mis recuerdos, y ellas, mi madre y mis tías. Es una imagen que guardo desde que era niño y viaja directamente de mi memoria al lienzo.

—Tienes un talento extraordinario —admite Manuel sobrecogido y sintiéndose un auténtico fraude.

Sus pinturas no pueden ni compararse con las de su amigo, que solo cuenta con las lecciones de don Amador un día a la semana. Al final resulta que su padre va a tener razón, piensa desalentado. Una hora más tarde, Paco les deja solos y el profesor, que percibe su desasosiego, le aconseja:

—Manuel, has hecho un esfuerzo muy grande para llegar hasta aquí. Has tenido el coraje de contradecir los deseos de tu padre y de luchar por tus sueños, pero tienes que seguir buscando tu propio camino, y ya te advierto que no será fácil.

—¿Y si no tengo el talento, don Amador? Mire la acuarela de Paco. Ni en un millón de años yo podría…

El hombre le observa a través de los cristales y de la montura redonda de sus gafas.

—No tienes que ser el próximo Goya o Velázquez —señala—. No todos podemos serlo. Ojalá llegues a ello, pero de momento, ¿por qué no procuras ser feliz con lo que haces? Si lo que quieres es vivir de la pintura, aprende todo lo que puedas y, sobre todo, disfruta. Quizá ese sea el secreto de Paco.

—¿Qué quiere decir?

—El talento de Paco es innegable, pero su destreza se basa en su perseverancia y, sobre todo, en su pasión. Desde muy niño siempre lleva consigo un cuaderno y algo para dibujar. Es su forma de evadirse, de dar color a una vida dura con un futuro incierto, de buscar la belleza incluso en las situaciones más feas.

Manuel se queda mudo unos instantes.

—Mi padre me ha dado un mes para encontrar trabajo como pintor o para conseguir una exposición. Tal vez usted podría…

Don Amador niega con la cabeza.

—A diferencia del pobre Paco, tú tienes el mundo a tus pies. Si de verdad quieres mejorar, vuela. En Avilés te resultará difícil hacerte un nombre como artista, al menos por ahora.

—¿Entonces?

—Entonces déjame que te sugiera tu próximo destino.

Capítulo 31

Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Y tú cómo sabes todo eso, abuelo?

—Porque me quedé escondido detrás de una puerta —responde con una sonora carcajada—. El caso es que Manuel viajó a París y vivió allí durante unos años. Me hubiera gustado ir a visitarlo, pero no tenía ni una puñetera peseta, y mucho menos, una que me sobrara.

El abuelo suspira y cierra los ojos rodeados de arrugas, como si así pudiera viajar al París de los años cincuenta, a sus cafés, al desenfado del jazz, al lugar de encuentro de artistas e intelectuales; en definitiva, a una ciudad apasionante que, a sus noventa y dos años, solo ha podido imaginar.

—Mi amigo del alma me escribía cartas desde Montmartre, ¡y cómo me alegraba por él! Como si fuera un hermano —explica melancólico—. Me contaba cómo sobrevivía a base de pequeños trabajillos: mensajero, repartidor, camarero. Y además encontró tiempo para pintar. ¡Y vaya si lo hizo!

—Entonces, ¿Manuel logró volver a Avilés como un pintor consagrado?

—Podría decirse así, sí. Con un poco de ayuda de don Amador consiguió su primera exposición, y lo demás… fue coser y cantar. Los cuadros eran preciosos, y su técnica, excelente. Hasta su padre lo tuvo que reconocer.

—Menos mal. Yo ya pensaba que era verdad que no tenía demasiado talento.

—Manuel era muy inseguro, ese era su problema —replica Paco.

Saúl asiente y piensa en la compleja vida de Manuel Cano. Creció a la sombra de un hermano perfecto a ojos de los demás, pero que no siempre le protegía. Estaba claro que, en la balanza de Antonio, su padre pesaba más que cualquier otra cosa y que no le defendería si ello significaba desagradar a don Manuel. Su madre, doña Ana, tampoco se atrevía a desafiar a su marido, ya fuera por no enfrentarse a su mal genio o por no provocar un escándalo. A pesar del valor que demostró Manuel, apartándose del camino preestablecido, tuvo que superar muchos obstáculos, siendo el más importante su baja autoestima y su constante miedo al fracaso, arraigados en su corazón desde niño.

—Entonces hay que reconocerle el mérito. Llegar hasta donde llegó…

—Y no te imaginas cómo fue después —continúa Paco con el orgullo reflejado en su mirada

trasnochada—. ¡Todo un dandy! Parecía un actor de Hollywood, el muy bribón. Con esos ojos azules que tenía, las traía a todas de calle.

—Pero ¿tú cómo sabes eso?, si en aquella época ya te habías marchado de Asturias.

—Oh, bueno, por los chismes que me contaron mis padres y los amigos con los que mantenía correspondencia.

Pues ya podrían esas fuentes de información seguir viviendo en Avilés, medita Saúl haciendo un repaso mental por la familia del abuelo. Sus padres fallecieron hace años, y algunos de sus hermanos tuvieron la desgracia de correr la misma suerte. Los que aún viven están desperdigados y tienen su residencia en distintas ciudades: Madrid, Barcelona, Sevilla… Al único que conoce Saúl es al tío abuelo Celestino, que unos años más tarde siguió los pasos de su hermano y se trasladó a la capital en busca de un trabajo fuera de las canteras.

—¿En qué piensas, abuelo? —pregunta Saúl al ver que el hombre lleva un rato en silencio.

—En Tino Acevedo. ¿Cómo puede ser que no encuentres nada? Y que no le suene ni a Antonio, ni a Rafaela… ni a nadie. Si se supone que hizo otras exposiciones.

—Eso decía el folleto.

—¿Y si mienten? —sugiere Paco frunciendo sus ojillos grises.

—¿Y por qué iban a hacerlo?

—Porque quien quiera que sea Tino Acevedo, sea ese o no su nombre real, es un farsante. Esos cuadros no son suyos. Tal vez los de sus otras exposiciones también sean robados.

—¿Y hay un complot entre Antonio, Rafaela y la mujer de la Casa de la Cultura para encubrirlo? —pregunta Saúl divertido—. No lo creo.

El abuelo pone los ojos en blanco.

—Tal vez son tonterías de viejo —manifiesta con un carraspeo y un leve encogimiento de hombros—, pero hay algo raro en todo esto. Te están ocultando información, estoy seguro.

El chico percibe que el abuelo comienza a estar un poco cansado y se despide de él prometiéndole que le llamará para informarle de cualquier novedad.

Sentado en la butaca al lado de la galería, observa el cielo, que, sorprendentemente, continúa de color azul. Decide revisar el correo electrónico para comprobar si hay señales de José Manuel, pero, tal y como esperaba, su bandeja de entrada sigue vacía. Tal vez su amigo Perico pueda pasarse por la oficina y hacerle un amable recordatorio de que continúan esperando noticias sobre la familia de Tino. Por otra parte, decide que pronto volverá a visitar a Antonio. Reconoce que ahora siente curiosidad por la vida de Manuel Cano y le gustaría saber cómo fueron sus años en París y escuchar la historia de cómo impresionó a un padre que nunca había confiado en él.

Teclea su nombre en Google y descubre multitud de artículos de periódico y algunos de sus cuadros. La mayoría de ellos están inspirados en paisajes de París, y el estilo no tiene nada que envidiar al del abuelo Paco. De pronto, una imagen llama su atención. Se trata de la foto que aparece junto a una noticia. En ella destaca en primer plano un joven Manuel Cano, ataviado con una bata salpicada de pintura y posando en lo que parece ser un estudio. De fondo, se intuyen dos figuras. Saúl apostaría una mano a que esos son sus padres, don Manuel y doña Ana, que observan orgullosos cómo el éxito de su hijo queda inmortalizado.

El artículo anuncia la próxima exposición del joven pintor. Saúl se sumerge en las palabras del periodista y la historia de lo que sucedió aquel día comienza a tomar forma en su cabeza.

Capítulo 32

Mayo, 1953 - Asturias

Cuando Manuel Cano regresó de París, no lo hizo solo. Su traslado a las tierras asturianas fue vivido por los avilesinos con la misma ilusión con la que los niños observan la cabalgata la noche de Reyes. Parecía un príncipe acompañado por su corte. El Manuel Cano venido de París lucía un bigotito de estilo francés, considerado ridículo por los hombres y sofisticado por las mujeres. En tres flamantes autos trasladó su colección de obras y trabajos de los últimos años, todo ello meticulosamente embalado, protegido de curiosos y miradas indiscretas. Regresó también acompañado por una exuberante francesa, de ojos verdes como esmeraldas, que deslumbraba a todos a su paso, pero a la que nadie entendía ni una sola palabra.

Por primera vez, su padre le recibió estrechándole amorosamente entre sus brazos. «Sabía que lo conseguirías», le dijo nada más poner un pie en la casona de los Cano, engalanada para recibir al hijo pródigo. Esa noche, Antonio pasó a un segundo plano y durante la cena solo se habló de los éxitos cosechados por Manuel en los últimos años. Narró a viva voz todo aquello que había relatado en sus cartas: las penurias que había pasado a su llegada a la ciudad de la torre Eiffel, de cuyo idioma solo conocía algunas palabras, cómo se deslomó trabajando como repartidor y camarero, sus tardes y amaneceres pintando a la orilla del Sena y aprendiendo las destrezas artísticas de pintores de renombre y artistas callejeros de talento innegable. También explicó cómo un día, concentrado como estaba en reproducir en un pequeño lienzo la belleza de Notre-Dame, los ojos como gemas de Camille le deslumbraron y desde entonces se volvieron inseparables. Manuel la observaba con ternura al contar esta historia, traduciendo alguna frase de cuando en cuando, mientras que ella le devolvía una mirada indescifrable y algún leve asentimiento. Don Manuel presidía la mesa, hinchado como un pavo al escuchar cómo el talento de su hijo fue descubierto y expuesto en las galerías del famoso barrio de Montmartre.

Esa noche, Manuel durmió a pierna suelta. Al fin, su sueño se había cumplido.

* * *

Al día siguiente, el teléfono en la casa de los Cano no paró de sonar y algunos curiosos se acercaron a las inmediaciones para tratar de averiguar si la fama del joven era tal como se decía. Al chico le faltó tiempo para, con la ayuda de don Amador, programar su primera exposición en la villa. Tenía que ser un éxito, y para ello sabía que debía crear expectación. Por eso, aunque no

le faltaron propuestas, decidió conceder una única entrevista en el popular periódico La Voz de Avilés. Su actuación tenía que ser perfecta: una proyección de elegancia y misterio, de hombre de mundo y, por supuesto, de talento desmedido.

—¡Aquí están! —exclama doña Ana asomándose a la ventana—. ¿Estáis listos?

Manuel y su padre se observan el uno al otro mientras planchan sus vestimentas con las palmas de las manos. A su alrededor, el enorme cuarto de la planta baja, que han convertido en el nuevo taller del artistam reluce con un desorden meticulosamente estudiado. El chico dibuja en el rostro ese gesto de confianza que tantas veces ha ensayado. Ya no es aquel muchacho enclenque inseguro que se marchó hace tres años. Toma aire, abre la puerta y recibe al periodista.

—Marcelo, mon ami! —exclama dando una palmada al hombre—. Y este chavalete, ¿quién es? —se dirige a un mozo corpulento de no más de quince años que carga una pesada cámara.

—Es Carlitos Álvarez, mi ayudante. Él se encargará de las fotos —explica Marcelo.

—¿No es un poco joven? —pregunta don Manuel desconfiado.

—En esta profesión, lo mejor es comenzar cuanto antes —responde el periodista resuelto—. ¿Pasamos?

—Adelante, adelante.

Ya en el estudio, los dos compañeros contemplan la estancia con detenimiento y fascinación. El lugar es francamente bello: la madera del suelo y las vigas del techo están resplandecientes, varios caballetes, con algunos lienzos cubiertos por sábanas, se reparten por la sala, y un leve olor a pintura y disolvente, junto con un par de cuadros expuestos, les envuelve y transporta a las calles parisinas del barrio de los artistas.

—Es estupendo —alaba Marcelo—. Me siento como si al salir de aquí me fuera a encontrar a todos esos pintores franceses.

—Está usted delante de uno, monsieur —afirma Manuel con un guiño y un acento exagerado.

—¿Y qué hay detrás de ese biombo? —Carlitos señala un enorme panel de madera que divide la estancia.

—Oh, no pasen ahí, por favor —responde despreocupado—. Es una parte del taller que aún estamos arreglando. Aún no está listo para enseñar, y mucho menos a todos los avilesinos.

Los presentes toman asiento en unos taburetes dispuestos para tal fin. La entrevista da comienzo. El periodista empieza con unas preguntas formales de cómo Manuel tomó contacto con la pintura. También hablan de don Amador, con quien el pintor se deshace en halagos, y les cuenta que este le aconsejó que estudiara Bellas Artes.

—Así que era el ojo derecho de su profesor, por lo que veo.

—Podría decirse así, sí —contesta Manuel con firmeza, aunque sin evitar dirigir sus pensamientos a Paco.

—Y cuénteme: cuando terminó su carrera en San Fernando, ¿le fue difícil conseguir alguna exposición?

Manuel tuerce levemente el gesto. Esa pregunta no estaba preparada y no puede reconocer delante del hombre que, a diferencia de otros compañeros, no consiguió exponer en ninguna galería al terminar los estudios.

—Pues verá, siempre he sido muy perfeccionista —apunta—. Cuando regresé de la universidad, tenía claro que solo quería mostrar lo mejor de mí y sabía que aún no estaba preparado. Por eso me trasladé a París, para seguir aprendiendo y trabajando, para que un día Avilés pudiera sentirse orgulloso de su paisano.

Marcelo asiente, visiblemente satisfecho, y Manuel y su padre intercambian una fugaz mirada seguida de un leve asentimiento por parte del hombre. Todo bajo control.

—Y una última pregunta —añade el periodista, que levanta la vista de su cuaderno repleto de notas de caligrafía ininteligible—, esto ya es por pura curiosidad: ¿por qué tiene tantos lienzos cubiertos con sábanas?

Manuel sonríe.

—Oh, no querrá ver la exposición antes de que se celebre, ¿verdad? Prefiero mantener el misterio, si no le importa. Por eso solo he dejado estos dos cuadros a la vista. —Señala dos magníficos óleos de paisajes parisinos.

—Claro, claro, comprendo. Y ahora, si le parece bien, vamos a hacer la foto. ¿Carlitos?

Los presentes, absortos como estaban en la entrevista, se dan cuenta de que el joven ha desaparecido. Manuel, intentando disimular su nerviosismo, corre a buscarle. Unos minutos después, ambos aparecen desde detrás del biombo.

—Vas a tener que vigilar a tu muchacho, Marcelo —comenta el pintor con desenfado—. Se ve que tiene muchas ganas de aventuras.

—Disculpe, Manuel. Los jóvenes, que están llenos de energía, ya sabe… —contesta clavándole una mirada de reproche a su aprendiz—. En fin, sin más demora, procedamos con la foto.

Manuel se coloca delante de uno de sus cuadros, esbozando la sonrisa que ha practicado cientos de veces. A unos metros, sus padres le miran con un brillo de orgullo. Camille, por su parte, no parece haberse enterado de una palabra, pero su presencia ha resultado más que conveniente para aportar un toque de distinción al cuadro. Además, ha captado la atención del periodista, que no puede evitar observarla de reojo de cuando en cuando. En su fuero interno, Manuel no cabe de gozo. Los murmullos sobre la belleza de la francesa pronto comenzarán a circular por la villa, hinchándose con cada cuchicheo, creciendo con cada rumor, alimentando así la leyenda de

Manuel Cano.

Se produce el destello de un flash.

La imagen queda inmortalizada.

La foto de un día que el fotógrafo Carlos Álvarez no olvidará jamás.

Capítulo 33

Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Al terminar de leer la noticia, Saúl queda pensativo. El artículo pone a Manuel Cano por las nubes. A juzgar por lo conocido que es en la actualidad y por lo que ha comentado su abuelo, está seguro de que su exposición resultó todo un éxito. Quizá, el punto «controvertido» que ha señalado Elvira tenga que ver con algún incidente ocurrido tiempo después o, como sugería Paco, con algún envidioso con la intención de desprestigiar su talento. Volviendo a Tino Acevedo, que es quien verdaderamente le interesa, quizá ese reportaje pueda darle una pista.

Busca en Google el nombre del periodista, Marcelo Gómez, y descubre que hay varios artículos publicados bajo su firma y con fechas bastante dispares. Echa un vistazo rápido y comprueba que ninguno de ellos habla sobre Tino, aunque, quizá, por una vez, el famoso buscador no tenga todas las respuestas.

Mira su reloj. Solo es la una del mediodía, aún tiene tiempo para investigar un poco más antes de la hora de comer. Coge su bufanda y el abrigo y, a paso rápido, se dirige a la biblioteca, que, por suerte, se encuentra solo a cinco minutos de su apartamento.

Una amable mujer le guía hasta la sección de hemeroteca, donde pasa las siguientes horas sumergido en cientos de noticias y periódicos antiguos. Busca todo aquello relacionado con Marcelo Gómez, ya que, al parecer, no solo entrevistó a Manuel Cano, sino a decenas de artistas de la época: escritores, escultores, actores… Otro dato interesante es que, a partir del año 53, las fotos están realizadas por Carlos Álvarez, el mismo fotógrafo que le acompañó aquel día a visitar la casona de Manuel Cano.

A partir de los años 90, se pierde la pista de Marcelo. Seguramente debido a que, en esas fechas, el periodista ya debía ser bastante mayor y le llegó el momento de la retirada. Hace cálculos rápidos y chasquea la lengua. Han pasado más de treinta años desde que se jubiló, así que lo más probable es que actualmente sea muy mayor o haya fallecido. ¿Por qué en esa historia todo el mundo tiene por lo menos cien años?, se pregunta con disgusto. Hablar con el periodista resultaría francamente útil, ya que, si alguien supiera algo sobre Tino Acevedo, tendría que ser él, la persona que mejor conocía el panorama cultural de Avilés en la mitad del siglo pasado.

Hacia las cuatro de la tarde, ya volviendo a casa, medita sobre cómo puede dar con el periodista o con algún familiar. De pronto, la vibración de su teléfono móvil le arranca de sus reflexiones.

—¿Qué tal por esas tierras? —escucha la alegre voz de Perico.

—Pues no me puedo quejar, aunque no hago más que pasar frío —replica y siente cómo la mano que sujeta el teléfono se le empieza a congelar.

Al otro lado de la línea, su amigo suelta una carcajada.

—El frío del norte se te mete hasta en los huesos, ¿eh?

—Pues sí.

—¿Cómo vas con la investigación? Me tienes muy desinformado. ¿Has averiguado algo?

Saúl, que está llegando a su portal, le explica a su amigo los acontecimientos y sus averiguaciones de los últimos días, haciendo especial hincapié en que nadie parece saber nada del pintor.

—Es extraño, sí… —murmura Perico, y añade—: Pues yo le he hecho una visita a nuestro amigo José Manuel, que, casualmente, se había olvidado de hacer llegar nuestro mensaje a la familia de Tino.

—¡Si le mandé un correo para recordárselo! —se queja Saúl.

—Volvió a soltarme el rollo de la familia y el anonimato y bla, bla…

—Justo lo mismo que dijo Elvira, la mujer de la Casa de la Cultura. Parecía un discurso muy ensayado…

—Pues yo creo que a ese hombre se le olvidó de verdad —afirma Perico—. Sinceramente, parece un desastre. Jamás le escogería para ser mi representante… El caso es que conseguí que enviase el email delante de mí. No fue tarea fácil. Antes tuve que tragarme un monólogo sobre su carrera frustrada como pintor…, y como escultor después, uff.

Saúl suelta una carcajada y pregunta:

—¿Y pudiste ver la dirección de email del destinatario?

—Eso es lo malo —se lamenta Perico—. Me despistó y puso el correo demasiado rápido. No pude verlo. De todas formas, volveré por ahí en los próximos días. Ya intentaré arreglármelas para comprobar si nos dice la verdad.

—Genial. A ver si podemos rascar algo, aunque, sinceramente, ya pienso que Tino Acevedo en realidad no existe o quizá sea un seudónimo —elucubra Saúl.

—Es posible, sí, y que no hayamos visto ni una foto es un buen indicio, pero ¿por qué no ser anónimo directamente? ¿Por qué inventarse una vida? ¿Para qué contar en el folleto que fue alumno de don Amador y tal y cual? ¿Acaso pensaban que nadie lo iba a investigar?

—Por lo visto, hasta ahora nadie lo ha hecho.

—Que tú sepas.

Saúl, que acaba de llegar a casa, abre la puerta y un agradable calor le envuelve. Aun sujetando el teléfono, se quita el abrigo y lo coloca en el perchero. Mientras escucha los comentarios de Perico, que sigue parloteando sobre teorías varias, se acerca a la mesa donde descansa el ordenador.

—Y de lo que me has contado, ¿cómo vas a encontrar a alguien que conozca al periodista o al fotógrafo? —continúa su amigo—. ¡Si no conoces a casi nadie en la ciudad!

El chico deja la mochila encima de la mesa y descubre una tarjetita blanca familiar. Con una mueca de triunfo responde a Perico:

—Pues, ahora que lo dices…, creo que tengo a la persona indicada.

Capítulo 34

Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

Saúl, con el teléfono móvil en la mano, da vueltas en el salón del pequeño piso. Lleva un rato pensando en la llamada que está a punto de realizar, en cuál será la mejor forma de abordarla. Lanza un suspiro. ¡Deja de darle vueltas!, se reprende justo antes de marcar el número con decisión. Escucha impaciente los tonos hasta que dan paso a una voz femenina. Emite un carraspeo y, a continuación, pregunta:

—Hola, ¿eres Deva?

—Sí, soy yo —afirma ella con aplomo—. ¿Quién eres?

—Soy Saúl. El chico de la casona de los Cano que…

—¡Ah, sí, sí! Ya me acuerdo. El madrileño —apunta con cierto retintín.

—Exacto —contesta él mordiéndose la lengua.

—¿Y a qué debo tu llamada?

—Pues verás, me dijiste que te avisara si tenía una buena historia…

—¿Y la tienes?

—Eso creo.

—¿No será una trola? Una excusa para llamarme…

—¿Por quién me tomas?

—Vale, vale… A ver de qué se trata.

—Unos cuadros robados, un pintor fantasma y mucha gente que dice que no sabe nada, pero que en realidad oculta algo. ¿Te suena bien?

Ella medita unos segundos. El chico casi puede vislumbrar cómo su interés va despertando.

—Nunca digo que no a una buena historia, pero más vale que no me hagas perder el tiempo. Nos vemos a las cinco y media en mi estudio. Te paso la dirección por WhatsApp.

—No te arrepentirás.

—Eso espero —replica ella antes de colgar.

A la hora acordada, llega a un portal situado en la calle de la Cámara. El edificio está bastante cuidado y el vestíbulo parece redecorado hace poco, aunque con un dudoso sentido del gusto. Saúl no puede evitar mirarse de reojo en el enorme espejo que preside la estancia. Por un momento se extraña de su propia imagen, de no ir vestido de traje, como casi todos los días de los últimos años, de no llevar el pelo perfectamente engominado, incluso de haberse dejado algo de barba. Si Rodrigo Costa le viera…, imagina esbozando una sonrisa. Se descubre pensando que prefiere la imagen de ahora a la que aparecía en sus redes sociales. Sacude la cabeza para dejar las reflexiones vitales para otro momento y sube las escaleras hacia el primer piso.

Hay una puerta ligeramente entornada. Al acercarse, oye una música suave. Toca con los nudillos y entra esperando no confundirse de apartamento.

—¿Saúl? —escucha dentro—. Ven, pasa.

Un escueto pasillo le conduce a un cuarto amplio cuya pared frontal es un enorme ventanal con vistas a la plaza de Abastos. Todo pintado de color blanco. En las paredes, varias fotografías sobre diferentes temáticas. Aunque está atardeciendo, el estudio parece muy luminoso y agradable. Al verle llegar, Deva se levanta de la silla de oficina.

—Estaba editando algunas fotos —explica al ver que Saúl dirige la mirada a la pantalla y a las cámaras que descansan encima del escritorio—. Vamos, siéntate por aquí —le ofrece señalando un pequeño sillón.

El chico se quita el abrigo y toma asiento.

—Y bien. Tú dirás —espeta ella sin andarse con rodeos.

Saúl la contempla un instante. Ella le mira con expectación y con sus grandes ojos castaños abiertos de par en par. Toma aire.

—¿Recuerdas que te conté que estaba investigando sobre un pintor llamado «Tino Acevedo»?

—Sí.

—Pues me está costando muchísimo encontrar algo sobre él. Aunque el folleto informativo que cogí en la galería de Madrid dice que vivió aquí y que fue alumno de don Amador, nadie parece saber quién es, lo cual es muy extraño. La cuestión es que después de despedirme de ti el otro día, fui a la Casa de la Cultura. Dentro de un par de semanas se celebrará allí una exposición de su obra póstuma, la misma que vi en Madrid. Tuve suerte y conseguí hablar con la responsable.

—Elvira Fernández —afirma Deva.

—La misma. Y no solo no me dijo nada sobre Tino, al menos, nada nuevo, sino que me habló de

Manuel Cano y me hizo un comentario que me extrañó un poco —dice Saúl creando intriga deliberadamente.

—¿Cuál?

—Me dijo que su obra es un tanto… controvertida.

La periodista arquea las cejas.

—Nunca había oído nada de eso. —Alcanza un cuaderno y toma algunas notas con interés—. Manuel Cano fue un pintor muy querido en Avilés. No sé demasiado sobre su vida, pero sí que tuvo varios detractores por diversas causas: por lo visto, levantó algunas ampollas a su vuelta de París debido a sus aires de grandeza; además, se dice que no era demasiado… —Deva medita un instante sus palabras—constante. Entre algunas de sus exposiciones pasaron años. Parece que era un maniático. —Se encoge de hombros—. Pero no veo por qué su obra puede ser controvertida.

—Yo solo te digo lo que me dijo Elvira.

Deva suspira.

—Esa mujer…

—Parecía agradable —comenta Saúl.

—Y lo es. Pero no es una persona transparente. Es muy dada a tirar la piedra y esconder la mano. Estoy segura de que si te hizo ese comentario es porque algo sabe, pero no va a soltar prenda, de eso puedes estar seguro —termina ella enfurruñada.

—También creo que sabe algo sobre Tino que no me ha querido contar.

—Como mínimo, tiene que saber quién es la familia, sobre todo si son de Asturias. —Deva guarda silencio unos segundos. Luego espeta—: ¿Y en qué necesitas que te ayude exactamente?

—Pues verás, a raíz del comentario de Elvira, me dio por buscar a Manuel Cano en internet, por curiosidad. El caso es que encontré un artículo escrito por un periodista llamado «Marcelo Gómez». Parece ser que este señor fue reportero de la sección cultural del periódico La Voz de Avilés durante muchos años. Supuse que, si alguien supiera algo sobre Tino Acevedo, tenía que ser él, que conocía a la mayoría de los artistas asturianos de la segunda mitad de siglo. Lo curioso es que estuve repasando todos los artículos, al menos todos los que encontré, y no había nada sobre nuestro pintor. Y a finales de los años noventa le perdí la pista a Marcelo —explica —. Quizá se retiró.

—Y quieres que yo… —interviene Deva alzando una ceja.

—Me ayudes a averiguar si Marcelo Gómez aún vive o si podemos hablar con algún familiar.

La chica sopesa sus próximas palabras mientras observa a Saúl, que está sentado con el cuerpo

rígido en su pequeño sofá y, expectante, clava en ella sus ojos castaños.

—Te ayudaré —dice al fin.

—¡Bien!

—A cambio de que me cuentes toda la verdad —concluye con una sonrisa pícara—. ¿Por qué tanto empeño en investigar a Tino Acevedo? Y no me digas que la exposición que visitaste con tu abuelo te emocionó tanto que ardes en deseos de saber más sobre el artista, porque eso no me lo trago. Nadie se muda aquí solo por la emoción —precisa cortante.

Saúl, que ahora se siente entre la espada y la pared, toma aire. Tras unos segundos de reflexión y quizá llevado por la necesidad de desahogarse, decide arriesgar y confiar en ella. En los siguientes minutos le explica la verdadera historia que le ha llevado a investigar sobre Tino y todas sus pesquisas hasta el momento.

—Pero no puedes escribir sobre esto —termina tajante—. Al menos, no sin el permiso de mi abuelo. Me ha pedido que sea muy discreto con mis investigaciones y no le he contado nada a nadie, ni siquiera a Antonio.

—Sería interesante conocer a Antonio Cano —murmura Deva. Después afirma—: Muy bien. Nos pondremos con ello. Te ayudaré en la búsqueda y te prometo que no publicaré nada sin el consentimiento de tu abuelo, excepto…, excepto lo que descubra sobre Manuel Cano, si es que hay algo interesante. Eso no me lo puedes impedir.

—Me parece justo —concede Saúl.

—Además, algo me dice que en esta historia hay más de un secreto que destapar.

Ambos se estrechan la mano con una mirada cómplice. Saúl está contento por tener a alguien en Avilés con quien compartir sus andanzas, y siente que se ha quitado un peso de encima al contar la historia. A pesar de todo, no puede evitar cierta preocupación. Espera que la periodista sea trigo limpio y no le deje vendido contando la historia de su abuelo a los cuatro vientos. Por otro lado, Deva percibe un hormigueo que conoce bien, el mismo que le recorre cada vez que está frente a un caso interesante. Esta vez, algo le dice que puede estar muy cerca de la noticia que necesita para hacerse un nombre en el periódico. Quizá, por fin, su momento haya llegado.

La chica coge su teléfono y busca un número en la agenda. Mirando a Saúl, se coloca el móvil en la oreja y espera a que comiencen a sonar los tonos. Él la observa intrigado.

—¿Mari? ¿Cómo estás? —dice Deva con voz alegre—. Mira, te llamo por…

Saúl, que se ha puesto de pie, recorre el estudio contemplando las fotos que hay en las paredes y que retratan una gran variedad de paisajes y ciudades, eso sí, sin perder detalle de la conversación. Quince minutos más tarde, la chica cuelga con gesto indescifrable.

—Marcelo Gómez falleció hace tres años…

—Vaya…

—Pero su mujer nos recibirá en una hora.

Capítulo 35

Miércoles, 9 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Cómo lo has hecho?

De camino a la casa de la mujer de Marcelo Gómez, Deva sonríe.

—Hay que saber tocar las teclas adecuadas y, por suerte, yo conozco una muy importante: si alguien sabe algo sobre cualquier persona en Avilés, esa es Mari Luengo. Se jubiló el año pasado después de casi cincuenta años en el periódico, así que imagínate…

—Y por casualidad no conocerá también a Tino —sugiere Saúl.

Ella niega.

—Me ha dicho que no, pero tal vez a Dolores, la mujer de Marcelo, sí que le pueda sonar ese nombre.

Cinco minutos después llegan al apartamento situado en la calle de la Muralla. Saúl todavía se sorprende por lo cerca que está todo en Avilés. En Madrid, para ir a visitar casi a cualquiera, es necesario coger el metro, un taxi, o dar un buen paseo. Cuando tocan al timbre se miran con cierta inquietud. Al poco tiempo escuchan una llave colarse por la cerradura y dar varias vueltas antes de que se abra la puerta. Una mujer bajita de pelo canoso y ojos almendrados les recibe.

—Soy Dolores Prieto —se presenta—. Tú debes de ser Deva…, y tú Saúl, su amigo de Madrid.

—Exactamente —contesta Deva—. Veo que Mari le ha puesto al día.

—Ay, hija, ya sabes cómo es Mari. No se le escapa nada. Pasad, pasad —les invita con efusividad—. Disculpad el desorden, pero no esperaba visitas a estas horas.

Saúl y Deva se adentran en el piso. Aunque no es especialmente pequeño, está abarrotado de muebles pasados de moda. Decenas de fotos y figurillas lucen en cada una de las repisas, y un agradable olor a bizcocho inunda la casa. Dolores les conduce al salón y toman asiento en un sillón de dos plazas forrado con un tapizado de flores espantoso.

—¿Puedo ofreceros algo de comer o beber? ¿Té, café? ¿Un trozo de bizcocho?

—Si es ese bizcocho que huele tan bien… —alaba Saúl.

La mujer sonríe. Unos minutos después aparece con dos enormes porciones acompañadas por sendos cafés para remojar.

—Bien, pues contadme, ¿en qué os puedo ayudar? —pregunta una vez lo ha dispuesto todo en una mesita auxiliar.

Los jóvenes se miran un momento. Deva es la primera en hablar.

—Verá, Dolores. Mi amigo Saúl ha viajado desde Madrid buscando información sobre un pintor asturiano llamado «Tino Acevedo», de quien se dice que fue alumno de don Amador.

—Eso es —interviene el chico—. Visité una exposición con mi abuelo, y le encantaron sus cuadros, porque él también vivió en Avilés en su juventud.

—La cuestión es que lleva varios días preguntando a unos y otros, entre ellos a la nieta de don Amador, y parece que nadie sabe nada, como si ese tal Tino no existiera. Por eso hemos pensado que, dado que su marido Marcelo fue un conocido periodista de esa época y se relacionaba con muchos artistas, quizá el nombre le resultase familiar …

La mujer reflexiona unos instantes mientras susurra el nombre de Tino, como si así pudiese invocar a sus recuerdos.

—Yo he visto antes ese nombre. Creo que por una exposición en la Casa de la Cultura, ¿puede ser? —Saúl y Deva asienten—. Salvo por eso, la verdad es que no me suena de nada. Conozco a otros de la época, como don Amador, Manuel Cano, Felipe Gallo, pero Tino Acevedo… No. No lo he oído nunca. —Saúl y Deva se desinflan en el sofá. La mujer, que percibe su decepción, continúa—: De todas formas, que a mí no me suene no significa que mi marido no le hubiera conocido o no hubiera escrito sobre él. Fueron muchos años en el periódico, ¿sabéis? Cientos y cientos de entrevistas, de reportajes…

—Debía ser un trabajo apasionante —dice Deva con los ojillos iluminados.

Saúl la observa y, antes de que pueda siquiera esbozar una sonrisa, da un respingo. Un enorme gato se ha colocado en su regazo y pasea por encima de su abrigo, llenándolo de pelos blancos. No puede evitar una mueca de disgusto, y Deva, una carcajada.

—¡Julio César, sal de ahí! —exclama Dolores empujando al gato, que, con un brinco, huye despavorido—. Disculpad. Le encantan los invitados y los abrigos de buena calidad —termina con un murmullo—. ¿Por dónde íbamos?

—Decía que el trabajo de su marido debía ser muy interesante.

—Sí, querida, sí. En los buenos tiempos nos codeábamos con la flor y nata de Avilés y de Asturias. Fíjate que incluso mi Marcelo fue elegido, de entre todos, para escribir aquella crónica sobre Manuel Cano a su vuelta de París. No sabes qué orgullosos estábamos en casa. El reportaje fue un éxito, por supuesto.

—Creo que sé a cuál se refiere —comenta Saúl—. Lo leí esta misma semana —explica a Deva —. ¿Manuel Cano era tan bueno como decían?

—¡Mejor! Aunque tuvo sus momentos el hombre… —Deva y Saúl cruzan una mirada discreta y, después, con los carrillos llenos de bizcocho, animan a la mujer a seguir hablando—. A su vuelta de París era más popular que el alcalde. La influencia de su padre creció de forma desmesurada y la verdad es que esa familia hizo muchas cosas por nuestra villa —reflexiona—. Sin embargo, creo que el problema de Manuel es que no era muy disciplinado, al menos eso decía mi Marcelo del alma. Otros pintores no se separaban de sus lienzos; en cambio, Manuel… Hubo épocas en que no se separaba de los focos, ni del vino, decían. No se sabía ni cuándo pintaba. De hecho, estuvo años sin hacerlo. —Hace una pausa—. Se rumoreaba que las musas le habían abandonado, pero quién sabe…, los artistas y sus excentricidades… Uno puede esperar cualquier cosa —concluye dando un sorbo al café.

—¿Y qué fue del fotógrafo, Carlos Álvarez? —pregunta Saúl.

Dolores se levanta del sofá y se dirige a un mueble situado en la parte frontal del salón. Busca entre todos los marcos de fotos y escoge uno. Lo mira amorosamente; después se lo tiende a los chicos y les explica:

—En esta foto están mi Marcelo y Carlos, cuando todavía era un chaval. Trabajaron muchos años juntos, casi toda su carrera. Quizá podríais hablar con él —sugiere.

—¿Aún vive?

—Oh, sí. Y está muy bien de salud. Seguro que le encantará hablar con vosotros, sobre todo si es para recordar aquellos maravillosos años en los que periodista y fotógrafo se comían el mundo —comenta Dolores con tono melancólico—. Le llamaré para avisarle de que iréis a verle.

—No sabe cuánto se lo agradecemos —afirma Saúl con sinceridad.

En medio de ese salón recargado, sentados en un sillón hortera y con el enorme gato blanco acechando el abrigo carísimo de Saúl, los dos jóvenes se miran victoriosos. Dolores sonríe y dedica unos breves pensamientos a su querido marido. Si él estuviera ahí les contaría aquella historia. Esa historia que ella no recuerda bien. Pero quizá Carlos…

Sí, está segura de que Carlos jamás podría olvidar lo que sucedió aquel día.

El día en que entrevistaron a Manuel Cano.

Capítulo 36

Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Son las diez de la mañana cuando Saúl abre un ojo. La claridad se cuela por las rendijas de la persiana y baña el dormitorio con una luz tenue y blanquecina. Se siente descansado y, sorprendentemente, en paz consigo mismo. Ese día no ha salido a correr, ¿y qué? Hacía mucho tiempo que necesitaba un respiro, una tregua. Sobre todo necesitaba que ese sentimiento de culpa, que se adueñaba de su pecho y su mente, si no cumplía sus férreas disciplinas, se fuera diluyendo. En ese momento, a quinientos kilómetros de Madrid y de su vida, todos los problemas le parecen muy lejanos. Se pregunta qué tal irán las cosas por la oficina. ¿Habrán ascendido a Pelo Pantene? Se lo imagina recorriendo los pasillos de Goodman Sachs, sacudiendo su melena lacia y pavoneándose como si fuera el propio Rodrigo Costa. Lejos de sentir rencor, sonríe al imaginarse la escena y piensa que ya será el Saúl de dentro de unas semanas quien se encargue de lidiar con esa estampa. Por el momento, su cabeza está ocupada en otros menesteres.

A las doce de la mañana, Deva espera sentada en uno de los cafés que rodean el parque de las Meanas, enfrascada en la lectura de un libro de bolsillo. Saúl la observa un instante antes de acercarse y piensa en lo diferente que parece esa chica respecto a Alejandra. Le gusta su aspecto desenfadado y esa aura de sencillez que la envuelve. La chica levanta la vista de la página y, con los ojos cerrados, disfruta del calor fugaz de un rayo de sol. Cuando los abre, descubre a Saúl.

—¿Qué? ¿Aprovechando el poco sol que tenéis por aquí? —bromea.

Ella sonríe.

—Cuando te toquen quince días seguidos de lluvia, lo entenderás. —Hace una pausa y se levanta del asiento—. Venga, vamos a visitar a Carlos.

—¿Crees que nos recibirá bien? —pregunta él poniéndose en marcha.

—Ahora lo averiguaremos, pero supongo que Dolores le habrá avisado. —Se encoge de hombros.

Unos minutos más tarde, Deva toca el timbre del portal con decisión. A través del micro, una voz grave responde y ella se presenta. Saúl mira a su alrededor. Se siente extraño escuchando a Deva dar explicaciones en mitad de la calle y visitando casas de personas desconocidas. En cambio, ella se desenvuelve con soltura. Cuando Carlos Álvarez les abre la puerta, es como si dos viejos amigos se hubieran reencontrado. El chico contempla la escena sin poder evitar una sonrisa.

—Gracias por recibirnos, Carlos, es usted muy amable —afirma Deva una vez acomodados delante de un café en la sala de estar del hombre.

Carlos Álvarez debe rondar los ochenta, pero se encuentra en considerable buena forma física. Luce un cabello fuerte y gris, que le resta años, y su piel está sorprendentemente bronceada.

—Le veo muy moreno —comenta Deva, leyéndole el pensamiento a Saúl.

—¿Verdad que sí? Mi mujer y yo hemos vuelto de Benidorm hace solo unos días. Por poco no nos encontráis aquí —explica—. Nos escapamos del mal tiempo siempre que podemos.

—Hacen bien. —La chica provoca una pausa y observa las paredes cubiertas de fotos conteniendo un suspiro—. Veo que es usted todo un artista. ¿Sigue haciendo fotos?

—Oh, sí. Esa es mi gran pasión. Pasión que, me figuro, compartimos. —Señala la funda de la cámara de ella—. Dolores me dijo que eres periodista.

—Así es. Y este es mi amigo Saúl —presenta al chico, que aún no ha pronunciado ni una palabra —. Estamos investigando…

—A Tino Acevedo, sí. Algo me ha contado Dolores sobre una exposición en Madrid, pero, si os digo la verdad, ese nombre no me suena de nada. Quizá lo oí alguna vez y después lo olvidé. Lo que puedo aseguraros desde ya es que ni Marcelo ni yo le entrevistamos.

Saúl no puede contener un gesto de desánimo.

—¿Por qué es tan importante? —pregunta Carlos.

—Es algo personal —explica él—. Mi abuelo vio los cuadros de Tino en Madrid y le emocionaron, supongo que porque vivieron más o menos en la misma época y esas acuarelas reflejan escenas de su infancia y juventud. Tenía la esperanza de que, al venir aquí, pudiera averiguar algo sobre el pintor. Sinceramente, todo parece muy confuso. Es como si ese Tino Acevedo no hubiera existido.

—¿Y estáis seguros de que existe?

—Yo ya no estoy seguro de nada —bufa Saúl—. Nadie parece haberle conocido y, sin embargo, el folleto de la exposición da detalles sobre su vida: que fue alumno de don Amador, que pintó con Manuel Cano, que hizo otras exposiciones… ¿Por qué no ser anónimo, directamente? No lo entiendo.

—Manuel Cano —susurra Carlos apretando los labios hasta formar una fina línea—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre.

Saúl y Deva se miran. El fotógrafo de pronto parece sumergido en sus recuerdos.

—Le conocía, ¿verdad? —pregunta Deva.

—Oh, sí. Solo me crucé con él una vez, cuando yo era un joven aprendiz y Marcelo aún una promesa del periodismo. Casi hunde mi carrera, ¿sabéis? —Los dos le miran expectantes—. Ese Manuel era un soberbio. En realidad, no tenía tanto talento como se decía, pero era un tipo inteligente. Supo aprovechar su posición social, su encanto natural, sus ojos azules. —Suelta una risotada amarga—. Y yo era muy joven, asustadizo e impresionable. Si hubiera tenido unos cuantos años más, hubiera llegado hasta el fondo del asunto, hubiera…

—Pero ¿qué sucedió? —le corta Saúl sin poder contenerse.

Carlos, que hasta el momento parecía estar hablando para sí mismo, centra la mirada en sus invitados, como si acabase de percatarse de que continúan en el salón. El nombre de Manuel Cano siempre remueve algo en su interior. Le despierta un sentimiento amargo, una sensación de culpa, de cobardía. Aprieta los puños. Ojalá el día de la entrevista no hubiera tenido dieciséis años, ojalá hubiera sido un hombre con el valor suficiente para enfrentarse a él. Entonces todo hubiera sido diferente.

No fue así.

Y esto es lo que sucedió.

Capítulo 37

Mayo, 1953 - Asturias

—¡Vamos, date prisa! No podemos llegar tarde —exclama Marcelo mientras suben la empinada cuesta que conduce a la casona de los Cano.

Carlos le sigue rezagado y maldiciendo por lo bajini. «Claro, como tú no llevas la cámara ni estos bártulos que pesan un quintal…», piensa agotado y con desánimo al ver la subida, que parece infinita. Siente unas gotas de sudor que comienzan a recorrer su frente. Con cuidado de que no se le caiga ninguna pieza del pesado equipo, saca un pañuelo blanco del bolsillo para secarse. La primera impresión que le cause a esa familia tan importante va a ser nefasta, se lamenta. Observa a Marcelo, que, portando un ligero maletín con cuaderno y pluma, camina veloz y se para a mirar atrás de vez en cuando.

Marcelo es un buen tipo, reflexiona consciente de su suerte; además, está seguro de que llegará a ser un gran periodista. Tiene todo lo que hay que tener: es agudo, tiene olfato y, sobre todo, don de gentes. Es esta última virtud la que les ha conducido a realizar el que seguramente será uno de los reportajes más sonados del año.

A las doce de la mañana, puntuales como británicos, periodista y fotógrafo ponen un pie en el pequeño sendero que da a la puerta principal de la casa. Carlos la mira impresionado. Había pasado en muchas ocasiones por delante, pero nunca tan cerca. Contempla, mientras intenta contener el resuello, una de las torres, la que tiene una preciosa bóveda que reluce bajo el sol. Se pregunta si, desde ahí arriba, don Manuel Cano dirigirá sus negocios. No le cuesta nada imaginarlo sentado detrás de un escritorio de caoba con vistas al horizonte, como si capitanease un barco que surca a toda vela los enormes campos de Avilés.

Carlos percibe un leve movimiento detrás de una cortina, la sombra de una mujer. Unos segundos más tarde, Manuel Cano hace su aparición en la puerta del taller.

—Marcelo, mon ami! —exclama con un acento francés que al fotógrafo le parece demasiado afectado.

Se acerca al periodista y le da una palmada en la espalda. Carlos le observa y comprueba que los rumores sobre él son ciertos: con sus ojos azules y una sonrisa blanca como la nieve parece un actor de cine. Su pelo castaño está cuidadosamente peinado. Un bigotito recortado al milímetro se dibuja en su cara dándole un aspecto que, si bien puede pretender ser parisino, en una villa como Avilés, a Carlos le parece ridículo. Manuel Cano, sintiéndose observado, vuelve su mirada hacia él y pregunta:

—Y este chavalete, ¿quién es?

—Es Carlitos Álvarez, mi ayudante. Él se encargará de las fotos —explica Marcelo. El chico asiente.

—¿No es un poco joven? —pregunta don Manuel, que acaba de aparecer detrás de su hijo.

—En esta profesión, lo mejor es comenzar cuanto antes —responde el periodista con resolución —. ¿Pasamos?

Marcelo se vuelve y, disimuladamente, le guiña un ojo a Carlos.

Cuando entran en la estancia, observan a su alrededor con admiración. Se respira un olor a barniz mezclado con pintura, seguramente el estudio ha sido reformado hace poco. La sala se encuentra repleta de caballetes y lienzos, la mayoría de ellos cubiertos por sábanas blancas. Al fondo, un precioso biombo de madera cuidadosamente tallada oculta la parte trasera y más oscura del taller.

—¿Qué hay detrás de ese biombo? —pregunta el muchacho acercándose.

—Oh, no pasen ahí, por favor —se apresura a contestar Manuel—. Es una parte del taller que aún estamos arreglando. Aún no está listo para enseñar, sobre todo a los avilesinos.

Marcelo asiente e invita a Manuel a tomar asiento para comenzar la entrevista. Está a punto de realizar su primera pregunta cuando un ángel de ojos verdes aparece discretamente al lado de doña Ana.

—Ah, Camille, bienvenue.

—Excusez-moi, mon chéri… —dice la joven con lo que a Carlos le parece una voz de sirena.

Intercambian unas breves frases en francés. Camille toma asiento al lado de su suegra. Marcelo, igual de obnubilado por la presencia de la joven, se aclara la garganta y comienza con la retahíla de preguntas que lleva preparadas. Ese es el momento más aburrido para el fotógrafo, a quien no le queda otro remedio que esperar a que el periodista termine de hacer su trabajo.

Apartado de los demás, Carlos analiza la estancia. Nunca había visitado el estudio de un pintor. Todo le resulta demasiado… ¿nuevo?, ¿limpio? Seguramente Manuel acaba de mudarse de nuevo a Avilés y aún no ha tenido demasiado tiempo para utilizar su flamante taller, se convence. Le sorprende también que, salvo un par de cuadros, los demás lienzos estén tapados con sábanas. Cuando todos parecen haber olvidado su presencia, concentrados como están en las aventuras en París que Manuel narra con efusividad, Carlos decide dar una pequeña vuelta por el estudio. Se acerca a la zona del biombo. La enorme tentación de traspasarlo se apodera de él. Sabe que no debe hacerlo, pero ¿y lo que contaría delante de sus amigos si ahí hubiera algo interesante? Además está esa chica, Rosa, a la que le gusta impresionar con sus aventuras. Sí, si cruzara ese biombo, esa tarde le contaría la primicia. Le contaría cómo, mientras los demás estaban enfrascados en la entrevista, él entró ahí y descubrió…

El chico, que guiado por sus pensamientos ya ha traspasado el umbral que marca la estructura de madera, descubre una enorme mesa y, alrededor, varios bultos cubiertos con sábanas blancas iguales a las de la otra ala del estudio. Son lienzos, piensa, decenas de ellos. Comienza a levantar la sábana que cubre uno de ellos cuando de pronto una mano fuerte le agarra por el pescuezo.

—Maldito niñato entrometido.

Manuel le sujeta con fuerza por el cuello de la camisa y acerca mucho su rostro. No le grita, susurra con una voz gélida en la que ya no hay rastro de acento francés. Carlos palidece.

—Lo siento, señor, yo…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Qué has visto?

—¡Nada! Se lo juro. No he visto nada.

—No te creo. —Le sacude con los ojos llenos de ira.

—Solo quería saber cómo era esta parte del taller, perdóneme…

—No me gustan los entrometidos. ¡¿Me oyes?!

Manuel, con el rostro desfigurado, como si se hubiese transformado en el mismísimo Satanás, le da un empujón y justo antes de volver a atravesar el biombo, agarra al chico y con un susurro le espeta:

—Carlos Álvarez, me enteraré de dónde vives y quién es tu familia. Como se te ocurra contar algo de lo que hayas podido ver aquí dentro, estás acabado. Me aseguraré de terminar con tu carrera y de que tú y los tuyos no tengáis donde caer muertos, así que más vale que tengas la boca cerrada, ¿estamos?

Carlos traga saliva. Siente un sudor frío recorrer su espalda. Cuando atraviesan la estructura de madera, el rostro de Manuel vuelve a ser amable y le pasa un brazo por el hombro, como si nada hubiera sucedido, como si fuesen viejos camaradas. A Carlos le sacude un escalofrío.

—Vas a tener que vigilar a tu muchacho, Marcelo —comenta el pintor con tono relajado—. Se ve que tiene muchas ganas de aventuras.

Marcelo, que fulmina a Carlos con la mirada, le pide que comience a preparar la cámara. Ya hablarán después. Al chico le tiemblan las manos.

Se produce el destello de un flash.

La imagen queda inmortalizada.

La foto de un día que el fotógrafo Carlos Álvarez no olvidará jamás.

Capítulo 38

Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Qué fue lo que vio? —apremia Deva a Carlos una vez que este finaliza su relato.

—Esa es la cuestión. Ni siquiera tengo claro qué vi. —El hombre levanta las manos en un gesto de impotencia—. Solo recuerdo eso: al otro lado del biombo había decenas de lo que parecían lienzos tapados por sábanas, pero nada más. Durante mucho tiempo pensé que si Manuel no me hubiera echado esa bronca, simplemente, lo habría olvidado. Supuse que eran cuadros suyos que habría traído de París. Nada especial; sin embargo…

—… ese arrebato del pintor le hizo creer que algo raro había, ¿no? —sugiere Saúl, que mira de reojo a Deva y comienza a sentir un pálpito.

—Sí, pero nunca lo sabré. Nunca llegué a levantar esa sábana, y, sinceramente, después de la amenaza, se me quitaron las ganas de volver a pensar en ello. —Se pasa una mano por el cabello plateado.

—¿Y qué opinaba Marcelo?

—Se lo conté mucho tiempo después. Estoy seguro de que, de haberlo sabido antes, hubiera querido llegar al fondo del asunto. La verdad, no me lo podía permitir. Como sabéis, la familia Cano era muy poderosa en Avilés y no me cabía duda de que Manuel podría hacer cumplir su advertencia con un simple chasquido de dedos. No podía arriesgarme. Me jugaba mi carrera y mi futuro, y el de los míos.

—Claro, claro —murmura Deva sin mucha convicción.

—Por si os lo preguntáis —continúa Carlos—, tanto el artículo como la exposición de Manuel fueron un éxito. Podría decirse que ese fue el despegue de lo que sería una prometedora carrera. —Esboza una sonrisa amarga—. La gente acudía en masa a la villa para ver sus cuadros, era increíble.

—¿Tan bien pintaba? —pregunta Saúl con escepticismo.

Carlos mueve la cabeza de forma horizontal y, después de dar un sorbo a su taza de café, explica:

—A ver, los cuadros estaban bien, pero no estábamos ante el nuevo Velázquez, entiéndeme. Lo que pasa es que Manuel Cano utilizó una estrategia de marketing como ningún pintor había hecho hasta la época. Su leyenda era más grande que su nombre, y la alimentaba sin reparos, al

menos durante los primeros años. Yo siempre pensé que la gente acudía a sus exposiciones para verle, no por sus cuadros. Además, era sencillamente encantador. Todo un gentleman.

—Pero no siempre fue así… —comenta Saúl recordando las historias contadas por Antonio y por su abuelo, y con la sensación de estar hablando de una persona totalmente diferente.

Carlos arquea las cejas.

—Yo le conocí cuando ya era famoso. No sé decirte cómo era antes.

Deva, mirando su reloj, le hace un gesto a Saúl. Debe volver a la redacción. Se despiden de Carlos agradeciéndole su tiempo. El hombre les propone volver a verse en cuanto vuelva de su próximo viaje a la playa. Solícito, les da su teléfono por si necesitasen algo más.

Una vez en la calle, Saúl se retuerce las manos, nervioso. Y si lo que vio Marcelo… No, no puede ser, sería mucha casualidad, sería… Deva, leyéndole el pensamiento, comenta:

—Después de esta conversación, no sé si estamos más cerca o más lejos de Tino que antes.

—¿Tú también has pensado lo mismo? —Se intercambian una mirada intensa—. ¿Y si lo que ocultaba Manuel eran los cuadros de mi abuelo? ¿Y si fue él quien se los robó?

—Es una posibilidad —responde ella—. Una posibilidad interesante… ¿Tendrá eso que ver con el comentario de Elvira? ¿Con que su obra fuera cuestionada?

—Tal vez. Lo que no sé es cómo vamos a averiguarlo.

La periodista suelta un chasquido. El chico, concentrado en sus pensamientos, contiene una sonrisa. Aunque sus averiguaciones no están saliendo como esperaba, ha de reconocer que con la ayuda y la compañía de Deva la búsqueda está siendo más llevadera.

—Podrías preguntar a su hermano… —sugiere ella con cautela.

—¿A Antonio? Ni hablar. No puedo llegar ahí y poner en tela de juicio el talento o el éxito de Manuel. Además, es un hombre muy mayor y, según su cuidadora, mis visitas le alteran y luego no puede dormir —dice estas últimas palabras con retintín.

—Venga, Saúl, tienes que ayudarme tú a mí —protesta la chica—. Necesito una buena historia y, dado que no quieres que cuente la de tu abuelo, tendrás que echarme un cable para descubrir qué secretos escondía Manuel Cano. ¡Vamos! Es mi oportunidad.

—Tienes razón —concede él—. Es que me siento frustrado. Llevo aquí varios días y este es el primer pequeño indicio que consigo sobre qué ocurrió con los cuadros. ¡Y ni siquiera está relacionado con Tino Acevedo! Es solo una elucubración sobre qué es lo que Manuel escondía en su taller. Podría ser cualquier cosa. No acostumbro a que las cosas no me salgan bien, ¿sabes?

Ella alza una ceja y, tras estudiarlo con la mirada, replica burlona:

—Lo que te pasa es que no estás acostumbrado a tener paciencia. Lo quieres todo ya, y conseguir una buena historia, amigo mío, requiere tiempo.

—Sabionda… —murmura él en tono suficientemente alto para que Deva le escuche.

—Pijo de Madrid…

Se sostienen una mirada divertida unos segundos antes de seguir andando en silencio.

Un silencio que, para sorpresa de Saúl, no resulta incómodo ni le hace sentir la obligación de romperlo con cualquier comentario banal o con una mirada a su teléfono móvil para no sentirse solo. Le asalta una sensación agradable, como hacía años no experimentaba.

—Oye, Saúl —Deva le arranca de sus pensamientos—, estoy pensando que quizá existe otra forma de enfocar la investigación sobre Tino Acevedo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta él con interés.

—Durante todo este tiempo te has centrado en averiguar quién es Tino y si alguien le conoce, pero imagínate que tuvieras la oportunidad de hablar con su familia. ¿Qué les vas a preguntar? «Hola, señores familiares de Tino Acevedo, ¿por qué su abuelo, si es que existe, le robó los cuadros al mío?» —suelta.

—¿Y cuál es tu alternativa, señorita listilla? —replica Saúl, poco acostumbrado a que alguien le lleve la contraria.

—Investigar qué pasó con los cuadros, claro. Cómo llegaron hasta esa sala cerca de Alcalá que dices.

—Ya le hemos preguntado al marchante.

—No me refiero a eso, sino ¿cómo los perdió tu abuelo?

Saúl duda un segundo.

—Desaparecieron cuando estaba a punto de trasladarse a Madrid. Supongo que con el ajetreo del viaje y la mudanza se traspapelaron.

—Supones —afirma ella.

—No le he preguntado —reconoce.

—Eso es un error de principiante —le pincha. Saúl pone los ojos en blanco—. Así que eso es justo lo que haremos esta tarde. —Con seguridad, ella se para en seco y le dedica un gesto de despedida—. Me voy por aquí —señala la calle de la Cámara—, tengo… una gestión que hacer. ¡Nos vemos a las seis en tu casa!

Saúl, confuso, levanta también la mano y camina en dirección a su piso intentando decidir si haber confiado en esa periodista será un gran acierto… o un grave error.

Capítulo 39

Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

Cuando llega a casa después de despedirse de Deva, Saúl trata de poner en orden los pensamientos que golpean su cabeza. Lleva solo seis días en Asturias y siente que ha pasado un mes. Ha conocido a tantas personas y escuchado tantas historias que en ese momento sus ideas forman un maremágnum confuso en su mente. Por ello decide buscar su inseparable (y últimamente olvidada) agenda, sentarse en la mesa de la cocina y apuntar toda la información que ha obtenido hasta el momento. Cuando al rato termina su análisis, con la sensación de tener el cerebro más ligero, llega a una conclusión clara: cada uno de los pasos en la investigación sobre Tino Acevedo le ha conducido a un momento en la vida de Manuel Cano. Parece que todo el mundo tiene algo que contar sobre él: una anécdota, un hecho curioso o un recuerdo; sin embargo, nada sobre Tino. ¿No será que Tino y Manuel son la misma persona? No puede seguir así. Si en unos días continúa sin conseguir ninguna pista sobre el escurridizo Acevedo, quizá sea hora de tirar la toalla y volver a Madrid.

Volver a Madrid.

Saúl siente un pinchazo en el pecho.

Volver con las manos vacías significaría no solo decepcionar a su querido abuelo, sino también un fracaso, otro, el segundo en un plazo de tiempo muy corto. No se lo puede permitir. ¿Qué te pasa Saúl?, se reprende sintiendo que ha perdido facultades. Por un momento su ego, ese que hinchaba su pecho cada vez que ponía un pie en María de Molina, le patea el corazón. A lo largo de los últimos años ha resistido situaciones de mucha presión, resuelto las operaciones más complejas y tratado con gente de todo tipo, y ahora, que solo tiene que averiguar un par de cosas sobre un pintor de tres al cuarto, ¿se va a rendir a la primera de cambio? ¿Solo porque hay gente que no tiene demasiadas ganas de colaborar? No, no puede permitirlo. Si Manuel robó los cuadros, él lo va a descubrir.

A las seis de la tarde, un sonido infernal le despierta. ¿Estará soñando? Abre los ojos ligeramente. Envuelto en una agradable sensación de modorra y arropado por la oscuridad, los vuelve a cerrar. Unos segundos después, el sonido vuelve a taladrar sus tímpanos. No era un sueño, se convence. Mira su reloj y, volviendo a la realidad, se da cuenta de que debe ser Deva. Se apresura a abrir el portal y calcula exactamente dos minutos para recoger la manta en la que estaba envuelto como una oruga, lavarse la cara y disimular las marcas que el cojín ha dejado en su mejilla.

—¿Estabas dormido? —pregunta ella a modo de saludo, estudiándole con la mirada.

—¿Yo? No, qué va…

Deva suelta una carcajada.

—¿Y qué son esas marcas que tienes en la cara? —Divertida, le pasa un dedo por la mejilla—. Son de un cojín, seguro —aprecia buscando al culpable por el salón.

—Vale, sí. Lo reconozco. Desde que he llegado a Asturias duermo como una marmota. —Saúl se encoge de hombros aun un poco aturdido—. Supongo que necesito recuperar todas las horas de sueño que he perdido a lo largo de los últimos cinco años de mi vida.

Ella sonríe, posa su mochila y abrigo sobre una silla y comenta:

—Parece una historia interesante la tuya, ¿me la contarás?

—¿La historia de cómo jodí mi carrera y me mudé a Avilés? Sí, la verdad es que no tiene desperdicio… —replica con una mueca—. Pero no se puede contar de cualquier manera. Hará falta vino, grandes cantidades de vino.

—Aquí se estila más la sidra.

—También me vale.

Saúl enciende el ordenador y los dos se sientan enfrente de la pantalla a la espera de que Laura y el abuelo se conecten. Unos minutos más tarde, entre carcajadas, abuelo y nieta aparecen en el Skype.

—¿Qué os pasa? —pregunta Saúl contagiado por su risa.

—He apostado con el abuelo a que te habrías dormido antes de hablar con nosotros —explica Laura divertida. Saúl frunce el ceño tocándose instintivamente la cara, justo en el punto donde continúan las marcas del cojín, que ya casi resultan invisibles—. Sí. Esas marcas y los ojos vidriosos te delatan, hermano.

Deva sonríe al contemplar la estampa.

—Esta es Deva —la presenta Saúl ignorando las sonrisitas—. Ya os he hablado de ella. Me está ayudando en la investigación. Es periodista. Pero tranquilos, me ha prometido no escribir nada sin el permiso del abuelo.

Deva asiente. Paco levanta sus pobladas cejas blancas y dibuja una sonrisa.

—No sé si esta historia será lo suficientemente interesante para un buen artículo, jovencita. Son unas acuarelas de principiante, nada especial. Solo los recuerdos de un viejo.

Ella mueve la cabeza de forma horizontal y enérgica.

—Son sus recuerdos, y eso vale mucho, Paco. Además, Saúl me ha enseñado alguna fotografía y he de decir que son preciosas. No me extraña que hayan llegado a esa sala de Alcalá.

Tras estas palabras, Saúl la mira. Ella le responde con un leve encogimiento de hombros y una sonrisa tímida antes de volverse a la pantalla.

—¡Así da gusto! —exclama Paco acercándose un plato de aceitunas con sus manos arrugadas—. Os ofrecería, pero me temo que estamos un poco lejos. Saúl, ¿no le has sacado ningún aperitivo a la señorita?

Él alza las cejas.

—Ehh…, no.

—¿Qué modales son esos?

—Se acababa de despertar, abuelo —provoca Laura—. Bastante que le ha abierto la puerta.

—He estado llamando un buen rato —afirma Deva siguiendo el juego.

—¡Vale ya! —protesta el chico mientras rebusca algo de picar en la cocina—. ¿Te gustan las tortitas de arroz?

Se escucha una carcajada de Laura.

—Pero ¿qué guarrada es esa?

El abuelo pone los ojos en blanco y a continuación murmura:

—Solo falta que le ofrezca la Coca-Cola Zero Zero Zero esa.

Con una mueca, Saúl coloca un cuenco con frutos secos encima de la mesa y dos botellines de cerveza. Le tiende uno a Deva, que le da las gracias con un gesto.

—Y ahora, si podemos continuar… —dice el chico con cansancio—. Abuelo, queríamos hablar contigo para preguntarte cómo perdiste los cuadros.

—En la mudanza a Madrid, ¿no? —se adelanta Laura.

—Sí, pero no conocemos el momento concreto. Cuándo y dónde los viste por última vez. Quién estaba cerca, de quién sospechabas. Supongo que una vez desaparecieron, las buscaste…

—Oh, sí, claro que las busqué, pero no tuve mucho éxito como os podéis imaginar.

—Cuéntenos cómo fue, Paco —pide Deva.

—Está bien, pero solo si me tratas de tú. El usted me pone años —replica el anciano con un guiño.

Guarda silencio unos instantes, como si tuviera que unir las piezas de un puzle desvencijado antes de comenzar la historia. Los tres jóvenes observan expectantes cómo se frota la barbilla con movimientos lentos y frunce los ojillos flanqueados de arrugas. A través de la cámara, Deva aprecia que las paredes del apartamento del anciano están repletas de pinturas.

—Con un solo vistazo a sus cuadros, el abuelo es capaz de viajar a cualquier rincón de su memoria —le explica Saúl en un susurro.

—Me encantaría verlos.

Tras un leve carraspeo, Paco afirma:

—La última vez que vi mis cuadros fue en las Navidades de mil novecientos cincuenta y cuatro, cuando yo tenía veintitrés años.

Capítulo 40

Diciembre 1953 - Avilés, Asturias

Paco pasea por Avilés con el pecho repleto de emociones y observa su querida villa, engalanada para celebrar las Navidades. Se respira alegría en el ambiente, y los avilesinos preparan sus casas y salones para la cena más especial del año: la cena de Nochebuena.

Esas serán sus últimas Navidades de soltero, ya que el próximo verano, si Dios quiere, se casará con Mercedes. Sonríe pensando en su suerte, en haber conseguido a la chica más buena y bonita de toda Asturias. Bendito baile de San Juan en el que se conocieron solo unos meses atrás. Ella, madrileña de nacimiento, pasaba en casa de unos tíos unas semanas, y Paco, que nunca fue muy de verbenas, esa noche se dejó arrastrar por su hermano Celes a la fiesta. Ambos terminaron bailando a la luz de las guirnaldas y, desde entonces, su vida ha dado un giro que no ha hecho más que empezar: después de la boda, se mudará a Madrid.

Paco mira los arcos de piedra de la calle Galiana sin poder evitar que la morriña se adueñe de él. Cómo echará de menos el cielo encapotado y el contraste entre el verde de los campos y el color del mar. Sin embargo, no le queda más remedio que trasladarse a la capital. El padre de Mercedes, a través de su hermano, le ha conseguido allí un buen empleo como delineante. Tendrá que aprender, claro, pero con sus conocimientos en dibujo técnico y su mente despejada, en unos meses podrá dominar el trabajo. Sus suegros le han asegurado que en Madrid tendrá una vida mejor. Aunque no consigue quitarse el sabor agridulce por la partida, cada vez que se encuentra con los ojos bondadosos de Mercedes, siente que cualquier decisión a su lado será la correcta.

Don Amador, su querido maestro, no pudo disimular una mueca de disgusto al enterarse de la noticia. «Mi querido amigo —le dijo—, te has convertido en mucho más que un alumno para mí. Haremos que te despidas de Asturias por todo lo alto.»

Así, codo con codo, profesor y pupilo llevan meses concentrados en preparar la que será la primera exposición de Paco: «La memoria de las acuarelas», título con el que el joven ha querido bautizar la colección de pinturas que verá la luz el mes de febrero.

—¡Aquí está mi artista! —exclama don Amador, algo achispado por el vino cuando, a las ocho de la tarde, Paco entra en la Escuela de Artes y Oficios.

Ese día, víspera de Nochebuena, la escuela celebra una subasta benéfica para recaudar fondos para los más necesitados. Todos los alumnos de don Amador, incluido él mismo, han donado uno de sus cuadros para que sea vendido al mejor postor y adorne así salones y despachos como

recuerdo de esa buena causa.

La sala está de bote en bote, nadie ha querido perderse el evento y, con él, la oportunidad de contemplar el talento de don Amador y del mismísimo Manuel Cano, que les ha homenajeado, además, con su presencia. Paco observa a su alrededor en busca de su amigo y no tarda en encontrarlo acompañado por su bellísima mujer francesa, el alcalde y el presidente de la Cámara de Comercio. Sonríe pensando en cómo ha cambiado ese chico, que hace solo unos años garabateaba en esa misma escuela. Manuel, al percatarse de su presencia, se disculpa con su círculo y avanza hacia él con una gran sonrisa.

—¡Hombre, Paco! —Le da una amistosa palmada en el hombro—. Ya pensaba que no vendrías.

—Acabo de llegar.

—¿Has visto que tu cuadro es uno de los que primero se han vendido?

—¿Ah sí?

—Incluso antes que el mío —contesta Manuel con un tono de reproche que, por un momento, hace dudar a Paco de si es fingido o no—. Tu talento es innegable.

—Ojalá mi exposición funcione igual de bien. Supongo que don Amador te ha contado…

—Sí, sí, claro que me ha contado. Don Amador últimamente solo vive para tu exposición y lo anuncia a los cuatro vientos. Parece un predicador, y tú un mesías. —Ambos sueltan una carcajada—. De hecho, me ha enseñado alguna de las acuarelas. Son… magníficas. Como todo lo que haces —reconoce con un tono que parece sincero—. Espero y deseo que tengas mucha suerte.

—Ojalá. Es mi particular homenaje a la gente de Avilés —explica—. Son mis recuerdos, las luces y sombras de estos últimos años. El miedo y la miseria de la guerra, la alegría de las pequeñas cosas, la esperanza de construir un futuro mejor. Sentimientos reflejados en escenas cotidianas. —Hace una pausa—. Perdona, me estoy poniendo pesado y melancólico. Será porque aún no acabo de asimilar que en solo unos meses me iré de Avilés.

Manuel mueve la cabeza de forma horizontal.

—No, no, amigo, no pienses en eso. Es tu momento.

—Y tú estás viviendo el tuyo también, ¿verdad? El artículo del mes de junio aún continúa haciendo eco.

El pintor hace un ademán con la mano, restándole importancia.

—Ya sabes cómo son los periodistas, siempre intentando quedar bien —comenta despreocupado —. Pero sí, últimamente paso muchas horas encerrado en mi estudio, trabajando. Mi exposición será justo después de la tuya, y hay que dar la talla —bromea—. En fin, te tengo que dejar.

Acabo de ver aparecer a mi padre y a mi hermano y estoy seguro de que querrán que charlemos con algún personaje importante.

Paco sonríe y se despiden con una palmada en el hombro. A continuación, el chico siente cómo alguien tapa sus ojos.

—¿Crees que el mejor pintor de esta sala me firmará un autógrafo? —Escucha una voz femenina que le provoca una sonrisa al instante.

—Tendrás que preguntarle a Manuel o a don Amador, pero yo creo que te harán el favor… —replica mientras se vuelve y abraza a Mercedes.

—¡Yo me refería a ti! —protesta ella—. Tu cuadro se ha vendido el primero. ¡El primero! Paco, deberías estar orgulloso.

Paco sonríe con modestia.

—Es solo una casualidad.

Mercedes pone los ojos en blanco. Él se detiene unos instantes a observar su brillante pelo castaño, su tez blanca como la nieve, el hoyuelo que se forma cada vez que sonríe…

—¿Paco? Paco, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? Sí, sí…

Ella arquea una ceja, divertida.

—Te decía que si has visto a don Amador.

—Sí, creo que está… —Paco tuerce el cuello en busca de su profesor y lo encuentra en un rincón hablando con Leonor, su nueva ayudante— ahí —termina la frase.

—Esa pobre mujer —dice Mercedes— piensa que va a aprender a pintar, y lo único que hará es utilizar la fregona.

—¿Por qué dices eso? —responde Paco.

—No seas ingenuo, Paco, el mundo es de los hombres. Por muy bien que pinte, dudo que la tomen en serio.

—Pero don Amador es diferente. Es un hombre moderno y de mente abierta.

—Eso ya lo veremos…

Observa de reojo a la joven que charla con don Amador. Es una chica alta, espigada, con pelo fino y ojos saltones, poco agraciada. Reconoce que le ha cogido cierta manía desde el primer momento en que la vio. Sin embargo, en un ejercicio de sinceridad consigo mismo, reconoce que

el origen de su tirria hacia Leonor radica en que tiene todas las papeletas para reemplazarlo como mano derecha de don Amador. Ahora que se va a la capital, la nueva ayudante tiene vía libre para convertirse en el mejor discípulo y, después de tantos años, eso a Paco le duele en el alma.

—Ella nunca será como tú —susurra Mercedes en su oído, leyendo sus pensamientos—. ¿No ves que por eso te tiene manía? Sabe que nadie será para don Amador lo que eres tú, ni siquiera Manuel, por mucho circo que monte a su alrededor.

Paco la mira fijamente y, dándole un suave beso en la mano, responde:

—Venga, ¿te gustaría ver algunos de los cuadros de mi exposición?

—¡Claro que sí!

La pareja sube las escaleras que llevan a la segunda planta de la escuela. Por el camino saludan a varias personas que se encuentran charlando y ocupan distintos rincones del edificio. Cuando llegan al aula, el característico olor a pintura les golpea. Mercedes contempla el espacio con curiosidad y pasa la vista por las distintas obras a medio terminar que descansan sobre los caballetes o apoyadas en la pared. Paco se dirige al rincón en el que guarda la carpeta que contiene las acuarelas. Tras buscar unos instantes, frunce el ceño.

—¿Pasa algo?

—No está aquí.

Con cierto nerviosismo, el chico, ayudado por Mercedes, repasa todos y cada uno de los rincones del aula hasta dar con el portafolios de cartón. Por un momento suspira aliviado y las pulsaciones de su corazón disminuyen, sin embargo, presiente que algo no va bien. Al desplazar las gomas que sirven de cierre, se queda petrificado. La chica aparece a su lado y contempla con horror la estampa.

La carpeta está vacía.

Capítulo 41

Jueves, 10 de febrero de 2022 - Avilés

El abuelo dibuja una mueca de profunda tristeza al terminar de contar su historia. Un mejunje de sentimientos golpea su corazón en ese momento: la desaparición de sus queridos cuadros, el recuerdo de sus años en Avilés y, sobre todo, la añoranza de su amada Mercedes. La recuerda tan joven, tan guapa. Ojalá pudiera volver a sentir sus manos cálidas tapándole los ojos.

—Era una mujer fantástica —murmura con un ligero temblor en el labio.

Saúl siente que la emoción se acumula en su pecho y sube directa a sus glándulas lacrimales. Él también echa de menos a la abuela, su sonrisa permanente, su mirada sabia. Con ella tiene una deuda que no se perdonará nunca. Siente haberle fallado en el último momento, siente…

—Es muy posible que quien robó los cuadros estuviese en la exposición de Navidad —dice Deva.

—Sí, pero el local estaba lleno. Es imposible averiguar quién fue. ¡Pudo ser cualquiera! —contesta Paco con un carraspeo.

De reojo, Deva observa cómo Saúl teclea algo en su teléfono móvil. Cuando termina, el chico lo desliza hasta quedar justo al lado de su botellín de cerveza. Ella le mira extrañada. Ante un leve gesto de él, se fija en la pantalla:

«Si le contamos al abuelo nuestra sospecha de que Manuel pudo robar los cuadros, le vamos a dar un disgusto. Seamos discretos».

Deva asiente de forma casi imperceptible y ambos vuelven a reengancharse en la conversación.

—Pues yo creo que no fue cualquiera —pronuncia Laura—. Tuvo que ser alguien que te conocía, abuelo, y no solo eso, alguien que sabía dónde guardabas tus acuarelas. Quizá una persona que te tuviera rencor por algún motivo y te quisiera fastidiar.

Deva y Saúl intercambian una intensa mirada.

—O apropiarse de tu trabajo —añade Deva.

Paco sonríe y mira a las chicas de hito en hito: Laura a su lado, Deva a través de la pantalla.

—Veo que me tenéis en mucha estima, señoritas —afirma con voz cansada—, pero tened en

cuenta que yo no era Goya, ni Velázquez, era solo un principiante. Mis cuadros no valían nada.

—Precisamente por eso —señala Laura.

El abuelo frunce el ceño, confuso.

—Yo creo que lo que Laura quiere decir es que el ladrón no tendría por qué tener un móvil económico, simplemente quería hacer daño. Sabía lo importantes que eran esos cuadros para ti —comenta Saúl.

—¿Y por qué exponerlos ahora? —pregunta Deva—. Está claro que el ladrón, disfrazado o no bajo el nombre de Tino Acevedo, sabe que esos cuadros son robados.

—Quizá ahora necesite pasta —replica él escueto, recordando la teoría de su amigo Perico—. Y a pocos cientos de euros que saque por acuarela, ya le renta.

Paco cierra los ojos con disgusto. Su nieto desearía estar en Madrid para poder darle un abrazo e infundirle ánimo.

—Paco, ¿crees que hay alguien que te guardase rencor por algún motivo? ¿O que quisiera hacerte daño? No sé, don Amador…, Manuel…

El abuelo se apresura a negar con la cabeza rápidamente, como si Deva hubiese pronunciado algo imperdonable. Saúl mira a la chica con un claro «Te lo dije» en la mirada.

—¡No, no! —exclama—. Don Amador era como un padre para mí, jamás me haría eso. Por su parte, Manuel tenía su propia carrera y le iba muy bien, yo no sería capaz de hacerle sombra. Además, sabía que en pocos meses me iría a la capital y que difícilmente podría dedicar mi vida a la pintura.

—¿Y Leonor? —propone Laura.

—No sé, quizá… —El abuelo se queda callado un momento—. No quiero acusar a nadie.

Saúl pone los ojos en blanco y replica:

—Abuelo, no se trata de acusar, se trata de que alguien, seguramente esa noche, robó tus cuadros, y hemos de averiguar quién fue. Estamos intentando cerrar el círculo de sospechosos y, si quieres mi opinión, no me apresuraría tanto para descartar a don Amador y a Manuel —murmura.

El rostro del abuelo se torna en una mueca de disgusto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, por ejemplo, si Tino Acevedo hubiera sido alumno de don Amador, ¿no es extraño que a Rafaela no le suene de nada ese nombre?

—Quizá era un nombre artístico —sugiere Deva.

—Da igual. Si tan famoso fue como para hacer varias exposiciones y que sus cuadros estén en no sé dónde de Europa, como dice el folleto, don Amador y, por tanto, sus descendientes, debían conocerle. ¡Vamos! Si Rafaela dijo que su abuelo era tan ordenado que tenía fichas de todos sus alumnos, ¿cómo no iba a saber quién es Tino? Yo creo que oculta algo.

—Quizá tengas razón, hermano —murmura Laura a través de la pantalla—. Aunque yo creo que tampoco hemos de descartar a Leonor. El abuelo era el espejo en el que ella nunca podría reflejarse. Don Amador le adoraba, y Leonor era…, parece que solo era una especie de mujer de la limpieza, por muchas ínfulas de aprendiz que tuviera. Es triste, pero es así. Las mujeres en esa época lo tenían crudo.

—¿Y para qué iba a querer robar los cuadros? ¿Qué ganaba? —pregunta Paco.

—No tenía por qué ganar nada —explica ella—. Quizá, simplemente, dejar de escuchar a su admirado profesor alabar una y otra vez el talento de su mejor discípulo y hacer que se marchara a Madrid por la puerta trasera. —Laura sonríe satisfecha mientras los otros tres asienten, convencidos por su razonamiento.

En la siguiente media hora urden un plan: investigarán a Leonor y a don Amador y, por supuesto, acuerdan Deva y Saúl en un pacto silencioso, al mismísimo Manuel Cano.

Saúl volverá a hablar con Rafaela para preguntarle si ha recordado algo sobre Tino y si sabe dónde encontrar a la antigua aprendiz del maestro, que, seguramente, continúe viviendo en Avilés. También le hará una visita a Antonio, al que hace unos días que no ve.

—Te acompañaré —dice Deva—. Recuerda que tengo que encontrar algo sobre lo que escribir para mi artículo.

—No sé si querrás enfrentarte a Amelia, la cuidadora que escupe fuego —interviene Laura divertida.

—No sé si ella querrá enfrentarse a mí —replica la periodista guiñándole un ojo—. Entonces —se dirige a Saúl— mañana tendremos un día interesante.

Capítulo 42

Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

Saúl contempla el trocito de cielo azul que se divisa desde su ventana mientras disfruta de las tostadas del desayuno. La tarde anterior, después de su llamada por Skype con el abuelo y Laura, y de un rato de conjeturas en el salón, Deva y él decidieron que sus teorías tendrían mucho más sentido regadas por un buen Rioja. En su camino hacia la vinatería Carpe Diem se encontraron con Daniel, a quien no le faltó tiempo para apuntarse al plan. Por supuesto, no advirtió la mueca de fastidio de su vecino. Saúl descubrió entonces que Daniel y Deva fueron compañeros de colegio. Su complicidad era evidente, por lo que no pudo evitar preguntarse si entre ellos hubo algo más que una simple amistad. No puede quitarse de la cabeza el diálogo que mantuvieron los tres, sus gestos, su acercamiento, su confidencialidad, lo recuerda perfectamente, palabra a palabra:

—Y así Deva puso en huelga a toda la clase —había explicado Daniel entre risas—. No le parecía justo que el profesor de educación física estuviera ahí plantado mientras todos los demás sufríamos sus ejercicios.

—¿Y funcionó?

—¡Qué va! Estuvimos una semana sin recreo y me convertí en persona non grata para mis compañeros —había explicado Deva dando un bocado a un pincho de queso y ahogando una carcajada.

—Al menos lo intentaste.

—Siempre hay que intentarlo —había asegurado con un leve encogimiento de hombros y mirando fijamente a Saúl, o eso le pareció a él.

—¡Es lo que yo digo! —había exclamado Daniel alzando su copa—. Aunque uno fracase. Es lo que me pasa a mí con las chicas, que lo intento, lo intento…, y nada.

Deva, con los ojos en blanco, había dicho:

—Con esa gabardina asquerosa que llevas, no me extraña.

Daniel, sacando la lengua e ignorando su comentario, había decidido cambiar de tema.

—¿Y cómo va la búsqueda de Tino Acevedo?

Si en un primer momento Saúl se había sentido reconfortado al contarle a Daniel algo sobre sus investigaciones, en ese instante le pareció que su vecino sobraba por completo en la ecuación. Con una fugaz señal a Deva, esta había entendido que solo ella tenía información privilegiada y, tras una respuesta escueta, Saúl había logrado redirigir la conversación a otro tema. Fue una noche agradable, aunque, sin duda, en multitud. Por un instante creyó ver en el rostro de Deva una mueca de decepción al comprobar que Daniel no parecía tener intención de marcharse a casa. ¿Fueron solo imaginaciones suyas?

«Deja de pensar tonterías», se reprocha de nuevo en el presente forzándose a apartar esos pensamientos. Da un mordisco a la tostada. De pronto, su móvil vibra y lo maldice por arrancarle de la paz del desayuno. Observa la pantalla. Es Sergio.

Un golpe de realidad le sacude.

Con cierta resignación descuelga para escuchar la voz de su amigo:

—Si te preguntas si han ascendido ya a Pelo Pantene, la respuesta es no —dice el chico a modo de saludo.

Saúl no puede reprimir una carcajada y contesta:

—Ya sabíamos que con ese estilo capilar no llegaría muy lejos.

—Pues así es —afirma Sergio—. Incluso me atrevería a decir que de vez en cuando Costa dirige una mirada melancólica a nuestro despacho, a tu silla, para ser más exactos.

—No digas tonterías —responde incrédulo.

—Está deseando que vuelvas.

—Ya —contesta secamente—. Aunque la cuestión es que yo ya no sé si quiero volver.

—Lo entiendo. Sin embargo, creo que si vuelves tienes grandes posibilidades de optar a ese ascenso. Te lo habías currado mucho y…

—Y mira dónde me ha llevado. —Saúl ahora visualiza de forma nítida su paso por el hospital y cómo el propio Rodrigo no le dio ni una sola oportunidad para redimirse.

—Bueno, tú verás. Te informaré si me entero de algo. Ahora cuéntame qué tal por esa tierra.

Un rato después, Saúl medita sobre la conversación con su amigo mientras camina hacia la Escuela de Artes y Oficios. Se imagina que Sergio, con sus comentarios, solo quiere ser amable, pero no ve realista que su jefe, en solo una semana, ya le esté echando tanto de menos.

—¡Hombre! El madrileño —saluda Rafaela nada más verle aparecer en el aula.

—¿Cómo estás, Rafaela?

—Pues estupenda, como siempre —responde coqueta mientras se atusa los rizos pelirrojos y los llena de carboncillo—. ¿Has decidido venir a mi clase por fin?

—Me lo estoy pensando —responde Saúl con una sonrisa ensayada.

—Ay, neno, que no hay tanto que pensar. —La profesora pone los ojos en blanco y vuelve a concentrarse en el lienzo que tiene frente a sí.

Saúl se acerca a contemplarlo. Se trata de un paisaje pintado con carboncillo. Aunque el lugar no le suena, le da la sensación de que se trata de algún paraje de la geografía asturiana.

—Es muy bonito.

—Son solo unos garabatos —murmura ella—. Esta hora del día es la mejor para pintar. La hora de la calma, justo antes de que empiecen a llegar mis alumnos. —Sonríe—. Pero tú no has venido para verme dibujar, ¿a que no?

—No —reconoce—. He venido porque sigo investigando sobre Tino Acevedo y quería preguntarte si has podido recordar algo más, o encontrado algo entre las cosas de tu abuelo.

Ella le observa con aburrimiento y responde:

—No he tenido mucho tiempo para rebuscar en el pasado, lo siento. Aunque no lo creas, mi vida es muy ajetreada. Si encuentro algo, te lo diré.

Saúl la escudriña preguntándose si miente, si le estará dando largas, si en realidad sí que sabe algo sobre Tino y no se lo quiere contar.

—Mi abuelo me ha comentado que don Amador tuvo una ayudante después de él. Leonor, ¿le suena ese nombre?

Rafaela esboza una mueca.

—Sí, sí que me suena —dice en tono cortante—. Aunque no sé si se le puede llamar ayudante… Trabajó aquí solo algunos meses.

—Y… ¿sigue viva?

—Eso creo —reflexiona—, aunque ya debe ser bastante mayor. El tiempo no pasa en balde.

—Aunque para unos pasa mejor que para otros —afirma él dibujando esa sonrisa cameladora de peces gordos que tanto ha ensayado en los últimos años.

Rafaela se aclara la garganta y, con las mejillas sonrosadas, responde:

—Anda, chiquillo, no me hagas la pelota. ¿Qué quieres saber?

—Me gustaría hablar con Leonor. En esta historia de mi abuelo todo el mundo parece tener más de doscientos años. Salvo tú, claro —se apresura a corregir.

Rafaela provoca una pausa y, tras esbozar un par de trazos en su lienzo, indica:

—Vive en una residencia, la Casa Larrañaga, cerca de la ría. Quizá puedas hacerle una visita —sugiere—, pero no esperes mucho de ella. Ni siquiera esperes que te cuente la verdad.

Capítulo 43

Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Deva esa misma tarde cuando están camino de la Casa Larrañaga.

—Ya me gustaría saberlo —bufa Saúl—, pero se negó a decirme nada más. Sinceramente, al principio estaba convencido de que ni Rafaela ni don Amador tenían nada que ver con el robo de los cuadros, pero ahora su actitud me hace sospechar. ¿Tú crees que estoy paranoico? —termina con un leve encogimiento de hombros.

—Rafaela es un personaje… peculiar —comenta la periodista—. Todo Avilés lo sabe. Supongo que la mayoría de los artistas son así, hay que saber tratar con ellos.

—Pero ella no llegó a ser tan famosa como su abuelo, ¿o sí?

—Ni por asomo. Don Amador no solo tenía un talento con el que Rafaela no puede ni soñar, sino que era muy querido en Avilés. Aunque lo intenta, ella no despierta la misma simpatía. Haría falta un milagro para que alcanzara el estatus de su abuelo.

—O un robo de cuadros —sugiere Saúl—. ¿Y si don Amador hubiera robado los cuadros y ella los hubiera expuesto bajo un seudónimo para alcanzar, por fin, cierta fama?

—Ya sospechas de todos, ¿eh? Pero tiene sentido. —Hace una pausa—. Y encaja con lo que pone en el folleto…

—Claro. Alumna de don Amador. Alumna, nieta, qué más da. Quizá también expuso en León, que no está lejos de aquí. Todo cuadra.

—Tendríamos que averiguar si también estudió en La Academia de Manuel Cano.

—¿Cómo?

—Es lo que decía el folleto, ¿no? Que estudió en La Academia. Esa era la escuela de pintura que abrió Manuel Cano.

—¡Anda! Pues no sabía que se llamaba así. Quizás Antonio pueda ayudarnos con eso —propone Saúl—. No sé si se acordará o si tendrá esa información, pero no perdemos nada por preguntarle y, de paso, indagamos sobre Manuel.

Satisfechos con esa perspectiva nueva, llegan a la residencia de ancianos. La Casa Larrañaga es un bonito edificio que se encuentra frente a la ría, justo al lado de las vías del tren. Desde la calle se puede contemplar el pequeño jardín, donde algunas personas pasean o disfrutan del sol del invierno sentados en banquitos de madera.

Al adentrarse en la casa, un fuerte olor a viejo, a antiséptico y a puré les golpea. Una amable enfermera les conduce por varios pasillos adaptados hasta la salita en la que se encuentra Leonor.

—¿Leo? Tiene usted visita —anuncia elevando el tono de voz.

La mujer, de pelo cano y rostro rechoncho, al igual que el resto de su cuerpo, interrumpe su partida de parchís, se vuelve y les escruta a través de unas modernas gafas de montura gruesa. Con un movimiento lento y torpe, y también con cierta extrañeza, se levanta a saludarles. Saúl la observa y piensa que no parece tan mayor ni tan inválida para vivir en una residencia, aunque fácilmente rondará los ochenta.

—Creo que no tengo el placer —pronuncia con una voz rasgada, maltratada por años de fumar Bisonte.

Saúl y Deva se presentan brevemente y le explican que el abuelo de Saúl fue alumno de don Amador.

—¿Eres el nieto de Paco Ortega? —pregunta con un gesto indescifrable—. Sí, ahora que te miro bien, sí que tienes un aire. —Dibuja una levísima sonrisa—. ¿Y bien? ¿Qué os trae por aquí?

Los chicos se miran un instante. Saúl explica:

—Estoy pasando una temporada en Avilés para conocer algo más sobre mis raíces, sobre la vida de mi abuelo. Por eso estoy intentando localizar a personas que coincidieron con él.

—Pues él y yo… ¿No te ha contado Paco que no fuimos, lo que se dice, grandes amigos? —pregunta escéptica.

—No entró en mucho detalle —responde el chico incómodo.

—Coincidimos un par de años en las clases de don Amador, cuando tu abuelo tuvo que dejar el puesto de ayudante.

—Usted le sustituyó, ¿verdad? —añade Deva.

—Así es. O al menos eso pensaba yo, pero, en realidad, me utilizaban de fregona, y los pinceles poco los olí —suelta.

—Leonor, verá, quería preguntarle… —se aventura Saúl mientras escucha a su espalda el batir de los dados dentro del cubilete del parchís—. Mi abuelo me contó que antes de trasladarse a

Madrid quería hacer su primera exposición, para lo cual había pintado una serie de acuarelas. —La anciana frunce el ceño—. Parece ser que esas acuarelas desaparecieron, las robaron. ¿Usted tiene idea de quién pudo ser?

—¡¿Venís aquí a acusarme?! —exclama. Cierra los ojos con disgusto mientras trata de contener una tos fuerte y repentina. Saúl y Deva la miran alarmados—. Ha sido Rafaela, ¿verdad? Ella os dijo que yo había tenido algo que ver. Esa condenada familia Campillo… —murmura.

—No, no —se apresura a decir Deva—. No se nos ocurriría acusarla, y mucho menos venir a molestarla con eso. —La anciana parece apaciguarse—. Simplemente, nos gustaría conocer su opinión sobre qué sucedió, solo eso.

—Esos cuadros eran muy importantes para mi abuelo —explica el chico—, y ya que estoy aquí quisiera hacer mis propias averiguaciones.

—Está bien. Os contaré lo que sé, pero me haréis el favor de decirle a esa Campillo de los cojones que deje de acusarme por algo que no hice. ¡Maldita familia! El abuelo, la nieta… ¡Todos iguales!

Los tres se dirigen al jardín de la residencia y, al calor de un rayo de sol, Leonor les cuenta su versión de los hechos.

Capítulo 44

Enero, 1954 - Avilés, Asturias

Cuando los últimos alumnos se marcharon llevándose consigo el bullicio y las risas, Leonor, por fin, pudo respirar hondo. Tranquilidad. No es que no le guste la compañía, sino que ella, introvertida y callada como es, se siente más cómoda acompañada por pinceles y botes de disolvente que en medio de las bromas y comentarios de sus compañeros, la mayoría hombres. Además, el final de la clase es su momento favorito del día. Desde que se convirtió en la nueva ayudante de don Amador, gracias a una amiga de su madre, que persuadió al hombre alabando su buena maña con la limpieza, espera con ansia a que las manecillas del reloj marquen las ocho en punto para quedarse a solas con su profesor. Se siente toda una privilegiada por tener para ella la compañía de un artista de su talla. Es la envidia de sus amigas. Algunos días, el hombre le da consejos sobre cómo mejorar su técnica de principiante.

—Don Amador, ¿qué le parece cómo avanza mi cuadro?

El profesor se acerca al lienzo, lo observa con interés a través de sus gafas de montura redonda y, a continuación, espeta:

—Vas mejorando, Leonor, no cabe duda.

Ella dibuja una amplia sonrisa y continúa sus tareas. Le gustaría poder entablar conversación con el profesor, pero, sinceramente, no sabe bien qué decirle, y además teme aburrirle con su cháchara. «En boca cerrada no entran moscas», recuerda el refrán que su madre pronuncia una y otra vez y que puede traducirse en «si no tienes nada que decir, más vale que te calles». Y así hace ella, callarse.

—Profesor. —Paco entra en la clase.

Don Amador, que se ha enfrascado en la lectura de un manual sobre nuevas técnicas del pastel, levanta la vista y saluda a su alumno.

—Qué alegría verte, Paco. No te esperaba.

Se dan una palmada amistosa. Paco saluda a Leonor, que le devuelve una tímida sonrisa.

Ojalá pudiera ser como él, piensa la chica. Todo el mundo quiere a Paco. Es una persona modesta, humilde, y su talento, que algunos consideran propio del mismísimo Goya, hacen que sea uno de los alumnos estrella de la Escuela de Artes y Oficios, mejor incluso que Manuel Cano. Sin duda es el alumno preferido de don Amador. Hace ya años que su relación traspasa las

fronteras de lo académico y se han convertido en dos buenos amigos, en dos personas que se profesan admiración mutua.

—¿Hay alguna novedad? —pregunta don Amador.

—Nada —dice Paco—. Se han esfumado, profesor. La verdad es que no lo entiendo. ¿Cómo ha podido pasar?

—No lo sé, Paco.

—Quizá no debimos guardarlos aquí. Tendríamos que…

—Paco —dice don Amador—, los cuadros siempre se guardan en estas aulas y nunca ha desaparecido nada. Quien se llevó tus acuarelas lo hizo de mala fe, no te quepa duda. Se los hubiera llevado estuviesen aquí o protegidos bajo siete llaves.

—Pero se lo hubiéramos puesto más difícil al ladrón —dice el chico desplomándose sobre uno de los taburetes del aula.

Leonor, que observa la escena de reojo, se compadece de Paco. Llevaba tiempo trabajando en la que sería su primera exposición, y un par de meses antes, sus obras desaparecen como por arte de magia. El rumor ha corrido por Avilés y, aunque todo el mundo pone cara de circunstancias y habla de lo terrible de la situación, nadie ha aportado ni una sola pista sobre quién pudo ser el mangante.

—Hagamos memoria otra vez —pide Paco.

—Paco, hemos hecho ese ejercicio cientos de veces.

—Lo sé, pero necesito encontrarlos. Al menos el cuadro que pinté para mi madre. Me da tanta rabia, don Amador…

—Venga, venga —le anima—, pensemos. Supongamos que desaparecieron la tarde de la subasta de Navidad.

—Sí.

—Todo el mundo estaba allí. —El profesor suspira.

—Pero no todo el mundo subió al piso de arriba, a las aulas. Además, la persona que robó los cuadros se fue con ellos dejando la carpeta vacía. Eran unas cuantas láminas. ¿Cómo pudo pasar tan desapercibido?

—¿Llevándolas debajo del abrigo, quizás?

Profesor y alumno pasan la siguiente media hora elucubrando sobre posibles sospechosos y distintos métodos para robar las acuarelas. Mientras tanto, Leonor, que ha escuchado esa misma

conversación decenas de veces durante las últimas semanas, continúa con sus tareas.

—La conclusión es —afirma don Amador— que quien se las llevó conocía muy bien la escuela. Y no solo eso: sabía perfectamente dónde se guardaban. Investigaré entre mis alumnos —manifiesta con tono de preocupación.

—No sabe cómo se lo agradezco. Ojalá demos con el culpable. No quiero castigar a nadie, solo recuperar el fruto de mi trabajo. Eso y preguntar por qué lo hizo —termina apretando los labios.

—Te avisaré si hay alguna novedad.

—Gracias, profesor.

Tras despedirse, don Amador se sienta de nuevo delante del escritorio, dispuesto a retomar su lectura cuando, de pronto, levanta la vista de la portada del manual y la fija en Leonor, que repentinamente siente que una corriente eléctrica le pone los pelos de punta.

—Es extraño lo de los cuadros de Paco, ¿verdad? —pronuncia don Amador con extraña suavidad.

—Desde luego —replica ella ignorando sus malos presagios—. Y muy mala suerte —añade sin saber bien qué más decir y afanándose en frotar el suelo del aula.

—Leonor…, tú estuviste aquí el día de la exposición de Navidad, ¿verdad?

La chica asiente.

—Así es. Pero solo estuve un rato, a primera hora de la tarde. Tuve que irme pronto porque tenía que acompañar a mi madre a misa —explica.

—¿Y no viste a nadie subir a las aulas?

—No. Se lo hubiera contado, don Amador.

—Y tú… ¿subiste?

Leonor le mira entre confusa y sorprendida.

—Fue solo un momento, señor —reconoce—. Quería enseñarle a mi madre los avances del bodegón que estaba pintando.

El profesor se ajusta las gafas.

—¿Y no te llevarías por casualidad los cuadros de Paco?

Leonor se queda de piedra y, con un hilo de voz, balbucea:

—¿Yo? ¿Por qué iba a querer yo los cuadros de Paco?

—No sé, ¿por envidia, quizás? ¿O tal vez se te cayó un bote de disolvente y preferiste no reconocer tu error por miedo a que te despidiera?

Ella estruja el trapo que lleva entre las manos sin poder creerse que su idolatrado profesor la esté acusando, sin pruebas, de un robo que, por supuesto, no cometió.

—Con todos mis respetos, don Amador, mi admiración por Paco es sincera. No tengo ningún interés en robar sus cuadros. Ni siquiera sabría qué hacer con ellos.

Don Amador la escudriña con la mirada y, cuando parece comprobar que dice la verdad, se retira tras su escritorio con un leve murmullo de disculpa. Es en ese momento cuando Leonor, con la fregona todavía en la mano y sintiéndose profundamente herida y decepcionada, toma una decisión.

Capítulo 45

Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Y cuál fue esa decisión? —pregunta Deva ensimismada por la historia.

—Dejé de trabajar para don Amador y me busqué un buen marido. Dejé de ser tímida y mojigata, porque aprendí que así se aprovechan de una. —La anciana se encoge de hombros y dibuja media sonrisa—. Estaba claro que el de los artistas no era un mundo para mí. Si ya me lo decía mi madre… —Suspira—. Me quedé profundamente decepcionada. Estaba claro que don Amador tenía sus favoritos dentro del aula. Tu abuelo era uno de ellos, pero ¿acusarme así sin más? Eso no lo pude tolerar. Mi madre le cantó las cuarenta y la bronca resonó por todo Avilés. Supongo que por eso me odia su nieta.

—Lo siento mucho —dice Saúl, sorprendido por la lucidez de la anciana—. Me imagino que no sería plato de buen gusto para nadie.

—Así es, pero oye, no hay mal que por bien no venga. Tuve una buena vida, aunque me quedé con la duda de qué hubiera pasado si hubiera seguido allí. ¿Hubiera llegado a algo? Quién sabe…

Después de un rato de charla banal y de explicaciones y anécdotas sobre la vida de Leonor, Deva pregunta:

—Leonor, ¿a usted le suena el nombre de Tino Acevedo?

La mujer, sin pensarlo dos veces, niega.

—Jamás lo había oído, ¿por qué?

—Parece que fue un alumno de don Amador que se hizo bastante famoso. También le dio clase Manuel Cano.

Leonor hace una pausa y, a continuación, mostrando su dentadura postiza, amarilla como un limón, señala:

—No sé quién fue ese tal Tino, pero a Manuel sí que le conocí. Todo un personaje. Tuvo a la villa de Avilés entretenida con sus excentricidades durante varios años. No os imagináis cómo fue cuando vino de París: parecía un rey con su séquito. Y esa novia que se trajo…, no sé cómo sobrevivió tanto tiempo aquí la pobre, ¡si casi no hablaba español!

—Pero aprendería —comenta Deva.

—No le interesaba. Al menos eso es lo que se rumoreaba. También se decían otras cosas que… Bueno, no quiero ser chismosa. Estar casada con Manuel no debía ser nada fácil; era un hombre lleno de luces y sombras.

—Supongo que todos somos un poco así —señala Saúl.

—Pero Manuel era…, no sé. Era el típico artista atormentado, ¿sabéis? Se decía que algo le torturaba por dentro. En alguna de sus noches de borrachera hablaba de ello, desvariaba contando cómo los virtuosos como él tenían que vender parte de su alma para alcanzar el éxito.

—¿Tan bueno era? —pregunta Deva arqueando una ceja con incredulidad.

Leonor mueve la cabeza de forma horizontal.

—Yo creo que no, pero sí era bueno haciendo… ¿marketing? Así lo llamáis los jóvenes de ahora. Creó una leyenda sobre su persona. En cuanto a su talento… Hay un cuadro suyo expuesto en la Escuela de Artes y Oficios, acercaros y juzgad vosotros mismos.

Saúl y Deva asienten, apuntando mentalmente cuál será su siguiente parada. Saúl no puede evitar preguntarse cómo es posible que, después de llevar casi una semana en Avilés y de haber hablado con distintas personas sobre Manuel Cano, esta sea la primera vez que alguien le indique dónde puede ver un cuadro suyo.

—Alguien nos dijo que la carrera de Manuel fue algo controvertida —recuerda Deva—. Sin embargo, ninguna de las personas con las que hemos hablado han sabido decirnos por qué, ¿usted sabe algo?

Leonor, que ya comienza a estar visiblemente cansada de la conversación y observa de reojo que la partida de parchís avanza sin ella, niega con lentitud.

—Supongo que la gente le tenía envidia, eso es todo.

—Eso es lo que dijo mi abuelo —confirma Saúl.

—Y además —continúa la anciana ignorando el comentario—, con el tiempo, Manuel comenzó a llevar una vida bastante desordenada. Tan pronto decía que la inspiración le había abandonado y pasaba meses sin pintar como se encerraba unas semanas en su estudio y aparecía con una nueva colección de cuadros fantásticos, como por arte de magia. Un poco extraño, ¿no creéis? —termina.

Cuando Saúl y Deva se despiden de Leonor y abandonan la Casa Larrañaga, las preguntas se amontonan en sus bocas. La anciana ha resultado ser una valiosa fuente de información. Para empezar, ha desvirtuado la imagen de hombre bondadoso y casi perfecto de don Amador. Sin bien fue casi como un padre para Paco y, desde luego, una inspiración para Manuel Cano, Leonor no tuvo la misma suerte. Quizá por ser mujer, quizá por estar en el momento y lugar

equivocado. Ella admiraba al pintor con todo su ser, y este le correspondió acusándola de un robo que supuestamente no cometió.

—¿Crees que iba a confesarle al mismísimo nieto de Paco que ella robó los cuadros? —pregunta Deva en tono burlón.

—Han pasado muchos años. No le vamos a poner una denuncia —replica Saúl.

—Aun así, es una cuestión de orgullo. Yo no lo confesaría. De todas formas…, a mí me ha parecido sincera.

—Reconozco que a mí también.

—Y supongo que eso nos deja la puerta abierta para investigar a don Amador y a Manuel Cano.

—Con don Amador lo vamos a tener difícil. Rafaela es hermética, muy hermética. Y con Manuel…

—¿Y si empezamos por ver su cuadro?

* * *

La Escuela de Artes y Oficios les recibe con su bullicio habitual de alumnos que van y vienen de las clases. Al mirar su reloj, Saúl se da cuenta de que son casi las siete de la tarde y ya es prácticamente noche cerrada. Deva entra con decisión en el edificio y, juntos, observan uno por uno los cuadros expuestos en la planta baja. Es casi al final del recorrido cuando encuentran la obra de Manuel Cano. La identifican al momento. Se trata de un gran óleo de una calle de París, de colores vivos y pinceladas exactas. Saúl y Deva se quedan en silencio unos instantes, observando, evaluando si hace justicia a la leyenda del famoso pintor.

—A mí me parece que está bien —comenta Saúl con tono despreocupado.

En realidad, le parece que está más que bien, sin embargo, sabe que sus conocimientos en pintura son nulos y no quiere quedar como un palurdo delante de Deva, que parece examinar el cuadro con ojo crítico.

—Sí —admite ella—. Está bien.

—¡¿Está bien?! —reconocen una voz a su espalda. Rafaela les observa con media sonrisa y los brazos en jarras—. Manuel Cano es uno de los grandes artistas de Avilés, solo comparable con mi abuelo —guiña un ojo—, y decís que su cuadro… ¿está bien?

—Está muy bien —afirma Saúl mirando de reojo a Deva, que hace un mohín—. Perdona, Rafaela, pero no tengo demasiada idea sobre pintura.

La mujer pone los ojos en blanco.

—¿Qué hacéis aquí?

—Pues precisamente esto. Contemplar el cuadro de Manuel.

Ella asiente y replica:

—Tenemos la suerte de tener una pieza original en nuestra escuela. En su momento, este cuadro pudo valer muchísimo.

—¿Lo pintó Manuel cuando estaba en París? —pregunta Deva.

Rafaela la observa reparando por primera vez en ella y después la repasa con la mirada, como si evaluara si le parece digna compañera de Saúl. Deva, que se da cuenta, alza las cejas. La mujer replica:

—Oh, no. Lo pintó cuando ya estaba en Avilés. Este cuadro lo donó a la escuela. En parte como agradecimiento a los favores y a la ayuda que le prestó mi querido abuelo.

Rafaela mira su reloj.

—Empieza mi clase. Saúl, espero que algún día nos obsequies con tu presencia —comenta con una sutil caída de pestañas.

El chico sonríe algo avergonzado. A su lado, Deva contiene una carcajada.

—Lo pensaré.

Cuando la mujer, con su pelo ensortijado y pelirrojo, se aleja escaleras arriba, la chica comenta divertida:

—Esa señora, ¿te estaba tirando la caña o son cosas mías?

—Prefiero pensar que no —responde con una sonrisa abochornada—. Me parece que me queda ya algo mayor, pero no se lo digas a ella, que entonces sí que no soltará prenda sobre Tino.

El chico está a punto de hacer ademán de irse cuando se da cuenta de que su compañera continúa absorta en la pintura. Parece observar algo muy detenidamente y saca algunas fotos con su teléfono móvil. Las amplía, disminuye y vuelve a escudriñar el óleo. Él, que no se atreve a interrumpir, espera paciente e intrigado a que Deva termine su análisis. De pronto, ella se aleja un poco del lienzo y, con un suspiro y ojos vidriosos, afirma:

—Esto merece una copa de vino.

—Me parece bien. El vino siempre es bien recibido, pero… —responde Saúl sin poder evitar su extrañeza— ¿qué celebramos?

—Que este cuadro no lo pintó Manuel Cano.

Capítulo 46

Viernes, 11 de febrero de 2022 - Avilés

El Carpe Diem les recibe con el bullicio habitual de los viernes, con ese ambiente distendido y alegre que caracteriza el comienzo del fin de semana. Saúl y Deva consiguen encontrar libre una mesita pequeña en una esquina de la vinatería, y allí, sentados sobre un par de taburetes altos y con sendas copas de vino, observan las fotografías que la chica acaba de tomar.

—¿Lo ves? Parece que hay dos firmas. Como si hubiera una original y alguien hubiera pintado encima.

Saúl amplía la imagen, la acerca a su rostro y guiña los ojos para intentar enfocar los trazos y visualizar lo que comenta su compañera.

—Me cuesta mucho verlo, la verdad. Distingo los dos trazos, pero no sabría decir qué hay debajo o si, efectivamente, es una firma o una línea del propio dibujo. —Se encoge de hombros—. Quizá le estás echando demasiada imaginación, Deva.

Ella le dedica una mueca.

—Sé exactamente lo que estoy viendo, y aquí hay dos firmas, te lo aseguro —afirma con contundencia, dando golpecitos a la pantalla de su smartphone.

—Está bien, está bien. Pero, aunque ese fuera el caso, ¿nadie lo ha visto hasta el momento? Hasta que llegamos nosotros y decimos… ¡Anda, mira, qué sorpresa!…

—Quizá nadie se ha atrevido a desacreditar al famoso Manuel Cano. Ya te digo que es una leyenda por aquí.

—Si ya está muerto, ¿qué más da? Solo su hermano sigue vivo, y encerrado en un piso tan antiguo como él —murmura Saúl, que recuerda con cierta pena a Antonio, postrado en su silla y observando la calle a través de la ventana de su salón—. La familia Cano ya no tiene ni mucho menos la influencia que tenía.

—Sí, pero Avilés no olvida.

—Eso parece un eslogan muy chungo.

Deva suelta una carcajada.

—Me refiero a que no querrán que se desprestigie a una de sus figuras locales más importantes.

—¿Tú crees que eso a la gente le importa?

—A la gente le importan cosas muy raras.

—En cualquier caso, es un buen descubrimiento. —Saúl alza su copa e invita a Deva a brindar.

—No me hubiera fijado de no ser por el comentario de Elvira, eso de que la obra de Manuel era tan controvertida —afirma ella despreocupada—. Supongo que si hay algo extraño en su carrera, debe estar reflejado en sus cuadros.

—Quizá esos los haya robado también —bufa Saúl.

—Recuerda que lo de tu abuelo solo es una teoría. Además, él mismo dijo que eran láminas. Lo que Manuel tenía en su taller parecía algo más grande. Algo como el lienzo que acabamos de ver en la Escuela de Artes y Oficios.

Saúl asiente, anota mentalmente que bien podrían ser las láminas de su abuelo ya enmarcadas. Mira a Deva, que da un sorbo a su copa de vino y decide dejarlo estar por el momento.

Sentado frente a la puerta del local, dirige una mirada fugaz a las personas que entran. Quizá su vecino Daniel aparezca en cualquier momento, interrumpiendo así el rato con Deva. Con gesto imperturbable, se reprende a sí mismo. «Llevas toda la tarde con ella», se dice. Y la verdad es que se le ha pasado en un suspiro, algo que no le sucedía con Alejandra, con quien solía terminar las veladas haciendo scrolling en su cuenta de Instagram y aguardando la hora de poder marcharse. Durante un instante observa a la chica parlotear sobre sus teorías y algún artículo que escribió hace unos meses. Habla con pasión sobre su trabajo, sobre la investigación, sobre las cosas que le gustaría escribir. Saúl se pierde un momento en sus ojos castaños y en el mechón de pelo que recoge detrás de la oreja, y piensa, por enésima vez, en lo diferente que es de su exnovia. Seguramente no se hubieran caído bien.

Alejandra, con un cuerpo escultural y cara de ángel, no hubiera visto en Deva rival alguno, mucho más bajita, con cara redonda y nariz respingona, sin darse cuenta de que la periodista es mucho más despierta, vital y apasionada. Saúl se sorprende por la cantidad de inquietudes que rondan su cabeza: escribir grandes reportajes, acercar temas importantes, en lenguaje claro y coloquial, a personas de toda clase y condición, y hacer de su carrera algo más que escribir sobre las funciones de Navidad del colegio de turno.

—Saúl… ¿Saúl? ¿Me estás escuchando? —Le arranca de sus pensamientos con un chasquido de dedos.

—¿Eh? Sí, sí. Claro que te escucho. Estaba pensando…, ¿por qué sigues viviendo aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Todos esos sueños que me cuentas… Tendrías más oportunidades en cualquier otro sitio.

Avilés es una ciudad muy pequeña.

Ella arquea las cejas y bebe un sorbo de vino mientras medita su respuesta.

—Esta es mi casa —responde al fin—. Supongo que no siempre es fácil abandonarla. Además, quiero pensar que desde las ciudades pequeñas también se pueden hacer cosas grandes. Las nuevas tecnologías lo ponen mucho más fácil. De todas formas —añade—, precisamente eres tú el que está huyendo de la gran ciudad. ¿Por qué?

Saúl responde con sencillez:

—La lie muy parda en el curro, ya te lo dije.

Deva le mira con incredulidad mientras contiene una carcajada. Se hace a un lado y el camarero aparece con dos nuevas copas de vino y una bandeja de pinchos. El chico le mira sorprendido.

—¿Has pedido tú?

Deva se encoge de hombros.

—Tengo un código secreto. Vengo mucho por aquí. —Le guiña un ojo—. Además, ayer dijiste que necesitarías mucho vino para contar tu historia.

—Veo que no se te pasa una…

Durante los siguientes minutos, y embriagado por el Rioja y el buen ambiente, Saúl se sincera con Deva y le cuenta, de forma resumida, cómo han sido los últimos meses y años de su vida. Ella le escucha en silencio, con leves asentimientos e interrumpiendo solo para hacer preguntas puntuales.

—¿Y crees que ha merecido la pena? Me refiero a todo el sacrificio que has hecho.

El chico no necesita pensar la respuesta.

—Supongo que depende de a quién preguntes. Si se lo preguntas a mi cuenta bancaria, te dirá que sí, sin dudar. —Sonríe—. Y reconozco que durante estos años he conocido a personas muy interesantes, he viajado, me he sentido… importante.

—¿Importante para quién?

—Ahí está la clave —se lamenta—. Importante para alguien que no dudó ni un instante en reemplazarme cuando tuve un momento de flaqueza.

—¿Hablas de tu jefe o de tu novia?

Saúl estalla en una carcajada y ella le sigue.

—Pues hablo de los dos. No sé a quién llegué a querer más… Creo que a mi jefe —reflexiona

ahogando la risa.

—Por tu novia también te esforzaste. Solo había que verte en Instagram… Lo de las poses no se te daba muy bien.

—¡¿Me has buscado?!

—¡Pues claro! Soy periodista, ¿pensabas que iba a ayudarte sin tener idea de quién eras?

Saúl suelta una carcajada, una más en esa noche en la que todas sus preocupaciones parecen lejanas y se van diluyendo poco a poco entre sorbo y sorbo de vino.

—Encontraremos al ladrón de los cuadros —le promete Deva.

—Y tú escribirás un gran artículo.

Capítulo 47

Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

Al día siguiente, Saúl y Deva aguardan frente a la puerta del piso de Antonio. Él mira su reloj y cambia el peso de una pierna a la otra. Maldita mujer, murmura a sabiendas de que Amelia les está haciendo esperar de forma deliberada.

—No seas impaciente —le reprende Deva—. Quizá está ocupada. No llevamos esperando ni dos minutos.

Antes de que Saúl tenga tiempo de replicar, la puerta se abre. Tras ella aparece una chica menuda, de ojos castaños y pelo negro como el azabache. Les sonríe con timidez y, a continuación, con voz suave afirma:

—Tú debes de ser Saúl. —El chico asiente—. Mi madre me dijo que vendrías.

Tras una mirada discreta a Deva, la chica les invita a pasar y la siguen por el lúgubre pasillo.

—¿Eres la hija de Amelia? —deduce Saúl.

—Así es. Me llamo Inés. Me he quedado acompañando a Antonio mientras mi madre salía a hacer unos recados, pero seguro que volverá pronto.

—No hace falta que vuelva —murmura Saúl. Deva le propina un codazo.

—¿Pasas mucho tiempo aquí, Inés? —pregunta la periodista.

—Oh, no —replica la joven con voz suave—. Solo de vez en cuando, a acompañar a mi madre y a visitar a Antonio. Es un hombre encantador y se porta a las mil maravillas con nosotras, pero la mayoría del tiempo lo paso estudiando. Estoy en el último año de Filosofía —termina con orgullo.

Saúl dirige una mirada desconfiada a la chica, que entabla una animada conversación con Deva. Cuando llegan al salón, Antonio le recibe con una sonrisa franca y los ojillos iluminados. Ese día tiene buen aspecto. Los ataques de tos parecen haber desaparecido. Aun así, el anciano se encuentra abrigado con capas y capas, como una cebolla y, en el regazo, una manta de cuadros que le llega a los pies.

—No hace demasiado calor aquí, ¿verdad? —comenta Saúl.

—Mi madre ha decidido reducir las horas de calefacción —se excusa Inés.

—¿Y eso por qué?

—Dice que la energía está muy cara.

«Será que no quiere despilfarrar la herencia de Antonio, no vaya a ser que no le quede nada», piensa el chico con malicia mientras toma asiento y saca su agenda del bolsillo para tomar notas.

—Si usted tiene frío, Antonio, ponemos la calefacción ahora mismo —dice Inés con cariño—. Luego ya veremos qué le contamos a mi madre. —Le guiña un ojo.

El anciano, con un gesto de la mano, resta importancia al tema.

—Tu madre ya se preocupa bastante por mí, no vamos a darle más la lata.

Inés asiente y tras asegurarse de que el anciano está confortable y bien tapado, abandona la estancia para ir a estudiar al cuarto de al lado. Antonio sonríe.

—Qué chica tan maravillosa —murmura—. Es como la hija que nunca tuve.

—¿Nunca se casó? —pregunta Deva, que hasta el momento había permanecido en un discreto segundo plano.

El anciano repara en ella y dirige una mirada divertida a Saúl, seguida de un guiño muy poco discreto.

—Veo que hoy vienes acompañado.

Saúl sonríe.

—Esta es Deva. Me está ayudando con la historia de mi abuelo. Tenía muchas ganas de conocerle.

Deva toma asiento al lado del hombre.

—Su familia siempre ha sido muy importante para los avilesinos y su casa… Estoy enamorada de su casa —confiesa Deva—. De niña soñaba con la casona de los Cano. Es fantástica.

Antonio sonríe complacido y replica:

—Yo todavía sueño con ella. —Suspira—. Era maravillosa. Espero que los nuevos propietarios la cuiden bien.

—Creo que es un matrimonio joven, pero aún no los he visto —añade ella.

—Y con respecto a tu pregunta, no, no me casé nunca. Soy el último de la familia Cano. El último de mi estirpe —se lamenta—. Mi padre debe estar revolviéndose en su tumba, pero… es

lo que hay.

—¿No encontró a ninguna chica que le gustara?

El anciano sonríe con melancolía.

—Alguna había…, pero no estaba dispuesta a casarse con un hombre que se pasaba el día encerrado en su despacho. Supongo que terminé casándome con La Copiosa, como quien dice —dice con la mirada perdida.

—¿Y su hermano? Se casó con una chica francesa, ¿no? —indaga Deva.

—Así es, pero no resultó un matrimonio muy bien avenido que digamos. Camille fue bastante infeliz aquí, por desgracia. Era una gran mujer, pero Manuel llevaba una vida demasiado desordenada, tenía cambios de humor, y años más tarde, después del accidente, ella volvió a Francia.

—¿Accidente?

Antonio asiente con lentitud. Saúl percibe una sombra que empaña sus ojos grisáceos. Los tres guardan silencio unos instantes, sin saber bien qué decir.

—¿Y cómo vas con tu pintor? Ese tal Tino.

Sorprendido por el cambio de tercio, pero sin atreverse a ahondar en ese momento sobre el misterioso accidente, el chico explica:

—Pues igual. Parece que nadie sabe nada sobre él. Ayer conocimos a Leonor, no sé si le suena. —Antonio niega—. Fue aprendiz de don Amador después de mi abuelo, y parece que no acabaron muy bien.

—Yo diría que más bien fue señora de la limpieza —murmura Deva.

Antonio suelta una carcajada débil.

—Todo el mundo sabía que don Amador tenía sus favoritos. Me imagino que ese fue el problema, ¿verdad?

—Sí, podría decirse que sí —responde Saúl omitiendo la parte de la acusación por el robo de los cuadros—. Su hermano también era favorito, ¿verdad?

—¿Mi hermano? Por supuesto. Era la estrella.

—Ayer vimos un cuadro suyo en la Escuela de Artes y Oficios. Un óleo de una calle de París.

El anciano asiente.

—Sí, la mayoría de los cuadros de mi hermano están inspirados en las rúas y paisajes franceses.

Dio para mucho su estancia allí… —Saúl arquea una ceja ante el tono del comentario, que le suena irónico—. Lo que está claro es que aprovechó el viaje —continúa—. Volvió inspirado y con una novia guapísima.

—Esos cuadros —se aventura Deva—, ¿los pintó en Francia y los trajo? ¿O los pintó aquí?

Antonio le mira con inusitada seriedad. Ella intuye que, por algún motivo, acaba de dar con una pregunta clave. Siente la respiración de Saúl a su lado y contiene el aliento hasta que el anciano responde:

—Los pintó aquí.

—Debía tener muy buena memoria entonces. Eso, o haber traído muchas fotos.

—No sé cómo lo hacía, la verdad. Tampoco te creas que me importaba demasiado en aquel momento.

Saúl y Deva escuchan el relato de Antonio sobre las manías que tenía su hermano: se encerraba en el taller durante días o incluso semanas y salía después con ojos vidriosos y olor a sudor y a alcohol. Tenía cambios de humor constantes: exaltación y euforia por creerse un genio tras dar a luz semejantes obras de arte, después le asediaban la angustia y la desesperación y comenzaba a gritar que era un fracasado y, por último, cuando las botellas de vino se vaciaban y el sueño había inundado su mente, volvía a la calma.

Sus padres contemplaban estas escenas con sentimientos totalmente opuestos. Don Manuel no soportaba las extravagancias de su hijo. Se enfrentaba a él y le pedía por favor que no mancillara el buen nombre de la familia. Su madre, en cambio, le observaba con el corazón en un puño, como si ella también se contagiara del sufrimiento de su hijo y entendiese que ese era el precio a pagar por ser artista, por estar a medio camino entre lo divino y lo humano, por ser tocado por el mismísimo Dios.

—¿No es un poco exagerado? —interrumpe Saúl pensando que el cuadro que vio el día anterior tampoco le pareció pintado por un iluminado.

—Es lo que creía mi madre —responde Antonio con un encogimiento de hombros antes de continuar su relato.

El anciano les explica que Camille, por su parte, solía mirar al pintor con ojos aterrados y, cuando nadie la veía, se encargaba de dejar a su alcance botellas de vino u otros licores más fuertes con la esperanza de que esa noche roncase como un tronco y no buscase su compañía. Antonio, incapaz de permitir que el miedo y esas extravagancias mermasen la tranquilidad en la casona de los Cano, y seducido por los ojos verdes de la mujer de su hermano, decidió tomar cartas en el asunto.

Capítulo 48

Abril, 1955 - Asturias

Aún faltan unos meses para la segunda y más sonada exposición de Manuel Cano. El año anterior, su primera aparición frente a la sociedad avilesina y su gira por las distintas salas de exposiciones de Asturias fueron todo un éxito. El pintor no cabía en sí de orgullo. Los nervios del principio se transformaron en una confianza desmedida y una credulidad que atraía a unos y causaba rechazo en otros. El espectáculo y su comportamiento extravagante son parte inherente de su personaje, y si las galerías de arte se llenan, Manuel sabe que no es solo gracias a su destreza con el pincel.

Sin embargo, se ha metido tanto en el papel que él mismo ha creado que su verdadera personalidad se ha ido difuminando hasta quedar oculta tras su actuación. El caserón de los Cano, que en sus buenos tiempos estaba lleno de visitantes, de amigas de doña Ana que iban a tomar café, de hombres que subían a hacer negocios y a disfrutar de las vistas desde el flamante despacho de su padre, y de algún que otro curioso…, quedó progresivamente vacío. Todos ellos comenzaron a hacer menos frecuentes sus apariciones hasta finalmente desaparecer. El espectáculo del pintor en sus momentos creativos se volvió lamentable. De pronto se oían golpes o gritos que provenían del estudio o bien aparecía una grotesca imagen de Manuel, borracho como una cuba, cubierto de pintura y castigándose por no ser, según él, suficientemente bueno. Pocos, por muy íntimos amigos que fueran de la familia Cano, osaban ya adentrarse en la casona, cuya imagen había dejado de relucir como en los viejos tiempos.

Esa tarde, don Manuel baja al estudio y mantiene una acalorada discusión con su hijo.

—¡Eres la vergüenza de esta casa!

—¿Ah, sí? Pues bien que os presentáis orgullosos en todas las exposiciones y presumís ante vuestros amigos del hijo pintor. ¡Hipócritas!

El rostro de don Manuel, enrojecido tras los gritos, se torna de repente en una inesperada mueca de disgusto.

—Nada de esto merece la pena, hijo —dice al fin—. Si vas a vivir así, nada lo merece.

Dicho esto, da media vuelta dejando a su benjamín profundamente herido y con el mismo regusto amargo de cuando era niño. El silencio invade la casa durante unos minutos y sus habitantes aguzan la oreja haciendo de tripas corazón hasta que suena el primer golpe: un bote de pintura o quizá un desafortunado caballete impactando contra el suelo.

El ruido sobresalta a Antonio, incapaz de concentrarse en su despacho al otro extremo de la casona. Enfurecido, se levanta bruscamente de la silla y se dirige escaleras abajo, a sabiendas de la escena que va a encontrar: su madre y María cuchicheando en la cocina. Doña Ana con un rosario enredado entre sus dedos, como si así pudiera salvar a su hijo de las penas del infierno. María, en cambio, aprieta con nerviosismo una masa a la que parece no quedarle ya ni un grumo. Un portazo anuncia que don Manuel se ha encerrado en su despacho y que, por el momento, no acepta compañía. A través de la ventana, Antonio descubre a Camille, con la espalda apoyada en el mismo tronco del árbol que, años antes, cobijaba a su hermano mientras garabateaba en un cuaderno. El chico recuerda el momento en el que se le ocurrió convencer a su madre para apuntar a Manuel a clases de pintura. Ese día, sin saberlo, creó un monstruo, reflexiona con disgusto, convencido de que todo ha sido, en realidad, culpa suya.

Atraviesa el jardín y se dirige a Camille, que le devuelve una mirada verdosa envuelta en lágrimas. Se sienta a su lado y permanecen en silencio.

—Nunca debí casarme con él. J'ai fait une grave erreur —sentencia ella al fin—. Dejé atrás todo lo que tenía, que en su momento me parecía poco y ahora siento que era una fortuna.

Antonio, sin saber bien qué decir, balbucea.

—Él no siempre fue así. Cuando éramos niños tenía un gran corazón. Estoy seguro de que sigue ahí, en alguna parte.

Camille dibuja un gesto de tristeza. El chico piensa que podría sumergirse en los dos lagos verdes con los que le mira. Maldice a su hermano. En ocasiones se descubre pensando que ojalá ella le hubiera elegido a él, que no hubiera seguido adelante con su compromiso, que se hubiera dado cuenta de que Antonio era el hermano correcto, el más firme, el más leal. La voz suave de la chica interrumpe sus pensamientos y sus palabras se le clavan como una daga.

—Ojalá él fuera como tú, mon cher Antonio.

Ambos se miran un instante con ojos relampagueantes. Camille acerca su rostro al del chico, tanto que él puede respirar el perfume de jazmín que desprende su cabello. Antonio entierra la vista en el suelo. No puede hacerle eso a su hermano.

—Él guarda un secreto —susurra ella rompiendo el silencio.

—¿Qué quieres decir?

Camille apoya la cabeza sobre el hombro de Antonio, que se estremece. Antes de cerrar los ojos, ella murmura:

—Mon chéri, vous devrez le découvrir par vous-même.

Después de dejar a la chica algo más calmada, disfrutando de la brisa fresca en el rostro, Antonio vuelve a su despacho. El corazón le late tan fuerte que podría salir de su pecho en cualquier momento. Pero ¿qué ha estado a punto de hacer? Y en su casa, delante de todos. Manuel podría

haber aparecido, podría… Sacude la cabeza, como si así pudiera agitar sus pensamientos hasta hacerlos desaparecer. Piensa en las palabras de Camille. Si su hermano tiene un secreto que está condicionando la paz de la familia, él lo va a descubrir, y lo hará esa misma noche.

A las doce, cuando todos duermen y con los ojos verdes de la francesa aun castigando su mente, recorre la casa con sigilo y se adentra en el despacho de su padre. Rebusca en el cajón de su escritorio, iluminado tenuemente por la luz de la luna llena. Sonríe satisfecho cuando encuentra, por fin, la copia de las llaves que abren el estudio de Manuel. Abandona el chalé por la puerta trasera como un vulgar ladrón, pero decidido a poner fin a las extravagancias de su hermano.

Cuando abre la puerta de la estancia que hacía años no pisaba, el panorama no le causa sorpresa. Un olor a rancio, a humedad, a sudor y a alcohol le golpea. Encuentra el estudio, antaño revestido de madera brillante, recubierto de manchas de pintura y otros líquidos pegajosos que a cada paso le transportan a las noches de un tugurio. Antonio mira con disgusto cómo lo que parecen esbozos de posibles pinturas se amontonan destrozados en un rincón. En el otro extremo del cuarto, un camastro mugriento, donde seguramente Manuel ha pasado más de una noche.

Si mi hermano tiene un secreto, piensa Antonio, debe de estar muy bien guardado…, o no.

El chico se dirige hacia una de las paredes de la sala. Apoyados en ella, descansan varios lienzos cubiertos con sábanas sorprendentemente inmaculadas y blancas.

Antonio tiene el tiempo justo para destapar el primero. De pronto, todo se vuelve negro.

Capítulo 49

Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Y qué había? ¡¿Qué descubrió?! —pregunta Saúl totalmente metido en la historia y pensando que si estuviera en el cine, se hubiera olvidado hasta de las palomitas.

Antonio levanta los brazos en señal de disculpa y dice:

—Ya me gustaría a mí saberlo.

—¡¿Cómo?! ¿No vio nada?

—Nada de nada. Mi hermano me golpeó por la espalda y caí al suelo sin conciencia antes de descubrir el contenido del lienzo.

Saúl lanza un suspiro de resignación y mira a Deva, decepcionada por igual. Está seguro de que eso que Antonio no consiguió ver es el famoso secreto de Manuel Cano, el mismo que el fotógrafo Carlos Álvarez hubiera descubierto de destapar por completo la pintura. Si sus sospechas son ciertas, ese secreto son los cuadros de su abuelo.

—¿Y no le dijo nada a su padre? —pregunta ella—. Hubiera sido un buen aliado en sus pesquisas.

—Bastante tenía mi padre ya —indica Antonio—. Durante esos años envejeció mucho el hombre. Siempre pensé que de los disgustos que le daba Manuel.

—Quizá hubieran unido fuerzas y…

—¿Y montar un escándalo? —El anciano niega con la cabeza y contiene una mueca—. Esa fue la amenaza de mi hermano. A él el buen nombre de la familia le traía sin cuidado. Solo quería vender, y sabía de buena tinta que ni mi padre ni yo haríamos nada que pudiera ensombrecer la buena reputación de nuestro apellido. Así que… hicimos todo lo posible por mantener las apariencias, claro. No nos quedaba otra —explica con voz cansada—. Unos años después se calmó, y bueno…

—¿Sí? —le anima Saúl a continuar.

—Supongo que luego la vida le devolvió con creces los disgustos que nos dio durante aquella época.

El chico mira a Antonio con ojos interrogantes, pero el anciano, que parece estar sumido en el pasado, no ahonda más en la historia. Sus ojillos, que hace un rato relucían alegres, se han vuelto melancólicos, y su frente se frunce en un tropel de arrugas. Saúl lamenta haber sacado el tema, aunque aún le quedan muchas otras preguntas. ¿Qué sucedió con Camille? ¿Por qué Manuel y ella no tuvieron hijos? ¿Y los señores Cano? ¿Qué sucedió en los siguientes años? Debe volver otro día; quizá entonces el anciano tenga suficiente ánimo para contarle el resto de la historia.

—Quizá… —murmura Antonio— si me hubiera arriesgado a poner en jaque el nombre de los Cano, hubiera evitado sufrimiento a muchas personas. —Alza su mirada gris y la clava en Saúl —. Manuel dejó mucho dolor a su paso, mucho. Y yo…, yo fui cómplice.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Deva. El anciano, con un movimiento lento, se tapa la cara para ocultar su disgusto, por lo que ella, con voz suave, apoya su mano sobre su brazo y añade —: Antonio, usted no podía hacer nada, era un mero espectador.

—Eso quiero creer, hija, eso quiero creer.

Un rato después abandonan el piso de Antonio Cano tras aguantar una buena reprimenda por parte de Amelia, que, al volver de sus recados, se encontró con el disgusto del hombre.

—Esa mujer es insufrible —se queja Saúl mientras recorren la calle de la Cámara.

—Ya, pero hay que reconocer que hoy tenía parte de razón. Antonio ha quedado muy tocado. Supongo que destapar antiguos recuerdos puede ser muy doloroso, aunque…

—¿Sí?

—Yo creo que oculta algo —afirma Deva.

—¿Antonio? ¡No! Qué va… Si ya le has visto, es un trozo de pan…

—Despierta, Saúl, uno no se pone así si no tiene un gran pesar, algo que le atormenta.

—Puede ser —reconoce—, pero quizá solo es un hombre mayor que lamenta no poder viajar al pasado para enmendar sus errores, sean cuales sean. Piensa que para esa familia el comportamiento de Manuel tuvo que ser dramático. Su padre era un indiano que se desvivió por conseguir una buena posición social, porque tuvieran lo mejor, y, ¡sorpresa!, le sale un hijo artista y alcohólico.

—Sí, pero bien que presumían en sus exposiciones. Ahí Manuel tenía razón: eran unos hipócritas.

—Yo no lo veo así; le dieron una oportunidad.

—Le dieron una oportunidad cuando todo le iba bien —replica ella mirándole fijamente—. Esas son fáciles —añade con un suspiro.

Los dos caminan en silencio bajo el cielo encapotado. De pronto, algunas gotas de llovizna se estampan contra sus rostros y les salpican los abrigos. Algunas personas abren los paraguas y otras aceleran los pasos antes de que las nubes descarguen con fuerza. Saúl mira de reojo a Deva, que parece concentrada. Saúl está a punto de abrir la boca, pero ella le interrumpe:

—Yo creo que el secreto de Manuel es que él no pintaba sus cuadros, simplemente. Quizá los robó, como los de tu abuelo. Solo hay que sumar dos más dos: Manuel Cano parece tener un secreto muy importante, lo que ocultaba debajo de las sábanas con forma de cuadro. Y ahora resulta que descubrimos que parece que debajo de su firma hay otra. ¿Qué más quieres? Por eso Elvira te dijo que su carrera era controvertida. ¿No te das cuenta?

—Estoy de acuerdo, pero creo que tenemos que encontrar alguna prueba más sólida. Lo que tenemos son meras conjeturas. —Saúl escucha a Deva resoplar—. Además, si fuera como dices, mi abuelo va a estar muy decepcionado.

—Lo entiendo. Manuel era su mejor amigo, pero no podíamos descartarle como sospechoso —comenta Deva, que saca su teléfono móvil del bolsillo del abrigo y echa un vistazo a la pantalla —. Oye, me tengo que ir. Tengo que… hacer algo. Hablamos luego. ¡Adiós!

Saúl observa, desconcertado, cómo la chica se aleja con paso rápido. ¿Dónde irá? Quizá tenga algo de trabajo, pero ¿un sábado? «Vamos —se reprende—, la gente normal tiene planes.»

Cuando gira la esquina, que conduce a su calle, cree distinguir la gabardina raída de Daniel. Enfoca la mirada y ve que en su rostro se dibuja una amplia sonrisa. Está hablando con una chica a quien no puede ver la cara porque está de espaldas y oculta tras un paraguas. Ambos caminan hasta el portal del chico y se detienen un momento. Saúl, que no quiere interrumpir la escena, finge que mira un escaparate con interés. Unos minutos más tarde se despiden y él puede, por fin, acercarse a su portal.

—Hola, Saúl. —Al verle, Daniel le sostiene la puerta—. Te he visto mirando un escaparate un largo rato. —Sonríe.

Saúl se sonroja.

—No quería interrumpir: parecías muy bien acompañado.

Daniel no puede disimular una mueca de felicidad.

—Pues sí. No me creo mi suerte. Hace un par de días que conocí a esa chica paseando por esta misma calle. ¡Te lo puedes creer! Nos cruzábamos dos o tres veces al día por aquí y, mira, no pude resistirme a hablar con ella. Resulta que vive en la calle de al lado y va a estudiar a la biblioteca. ¡Ha sido una conexión total! Un flechazo. Y creo que ella siente lo mismo. La voy a invitar a cenar, ¿qué te parece?

—Harás el favor de no ponerte ese trapo, ¿verdad?

Daniel observa su gabardina raída y sucia y responde:

—Esto es parte de mi encanto.

—Pues tu encanto huele un poco mal…

Daniel suelta una carcajada. Suben juntos las escaleras, se acerca la solapa de su gabardina a la nariz y con expresión de asco exclama:

—Tienes razón, me cambiaré.

Cuando llegan al rellano de Saúl, este saca las llaves. Antes de que pueda meter un pie en la casa, su vecino dice:

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! El otro día una mujer preguntó por ti.

—¿Una mujer? ¿Cuándo?

—No sé, hace unos días. Me dijo que te conocía, pero que no sabía si vivías aquí.

—¿No te dijo quién era?

—No. Era una mujer mayor.

—¿Mayor? ¿Cómo de mayor?

—Ya sabes, mayor que nosotros.

Saúl pone los ojos en blanco.

—Poco me estás ayudando —le reprende.

—Lo siento. Iba con prisa porque perdía el autobús y no me fijé demasiado. Aunque esa misma tarde fue cuando la conocí a ella —continúa con ojos soñadores.

—Céntrate, Daniel.

—Que sí, que sí. Le dije que sí, que vivías aquí, y me pidió tu número, pero no se lo di. Eso ya me pareció demasiado.

—¿Y le confirmas que vivo aquí? —Saúl niega exasperado.

—Yo qué sé, tío, no sé. Me dijo que te conocía…

Saúl se despide y entra en casa extrañado. ¿Quién sería esa mujer? ¿Rafaela? ¿Elvira? Quizá haya decidido contarle algo nuevo sobre Tino Acevedo o Manuel Cano. O podría tratarse de Dolores Prieto, la mujer del periodista Marcelo, pero ¿ir a buscarle a su casa? Qué extraño. Sin poder evitar cierta preocupación cierra la puerta con llave.

Capítulo 50

Sábado, 12 de febrero de 2022 - Avilés

A través del Skype, Saúl puede distinguir el enorme salón de Perico. Siempre ha pensado que esa casa y su posterior reforma debieron de costarle un verdadero pastizal, pero su amigo nunca ha querido confesar a cuánto asciende. El chico se encuentra despatarrado en una chaise longue con un botellín de cerveza en una mano y el portátil en el regazo.

—Todo esto que me cuentas sobre Manuel Cano es muy interesante. Sin embargo, no termino de ver dónde está la conexión con Tino Acevedo.

—Es que no hay conexión, salvo que sean la misma persona. Además, aún tengo muchas dudas: ¿por qué exponer ahora los cuadros? ¿Y quién? Manuel murió hace años, y no creo que Antonio esté para grandes festivales.

—¿Y si fue esa señora? La que trabaja en casa de Antonio.

Saúl lo sopesa unos momentos.

—No sé yo, ¿eh? Esa mujer no parece haber salido de Asturias en su vida.

—Para eso está el marchante, nuestro amigo José Manuel.

Saúl bufa.

—Esto se está poniendo cada vez más complicado. Quizá tenga que quedarme aquí una temporada y…

Perico esboza media sonrisa y niega con la cabeza.

—Ay, Saúl, Saúl… La razón por la que quieres quedarte es porque te mola esa chica, Deva. —Saúl pone los ojos en blanco. Su amigo continúa con la perorata—. Vamos, señor lobo de Wall Street —insiste Perico—, ¿por qué tienes el rabo entre las piernas? Tú que te codeabas con modelos y toda esa clase de flora y fauna…

—Acabo de romper con Alejandra —replica—. Solo llevo aquí dos semanas y no sé el tiempo que me quedará. Además…, quizá Deva salga con alguien. No hemos hablado de eso.

Perico añade divertido:

—Pues deja de investigar misterios sin resolver y céntrate en lo importante.

—Tino Acevedo.

—Sí, ya… Tino, claro. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Has sabido algo más sobre nuestro amigo José Manuel? —interrumpe Saúl intentando cambiar de tema.

Perico se rinde y contesta:

—Dice que no ha recibido respuesta —explica mientras da un sorbo a su cerveza—. Me pasé por su oficina hace un par de días. Sinceramente, no sé si me está diciendo la verdad, pero como comprenderás no le puedo obligar a revisar sus correos delante de mí.

—Ya, ya —murmura Saúl con fastidio.

Charlan durante un rato más y, aunque parte de la conversación resulta distendida, no puede evitar que surja el tema de su regreso a la capital y de sus planes para cuando termine la excedencia. ¿Qué es lo que hará? ¿Volver a Goodman? ¿A ese estilo de vida que le dejó hecho polvo? ¿O ponerse a buscar trabajo? La mera idea de sentarse a preparar su currículum y comenzar un proceso de selección tras otro le revuelve.

—De vacaciones se vive muy bien —afirma Perico—, pero no puedes quedarte en esa burbuja para siempre. Pronto tendrás que tomar una decisión.

A las ocho de la tarde y un poco más repuesto de la conversación con su amigo, Saúl vuelve a encender el ordenador para hablar, esta vez, con el abuelo y con Laura.

—¿Y Deva? —exclama su hermana nada más verle en la soledad de su apartamento.

—Es sábado, la gente normal tiene planes.

—Podrías haberle pedido salir. ¡Seguro que te hubiera dicho que sí! Si es que estás apalominado, hermano.

«¿Qué os pasa a todos?», piensa Saúl malhumorado, pero decide no replicar. El abuelo percibe su gesto de fastidio y redirige el rumbo de la conversación.

—Venga, cuéntanos. ¿Alguna novedad sobre el señor Acevedo?

—No exactamente —contesta.

Ha decidido no contarle al abuelo claramente su teoría sobre Manuel. Le expondrá los hechos, y que él mismo ate cabos. Se aclara la garganta.

—Sí hay novedades sobre Manuel…

Durante los siguientes minutos, Saúl cuenta los últimos hallazgos. Hace especial énfasis en el cuadro con lo que parece una firma superpuesta y en el famoso secreto que parece que ni Carlos Álvarez ni Antonio han podido descubrir. El abuelo escucha la historia con los ojos como platos, con algún ligero carraspeo de vez en cuando, y lanzando miradas a su nieta, que tampoco da crédito a las palabras de su hermano.

—¿Y qué pasa si descubrís que Manuel Cano era un farsante? —pregunta Laura.

El abuelo cierra los ojos con disgusto. Saúl lo observa, toma aire y responde:

—Bueno, supongo que no es mi problema. Es Deva quien tiene que decidir si sacar esos trapos a la luz o no, y cómo.

—Ya, pero ¿crees que, cuando salga el artículo, Antonio no se va a dar cuenta y no va a sospechar que tú andas de por medio? —afirma el abuelo.

—El abuelo tiene razón —continúa Laura—. Casualmente, ese artículo se publicará justo después de que él te haya contado toda la historia de su familia y de que tú anduvieras revolviendo cosas de aquí y de allá. Vale que parte de la información la has descubierto porque Rafaela te ha contado cosas o porque gracias a Deva has conocido a ese fotógrafo, pero el caso es que esta historia llevaba décadas oculta en las entrañas de Avilés, y justo llegas tú y se destapa el pastel. ¿Casualidad? No lo creo…

Saúl le da la razón a su hermana y provoca una mueca de fastidio.

—No quiero disgustar a Antonio. Es un hombre mayor y vulnerable. Esta mañana, después de contarme la historia de la discusión con su hermano, se quedó hecho polvo.

—Habla con Deva —sugiere el abuelo—. La publicación de su artículo, si es que finalmente llegáis al fondo de este asunto, no tiene por qué ser algo inminente.

—¿Y qué sugerís? ¿Esperar hasta que se muera el pobre Antonio? Sentiría que estoy deshonrando su memoria.

—Siempre podrías pedirle permiso —comenta Paco con sencillez—. Tal vez lo que sea que ocultase su hermano es también una carga para él.

—Quizá él también quiera averiguar ese secreto —añade Laura—. Y le haríais un favor. Así podría irse al otro barrio tranquilo.

—¡Laura!

—¿Qué? ¿Acaso estoy diciendo alguna mentira?

Saúl no puede evitar soltar una sonrisa. Su hermana siempre ha sido muy directa, aunque a veces su sensibilidad brilla por su ausencia.

Un rato después, Saúl se asoma a la ventana de la galería del apartamento. La noche se muestra despejada y apacible. Algunas personas pasean por la calle y van o vienen de los bares y restaurantes de alrededor. Por un momento piensa que le gustaría tener un plan esa noche. Si estuviera en Madrid, con un par de llamadas se presentaría en alguna fiesta, en un rooftop de moda, sin embargo, reconoce que quizá eso tampoco es lo que más le apetece.

Cierra la cortina y piensa en lo solo que se siente.

Lleva sintiéndose así mucho tiempo, incluso cuando salía con Alejandra. Durante un tiempo llegó a pensar que él no le importaba mucho más que alguno de sus bolsos. Quizá ese es su destino, y él una de esas personas que no encuentran un compañero de vida. Quizá eso no tenga por qué ser tan malo; al fin y al cabo, tiene amigos y una familia que le quiere.

De pronto, en la mesa de la cocina su móvil vibra. Lo alcanza pensando que serán Sergio o Perico y desbloquea la pantalla. Alza las cejas al descubrir un mensaje de Deva: «Mañana, a las 12 en el parque de Ferrera».

«Allí estaré», responde, y durante un breve instante, como por arte de magia, la sensación de soledad desaparece.

Capítulo 51

Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

El césped del parque de Ferrera, cubierto por las gotas de rocío, resplandece bajo los tímidos rayos de sol que asoman entre densos nubarrones. Pertrechados con chubasqueros y paraguas, varias familias y niños contemplan los patos, que nadan en las aguas de color turbulento del estanque, esperando recibir algo comestible: un pedazo de galleta, un trozo de pan duro, unos gusanitos. Se respira ese aire de tranquilidad propio del último día del fin de semana, con el que Saúl, periódico en mano y café para llevar, ha decidido deleitarse. Se sienta en un banco. Al rato divisa a Deva, que se acerca a paso tranquilo por el caminito de cemento rodeado de verde. Lleva un gorro de lana en tonos azules y un grueso abrigo del mismo color. Él la observa. Ese día parece descansada y le recibe con una sonrisa.

—Parece que hoy has dormido bien —comenta el chico poniéndose en pie.

Ella asiente.

—Los fines de semana siempre se duerme bien. —Sonríe, dejándole con la intriga de si habría dormido sola o acompañada. Está a punto de hablar cuando Deva continúa—: El caso es que ayer me enteré de algo interesante.

—Dispara.

—¿Qué sabes sobre la academia de pintura de Manuel Cano?

El chico la mira extrañado.

—Poca cosa, la verdad. No recuerdo que mi abuelo me contase nada. Tampoco Antonio —reflexiona—. ¿Por qué lo preguntas?

Deva le explica que el día anterior estuvo en casa de sus padres. Para amenizar la comida y quitar un poco de protagonismo a su hermana Nora, que siempre está alardeando de su trabajo como cirujana en el hospital de Oviedo, decidió contarles que probablemente está ante la noticia más importante de su carrera.

—Espera, ¿tu hermana se llama Nora? —interrumpe Saúl divertido—. ¿Qué clase de accidente geográfico es Nora?

Deva esboza una mueca de fastidio y responde con cansancio:

—Es otro río. Un afluente del Nalón. ¿Contento? Deva y Nora. Mis padres son así de originales. —Se encoge de hombros—. Ahora déjame terminar.

La chica le relata cómo explicó a su familia los puntos más importantes de la investigación sobre Tino Acevedo y Manuel Cano. Como era de esperar, sus progenitores jamás habían escuchado el nombre de Tino, sin embargo, las historias de Manuel fueron tantas y tan sonadas que es raro el avilesino que no conozca alguna anécdota sobre el pintor. De hecho, haciendo un poco de memoria de las últimas décadas, el matrimonio recordó algún dato que a Deva le resultó de lo más interesante.

—La Academia estuvo situada en la calle Galiana, hasta que cerró allá por los años noventa —explica—. De hecho, aunque ahora abrieron un bar, recuerdo que el local tuvo el cartel de «Se alquila» durante años, ya que muchos creían que estaba gafado. Supongo que la gente es un poco supersticiosa cuando a un comercio le va mal.

—Todo eso está muy bien, pero no entiendo en qué nos ayuda —opina el chico mientras observa una banda de música que se coloca en el quiosco. Deva también dirige la mirada a ese lugar para después continuar con el relato.

—A eso voy, no seas impaciente. —Le da un golpecito en el hombro—. Parece ser que la escuela tuvo mucho éxito, sobre todo entre las clases más pudientes de Avilés. Los más tiesos iban a Artes y Oficios —suelta con ironía—. El caso es que mi madre se acordaba de quién era el ayudante de Manuel en esa época, un hombre llamado «Salvador Núñez».

Saúl frunce el ceño.

—Fíjate que me suena ese nombre…

—Claro que te suena. Salvador llegó a ser un reputado escultor. Parece ser que vivió en varias ciudades de España, y ahora, por suerte para nosotros, ha vuelto a Avilés. Los domingos suele jugar a la petanca en este parque, así que por eso estamos aquí.

El chico mira a Deva divertido y le dice:

—Y deduzco que ahora vamos a asaltarle en medio de su partida para que nos cuente cosas sobre Manuel.

—Exacto, querido Watson.

—Creo que la frase no era así exactamente…

La chica se levanta del banco y, lanzándole una sonrisa y una mirada cómplice, se dirige a la zona de juegos. Saúl la sigue. A unos metros, en un rinconcito del parque, algunas personas, en su mayoría de avanzada edad, se concentran en la partida; otros charlan de forma animada como meros espectadores. Deva mira a su alrededor para luego volver a dirigir la vista hacia la pantalla de su teléfono móvil, donde tiene una foto de Salvador.

—¡Ahí está! —exclama cogiendo la mano de Saúl y arrastrándolo hacia un grupo de hombres que conversan en un rincón.

El chico observa maravillado el desparpajo con el que la periodista se desenvuelve e irrumpe en medio de la conversación. En tan solo unos segundos, todos los allí presentes se muestran embelesados por su gracia natural, y solícitos para ayudarla.

—¡Salvador siempre es el que se lleva a la chica! —exclama uno de ellos con fingido fastidio—. Incluso ahora, que es un vejestorio.

—Me parece que Salva poco tiene que hacer contra ese muchacho. ¿Habéis visto qué abrigo lleva? Parece de los buenos…

Saúl sonríe, sube la cremallera de su abrigo y sigue a Deva y a Salvador hacia unos bancos de madera. Salvador, que tendrá setenta y tantos, es un hombre calvo, de cejas pobladas y una perilla gris que decora su barbilla. Los mira con unos intensos e intrigados ojos verdes mientras esboza una sonrisa amable.

—Muchas gracias por su tiempo, Salvador —dice la chica mientras el hombre le contesta con un ademán para restarle importancia.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Verá, es una historia un tanto peculiar. Se trata de Manuel Cano. —Salvador arquea una ceja y su sonrisa pierde intensidad, detalle que no pasa desapercibido para la pareja. Aun así, Deva continúa—: Soy periodista, y en el periódico me han pedido escribir un artículo sobre su vida, ya que pronto será el aniversario de su muerte —improvisa.

—Pero si falleció en el mes de octubre —afirma Salvador.

—Lo sé, pero hacer un buen trabajo lleva tiempo —contesta Deva con seguridad. Saúl contiene la respiración—. El caso es que ha llegado a nuestros oídos que hay quien piensa que la carrera de Manuel fue un poco controvertida. Hemos averiguado que guardaba algún tipo de secreto que quizá pueda explicarnos el porqué de ese parecer; sin embargo, no conseguimos averiguar de qué se trata. Dado que usted trabajó con él, ¿podría decirnos si vio u oyó algo raro durante esos años?

Salvador les mira de hito en hito y manifiesta:

—Comprenderéis que no estaría bien airear los trapos sucios del que fue mi jefe…

—Claro, claro. No queremos trapos sucios, solo la verdad. Quizá así podamos extinguir esos rumores que se ciernen sobre su memoria.

Salvador mide sus palabras y dice:

—Me imagino que habréis oído que era un tipo peculiar. —Los dos asienten—. Abrió La Academia cuando estaba en el punto álgido de su carrera y, como podréis adivinar, fue un éxito

rotundo. Había lista de espera, aunque era escandalosamente cara para la época. Solo la gente más pudiente de la villa podía permitirse acudir a sus clases. Eso, por supuesto, a él le beneficiaba. Tened en cuenta que eran las familias de sus propios alumnos quienes luego compraban la mayoría de sus cuadros. Toda familia de bien en Avilés quería tener un Manuel Cano en su salón.

—La gente con poco poder adquisitivo no le interesaba, por lo que veo —murmura Deva.

—Eso es. No pintaban nada para él, más allá del bulto que pudieran hacer en sus exposiciones y que hacía crecer su ego. A Manuel Cano lo que le interesaba era hacer dinero con sus cuadros, con sus clases…, con lo que fuera.

—Se parecía a su padre entonces —observa Saúl—. Eran una familia de empresarios.

Salvador le dedica media sonrisa.

—Pero había una diferencia sustancial: Manuel quería ganar dinero, pero lo de trabajar…, eso no le gustaba mucho.

Deva le dedica una mirada a Saúl y a continuación se dirige al hombre:

—Creía que Manuel pasaba muchas horas en su estudio, pintando.

Salvador suelta una carcajada.

—También mis hijos pasaban muchas horas en su cuarto «estudiando». —Hace un gesto con los dedos para enfatizar esta última palabra—. Y en realidad miraban más a las musarañas o los tebeos que a los apuntes. Siempre les dije que si hubieran dedicado todo ese tiempo a estudiar en lugar de perder el tiempo, otro gallo cantaría —pone los ojos en blanco—, pero eso es otro tema.

—Quizá no siempre estaba inspirado —aventura Saúl—. Se dice que hay artistas que tienen que esperar a que les visiten las musas.

Salvador lanza otra sonora carcajada.

—Amigo, las musas solo te ayudan si te encuentran trabajando. Y Manuel no fue un pintor muy prolífico que digamos. Lo que sí es cierto es que quería vivir bien y, sobre todo, quería demostrar algo a su padre. Probablemente quería hacerle ver que él valía lo mismo o más que su hermano Antonio.

—Sabemos que Antonio era el ojito derecho de don Manuel —comenta Deva.

—Sí, pero es que Antonio era un hombre hecho y derecho. Una persona encantadora, un currante. Además, se preocupaba por toda la familia. Cuidó de sus padres cuando se hicieron mayores, veló por su hermano menor, aunque le terminó saliendo rana, y hasta por su mujer, de quien se decía que estaba enamorado, aunque, bueno, ¡todo Avilés estaba enamorado de ella!

—Salvador, sea sincero con nosotros —pide la periodista—. ¿Cree que puede caber la posibilidad de que Manuel Cano no pintase sus cuadros?

Cuando Deva termina de pronunciar esta pregunta, Saúl abre los ojos de par en par. Quizá ha sido demasiado directa; sin embargo, tras un carraspeo, el hombre contesta:

—Os mentiría si dijera que no lo había pensado alguna vez, pero tampoco tengo ninguna prueba.

—¿Nunca quiso indagar? —pregunta Deva nerviosa.

—¿Para qué iba a morder la mano que me daba de comer? Además, un tiempo después de dejar la escuela de Manuel, me cambié a la escultura y, simplemente, olvidé aquella época.

—Creo que tuvo usted una carrera meteórica —afirma Deva.

—No me puedo quejar —contesta el hombre complacido—. Volviendo a lo de Manuel, recuerdo con claridad una de las primeras veces que sospeché de él. Ese día no se me olvidará jamás; os lo contaré.

Capítulo 52

Noviembre, 1955 - Avilés, Asturias

Cuando suena la campanilla de la entrada en La Academia de Manuel Cano, todos los alumnos levantan la vista de sus cuadernos y lienzos.

Su flamante profesor acaba de entrar.

Se escuchan algunos saludos entremezclados con los suspiros que lanzan las señoritas cuando los profundos ojos azules del pintor se posan sobre sus rostros. Un suspiro de Salvador se confunde con el de las damas, pero en este caso no es de enamoramiento o devoción, sino de hartazgo. El joven ayudante de Manuel reconoce que ese trabajo no es, en absoluto, lo que esperaba.

Después de haber sido elegido como el mejor de todos los candidatos que se presentaron al puesto, creía que tendría la suerte de trabajar codo con codo con uno de los pintores más prestigiosos del panorama nacional del momento. Sin embargo, la cruda realidad se impuso y él terminó a cargo del taller y de los alumnos durante prácticamente todo el tiempo, mientras que el artista raras veces aparecía por el local. Cuando lo hacía, con los ojos inyectados en sangre y apestando a perfume caro, se dedicaba a dar vagos consejos sobre los trabajos de sus estudiantes para luego cambiar de tema de forma radical y preguntar por padres, madres, tíos y sobrinos. Manuel no manchaba ni un pincel, pero no cabía duda de que sabía encandilar. Esa era la única explicación que Salvador encontraba para el éxito de La Academia, que tenía una lista de espera de meses.

—Si te sigues esforzando así, Julián —le escucha comentar a un alumno—, tal vez tu cuadro sea uno de los candidatos a la exposición de esta primavera.

Salvador mira de reojo la pintura de Julián, un intento de caballo que se asemeja más a una mutación entre vaca y perro: patas muy cortas, cuerpo muy gordo; eso son… ¿cuernos? Manuel continúa su paseo entre los alumnos.

—Está casi perfecto, Sole —le dice a una jovencita mientras observa su cuadro con particular interés—. Solo fíjate en el tamaño de este espacio de aquí y…

Ella asiente y murmura una respuesta con timidez.

Salvador vuelve a lo suyo, repara en el cuadro de otro estudiante y le pregunta:

—¿Qué es esto exactamente, Indalecio?

—Quería plasmar mis sentimientos en el lienzo —responde el hombre con orgullo.

El ayudante de Manuel estudia el cuadro, repleto de trazos y garabatos de colores claros y oscuros, sin orden ni sentido alguno.

—Veo que sientes… con mucha fuerza —afirma conteniendo una carcajada y un gesto de estupefacción.

—¡Eso es justo lo que yo quería reflejar!

—Pero ¿no habíamos quedado en que dibujarías ese jarrón de ahí?

—Salvador —replica Indalecio resuelto—, ya he pasado esa fase, lo hablé con el maestro Manuel la semana pasada.

El maestro Manuel.

Salvador respira hondo para contener el desprecio que siente. Si no fuera por alumnos como Sole, la exposición de esa primavera sería un completo desastre, se lamenta. Y es que ese se ha convertido en uno de los eventos más importantes de la villa. Allí los mejores alumnos de La Academia exhiben sus obras, que luego se venderán a un precio desorbitado. Eso es lo que da prestigio, el dinero por encima del talento.

El sonido de la campanilla de la entrada le arranca de sus pensamientos. La puerta se abre y aparece una mujer de avanzada edad, ataviada con un abrigo de piel y portando un bolso diminuto.

—Buenas tardes —saluda con seguridad mientras observa a su alrededor.

Manuel Cano interrumpe su conversación con Sole, que hace una mueca, y cruza el establecimiento a toda velocidad. Con tono adulador y su sonrisa más encantadora, se dirige a la recién llegada.

—Manuel Cano, pour vous servir, madame —se presenta con ese acento exagerado que su ayudante odia.

«Como si no le conocieran», piensa Salvador irritado. Manuel conduce a la mujer hasta un acogedor rinconcito del taller, deliberadamente preparado para recibir a los alumnos y clientes más selectos. Toman asiento. El joven, a solo unos metros de distancia, presta atención con disimulo.

—Verá, don Manuel, mi marido es un hombre muy culto que, por su trabajo, viaja mucho y se codea con multitud de personas importantes.

—Debe ser alguien muy interesante —alaba Manuel.

—Oh, sí. Debería usted conocerlo, es un hombre inteligentísimo además.

—No me cabe duda.

—El caso es, don Manuel, que el otro día, mi marido Bernardo, disculpe que no le he dicho cómo se llama, estuvo en casa de un conocido suyo: don Félix, le suena, ¿verdad?

—Por supuesto —responde Manuel—. Gran artista y mejor profesor.

La mujer asiente con satisfacción.

—El caso es que en una de las paredes del salón, don Félix tenía expuesta una obra suya.

—No recuerdo haber pintado nada para él —reflexiona Manuel.

—Le refrescaré la memoria. Usted pintó a su mujer hace años. —Manuel cierra los ojos con disgusto, gesto que pasa completamente desapercibido para su interlocutora, pero no para Salvador—. Parece que es un cuadro precioso, extraordinario —continúa ella—. Yo no tuve el gusto de estar allí, pero mi marido, que es un entendido, me contó que es de lo mejorcito que ha visto. Paulina sale preciosa en ese retrato, ¿qué digo preciosa?, sale tal cual es. Es tan realista, tan profundo, tan…

—Creo que su marido exagera un poco —dice Manuel con suavidad.

—No, no. No sea modesto, don Manuel. Mi Bernardo sabe reconocer una auténtica obra cuando la ve, y esa es una de ellas. Hasta el propio don Félix le contó que le había dejado impactado ese talento que usted tiene.

—Estaría inspirado ese día —se limita a responder apretando los dientes.

—Don Félix dijo que es lo mejor que ha pintado usted nunca, con diferencia.

Manuel aprieta los labios hasta formar una fina línea mientras la mujer continúa inmersa en su parloteo. Salvador, desde su rincón, percibe sin comprender la tensión de Manuel en ese momento. Se sorprende, pues no hay cosa que le guste más al pintor que los aduladores.

—¿Y qué es lo que quiere usted? —pregunta con voz cansada.

—Quiero uno igual. Pero no de Paulina, claro. De mi hija, ahora que está en su mejor momento. Queremos que case bien y…

—No puede ser —responde tajante.

La mujer, que no esperaba esa respuesta, replica:

—Le pagaré. Le pagaré muy bien. El dinero no es un problema para mi familia.

Manuel niega.

—No es un problema de dinero, mi querida señora. El problema es que hace años que no acepto

cuadros por encargo. Piense que, si lo hiciera, no tendría tiempo para preparar mis exposiciones, llevar La Academia…

—¡Pero si expone una vez cada dos o tres años! ¿Tanto tiempo le lleva pintar esos cuadros? —responde ella perdiendo la paciencia.

Manuel, herido, esboza un gesto.

—¡Pinte los cuadros usted misma si tan fácil le parece!

Ella se queda de piedra. El silencio se adueña del taller. El suave parloteo de los alumnos cesa y solo se escuchan los suaves roces de los pinceles y pinturas contra el papel. Agarrando el pequeño bolso con todas sus fuerzas y con una evidente mueca de disgusto, la clienta se levanta del silloncito y se dirige a la salida.

—Sepa usted que esto se sabrá. Sus malos modales y su negativa a pintar el retrato se sabrá en Avilés, en Madrid y en cualquier lugar donde se conozca su nombre.

La campanilla de la puerta vuelve a sonar, esta vez anunciando la salida de la mujer.

—¡¿Y vosotros qué miráis?! —grita Manuel a los alumnos, que se han quedado atónitos. Ellos devuelven sus miradas a sus respectivas obras y continúan en silencio.

—Salvador, hoy cierras tú —le dice al ayudante y toma su abrigo del perchero solo unos segundos antes de desaparecer por la puerta.

El chico suspira.

¿Y cuándo no cierra él?

Capítulo 53

Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

«Entonces, lo mejor que ha pintado Manuel Cano es en realidad el cuadro realizado por su abuelo, el retrato de Paulina», piensa Saúl con orgullo. Mira a Deva, nervioso. Ella lo percibe y le devuelve un leve gesto interrogante para después dirigir la mirada a Salvador.

—Así que usted no aprendió nada con el «maestro» —afirma con sorna.

Salvador suelta una carcajada.

—Aprendí a valerme por mí mismo, que ya es bastante, y a lidiar con una clase en la que muchos alumnos tenían más ínfulas que ganas de pintar. Pero si os referís a si aprendí técnicas de pintura, de eso, nada de nada.

—¿Alguna vez vio a Manuel pintar en directo?

—Ahora que lo dices, la verdad es que no. Como mucho, dibujaba una línea o dos en algunos de los cuadros de los estudiantes, pero siempre cosas muy sencillas. Jamás participaba en los concursos de pintura en la calle ni se le veía dibujando en el taller. Por ejemplo, era habitual ver a don Amador pintando durante el rato en el que llegaban sus alumnos o sentado en algún lugar de la villa con cuaderno y carboncillo en mano.

—Bueno —interrumpe Saúl—, supongo que ser pintor no significa estar con un lápiz en la mano todo el día. Lo mismo que los matemáticos no están haciendo integrales y logaritmos en un banco del parque. —Deva le mira alzando una ceja—. ¿Qué? —protesta él—. Solo quería hacer de abogado del diablo.

El escultor asiente.

—Puede ser que tengas razón, chico, o que se deba a que era un maniático. Muchos artistas lo son. Yo lo soy, a mi manera. Extraño es, no lo vamos a negar…

—Pero está confirmado que estudió Bellas Artes, ¿no?

—Sí —afirma Salvador—. Se encargó de colgar su título en primer plano en su escuela. —El hombre hace una pausa y observa a los jóvenes de hito en hito—. Sospecho que hay algo que no me estáis contando. ¿Qué es lo que os hace pensar que Manuel no pintó sus cuadros? Si queréis que os ayude, tengo que conocer toda la verdad.

Deva y Saúl se miran. Tras un leve asentimiento, ella extrae una tablet de su mochila y busca la foto del cuadro de Manuel.

—Este es el cuadro de Manuel Cano que está expuesto en la Escuela de Artes y Oficios.

El hombre asiente y comenta:

—Sí, es de una de sus primeras etapas. —Ante la mirada interrogante de los chicos continúa—: Manuel Cano tuvo varias etapas artísticas. Digamos que, reconocidas, cuatro. La primera fue a su vuelta de Francia. Sus cuadros estaban inspirados en paisajes franceses en los que predominaban los elementos naturales: ríos, montañas, campos… En su segunda etapa, los paisajes eran urbanos, principalmente en París. En estas dos fases, sus pinturas eran muy bonitas, con tonalidades suaves y pequeñas pinceladas muy exactas. Daba gusto verlas. Sin embargo, parecía que la gente aquí ya estaba cansada de tanto París y tanta Francia. Pensad que había pasado bastante tiempo desde su vuelta y ya no era novedad. Tuvo unos cuantos años de sequía hasta que sacó su siguiente exposición, la que dio comienzo a su tercera etapa.

—¿Consiguió olvidar París por fin?

—¡Sí! —exclama Salvador—. Por lo visto, tras varios viajes por España recuperó la inspiración. Se dice que marchó en un coche cargado con lienzos y pinturas y pasó seis meses dibujando aquí y allá.

—Y cuando volvió, ¡zas!, nueva exposición —afirma Deva.

—Pues no fue exactamente así… —recuerda Salvador—. Pasó casi un año hasta que expuso esos cuadros. Según decía, los dejó de cara a la pared durante meses para, al volver a mirarlos, descubrir sus imperfecciones y retocarlos.

—Sí que era maniático, sí —murmura Saúl.

—Esa exposición fue un éxito rotundo. Salió en todos los periódicos, y los cuadros se vendieron como churros.

—¿Y la cuarta etapa?

—La cuarta etapa fue años después. Los cuadros, la verdad es que no valían nada. Si queréis mi opinión, parecían pintados por un principiante.

—¿Y ese cambio?

Salvador se encoge de hombros.

—Bueno, se dice que después de la tragedia perdió la inspiración.

—¿Tragedia? —pregunta Saúl recordando su última conversación con Antonio. El anciano había realizado un comentario en el que decía que la vida le había devuelto a Manuel con creces el

dolor que él había causado a su familia.

—La muerte de su hijo, el abandono de su mujer… —explica el hombre con seriedad.

Saúl mira a Deva, que asiente con lentitud.

Salvador mira a los jóvenes mostrando cierta impaciencia: se está perdiendo la partida. El tiempo de charla toca a su fin.

—Solo una última pregunta, Salvador —pide Saúl—. ¿A usted le suena de algo el nombre de Tino Acevedo?

Tino Acevedo. El nombre que parece olvidado por el mundo e incluso por el propio Saúl, que por momentos se pregunta a quién exactamente está investigando. Ya se imagina esas palabras saliendo de la boca de Salvador: «Pues no me suena de nada».

—El caso es —dice el hombre con el ceño fruncido— que yo he oído ese nombre antes, sí. —Deva y Saúl intercambian una mirada de sorpresa que se desinfla con la siguiente frase—. No recuerdo dónde… Dadme un número de teléfono y os llamaré si recuerdo algo. Ahora, si me disculpáis, he de continuar con mi partida.

Capítulo 54

Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

El silencio de la biblioteca contrasta con el bullicio y la alegría del parque. Unos pocos estudiantes toman café en la terraza e intentan alargar la pausa del estudio. En la zona infantil, varios niños con sus padres recorren las estanterías o se sientan en las mesas a disfrutar de un rato de lectura. Un respiro de paz antes del comienzo de la semana.

Después de una breve búsqueda, Saúl y Deva extraen de un estante un libro sobre Manuel Cano. Se trata de un precioso ejemplar de tapas duras en el que se recogen, con ilustraciones a todo color, parte de los cuadros que protagonizaron las primeras etapas del pintor. De forma solemne, lo posan sobre una pequeña mesita, situada justo al lado de la cristalera. Una foto de Manuel, junto con un pequeño prólogo, sirve de apertura. Saúl no había visto ninguna fotografía del pintor ya entrado en años. En la imagen debe tener cincuenta y tantos, casi sesenta; aun así, se conserva bien. Sus ojos azules, algo más apagados, posan seguros para el retrato. Brazos cruzados, mentón alto, sonrisa blanca. Un dandy al que aún le quedan balas en la recámara, piensa.

Comienzan a pasar las páginas y comprueban que la descripción que les ha hecho Salvador sobre la trayectoria artística de Manuel es más que acertada. El pintor, a través de óleos y acuarelas, da vida a bosques y campos, y hace discurrir la corriente de los ríos. En una segunda etapa más urbanita retrata a su amada París.

—Quien pintó estos cuadros sentía verdadera pasión por Francia y París —Deva rompe el silencio con el que hojean el libro—. Viéndolos en estas fotos, tan de cerca y con tantos detalles, me quedo sin palabras, la verdad.

—La verdad es que, si no fuera porque pienso en Manuel como posible ladrón de los cuadros de mi abuelo, me da cierta pena pensar que toda su carrera sea una cortina de humo.

Deva le da la razón con un gesto.

—Aún no podemos dar nada por sentado, Saúl. Necesitamos pruebas, no meras conjeturas, que es lo que tenemos hasta el momento. Veamos…

La chica extrae la tablet de su mochila y, tras buscar la foto con la firma de Manuel en el cuadro de Artes y Oficios, la posa encima de la mesita, justo al lado del libro. Comienzan a pasar las páginas una a una.

—La firma coincide —corrobora Saúl cuando aún no han terminado la primera etapa.

—Sí, pero fíjate —señala la periodista apuntando con el dedo en una de las hojas— en los trazos superpuestos. En algunos cuadros es más evidente que en otros.

Saúl acerca la cara al libro. Pasa un par de páginas y asiente. Cuando van a dar paso a la tercera etapa, su móvil vibra en el bolsillo del abrigo. Lo mira extrañado. ¿Quién será a estas horas del domingo? Le dedica un gesto de disculpa a Deva y sale apresurado de la zona en la que hay que guardar silencio. Observa la pantalla de su teléfono y ve un número desconocido. Intrigado, descuelga.

—¿Sí?

—¿Eres Saúl? —dice una voz de mujer.

—Sí, soy yo.

—A don Antonio le gustaría verte. Me ha pedido que te llame.

Saúl no puede evitar la sorpresa y, por supuesto, un gesto amargo al reconocer a Amelia. Hasta por teléfono le parece seca y desagradable. ¿Tanto le costaba decir «Buenos días, soy Amelia»?

—¿Está bien? —pregunta Saúl preocupado.

—Depende de lo que entiendas por bien —replica ella en tono cortante—. Estaba mucho mejor antes de que tú llegaras. Dormía tranquilo, se le veía más contento… Ahora está sumido en un viaje por el pasado que incluso parece haber afectado a su salud. ¿Qué es lo que pretendes?

—¿Qué quieres decir?

—Estoy segura de que tienes un interés oculto en Antonio. ¿Por qué tantas visitas a un viejo que ni siquiera conoces, que no es nada tuyo?

Saúl, sorprendido por la expresión de la mujer, le espeta:

—Ese viejo, como tú dices, es uno de los pocos enlaces que mi abuelo tiene con su pasado en esta ciudad. Al principio solo quería que me contase alguna anécdota, pero resulta que Antonio es un gran hombre y le he cogido cariño. Él necesita hablar con alguien y que le escuchen.

—Para eso ya nos tiene a mi hija y mí. Tú solo quieres su dinero.

—¡¿Qué?!

Saúl realiza tal exclamación que algunas personas se vuelven con sorpresa.

—Sabes de sobra que no tiene herederos. ¿Qué estás intentando?, ¿hacerte con su fortuna?

Al chico le entran ganas de contestarle que sus cuentas del banco están suficientemente llenas

para no necesitar la herencia de nadie, ni siquiera para trabajar en los siguientes diez o veinte años, pero se aguanta.

—¿Ese es tu plan? —le responde en cambio—. ¿Que modifique su testamento para llevarte tú esa supuesta fortuna que tiene? O quizá ya lo has conseguido y ahora temes que lo cambie.

—Niñato de Madrid, tú qué sabrás de la vida —le reprocha ella—. Esta tarde a las cinco. No le hagas esperar —determina antes de colgar.

Saúl se queda mirando su teléfono aún sorprendido por la conversación que acaba de mantener. Está seguro de que ha pillado a Amelia. ¿Por qué tanto interés si no en Antonio? Por otra parte, viendo las condiciones en las que vive el hombre y teniendo en cuenta que su familia tuvo que vender la casona, ¿en qué estado se encontrará su patrimonio? Reflexiona sobre esto y entra de nuevo en la zona de la biblioteca. Deva todavía continúa absorta en varios libros.

—No te vas a creer lo que me ha pasado.

—Ni tú lo que yo he descubierto.

—Tú primero.

—Las firmas de Manuel. He revisado todas las etapas. —Señala la pila de libros que hay en la mesa—. No coinciden, Saúl. Las firmas son diferentes.

Capítulo 55

Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

Con una bolsa de rosquillas en una mano y el paraguas en la otra se presenta esa misma tarde en el piso de Antonio. Mientras sube las escaleras, se encuentra con un vecino cuya cara le resulta familiar; seguramente se hayan cruzado en ocasiones anteriores. Saúl ya comienza a ser un asiduo en el edificio. Recuerda con disgusto las palabras que Amelia le dirigió esa misma mañana. ¿Qué mosca le habrá picado? Él no tiene ningún interés en sacarle los cuartos al pobre anciano; además, le ha cogido cariño. Le recuerda lejanamente a su abuelo y, ahora que conoce un poco mejor cómo ha transcurrido su vida, le apena que un hombre tan bondadoso y con una cabeza y posición tan privilegiadas se haya quedado tan solo. Si al menos tuviera una cuidadora amable, piensa al encontrarse con el gesto hosco de Amelia en la puerta.

—Aquí estoy, puntual —afirma sin poder evitar cierto retintín.

La mujer, que lanza una mirada fugaz a la bolsa de rosquillas, le guía por el tenue pasillo hasta el salón. Da unos golpecitos en la puerta. Antonio, que estaba echando una cabezada, los mira sobresaltado y se recoloca las gafas con gesto adormilado.

—¡Saúl! —saluda con un hilo de voz alegre. Un surco de arrugas aparece cuando esboza una sonrisa—. Qué alegría que hayas podido venir. Pensaba que tal vez tuvieras planes.

—Aún no tengo mucha vida social por aquí. Solo he podido hacer un par de amigos.

—Los comienzos son duros, pero te he visto pasar un par de veces con esa señorita, con la que te acompañó el otro día —le suelta guiñándole un ojo.

—Veo que desde aquí arriba no se le escapa una —comenta divertido.

El anciano sonríe con picardía.

—No dejes escapar las buenas oportunidades. Parece una buena chica.

—Eso parece, sí, pero creo que no me quedaré mucho más tiempo en Avilés. Pronto ya no tendré más conocidos de mi abuelo a quienes visitar.

—¿Has podido averiguar algo sobre ese tal Tino…?

—¿Acevedo? —completa Saúl—. No. Nada, es como si no existiera —se lamenta.

—Curioso… —murmura el anciano mientras alcanza, con una de sus manos huesudas de marcadas venas grises, la bolsa de las rosquillas y examina su contenido como un niño hambriento.

—¿Qué historia va a contarme hoy? —pregunta Saúl con desenfado.

La mirada de Antonio se ensombrece un instante, como si se acabara de hacer de noche en esos ojos hundidos.

—Verás, Saúl. Ya soy un hombre mayor, no he tenido descendientes. He estado pensando que quisiera terminar de contarte mi historia y la de mi hermano antes de morir.

—Pero ¡Antonio! —exclama el chico acongojado—, ni que le quedasen dos telediarios.

Antonio le dedica una mirada solemne. Saúl permanece sin saber qué decir.

—Estos días he disfrutado mucho contigo, muchacho. Ha sido un viaje turístico por el pasado, como ser espectador de mi propia vida. Algunas escenas, por continuar con la metáfora, han sido dichosas, y otras me han causado un dolor lacerante que no me dejaba dormir por las noches.

—Lo siento, Antonio, yo no pretendía…

El hombre le corta con un movimiento del brazo, lento pero firme, y le regala una sonrisa rejuvenecida.

—¿No te das cuenta, Saúl? ¡Me has hecho volver a sentir! Llevo años encerrado en este piso y este salón, y, por primera vez en mucho tiempo, me he vuelto a sentir vivo. —El anciano toma las manos del chico entre las suyas temblorosas y dice—: Y eso es algo por lo que te estaré eternamente agradecido.

Conmovido, Saúl se levanta de la butaca, abraza al anciano e intenta a duras penas contener la emoción.

—Y ahora —continúa el hombre— dejémonos de ñoñerías y sigamos donde lo dejamos el último día. Será mejor que cojas una rosquilla de la bolsa. Nos vendrá bien un dulce para aliviar una historia tan amarga.

Capítulo 56

Junio, 1995 - Asturias

Cuando el último visitante de la exposición abandona la sala, Manuel se desploma en una silla. Mira a su alrededor y contempla el taller de su academia como si lo viera por primera vez: la luz que penetra por las ventanas y claraboyas ilumina la estancia como cien bombillas suspendidas bajo el techo, las paredes recién pintadas de blanco dan sensación de amplitud, de tener un pie en el mismísimo cielo, las mesas, dispuestas en un rincón de la estancia con los restos de lo que fue un abundante vino español. Todo preparado meticulosamente por Manuel, con mimo y cuidado para celebrar la que será su última exposición.

Y el fin de su carrera.

Cierra los ojos un momento. Cuando los vuelve a abrir, algo le molesta. Algo desentona con el ambiente perfecto que ha creado. Frunce el ceño. Atrás quedaron aquellos tiempos de gloria en los que seducía a hombres y mujeres con su mirada azul y su seguridad innata, cuando sus cuadros se vendían como churros y el nombre de Manuel Cano dejó de asociarse con una persona para ser reconocido como un billete a una elevada esfera social. En su mente todavía resuenan esas palabras que escuchó alguna que otra vez años atrás:

—Desde que tengo un Manuel Cano en mi salón me llueven las visitas. Todas mis amigas quieren venir a admirarlo, y, lo que es mejor, sus maridos. Mi Eduardo está que no cabe en sí de contento. Las citas se amontonan en su agenda y, claro, algún cliente nuevo siempre cae…

Manuel había escuchado con satisfacción retazos de conversaciones que lo hinchaban como un globo. Se sentía el bienhechor de la villa. No solo había ayudado a embellecer las paredes de las casas de los avilesinos, sino también sus negocios. Alardeaba cada vez que podía sobre ello, y nada le gustaba más que hacerlo delante de su hermano Antonio. Recuerda la escena perfectamente.

—Quizá si colgases uno de mis cuadros en tu despacho, las cosas te irían mejor, hermanito. Mira a Eduardo Masaveu, el abogado. No es que antes le fuera mal, pero ahora le llueven los clientes.

Antonio se había limitado a lanzar una mirada de fatiga a su hermano y replicado:

—No desperdicies tus cuadros conmigo, te cuesta demasiado pintarlos. Algún día esa curiosa suerte que tienes se terminará, y Dios quiera que te coja con un pincel en la mano.

El pintor, ofendido, se había dado media vuelta y refugiado en el único lugar en el que se sentía a

salvo: su estudio. Allí terminaba la mayoría de las noches en su «mugriento camastro», con varias botellas de vino y un alijo de sentimientos amargos como únicos acompañantes. Camille ya no quería saber nada de él. Desde el nacimiento de su hijo Jesús, la mujer, cuyas arrugas no mermaban su espléndida belleza, se había entregado en cuerpo y alma al cuidado de un niño que prácticamente había crecido sin padre. A veces, Manuel observaba a través de la ventana cómo Antonio jugaba con su propio hijo, como si de un padre se tratase. Entonces le odiaba. Le odiaba por seguir siendo el perfecto, el ojo derecho de su padre, de su mujer, y ahora también de su hijo. Antonio se consagraba como el indiscutible macho alfa de la familia Cano. Un puesto que, pese a sus esfuerzos, pese a todo, él jamás podría arrebatarle.

* * *

De vuelta al presente, Manuel continúa con ese regusto agrio y desagradable que casi puede saborear en el paladar. Vuelve a mirar a su alrededor. Algo en la estancia le perturba, pero ¿el qué?

Los últimos años no han sido buenos. Es más, diría que han sido los peores de su vida. Sin poder evitarlo, un recuerdo, claro como el día, le golpea. Ese recuerdo que le ha robado la mitad de su alma, de la poca que le quedaba. Cierra los ojos y viaja al pasado.

—Ve con cuidado —había escuchado pronunciar a Camille aquella tarde del mes de octubre.

—No seas pesada, mamá —había replicado su hijo Jesús, ajustándose las gafas de sol antes de subir al coche.

Lo que ninguno de los dos sabía es que esa frase, acompañada por una blanca sonrisa, sería la última que escucharían pronunciar a su hijo. Jesús falleció horas después en un accidente de tráfico. Triplicaba la tasa de alcohol. Positivo en drogas. Perdió el control en un abrir y cerrar de ojos. ¿O cerró los ojos para perder el control? La verdad Manuel nunca la conocería, al igual que no llegó a conocer a su hijo a pesar de haber vivido veintiséis años bajo el mismo techo.

Camille regresó a Francia un par de meses más tarde. Bastante había aguantado. Ahora que su pequeño les había dejado, nada la retenía junto a ese hombre con quien ya no tenía nada en común. A Manuel le dolió, pero no tanto como a su hermano Antonio, que vio partir, con todo el dolor de su corazón, a la mujer que, durante las últimas tres décadas, había amado en secreto.

Los siguientes diez años pasaron en lo que dura un suspiro. La Academia siguió a flote gracias a la ayuda de Salvador y de Ana María, que le sustituyó cuando este se fue en busca de nuevas oportunidades en el mundo de la escultura. El pintor volvió a obsequiar a los avilesinos con un par de exposiciones que, si bien tenían un número de cuadros bastante limitado, seguían transmitiendo la fuerza y la calidad del Manuel de los buenos tiempos, pese a que se notase un estilo ligeramente alterado por el paso de los años. Sin embargo, su última y recién estrenada exposición no tuvo, ni de lejos, la calidad de las anteriores.

Vuelve a mirar a su alrededor, al edén en el que ha convertido su academia. De pronto lo sabe. Sabe qué es lo que falla.

Sus cuadros.

Sus cuadros, que en ese momento adornan las paredes inmaculadas, es lo que desentona en el ambiente, lo que le perturba, lo que revuelve sus entrañas. Unos cuadros mediocres para una galería espléndida, se lamenta. Quisiera evocar algún pensamiento de aliento, pero su cerebro parece incapacitado para ello. En el fondo, se lamenta, sabía que ese día llegaría. Eso sí, jamás pensó que fuera acompañado de tanto dolor. Encima de una mesita, uno de los visitantes ha dejado lo que parece un folleto. Manuel lo hojea con curiosidad. Se trata de un pedazo de papel blanco que anuncia la exposición de un nuevo pintor. Unas letras sencillas con el nombre del artista encabezan la hoja. Justo debajo, una fotografía en baja resolución de una de sus obras.

Manuel abre los ojos de par en par sin dar crédito a lo que ve. La campanilla de la entrada del local le aleja de sus pensamientos.

—¿Antonio? —dice el pintor con cansancio al ver a su hermano atravesando el umbral de la puerta.

—Siento no haber podido venir antes. Una reunión que se alargó.

El pintor se encoge de hombros.

—No te has perdido nada —replica—. La gente ha comido, bebido y se han marchado, y mis cuadros…, bueno, creo que ha sido lo de menos.

Antonio observa con lástima a su hermano. Por un momento vuelve a ver en él al niño que acudía bajo su ala cada vez que se sentía derrotado.

—Lo siento —dice apoyando una mano sobre su hombro.

Manuel alza la mirada.

—Era de esperar —se limita a responder.

—Me refiero a que siento no haber sido mejor hermano. Te he fallado. No te he defendido cuando debí hacerlo, y…

El pintor niega y, con un gesto del brazo, le interrumpe.

—Se me fue de las manos —dice con un hilo de voz—. Me dejé llevar por la envidia, por la fama, por el ansia de ser mejor que tú. Y lo peor —contiene una lágrima— es que no fui un buen padre ni marido. Mi mujer y mi hijo te querían más que a mí —suelta una risotada irónica y desesperada—, y lo entiendo. Al final fuiste tú quien los cuidó, quien se ocupó de ellos, quien…

Antonio le corta.

—No te castigues.

Manuel, con la vista perdida en el folleto arrugado que aún sostiene entre las manos, lanza un suspiro.

—A partir de ahora no molestaré más. Intentaré vender alguno de estos cuadros. Tengo algunos ahorros y la casa de nuestros padres. Pasaré el resto de mis días allí.

—Por el amor de Dios, Manuel; si aún eres muy joven. No cumples los setenta. Te queda mucho por delante.

—He vivido mucho, hermano. Demasiado. Y he destrozado tantas vidas… Más de las que te imaginas.

Tras un silencio, Antonio declara:

—Ninguno estamos libres de pecado, créeme.

Capítulo 57

Domingo, 13 de febrero de 2022 - Avilés

—Qué final tan triste —dice Saúl compungido.

Antonio asiente y da un mordisco a la última rosquilla.

—Sí. La última exposición fue un desastre, casi no se vendió nada. Después de eso, mi hermano no volvió a pintar nunca más.

—¿Y qué hizo? Porque en mil novecientos noventa y cinco tenía…

—Sesenta y siete años. Tardó dieciséis años más en morir. Dieciséis años encerrado en esa casa que se caía a trozos.

—¿Y usted le visitaba a menudo?

Antonio vuelve a asentir.

—Le visitaba, sí. Sin embargo, nuestra relación se había resentido demasiado. Supongo que había muchos rencores acumulados por ambas partes. —Hace una pausa—. Además, cada vez que iba, contemplaba cómo el caserón se desmoronaba; una dolorosa metáfora de la decadencia de los Cano.

—Le encantaba esa casa —dice Saúl.

—Así es —responde Antonio melancólico, cerrando los ojos, como si así pudiera visualizar la preciosa bóveda del torreón de su padre—. Guardo preciosos recuerdos del tiempo que viví allí.

—¿Y por qué no hizo nada por recuperar la casa?

—No podía quitarle a mi hermano lo único que le quedaba —bufa—. Y el reparto de la herencia de mis padres estaba más que claro: Manuel se quedaba con la casa con la condición de que, en ningún caso, salvo a mi muerte, claro, tendría acceso a la dirección de La Copiosa.

—Entiendo…

—Mis padres amaban ese caserón, pero nada comparado con la empresa familiar. De todas formas, al final… —al anciano le tiembla la voz— la tuve que vender. No tuve hijos ni, por tanto, sucesor.

—Pero, Antonio —interviene Saúl—, es lo más normal ahora. Muy pocas empresas se heredan de padres a hijos y, créame, por lo que he visto, esa clase de compañías son las que más problemas tienen.

El anciano se encoge de hombros y dirige la mirada a la ventana, con la esperanza vana de que la luz de las farolas pueda aliviar su tristeza. Saúl, que percibe el desasosiego del hombre, intenta cambiar de tema.

—¿Y qué hizo usted, Antonio?

—Tuve una buena vida —admite con los ojillos algo más alegres—. En cuanto mi padre se retiró de la dirección de La Copiosa, me volví más independiente y comencé a viajar. Tenía dinero de sobra y un deseo muy grande de romper las cadenas a las que me había atado toda mi vida. Así que visité todos los continentes, a veces por negocios, otras por placer. Probé cientos de manjares, me sumergí en distintos mares y océanos y aprendí cómo viven otras personas. Sin embargo, te mentiría si te dijera que en esos viajes no eché de menos mi hogar: las montañas verdes de Asturias, el olor a lluvia, a hierba recién cortada, a sal…

—Y en alguno de sus viajes… ¿visitó a Camille?

Antonio dibuja una sonrisa pícara.

—Ese secreto, amigo mío, se irá conmigo a la tumba.

Saúl deja a Antonio algo más animado, en pleno buceo por el recuerdo de sus viajes. Decide dar un paseo antes de volver a casa. Después de la conversación con el anciano, ha logrado sacar en claro varias conclusiones: la primera de todas es que, a pesar del piso viejo en el que vive y de sus ropas modestas, la cuenta bancaria del hombre debe estar rebosante de ceros tras la venta de La Copiosa. Está seguro de que Antonio es un buen gestor y duda mucho de que, a la muerte de su padre, él hubiera despilfarrado o echado a perder el patrimonio familiar como, con toda probabilidad, hubiera pasado con su hermano. Quizá ahí esté el motivo por el que Amelia no quiera quitarle ojo de encima y se dedique plenamente a su cuidado, eso sí, con una cara de perro inaguantable. Ahora que está claro que la estirpe de los Cano se termina con Antonio, tal vez la mujer tenga la esperanza de que le caiga algo. Cualquier cosa, un piso, unos pocos miles de euros, le harían un buen apaño.

Por otra parte, aunque le ha parecido muy interesante a la par que triste escuchar el final de la historia de Manuel Cano, hay un salto de cuarenta años en la narración de Antonio. ¿Qué sucedió en ese tiempo? ¿Será el momento en el que Manuel origina esa situación de controversia en su carrera? Niega suavemente con la cabeza. El secreto que guarda Manuel, sea cual sea, tiene que estar relacionado con su vuelta de París, de ahí el problema con el fotógrafo Carlos Álvarez o la pelea con su hermano. Manuel tenía algo guardado en su estudio que los demás no querían que se viera. Si unimos ese dato a la sospecha de que podría haber robado los cuadros de su abuelo y al descubrimiento de las firmas realizado por Deva, la teoría de que Manuel era un ladrón de cuadros cobra cada vez más fuerza. Quizá hubo varios robos. «Vamos, Saúl, piensa». Cuando las acuarelas de su abuelo desaparecieron, Manuel había vuelto de Francia; por tanto, el primer

supuesto robo ya se habría cometido: los cuadros de París, y esos no los había pintado su abuelo.

Saúl se para en medio de la calle con el corazón palpitante.

Si eso fuera así, si Manuel le hubiera robado los cuadros a un pintor parisino y los expuso después, ¿por qué nunca expuso los del abuelo? ¿Por qué esperar sesenta años? Y ¿qué tiene que ver todo eso con Tino Acevedo? ¿Quién es Tino en realidad?

Decide cambiar de rumbo y se dirige a su piso con paso acelerado. Tiene que apuntar esas ideas en su agenda para contárselas a Deva al día siguiente. Una vibración le avisa de que alguien le llama por teléfono. Saca su smartphone del bolsillo y, al mirar la pantalla, descubre el nombre de la periodista.

—¡Justo estaba pensando en ti! —le saluda emocionado—. He estado con Antonio y tengo una teoría, una muy buena.

Escucha una risita al otro lado de la línea y le cuenta, de forma atropellada, sus conclusiones. Deva guarda silencio.

—Pues esto te va a interesar —indica ella—: acabo de hablar con Salvador. Parece que ha recordado quién es Tino Acevedo.

Capítulo 58

Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

Como cada lunes de mercado, los camareros de la cafetería La Biblioteca vuelan de una mesa a otra sirviendo cafés, cervezas y pinchos para los avilesinos, que deciden interrumpir su jornada laboral o su mañana de compras y hacer una parada en el popular local con sus paredes forradas de imágenes de periódicos antiguos. Saúl, sentado en una mesa situada en una de las esquinas del establecimiento, se entretiene observando a la gente que viene y va. Esa mañana ha decidido disfrutar de un buen zumo de naranja en vaso de sidra, acompañado por café y tostadas. Hojea distraído el periódico mientras espera a Deva.

A la hora acordada la ve aparecer con el rostro algo sonrojado. La chica mira a su alrededor y, en cuanto le localiza, se aproxima a la mesa con paso decidido. Antes de llegar, se detiene en la barra y pide un café.

—¡Qué puntual!

—No tengo demasiado tiempo —dice ella, que mira su reloj y trata de recobrar el aliento—. Espero que Salvador venga pronto, porque tengo que volver a la oficina para terminar un artículo.

—¿Alguna noticia interesante?

—Una auténtica exclusiva —responde aburrida—. Inauguran una nueva cancha de baloncesto en un colegio. —La chica capta a Saúl esbozando una mueca y añade—: Sí, ya sé que mi trabajo es fascinante, no hace falta que me lo recuerdes…

—No sé por qué te conformas con eso.

Ella abre la boca para contestar cuando una voz le interrumpe.

—¡Buenos días! —exclama Salvador con su buen humor habitual—. Veo que sois chicos madrugadores, eso es bueno.

El hombre, con movimientos algo torpes, se sienta en la silla vacía que está entre Deva y Saúl. Se quita la boina gris y los mira de hito en hito mientras la camarera les sirve los cafés.

—Gracias por venir, Salvador.

—No es ninguna molestia. Tenía que hacer algunos recados esta mañana, y siempre es agradable

rodearse de la juventud, a ver si se me pega algo. —Les guiña un ojo. Sopla sobre su taza y prosigue—: No me extenderé demasiado: ayer me preguntasteis si conocía a un pintor llamado Tino Acevedo.

—Eso es.

—Pues ese nombre me sonaba mucho, muchísimo —comenta casi para sí—. La cuestión es ¿dónde lo había oído antes? Pasé toda la tarde dándole vueltas: Tino, Tino… Desde luego no había sido un compañero de promoción, ni coincidí con él en las clases de don Amador ni de Manuel.

—¿Usted también fue alumno de don Amador? —pregunta Saúl sorprendido.

Salvador asiente y responde.

—Me dio clase cuando era niño. El caso es que estuve buscando a Tino por internet y no encontré demasiado sobre él, solo un par de artículos sobre alguna exposición.

—Igual que yo —murmura Saúl con fastidio—. Ni una foto. ¡Nada!

—La iluminación me vino cuando vi la imagen de uno de sus folletos. Entonces recordé —afirma con gesto victorioso.

Saúl mira a Deva. Siente que el corazón se le va a salir del pecho. A punto está de zarandear al hombre que hace una pausa para dar pequeños sorbitos a su café.

—¿Y bien? —pregunta ansioso, viendo que Salvador muerde un pincho de tortilla y comienza a masticar con lentitud. Deva no puede reprimir una sonrisa.

—Disculpad —dice el hombre aún con la boca llena—. Tenía un hambre de lobo. —Da un trago y, después de aclararse la garganta, retoma la explicación—. El otro día os contaba que Manuel Cano tuvo varias etapas artísticas. Las tres primeras muy buenas, y la última un desastre, para qué nos vamos a engañar. Seguramente fue por el dolor que le causó la muerte de su hijo, el abandono de su mujer… Se quedó solo en el mundo. Con su hermano Antonio no tenía una gran relación, y decía que ya no tenía fuerzas para nada más, que era muy mayor y estaba demasiado cansado para reinventarse. El caso es que en mil novecientos noventa y cinco celebró la que fue su última exposición. —El hombre les mira solemne—. No hace falta que os diga que fue un desastre. Esos cuadros nada tenían que ver con las magníficas pinturas de antaño, y prácticamente no vendió nada. Quienes compraron fue por pena. Creedme que lo sé de buena tinta. Yo fui uno de ellos.

—¿Y qué tiene que ver esto con Tino? —pregunta Saúl.

—No seas impaciente —replica Salvador regañándole como a un niño. Da otro mordisco a la tortilla, exasperando al joven. Se aclara la garganta y continúa—: La tarde de la inauguración de su última exposición fui a verle. Es cierto que Manuel para mí no fue un referente ni un buen maestro, pero al final le tomé aprecio. Supongo que porque siempre me pareció un alma

atormentada. Ese día charlamos un poco. Fue una conversación que jamás olvidaré.

Capítulo 59

Junio, 1995 - Asturias

Cuando Salvador entra por la puerta de La Academia, contempla con el corazón encogido lo bonito que está el local. El olor a pintura le devuelve un recuerdo lejano de las innumerables tardes que pasó en ese lugar. Si bien en su momento casi llegó a odiar a Manuel, ahora siente que incluso debe estarle agradecido porque, de forma insospechada, el pintor le ayudó a descubrir que su vocación no estaba entre los pinceles.

Recorre la estancia con la mirada. Al fondo de la sala encuentra a dos personas: una de ellas sentada, enjuta y encogida sobre un viejo taburete de madera. Es Manuel. Salvador siente un inesperado pinchazo en el estómago. Hacía años que no veía a su viejo maestro y no esperaba encontrarle tan demacrado. A su lado, un hombre que parece de su misma edad, pero alto y corpulento, apoya una mano sobre su hombro. Reconoce a Antonio. Observa que se despiden con un gesto silencioso. Cuando Antonio pasa a su lado, esboza una leve mueca. Es entonces cuando el escultor se acerca a Manuel.

—Hola, Manuel —saluda dándole una palmada cariñosa—. Disculpe, pero no he podido llegar antes.

—¿Has venido a ver mi decadencia? —pregunta el hombre con amargura.

—¡No! He venido porque, después de años trabajando con usted, me gusta seguir su carrera —contesta desconcertado.

Manuel, que arruga con nerviosismo una bola de papel entre sus manos, alza la vista con ojos derrotados y confiesa:

—Siento no haber sido un buen maestro.

Salvador, sorprendido por la repentina declaración, tarda unos segundos en contestar.

—Bueno, reconozco que no aprendí demasiado sobre técnicas de pintura, pero me gusta pensar que se me ha pegado alguna de sus habilidades para tratar a la gente. —Su tono desenfadado contagia una pequeña sonrisa al pintor—. Vamos, Manuel, no se fustigue. Ha tenido una carrera brillante y debe estar orgulloso por ello. Ya quisieran muchos.

—Por favor, Salvador, que soy mayor, pero no tonto. Mira estos cuadros. —Señala con asco al lienzo más cercano—. ¿Quién pagaría por esto? —Suelta una risotada amarga.

El escultor se acerca a echar un vistazo.

—No es su mejor obra —reconoce—, pero ¿quién no ha pasado por un mal bache? Si usted se lo propone, volverá a recuperar su don, sus trazos precisos, esas proporciones perfectas y ese realismo con el que conquistó a esta villa.

El discurso de Salvador, lejos de animar a Manuel, hace que su rostro se vuelva aún más sombrío.

—No sé si eso será posible —responde mientras, distraído, deshace la bola de papel que permanece en sus manos sudorosas—. Mira a todos esos nuevos pintores. Artistas con sangre nueva, apasionados, con verdadero talento. Gente que se merece el éxito, no como yo, que soy un viejo acabado, un… —termina con una palabra inaudible.

Salvador le observa.

—No se rinda, Manuel. Demuestre a todos que usted también merece el éxito —le pide con una mano sobre su hombro—. Mire cuánto ha trabajado. Ya quisieran muchos. Ha enamorado a esta villa, ha…

Manuel agradece esas palabras genuinas de la persona a quien él no dedicó ni un instante de su tiempo cuando le necesitaba. Con un gesto mecánico, deshace la bola de papel que tiene entre los dedos y enfoca una mirada vidriosa.

—A ver, ¿quién es ese nuevo artista? —pregunta Salvador percatándose de que lo que sostiene su maestro es un panfleto para una exposición.

Manuel alza el folleto hasta dejarlo a la altura de sus ojos y replica:

—Ojalá se tratase de un nuevo artista, pero no lo es. Reconocería esos trazos aunque hubieran pasado más de mil vidas.

Salvador lee con atención el nombre que, con letras mayúsculas, encabeza el folleto: Tino Acevedo.

Capítulo 60

Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

—Tino Acevedo —murmura Saúl.

—Exacto.

—Entonces Manuel le conocía —afirma Deva emocionada.

Salvador asiente.

—Es más que probable. Ahora bien, qué relación tenían, eso ya no lo sé. Manuel no me lo explicó. —Salvador vuelve a dar un mordisco a su pincho de tortilla y frunce el ceño al comprobar que se ha quedado frío—. ¿Y qué os pasa a vosotros con Tino? —pregunta.

Saúl, después de lanzar una mirada rápida a Deva, confiesa.

—Verá, Salvador, quizá no hemos sido del todo sinceros con usted. La verdad es que lo que me ha traído hasta Avilés es una exposición de Tino Acevedo que visité en Madrid, una obra póstuma titulada «La memoria de las acuarelas». La cuestión es que los cuadros, las pinturas que se exponían en las paredes de la galería, no fueron pintados por Tino, sino por mi abuelo Paco, que vivió en Asturias y los perdió justo antes de mudarse a Madrid.

—O se los robaron —añade Deva ante un atónito Salvador.

—Eso es. Así que me he venido hasta aquí para averiguar quién fue ese tal Tino y por qué tenía los cuadros de mi abuelo.

—Es una historia curiosa, sí… —murmura el hombre pensativo—. ¿Y has podido averiguar algo?

Saúl niega con firmeza.

—Nada. Cero. Y mire que he hablado con gente: con Rafaela, la nieta de don Amador, con Antonio, el hermano de Manuel, con Carlos Álvarez, el fotógrafo que…

—¿Has hablado con Antonio? —corta el hombre.

—Sí. Aunque no le he contado lo de mi abuelo —reconoce.

—Pero le has preguntado por Tino…

—Pues claro. Pero me ha dicho que no le suena de nada. Además, no tendría por qué mentirme, ni tendría por qué conocer a todos los artistas con los que se codeaba su hermano.

Salvador los mira con poca convicción.

—Comparta sus pensamientos con nosotros, Salvador —ruega Deva al ver que permanece en silencio.

El hombre dibuja media sonrisa y se incorpora.

—Creo que está bastante claro. Todo está relacionado: Manuel, Tino, los cuadros de tu abuelo… La cuestión es ¿cómo?

—Sospechamos que el secreto de Manuel es que es probable que él no pintase sus cuadros —afirma Deva ante un asentimiento de Salvador—. Pero, entonces, ¿quién fue el verdadero autor?

—Eso es imposible de averiguar —afirma Saúl—. Podría ser cualquiera. Podrían ser muchas personas.

—Pues yo creo que no —manifiesta el escultor—. Los cuadros de Manuel tenían un estilo muy parecido. Si, efectivamente, los robó, fue suficientemente listo para buscar artistas con estilos similares.

—Sinceramente, ahora estoy muy perdido. —Deva y Salvador dirigen una mirada a Saúl—. Pensaba que Manuel y Tino podrían ser la misma persona. Eso explicaría por qué los cuadros de mi abuelo se han expuesto bajo el nombre de Tino Acevedo, pero ahora resulta que no solo son personas distintas, sino que Manuel, de alguna forma, envidiaba a Tino. Quizá era un nuevo artista, quizá…

—Quizá fue el primero a quien Manuel robó sus cuadros —sugiere Deva.

Los tres permanecen en silencio hasta que Salvador decide hablar.

—Pues hay una cosa de la que estoy seguro: todos los artistas buscamos dejar una huella en nuestra obra, nuestro sello. Es la forma que tenemos de intentar diferenciarnos de los demás mortales, de aquellos que no tienen un don o que no lo han sabido explotar. Queremos que nuestras obras hablen de nosotros, de lo que vivimos, de lo que experimentamos. Dejar un pedazo de nuestra alma en los cuadros, esculturas, libros, piezas de música. Ya veis, somos así de vanidosos. —Se encoge de hombros—. Por eso, muchachos, la identidad del verdadero autor de los cuadros de Manuel, y quizá con ella la respuesta a las demás preguntas, está a vuestro alcance. Quizá solo tengáis que buscarla entre los trazos de pintura.

Capítulo 61

Lunes, 14 de febrero de 2022 - Avilés

—¿Haces algo por San Valentín? —pregunta Saúl cuando, un rato después, Deva y él abandonan la cafetería.

—¿Te parece poco escribir mi artículo sobre la nueva cancha de baloncesto? —responde ella divertida.

—Es verdad, la gran exclusiva —replica Saúl siguiéndole el juego.

—¿Y tú? ¿Algún rastro de tu novia influencer?

—Exnovia —corrige él—. Y no. Supongo que me dedicaré a mirar una y otra vez los cuadros de Manuel y las noticias sobre Tino, para ver si se me ocurre algo. Eso de mirar entre los trazos…, no sé yo. —Sonríe—. Tengo la sensación de que Salvador ha querido quitarnos de en medio con esa adivinanza.

Por un momento, Saúl piensa en invitar a Deva a cenar. La observa sin poder contener media sonrisa. Ella parlotea sin parar, ajena a sus intenciones, con su pelo revuelto y esa mochila en la que guarda mil cosas. Él mira al suelo sin saber qué hacer, enfadado consigo mismo por momentos. ¿Qué le pasa? ¿Desde cuándo ha tenido él problemas para invitar a una chica a cenar? «¿Se puede ser más patético?», se reprende. Desde luego con Alejandra eso no le sucedió, ni con ninguna de sus conquistas esporádicas. La última vez que le ocurrió algo así fue con… con Ana, recuerda. Pero él tenía dieciséis años. Ahora se le presuponen muchas más tablas y experiencia.

—¿Saúl? Saúl, te estoy hablando.

La voz de Deva le arranca de sus pensamientos. Algo avergonzado, responde:

—Perdona, me había distraído un momento.

Ella arquea las cejas, interrogante, mientras él le invita a continuar hablando con un gesto.

—Te decía que me gustaría acompañarte a visitar a Antonio la próxima vez. ¿Crees que será posible?

—Claro. Seguro que le encantará volver a verte. —Provoca una pausa y toma una bocanada de aire—. Por cierto, esta noche…

Una melodía le interrumpe. Es el móvil de Deva. Él, automáticamente, se traga sus palabras y espera.

—Disculpa, me tengo que ir corriendo o mi jefe me matará. Avísame si descubres algo —pide ella justo antes de marcharse a toda velocidad.

—Lo haré —promete él decepcionado.

Ella se aleja por la calle. Saúl, en cuanto la pierde de vista, da media vuelta en dirección a la ría. Esa mañana, aunque algunos nubarrones negros comienzan a cubrir el cielo, la temperatura es bastante agradable, por lo que decide dar un paseo. Cuando llega a la altura del centro Niemeyer, saca su teléfono móvil del bolsillo, marca el número de su mejor amigo y se coloca los auriculares inalámbricos. Le vendrá bien conversar un rato mientras camina.

—¡Hombre! —escucha una exclamación—. Dichosos los oídos.

—¿Qué tal, tío?

—Mejor sería pecado —contesta—. Solo estoy encerrado en mi despacho, con vistas al cielo azul de Madrid y rodeado por una montaña de papeles que ni el Everest. Además, acabo de hablar con el típico cliente que sabe tres cosas y ya piensa que él puede ser abogado. Me ha soltado la típica frase de «Si es que me deberían convalidar la carrera de Derecho». ¿Te lo puedes creer? —Saúl pasa el siguiente rato escuchando, divertido, los comentarios de su amigo. Le alegra escuchar una voz conocida al otro lado de la línea—. ¿Has tenido noticias de Alejandra? —le pregunta al fin.

—No —responde—. ¿Por qué iba a tener?

—¿Porque es San Valentín, quizás?

—No sé qué os pasa a todos con este día. Además, mejor no tener noticias de ella, porque no tengo la menor intención de que volvamos.

—Pensaba que quizás lo habías reconsiderado.

—No hay nada que reconsiderar. Mi decisión es firme.

—¿Y qué hay de tu trabajo?

Saúl lanza un sonoro suspiro.

—Uff, si lo llego a saber, no te llamo. —Perico suelta una carcajada y el chico responde—: Aún no he pensado en ello, la verdad. He estado tan liado con lo de Tino y Manuel Cano que no he querido darle muchas vueltas.

—Saúl… —Perico utiliza ese tono paternal que a Saúl siempre le ha hecho gracia y fastidiado a partes iguales—, el tiempo va pasando. Deberías pensar qué quieres hacer con tu vida. No

puedes quedarte ahí para siempre.

«¿Y por qué no?», le asalta un pensamiento repentino.

—Tengo dinero para no trabajar jamás —responde en cambio.

—Ya, claro, ¿y vas a vivir con una pensioncita de mil euros al mes en un bajo de algún barrio chungo de Madrid? Los dos sabemos que no quieres eso, que quieres tu piso bien en el barrio de Salamanca, comer en sitios de moda y permitirte unas vacaciones a todo tren.

—A lo mejor eso es lo que quería antes.

—¿Y qué quieres ahora? No me digas que quedarte en Asturias.

Antes de que Saúl tenga tiempo siquiera para dar una respuesta a su amigo, la imagen de Deva le golpea. Quizá no quiera quedarse en Asturias, pero lo que sabe en ese momento es que, por ahora, tampoco quiere marcharse.

La lluvia no se hace esperar y esa tarde riega la villa con un orvallo incesante. Saúl contempla desde su ventana cómo los avilesinos recorren la calle con sus paraguas o bien cubiertos con chubasqueros. El timbre del microondas le avisa de que tu taza de té bien caliente le espera. Acompañándolo de unas galletas, se sienta en la mesa de la cocina a revisar las imágenes de los cuadros de Manuel. Ha sacado de la biblioteca el libro que estuvieron contemplando el día anterior, y también ha impreso varias fotos a todo color.

«¿Qué escondías, Manuel?», pregunta a las fotografías que descansan delante de sus ojos.

Durante las siguientes dos horas, Saúl se dedica a estudiar todos y cada uno de los cuadros y a tomar notas en su inseparable agenda. Los que menos interés le suscitan son los de la cuarta y última etapa, que, inevitablemente, han terminado descartados en un rincón. Sin embargo, los otros, los de la primera y segunda, tienen algo en común. Algo que les diferencia de los demás, algo en lo que no había reparado antes y que, tal vez, pueda ser la pista que necesitaban. Nervioso, busca su móvil para escribir a Deva. Acaba de localizar su contacto cuando el timbre de la entrada le interrumpe.

Seguro que es Daniel, piensa con fastidio mientras va a abrir. No le apetece nada conversar con él. Cuando se acerca a la puerta, se convence de pedirle que vuelva en otro momento. Le dirá que está ocupado y que…

—¡Deva!

La chica, con las mangas del abrigo surcadas de gotas de lluvia y el paraguas en una mano, sostiene con la otra una de las imágenes de un cuadro de Manuel. La alza y la expone a contraluz.

—¡Lo tengo! —exclama. Saúl, sorprendido, le hace un gesto para que continúe hablando a la vez que la invita a pasar al apartamento—. Manuel no pintó sus cuadros.

—Eso no es nada nuevo.

Deva le fulmina con la mirada.

—Déjame terminar. Los cuadros los pintó alguien cuyas iniciales eran JLC.

—¿JLC?

—Fíjate. Manuel ha unido y repasado con un trazo la J y la L, de forma que parece una M. En este cuadro se puede apreciar, y en este. —De su mochila saca otro dibujo, algo arrugado, y ambos lo contemplan a la luz de una lámpara—. ¿Lo ves? Y la C, de Cano, la ha mantenido. Quizá sea pura coincidencia, pero creo que estas podrían ser las iniciales del verdadero artista.

—Esto nos aleja de Tino Acevedo —comenta Saúl algo decepcionado—. ¿Qué tiene que ver Tino aquí? Sinceramente, pensaba que Manuel le habría robado los cuadros a Tino o a mi abuelo, y ahora… ¿Tenemos a alguien más en la ecuación? ¿Quién es JLC? Esto es un lío. —Se desploma en el sillón.

Deva se quita el abrigo y se sienta a su lado.

—Quizá ahora nos parece más confuso, pero piensa que es posible que estemos un paso más cerca de descubrir la verdad.

La chica, al ver las imágenes que Saúl tiene esparcidas por la casa, se levanta a contemplarlas. Observa con detenimiento el grupo que se extiende encima de la mesa. Él aparece a su espalda con dos botellines de cerveza, sobresaltándola. Ella le dedica una mirada divertida y, con ojillos intensos, suelta:

—Esperaba que me invitases a cenar hoy.

Saúl, que se había llevado su botellín a la boca, se atraganta.

—Échale la culpa a tu jefe, que me ha interrumpido justo cuando te lo iba a pedir. De todas formas, ya ves que no me ha hecho falta: te has invitado tú solita.

Deva pone los ojos en blanco y, mientras finge observar las fotos, replica:

—Qué remedio. Si es por ti, madrileño…

Los dos, separados por la mesa de la cocina cubierta con los cuadros de Manuel, se estudian un segundo.

—De todas formas, yo tenía una proposición mucho mejor: ¿sabes que no eres la única que ha hecho un descubrimiento esta tarde? —dice, dibuja una media sonrisa y continúa—: Tal vez esto te parezca un poco precipitado, pero ¿tienes algo que hacer mañana? —Ella le observa intrigada.

—Algunos trabajamos —replica.

—Pues vas a tener que pedirle dos días de vacaciones a tu jefe. Nos vamos a París.

Capítulo 62

Martes, 15 de febrero de 2022 - París

Las pequeñas ventanas del avión están tan empañadas que resulta imposible ver nada. Saúl, agarrado con fuerza a los brazos de su asiento, las mira con alivio. Después cierra los ojos y respira profundamente.

—No sabía que te diese miedo volar —dice Deva en el asiento contiguo—. Pensaba que eras un tipo de mundo.

—Y soy un tipo de mundo —protesta él sin abrir los ojos—. Lo que pasa es que los aviones no me gustan, y, créeme, he tenido que coger muchos los últimos años.

Las azafatas efectúan su ritual con las mascarillas de oxígeno y las salidas de emergencia. Deva, sin prestar mucha atención, se acomoda en su asiento, feliz. El avión comienza a moverse y a coger cada vez más velocidad hasta que se eleva en el aire. Saúl continúa asido con fuerza a los reposabrazos. Cuando ya llevan tiempo sobrevolando el mar, por fin abre los ojos. A su alrededor, el resto de los pasajeros permanecen tranquilos. Algunos leen, otros duermen o ven alguna película. Un ambiente de calma inunda la nave, lo que hace que el chico logre estar un poco más relajado. A su lado, Deva parece concentrada en su tablet.

—¿Estás mejor? —le pregunta con una sonrisa, levantando la vista.

—Lo estaré en cuanto pise tierra.

Ella niega divertida y a continuación espeta:

—Venga, explícame bien qué vamos a hacer. A mi jefe no le ha hecho especial gracia que me marche así, de repente. A este paso, cuando vuelva me van a poner en la sección de esquelas.

Saúl contiene una carcajada.

—O quizá vuelvas con una gran historia —afirma con un guiño—, una de portada.

—Dios te oiga. Venga, cuenta.

—Veamos. Creo que en París está la clave. —Ella arquea una ceja. Saúl se apresura a explicar—: Me he fijado en que en la mayoría de los cuadros urbanos pintados por ese tal JLC aparece la misma calle. ¿Te has dado cuenta?

Deva se fija en la pantalla donde tiene recogidas las imágenes de las obras de Manuel. Saúl manipula la tablet y, pasando las imágenes, señala.

—Mira, ¿lo ves? Mismo edificio, diferentes perspectivas.

La chica comienza a comparar las fotografías y comprueba que, efectivamente, en todas ellas aparece un edificio de paredes de color beige y tejado gris, típico de la arquitectura parisina. A sus pies, un toldo rojo anuncia una cafetería en la que Deva se puede imaginar saboreando un delicioso croissant.

—Tenemos que encontrar este edificio —propone Saúl—. He cotejado todos los cuadros, que lo retratan desde distintos ángulos, y a su vez lo he comparado con las imágenes de Google Maps. Está situado en el barrio de Montparnasse, conocido como el barrio de los artistas. Estoy seguro de que quien pintó los cuadros, el tal JLC, tenía algo que ver con este sitio, y eso es lo que tenemos que averiguar.

Después de arrastrar las maletas durante un larguísimo trayecto por el aeropuerto de Orly y de que Saúl se entendiera, tras una acalorada discusión, con un taxista, consiguen llegar al hotel situado en el corazón de Montparnasse. Deva mira a su alrededor con curiosidad y con la ilusión dibujada en el rostro.

—Hoy ya no podremos hacer demasiado por Manuel —comenta él mirando el reloj de su teléfono, que acaba de marcar las ocho de la noche—, así que, ¿qué te parece si damos un paseo?

A la luz de las farolas y con la caricia de una brisa gélida, Saúl y Deva recorren el barrio que ha acogido a multitud de artistas e intelectuales a lo largo de la historia. En el boulevard de Montparnasse, las cafeterías y restaurantes se encuentran muy animados pese al frío. La pareja decide disfrutar de una cena ligera en uno de los míticos cafés con vistas al edificio de toldo rojo que visitarán al día siguiente. Saúl contempla distraído a unos novios que parecen divertirse mientras degustan unos apetitosos croque-monsieur.

—¿La echas de menos? —La voz de Deva le saca de sus pensamientos.

—¿Cómo? —pregunta él sin entender.

—Si echas de menos a tu chica, a la influencer —responde ella justo antes de dar un sorbo a una copa de vino.

—La verdad es que no. De hecho, me siento hasta mal por no echarla de menos, pero al final se parecía más a una compañera de piso, a un adorno para llevar a las cenas, que a una novia. Por favor, no me juzgues —se apresura a añadir.

Ella se encoge de hombros.

—Tus razones tendrías —se limita a decir—. Pero llegar a casa y que te estén esperando, tener a alguien incondicional con quien hacer planes…

Saúl niega.

—No era mi caso, créeme. Me pasaba todo el tiempo en la oficina, me iba de casa a las seis de la mañana, y muchos días volvía a las doce o a la una de la madrugada. A veces pasábamos días sin vernos.

—¿Lo de dormir no se estilaba en tu trabajo? —se mofa ella.

—No para mí. —Pone los ojos en blanco—. Así acabé, saliendo por la puerta pequeña de Goodman Sachs en una camilla de ambulancia. Pero eso no fue lo peor. —Traga saliva y hace una pausa. Deva le invita a continuar—. Hace unos años, mi abuela enfermó. Mi abuela, que era como mi segunda madre, pasó una semana en el hospital y yo no fui a verla ni cinco miserables minutos.

—¿Por qué? —La chica se estremece intuyendo cuál será su respuesta.

—Sacábamos una empresa a bolsa. La primera en mi carrera. Se esperaba mucho de mí, se… El caso es que no estuve allí. Y no solo por ella: no acompañé a mi abuelo, ni a mi padre, ni a Laura, que solo era una niña. Me desentendí de todo. Me convencí de que era una gripe sin más, y al final…

—Saúl, estoy segura de que tu abuela lo entendería.

—Pues yo creo que no —protesta—. El caso es que ya no hay vuelta atrás y he tenido que desmayarme en la oficina, justo el día que me jugaba el ascenso, para darme cuenta. —Da un sorbo largo a su copa y respira hondo.

—Fustigarse no va a cambiar nada. Tu opción ahora es no volver a caer en los mismos errores. Piensa que aún tienes a tu abuelo.

Él asiente agradecido, y para cambiar de tema pregunta:

—¿Y qué hay de ti? ¿Alguna historia trágica? ¿Un amor no correspondido? Vamos, esta es la noche de los trapos sucios.

Deva suelta una carcajada, alza su copa y brindan.

—Por los trapos sucios. Aunque yo no tengo mucho que contar —añade mientras mueve su copa haciendo que el vino dé vueltas en ella—. Amores no correspondidos, no…, todavía. —Le mira unos segundos antes de volver a centrarse en su copa—. Algún ligue de aquí y de allá; nada serio. —Esboza una sonrisa amarga con la mirada perdida en las bombillas blancas que decoran la calle.

—Algo me dice que eso no es todo —presiona Saúl.

Deva respira profundamente.

—Tuve una relación seria hace algunos años, pero teníamos intereses distintos. —Ante un gesto del chico continúa—: Lo que pasó fue que Avilés se le quedaba pequeño —se encoge de hombros— en muchos sentidos. Él quería viajar, vivir en otros países, conocer gente diferente, quería también un poco de anonimato. Sabes que en una ciudad pequeña todo el mundo se conoce. A veces tiene sus ventajas, claro, pero él no lo veía así. El caso es que le salió una oferta de trabajo en Londres y, obviamente, no pudo decir que no. Ni yo le quise retener.

—Podías haberte ido con él.

Deva sonríe con tristeza.

—Y lo hice —Saúl se sorprende—, pero al cabo de unos meses volví a casa.

—No te gustó Londres.

—No demasiado —reconoce—. Me pareció una ciudad hostil, demasiada gente… Además, me costaba mucho encontrar trabajo de lo mío. No pasaba de la primera entrevista. Supongo que mi inglés no era muy bueno. Me cansé de trabajar de friegaplatos, que era lo único para lo que parecía servir, mientras él se iba a su flamante empresa.

Saúl, en contra de las expectativas de la chica, añade:

—A mí también me costó adaptarme.

—¿Viviste en Londres?

—Pasé un verano trabajando allí antes de entrar en Goodman Madrid. Aunque creo que mi experiencia fue muy diferente a la tuya: en ese momento tenía muy claro lo que quería. Había peleado mucho para llegar hasta allí…, y lo que me quedaba… Así que estaba dispuesto a dejarme la piel. A no dormir si hacía falta. Sacrifiqué muchas cosas, pero conseguí una carrera brillante. Hasta este año, claro.

—Querías más a tu carrera que yo a mi novio —bromea Deva con amargura.

—Creo que ese no es el enfoque correcto. Yo quise más a mi carrera que a mí mismo; es triste, pero es así. Y tú te quisiste más a ti que a él. Quizá no hubieras sido feliz de haberte quedado allí.

—Seguramente no —reconoce.

—Entonces la que tomó la decisión correcta fuiste tú. Al menos puedes vivir en paz contigo misma. —Ella, tras un silencio, le deja continuar—. La cuestión es que al final los dos estamos aquí, en este café de París, con los dedos al borde de la congelación y a punto de descubrir el secreto de uno de los pintores asturianos más importantes del siglo veinte. A punto de conseguir tu gran artículo.

—Viéndolo así, tampoco nos ha ido tan mal —afirma Deva.

—Nada mal —asegura él, y siente un escalofrío cuando se sumerge en sus ojos castaños.

Entrechocan sus copas bajo la noche fría y estrellada de París.

Embriagado por el vino, el momento y la compañía, Saúl se acerca a Deva y acaricia su mejilla con dulzura. Su piel es tan suave como había imaginado. Ella le dedica esa media sonrisa que le vuelve loco, que le hace olvidar su pasado y replantearse su futuro. Mientras tanto, en el presente, sin pensar en nada más, se besan.

Cuando se separan, Saúl siente que la Ciudad de la Luz está en penumbra: su brillo no se puede comparar con el de los ojos que en ese momento le devuelven la mirada.

Capítulo 63

Miércoles, 16 de febrero de 2022 - París

Cuando a la mañana siguiente suena el despertador y Saúl abre un ojo, se siente desubicado. Se descubre en una habitación extraña y, durante un momento, permanece adormecido. Un rayo de sol entra en el cuarto por una pequeña rendija de las gruesas cortinas. Da media vuelta en la cama y el infernal sonido de la alarma le hace abrir los dos ojos. Entonces recuerda que no está en Madrid, ni en Avilés. Está en París. Los recuerdos de la noche anterior le golpean.

Deva.

Un ligero dolor de cabeza le pincha. Hace memoria: el vino, los besos, la vuelta al hotel… Ya de madrugada, se despidieron en la puerta de la habitación de Deva. Ella, con los labios aún hinchados y el pelo revuelto, le dedicó una extraña mirada. Una que el chico no supo interpretar y cuyo recuerdo le acompañó en el trayecto hasta su cama y le golpeó nada más despertarse.

Tras asearse y ya con mejor cara, Saúl baja al comedor del hotel y la encuentra sentada en una de las mesas, pertrechada con un buen café y un par de cruasanes.

—Están increíbles —le dice a modo de saludo, sin hacer ademán de levantarse y mucho menos de besarle—. Ahora entiendo por qué tienen tanta fama.

Saúl trata de disimular su decepción.

—Pues si los del hotel te parecen increíbles, espera a probar los de una buena pastelería.

Desayunan envueltos por un silencio extraño, y observan de reojo a sus compañeros de comedor. El hotel no está demasiado lleno ese día: algún ejecutivo, un par de familias con niños hiperactivos, una pareja joven que parece disfrutar más de su mutua compañía que de los cruasanes… Saúl escudriña a la chica con la mirada en busca de un mínimo gesto, algo. Cuando no puede más, balbucea:

—Deva, yo… siento si…

Ella le corta.

—El vino se nos fue de las manos. —Sonríe con poca convicción—. Eso es todo. Venga, vamos a buscar ese edificio que dices.

Ella se levanta y deja su bandeja en un carrito. Él frunce el ceño, desconcertado. ¿Por qué todas

las mujeres serán tan complicadas?

Un rato después, con el estómago lleno, abandonan el hotel. Un cielo gris, con tenues rayos de sol, los recibe. Pasean durante un rato por las aceras de adoquines de los elegantes barrios parisinos hasta el edificio que aparece en los cuadros de Manuel. Deva observa con curiosidad todos y cada uno de los escaparates que les rodean. Parece contenta, aunque de vez en cuando Saúl cree percibir un brillo de melancolía en sus ojos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora? —pregunta la chica cuando llegan al inmueble.

Saúl la mira con una sonrisa y, como si fuera obvio, responde.

—Echarle cara, eso es lo que vamos a hacer.

Con paso decidido, se acerca a la puerta del bloque, que, por suerte, está abierta. Unos metros antes recoge algo del suelo. «Justo lo que necesitaba», piensa triunfal.

—Comment puis-je vous aider? —les pregunta el portero, ataviado con un desgastado uniforme y una boina que cubre el poco pelo que le queda.

Saúl pronuncia unas frases en francés que la chica no puede entender. El hombre, que en principio no parecía muy amable, termina por cambiar el gesto y sonreír con unos dientes amarillos. Para su sorpresa, se hace a un lado y les deja pasar.

—¿Qué le has dicho? —pregunta Deva mientras comienzan a subir los escalones de madera que les llevan al rellano.

—Eso es un secreto entre Benedict y yo —responde Saúl enigmático.

—¿Benedict? —Ella suelta una carcajada—. ¿Ahora sois íntimos? ¿Le has sobornado?

—¿Cómo le voy a sobornar? —Pone los ojos en blanco, en una mueca exagerada—. Le he dicho que soy sobrino de Anne-Marie Chauvet.

—¿Y quién es Anne-Marie Chauvet si se puede saber?

—La propietaria de esta carta —contesta Saúl alzando el sobre que recogió del suelo unos minutos atrás—. Ha sido una gran suerte que el cartero la hubiera perdido.

Ambos se detienen en la zona de los buzones para revisar los nombres de los vecinos, mirando de reojo, eso sí, que Benedict no los pille infraganti. Ojean uno a uno el nombre de los habitantes del edificio y apuntan todos aquellos apellidos que empiezan por C, la inicial misteriosa de los cuadros de Manuel, así como el número y letra de su piso.

—¿Tú crees que esto servirá de algo? —pregunta Deva escéptica.

—¿Tenemos otra alternativa mejor? El pintor o pintora original de los cuadros de Manuel

firmaba como JLC. Supongo que la C es del apellido y, a juzgar por sus obras, alguna relación tenía con este edificio. Digo yo que alguien aquí sabrá algo de él.

La chica le mira y asiente.

Una vez que han tomado nota de todos los vecinos, deciden empezar por el primer piso. Llaman a la puerta. Un hombre elegante y con un tufo a colonia barata les abre. Saúl pronuncia unas frases en francés, y el vecino, con una mueca de desagrado, le espeta:

—Je ne te comprend pas!

Justo después da un portazo que deja a Saúl y a Deva plantados y sin posibilidad de réplica.

—Espero que no todos los franceses sean así —comenta ella.

—No sé qué decirte… —murmura Saúl—. Buena fama no tienen.

En la siguiente puerta del vecino que empieza por C no contesta nadie. Se dirigen al tercer piso, a la casa de Anne-Marie. Una mujer elegante y ya entrada en años, que Saúl supone que debe ser la propia Anne-Marie, los recibe. El chico decide cambiar de táctica e ir al grano, no quiere arriesgarse a que ni siquiera le escuchen.

—Excusez-moi, madame. Pourriez-vous me dire si ces images vous semblent familières? —pregunta mostrándole un par de imágenes de las pinturas.

Ella guarda silencio unos instantes y analiza la fotografía de uno de los cuadros que el chico sostiene entre las manos. Él percibe que un repentino rastro de emoción surca los ojillos marrones de la mujer. Sin mediar palabra, les invita a pasar. Los dos jóvenes cruzan una mirada y se adentran en el amplio y luminoso apartamento.

El suelo brillante de madera cruje bajo sus pies. La mujer les guía hasta un amplio salón donde se acomodan en unos sillones verdes de terciopelo. Anne-Marie, que viste un elegante traje de chaqueta de invierno, acaricia nerviosa el collar de perlas que luce en el cuello. Su pelo canoso reluce con la luz que entra en la estancia. Ella aprieta sus labios finos pintados con carmín rojo. Tras unos instantes de silencio, con voz serena, en un correcto castellano, dice:

—Conozco esos cuadros que me enseñas, jovencito. —Suelta un suspiro cargado de tristeza—. Los conozco bien porque fueron pintados por Jean-Luc Chavet, mi padre.

Capítulo 64

Año 1920-1953 - París

El día en que Jean-Luc Chauvet vino al mundo resonaron las campanas de todo París. Al menos eso es lo que sus orgullosos abuelos, Jean Chauvet y Luc Benoit, se encargaron de proclamar a todo aquel que quisiera escucharles. Ese bebé de mejillas sonrosadas y puñitos apretados era el regalo que el matrimonio Chauvet llevaba siglos esperando. Después de años de infructuosos intentos y dos abortos, Luc y Adélaïde ya habían perdido la esperanza de concebir un hijo. Sin embargo, Dios quiso bendecirlos en el momento más inesperado con un varón que trajo la alegría debajo del brazo.

Pronto descubrieron que el niño contaba con una sensibilidad especial. Mientras todos los demás chiquillos corrían por las calles detrás de alguna pelota, Jean-Luc prefería enfrascarse en un buen libro, dibujar en un cuaderno o practicar sus lecciones de piano. Esto preocupaba a su padre, que, cuando el pequeño no escuchaba, susurraba a su mujer:

—Adélaïde, este niño tiene que salir a tomar el aire, jugar con los demás, curtirse en la calle. ¡Ser un niño normal!

La mujer hacía callar a su marido y se apresuraba a responder en voz baja, para que su hijo no les oyera:

—Es un chiquillo sensible, Luc. Déjale, no pretendas que sea como todos los demás.

Durante los siguientes años, Luc observó, impotente, cómo Jean se alejaba cada vez más de los estándares y las ideas que había soñado para él. El niño, hijo único y consentido por su madre y sus abuelas, pasaba los días pintando, a veces en casa, otras en cualquier rincón de la calle. Parecía vivir en un mundo ajeno a la realidad. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que detrás de todos esos dibujos y de cientos de horas de prácticas se escondía un talento apabullante. Poco a poco el niño fue ganando popularidad en el barrio. Los transeúntes se paraban a mirar sus cuadros; algunos, incluso, le ofrecían unos francos a cambio de llevarse a casa alguna de sus obras. En Montparnasse, el nombre de Jean-Luc Chauvet había comenzado a susurrarse por las calles. Por eso, a nadie sorprendió cuando el chico anunció que quería estudiar Bellas Artes. La familia se mostró orgullosa y expectante ante la posibilidad de que su adorado Jean se convirtiera en un pintor de prestigio. Sin embargo, su padre no terminaba de verlo con buenos ojos y el tiempo terminó por darle la razón.

Jean-Luc, sensible como era y acostumbrado a vivir entre algodones, pensó que su vida sería como un idilio cuando, con veinte años, decidió trasladarse al barrio de Montmartre.

—No sé qué se te ha perdido ahí, Jean —se lamentaba su padre—. En ese sitio no hay más que gente descarriada y hecha polvo.

—¡Tú qué sabes, padre! Es el barrio de los artistas, ¿no te das cuenta? ¡Allí es donde encontraré la inspiración que necesito!

—Un mundo de perdición, eso es lo que encontrarás —había afirmado Luc con disgusto y con la sensación de que su hijo se alejaba más y más de su familia.

Con el dinero que ganaba gracias a la venta callejera de sus pinturas, Jean consiguió alquilar un pequeño cuartucho en una pensión de mala muerte en la que de vez en cuando le parecía escuchar los pasos ligeros y apurados de la rata con la que compartía apartamento.

Por las mañanas acudía a sus lecciones en la facultad de la Sorbona de París, donde ya se le consideraba uno de los alumnos más destacados. Durante las tardes ponía en práctica las técnicas aprendidas en alguna de las callejuelas de Montmartre o bien a la orilla del Sena. Los domingos iba a ver a su familia, aunque esas visitas se fueron espaciando cada vez más cuando conoció a los denominados Les vrais artistes de Paris. Se trataba de un grupo de jóvenes artistas que, como él, habían decidido vivir la vida bohemia en las calles de Montmartre. En el grupo no solo había pintores, sino también escritores, escultores, músicos y algún otro que no parecía hacer nada, pero que se sentía a gusto con tal compañía. Todos eran de procedencias muy distintas. Algunos pertenecían a la clase alta, como el propio Jean-Luc, otros eran de pueblos remotos de la campiña francesa; también había quienes viajaron desde sus países: Alemania, España, Inglaterra… Sin embargo, les unía un sentimiento común: la vida bohemia de París.

Así, poco a poco, Jean-Luc fue cambiando sus tardes tranquilas junto al Sena por visitas cada vez más frecuentes a bares, cabarés y clubs nocturnos. Noche tras noche se le podía encontrar en el Chat Noir con sus nuevos amigos, muchos de los cuales, como él, fueron dedicando cada vez más tiempo a disfrutar de los placeres que ofrecía el barrio, en lugar de trabajar para cumplir su sueño de ser artistas. Un sueño que se volvía cada vez más difuso.

En ese tiempo, el joven pintor conoció a Marie, una chica alegre a la que veía pasar cada noche bajo su ventana y que, después, descubrió que trabajaba como camarera en un club cercano. Tras un par de encuentros casuales, decidió que era el momento de hablar con ella.

El chispazo fue instantáneo.

Jean-Luc y Marie parecían hechos el uno para el otro, o al menos eso fue lo que ambos creyeron al principio de su relación, cuando el amor todavía les cegaba y la ilusión por un futuro brillante nublaba un presente nada alentador. Al principio, los paseos cogidos de la mano por la Ciudad de la Luz compensaban las noches que Marie pasaba en vela esperando a que su Jean volviera a casa, ebrio y con las pupilas dilatadas. El chico se había dejado influenciar por malas compañías, y su cada vez menor tiempo de cordura lo pasaba pintando para malvender sus cuadros con el único fin de pagar el alquiler. El entusiasmo con el que las galerías más importantes de París habían recibido sus obras se fue diluyendo poco a poco, a medida que se corrió el rumor de que Jean llegaba tarde a las inauguraciones de sus propias exposiciones, si es que llegaba, o que ni

siquiera lograba terminar sus cuadros.

—¡¿Quieres dejarlo ya?! —había exclamado Marie una noche en la que el artista volvía a llegar a las tantas de la mañana—. No podemos seguir así. Mírate, Jean, ¿qué dirá tu familia?

Jean miró a la chica con cansancio y los ojos inyectados en sangre.

—Mi familia no lo entiende. ¡Nadie me entiende! Ni siquiera tú. ¡Soy un artista!

Ella, exasperada, había espetado:

—¿Un artista? Un muerto de hambre. Un hombre sin oficio ni beneficio. Eso es en lo que te estás convirtiendo. —Jean-Luc la miró cargado de odio, pero eso no hizo que Marie se apabullase—. Serás una vergüenza para nuestro hijo.

—¡¿Qué?!

Jean-Luc sintió de pronto cómo el alcohol que llevaba en la sangre se evaporaba y se desplomó en un sillón. Esa noche no hubo más discusiones y le prometió a Marie que todo cambiaría, que a partir de ese momento volvería a encauzar su vida y ser el hombre respetable que todos esperaban.

La alegría en casa de los Chauvet no duraría demasiado.

Capítulo 65

Miércoles, 16 de febrero de 2022 - París

En el inmenso salón del piso de Montparnasse, Anne-Marie se queda en silencio, con la mirada perdida en el infinito.

—El desenlace os lo podéis imaginar —dice suavemente—. Mi padre intentó reconducirse. Sin embargo, su carácter débil y las malas compañías de las que se rodeaba le hicieron recaer una y otra vez en los malos hábitos. Llegaba borracho a casa noche tras noche, y mi madre sospechaba que consumía alguna sustancia más fuerte que el alcohol. Una noche no volvió a casa. Unos transeúntes encontraron su cuerpo flotando en el Sena.

Saúl y Deva se quedan mudos ante esta última afirmación.

—Lo siento mucho —murmura ella.

La anciana esboza una sonrisa ligera y le dedica un ademán con la mano.

—Fue hace muchos años —se limita a responder—. Yo era solo una niña. Pese a todo, tuve una infancia feliz. Me crie con mi madre y mis abuelos. Al cabo de los años, mi madre se volvió a casar.

—¿Cree que le mataron? —pregunta Saúl, que observa a Deva de soslayo intentando borrar de su imaginación la imagen de Manuel con las manos manchadas de sangre.

—Nunca lo pudimos saber con certeza. Nos contaron que Jean se había visto envuelto en una reyerta y que, como iba tan bebido, no fue capaz de nadar cuando le tiraron al río.

—Es una historia muy triste —murmura Deva.

La mujer asiente. Después, como si la hubieran arrancado de sus recuerdos, con los ojos muy abiertos y expectantes, les pregunta:

—¿Por qué tenéis vosotros unas imágenes de los cuadros de mi padre? Esos cuadros desaparecieron hace décadas, después de su muerte.

—¿Cómo que desaparecieron?

Anne-Marie frunce los labios y replica:

—Mi padre había alquilado un pequeño estudio en Montmartre, muy cerca de la casa en la que vivíamos. Lo hizo cuando le prometió a mi madre que sería un hombre respetable, que volvería a pintar y se convertiría en el artista que todos esperaban que fuera. Tuvo una época buena. Un par de años en los que casi no salía y pasaba la mayor parte de su tiempo entre óleos, acuarelas y, por supuesto, con nosotras. Sin embargo, las galerías habían perdido su confianza en él y le costaba mucho encontrar un lugar donde exponer y vender sus pinturas, un lugar que no fuera la calle, claro está. Así que apilaba sus obras en aquel lugar, a la espera de que alguien se decidiera a confiar en él.

—Y ese alguien nunca llegó —afirma Deva.

—Así es —lamenta la mujer—. Pero eso no fue lo peor. Unos días después de su muerte, mi madre y mis abuelos lograron reunir el valor para entrar en el taller y ver los últimos trabajos de mi padre. Habían planeado hacerle un homenaje en alguna galería parisina para que el nombre de Jean-Luc pasara a la historia como el de un artista de cierto prestigio y no como el del alcohólico en que se acabó convirtiendo —dice estas últimas palabras con cierta resignación—. El caso es que cuando llegaron al taller, los cuadros habían desaparecido. Los buscaron por toda la ciudad, incluso preguntaron a amigos y conocidos que vivían fuera de París, pero las obras se habían esfumado. Todas.

Saúl y Deva cruzan una mirada cargada de significado.

—Anne-Marie, ¿sabe usted si su padre conocía a un hombre llamado Manuel Cano?

La mujer niega con la cabeza ante la inesperada pregunta.

—Si me dais algún dato más…

—Manuel era español. De Asturias, concretamente. Tenía los ojos azules y…

—¡El asturiano! Claro. Estuvo varias veces en mi casa cuando era niña. Es cierto, tenía unos ojos azules que dejaban sin habla. Incluso mi madre se ponía nerviosa cuando él la miraba. —Sonríe embriagada por el recuerdo.

—El mismo —afirma Deva ante la mención de los ojos del pintor.

—Mi padre y él eran muy amigos. Aunque después de su muerte no volvimos a verle. Nos dejó una nota de despedida. Por lo visto, había quedado tan afectado que había decidido volver a su hogar y comenzar una vida más ordenada y decente. Nos dijo que lo que le sucedió a Jean le había hecho reflexionar. La que por entonces era su novia, Camille, también se fue con él.

—¿La conocía?

—Oh, sí. Ya os digo que Manuel y mi padre eran muy amigos. Algunas veces la pareja venía a cenar con nosotros. —Anne-Marie hace una pausa antes de preguntar—. Pero ¿qué tiene que ver esto con los cuadros?

Saúl lanza un suspiro y, tras intercambiar una mirada con Deva, contesta:

—Pensamos que fue Manuel quien se los robó.

La mujer se queda sin habla.

—Eso no es posible —murmura. Mira de hito en hito a la pareja—. ¿Y por qué iba a robar los cuadros? Manuel también era pintor. Nos contó que había realizado varias exposiciones de éxito en España.

—Eso no es del todo así —responde Saúl.

Anne-Marie, con una mueca de tristeza y desconcierto, entrelaza los dedos de las manos con fuerza sobre su falda. Sus ojos comienzan a brillar acuosos.

—Ahora que lo pienso, mis padres decían que Manuel no tenía demasiado talento. Al menos, no el suficiente para llegar a ser un artista reconocido.

—Quizá por eso robó los cuadros de Jean-Luc —sugiere Deva—. Es el plan perfecto: tras su muerte, Manuel coge sus cuadros y se los lleva muy lejos. ¿Quién iba a buscarlos en Avilés? Solo tendría que asegurarse de que esas obras jamás regresaran a París, y de cambiar la firma, por supuesto.

—¿No resultó evidente que había sido Manuel? —interrumpe Saúl mirando a Anne-Marie—. Jean muere, sus cuadros desaparecen y, ¡puf!, Manuel también se esfuma dejando una nota.

—No, no —corrige la francesa—. Manuel no se marchó de repente. Se fue unos meses después de la muerte de Jean-Luc, cuando sus cuadros ya habían desaparecido. De hecho, recuerdo que él mismo nos ayudó en la búsqueda.

—Seguramente por eso jamás los encontrasteis —afirma Deva con pesadumbre. Tras un gesto de la mujer, le tiende el dossier con las imágenes de las tres primeras etapas del pintor.

Anne-Marie las observa detenidamente con una sonrisa triste y gesto compungido. De pronto, algo llama su atención, alza la vista y señala una de las fotografías.

—No todos estos cuadros los pintó mi padre. Lo sabéis, ¿verdad?

Capítulo 66

Jueves, 17 de febrero de 2022 - Avilés

El abuelo Paco escucha conmovido la historia a través de la pantalla de ordenador. Sus ojillos a duras penas contienen una lágrima al escuchar lo que Saúl y Deva han descubierto sobre su viejo amigo. Cuando su nieto termina de narrar los hallazgos, el hombre, tras un profundo suspiro y moviendo la cabeza de forma horizontal, dice:

—No puedo justificar los actos de Manuel. Solo sé que tenía buen corazón.

—Pero, abuelo —protesta Saúl—, robó los cuadros de un pobre alcohólico. Ese era el único legado que le quedaba a su familia, el recuerdo de las cosas hermosas que Jean-Luc era capaz de crear.

—Manuel era un hombre atormentado. Siempre lo fue, relegado a la sombra de su padre y hermano. Ellos le impedían desarrollarse, crecer. —Saúl pone los ojos en blanco ante las justificaciones del abuelo, que continúa con su argumento—. Quizá por eso tuvo que robar los cuadros, porque Jean-Luc tenía un talento extraordinario y él necesitaba ese empujón para convencer a su familia de su valía.

—Me parece increíble que lo justifiques.

El abuelo se encoge de hombros, cansado.

—Era mi amigo.

—Eso no significa que le tengas que defender a capa y espada.

—¿No es eso lo que hacen los buenos amigos? —se jacta Paco.

—No en estas circunstancias —protesta Saúl, que no da crédito a lo que está escuchando.

—No estoy diciendo que lo que hizo Manuel esté bien. ¡No se me ocurriría! Solo intento descifrar sus motivos, nada más. Saúl, en esta vida no todo es blanco o negro ni somos todos buenos o malos. Las personas tenemos grises. Actuamos como consideramos según las circunstancias, y Manuel…, Manuel tenía un panorama complicado.

—¡No exageres, abuelo! Complicaciones son otras cosas. Complicado es no tener dónde caerse muerto. El problema de Manuel es que no le apetecía agachar la cabeza y estar a la sombra de nadie. No quería reconocer que quizá su hermano era mejor que él y que era el segundo plato el

que le estaba reservado. Hay que aceptar que no todo el mundo tiene garantizado el puesto ganador —bufa.

Paco contempla a su nieto con ojos sabios.

—¿Y tú no lucharías hasta la extenuación por conseguir ese puesto ganador? —El anciano arquea una de sus despeinadas cejas y pronuncia las siguientes palabras, que se disparan justo al centro del corazón de su nieto—: ¿Cuánto has sacrificado estos años por llegar a la cima, por no quedarte siendo un segundón? Piensa en todas las cosas que has tenido que hacer, a todo lo que has tenido que renunciar para llegar a ese puesto de Goodman que tanto anhelabas.

Saúl contempla a su abuelo estupefacto. El anciano le mira con sus ojos grises llenos de sabiduría. Esos ojos que, desde niño, parecen conocer hasta el más profundo de sus secretos.

* * *

—¡Vamos, Saúl! ¿Por qué esa cara? —pregunta Deva esa tarde a la salida de la redacción—. Yo sí que debería estar compungida. Mi jefe ha amenazado con enviarme a la sección del horóscopo. —Pone los ojos en blanco—. Dice que no sabe dónde tengo la cabeza últimamente.

La cabeza del chico viaja muchas veces a esa noche en París de la que ella se niega a hablar.

—Al menos no es la sección de esquelas.

Caminan sin rumbo por las calles de Avilés. Saúl siente que tiene una bola de emociones que le comprimen el pecho: la conversación con el abuelo le ha dolido, le parece inconcebible que se ponga del lado de Manuel. ¿No se da cuenta de que era una mala persona? Un ladrón de cuadros, un ladrón de talentos. Por otra parte, siente que quizá debería comentar el tema con Antonio. ¿Sabrá la verdad? ¿Debería ser él quien se la desvele? Observa de reojo a Deva, que camina a su lado. En alguna ocasión, en los últimos días, la descubrió mirándole con intensidad y un gesto difícil de descifrar.

«¿Qué le pasa a todo el mundo?», piensa contrariado.

—¿Has hablado con tu abuelo? —pregunta Deva al cabo de un rato.

—Sí, y se ha proclamado firme defensor de Manuel —dice escuetamente.

Ella asiente.

—Es normal, eran amigos.

—Pero lo que hizo Manuel es horrible. Aprovecharse del esfuerzo ajeno… —Una imagen de Pelo Pantene atraviesa la mente de Saúl y le provoca un gesto de fastidio.

—Solo quería salvar el pellejo. Además, como dijo su propio hermano, luego la vida le devolvió el mal con creces, ¿no crees? No gastes tus energías en odiarle.

Saúl asiente poco convencido. Después de enterarse del robo de los cuadros por parte de Manuel, la comparación con el supuesto robo de su propio trabajo en Goodman es más que evidente. Le duele la conversación con el abuelo, y le duele también pensar que su tiempo en Asturias se agota, al igual que su tiempo de excedencia, y que pronto tendrá que abandonar la nube en la que está viviendo y volver a la realidad. Una realidad que quizá no le estaba llevando por el camino de la persona que desearía ser. La voz de Deva aleja estas reflexiones de su mente.

—En verdad solo nos faltan dos piezas por descubrir en la historia de Manuel, y es muy posible que estén relacionadas.

—Te escucho.

—Sabemos que los cuadros de la primera y segunda etapa de Manuel fueron robados a Jean-Luc Chauvet. Los de la cuarta los pintó él.

—¿Estamos seguros?

—Yo diría que bastante seguros. El propio Salvador dijo que eran muy malos, lo que cuadra con el talento limitado de Manuel o su falta de práctica. Así que solo tenemos que averiguar a quién robó los cuadros de la tercera etapa, que está claro que no son suyos porque son demasiado buenos.

—Quizá esta vez sí que sean los de Tino.

—Es una posibilidad más que plausible. Al fin y al cabo, Manuel dijo que reconocería esos trazos aunque hubiesen pasado más de mil vidas.

—¿Y por qué luego Tino querría robar los de mi abuelo? ¿Qué pinta él en todo esto?

—Eso ya son demasiadas preguntas —dice Deva— y demasiados robos.

Sin querer, los pasos de Deva y Saúl les conducen hasta la casona de los Cano, que luce imponente. El sol del atardecer se refleja en la cúpula brillante y destartalada de uno de los torreones. La pareja la contempla en silencio. Los obreros han dejado de trabajar ese día y la finca parece vacía. Sin embargo, alguien se ha dejado el candado de la verja sin cerrar. Deva mira de reojo a Saúl.

—Es nuestra oportunidad —susurra con malicia.

—¿Qué? No estarás sugiriendo que entremos.

—Justo eso.

—Vamos, Deva, eso es allanamiento de morada. No podemos entrar ahí.

—No seas aguafiestas —dice sujetando uno de los barrotes de la puerta con la mano, dispuesta a empujarlo.

Antes de que Saúl tenga tiempo de réplica, una pareja de unos cuarenta años aparece por el caminito del caserón que conduce a la salida. Ambos parecen absortos en su conversación, por lo que Deva tiene tiempo para apartarse antes de ser descubierta. Cuando abre la verja, el hombre les sonríe.

—¿Son ustedes los nuevos propietarios? —pregunta la periodista.

La pareja vacila un segundo ante de contestar.

—Así es —responde el hombre con amabilidad.

—Es una casa preciosa —continúa Deva—. Cuando era niña me encantaba asomarme aquí y observarla.

El propietario sonríe complacido.

—Sí, es una maravilla. Y cuando la reformemos, estoy seguro de que quedará aún mejor.

—Tuvo que costarles una fortuna —se aventura Saúl, consciente de lo inapropiado de su pregunta.

—La verdad es que no —replica él con desenfado—. Fue una herencia. Aunque el impuesto de sucesiones en Asturias…

Saúl arquea las cejas sorprendido por el desparpajo del hombre. La mujer clava sus ojos claros en él con gesto contrariado. Está seguro de haber visto esa cara antes. Con un movimiento casi imperceptible, ella tira de la manga del abrigo de su marido. Después de una despedida con la mano, se alejan calle abajo hacia el centro de la ciudad.

Saúl y Deva se miran.

—Ya te dije que Antonio no te estaba contando toda la verdad —dice Deva.

Capítulo 67

Jueves, 17 de febrero de 2022 - Avilés

—Ninguna mujer ha vuelto a preguntar por mí, ¿verdad? —le pregunta Saúl a su vecino cuando se encuentran en el portal.

El chico, que va cargado de bolsas, se ríe y niega.

—Parece que tus fans están tranquilas por el momento. ¿Has averiguado ya quién era?

—Qué va.

—Pues ya lo siento.

—Bueno, tú no des mi dirección a ningún extraño y todo saldrá bien —replica Saúl con tono desenfadado mientras se dispone a subir las escaleras—. Parece que vas a dar una gran fiesta. ¿Te ayudo con las bolsas?

—Pues ya que sacas el tema… —dice Daniel—. ¿Te acuerdas de la chica del otro día? La he invitado a cenar. ¡Y ha dicho que sí!

Saúl suelta una carcajada.

—¡Enhorabuena! Pero prométeme que no te pondrás ese jersey de bolas.

Daniel le muestra una bolsa de papel.

—Jersey recién comprado. Me gusta mucho esta chica; ojalá la cena salga bien.

—Estoy seguro. Mañana me lo cuentas.

Después de desear suerte a su vecino y una vez en casa, Saúl se quita el abrigo y se dirige a la cocina para preparar la cena. Pese a haber estado una hora elaborando teorías junto a Deva, siente que hay algo que se les escapa. El propio Antonio les dijo que el hijo de Manuel había fallecido y en ningún momento indicó que pudiera tener más descendientes. De hecho, parece que vivió solo prácticamente el resto de su vida, desde que Camille se marchó a Francia. Por algún motivo, Saúl había dado por sentado que Manuel había vivido solo en esa casa hasta su muerte y que después alguien la había comprado.

No se trata de un comprador, sino de un heredero.

¿A quién podría haberle dejado Manuel la casona en herencia?

Con los ojos llorosos después de haber cortado cebolla para una ensalada, enciende su portátil.

«Vamos, Saúl, piensa».

¿Quién es la pareja que han visto salir de la casa y qué relación podría tener con Manuel? Siente que la cabeza le va a explotar. Mira su reloj y se da cuenta de que son casi las once de la noche. No es momento de llamar a nadie, ni a Antonio, ni a Salvador, ni siquiera a su abuelo. Al día siguiente, antes de visitar la exposición de Tino Acevedo, que por fin se inaugura en Avilés, podría acercarse al Registro de la Propiedad a buscar información sobre la finca. Quizá allí pueda averiguar algo sobre la identidad del heredero. Al menos un nombre y apellido sobre el que preguntar.

Entra en el fichero de su ordenador donde guarda todos los artículos de periódico y la información que ha logrado recabar sobre Manuel Cano. Comienza a abrirlos y revisa uno a uno con la esperanza vaga de hallar una pista. Cuando ya lleva más de una hora con ello, entre bocado y bocado de ensalada y un par de copas de vino, algo llama su atención.

Se trata de un recorte de periódico sobre la inauguración de una de las exposiciones de cuadros de Manuel, el día 3 de marzo de 1977, fecha en la que, según los libros, da comienzo la tercera etapa del pintor. Saúl observa fijamente la pantalla. No es el texto del artículo lo que ha llamado su atención, sino la imagen que preside la página. En ella aparece una mujer. Pese a que la calidad de la fotografía se ha ido perdiendo con el paso del tiempo, debido, además, a su paso a formato digital, el chico siente que puede reconocer perfectamente ese rostro. Un rostro que ha visto hace solo unas pocas horas. Coge su teléfono móvil y marca un número. A los tres tonos, una voz femenina descuelga.

—¿De verdad no puedes pasar unas horas sin mí? —dice Deva al otro lado de la línea.

—Creo que he descubierto algo importante.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—No, porque tengo un plan y necesito que me acompañes: vamos a entrar en la casona de los Cano.

—¿Cuándo? —pregunta Deva sorprendida.

—Esta noche.

Capítulo 68

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

—Esto es una locura —dice Deva mientras, a la una de la madrugada, suben la empinada cuesta que les lleva a la casona de los Cano—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Saúl?

El chico esboza una sonrisa que queda oculta por la bufanda que le cubre casi hasta la nariz.

—Algo me dice que en la casa están las respuestas a todas nuestras preguntas.

—Espero que ese algo tenga fundamento —replica Deva mientras sopla sus manos enguantadas con la esperanza de que entren en calor.

—Lo tiene. Esta tarde he visto un artículo de periódico sobre la inauguración de la primera exposición de la tercera etapa de Manuel Cano. En él aparecía la fotografía de una mujer. Era un primer plano.

Deva arquea una ceja.

—¿Y qué?

—Que a esa mujer la hemos visto hoy. De hecho, creo que me la he cruzado más de una vez por Avilés —susurra casi para sí—. Estoy seguro de que la vi con Elvira el día en que fue a preguntarle por Tino.

—A ver, a ver —le para Deva—. Esa mujer de la foto tendrá cuántos: ¿ochenta años? ¿Dónde la has visto?

—Aquí.

Deva le observa atónita.

—No lo entiendo.

—Juzga tú misma —dice él mostrándole la pantalla de su móvil.

Deva analiza la imagen con gesto de asombro.

—Es ella. La mujer que hemos visto salir esta tarde del caserón de los Cano.

—Exacto. Pero no es la misma mujer, evidentemente. Será su hija. El parecido es sorprendente.

—¿Qué tiene que ver con Manuel?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Durante el tiempo que tardan en llegar a la puerta de la casona, Deva lee el artículo de periódico en voz alta. En él, el periodista afirma que la exposición de Manuel ha sido muy esperada. Tras años de sequía del pintor, tal y como se preveía, sus cuadros han superado las expectativas de los avilesinos. Al lado de las primeras columnas aparece una imagen de Manuel junto a una de sus nuevas obras. En esa foto, Deva puede comprobar que ya no es aquel joven que parecía que iba a comerse el mundo; muestra un rostro más maduro que denota ligero cansancio. Quizá, piensa la chica, esa vida desordenada que se rumoreaba que llevaba terminó por pasarle factura. Ahora fija su atención en la imagen de la mujer, que aparece unas líneas más abajo. Se trata de una joven hermosa con el rostro ovalado, ojos oscuros y pelo ensortijado. Un tirabuzón se desprende de sus horquillas y le cae a un lado de la cara. Resulta difícil saber qué refleja su expresión, pues su rostro se contrae en un gesto que perfectamente podría ser emoción o tristeza. Un par de lágrimas, como dos prófugas, ruedan por sus mejillas. El periodista explica que la mujer, cuya identidad no desvela, es el vivo reflejo de las emociones que los cuadros de Manuel Cano despiertan en quienes los admiran.

—Todo me parece muy exagerado —comenta Deva—. Los cuadros de Manuel son bonitos, pero ¿tanto como para hacer llorar? Por el amor de Dios, qué sensible era la gente en aquella época, ¿no?

—Vamos, Deva, está claro que la mujer no lloraba por eso, aunque esa fuera la conclusión que sacó el periodista. No me digas que no es casualidad que una señora con un parecido extraordinario haya salido del caserón esta mismísima tarde.

—Quizá no es heredero…, sino heredera —aventura Deva.

—Supongo que eso no lo podremos saber hasta que lo comprobemos en el Registro de la Propiedad mañana por la mañana.

—¿Y qué esperas encontrar en la casa?

Saúl mira a Deva con complicidad.

—Ahora lo averiguaremos.

Saúl sacude con fuerza la verja de la casa. Como temía, está cerrada. Avanza con decisión a lo largo de la valla, la revisa, y casi al final ve un tablón de madera que sustituye a los barrotes. Coge impulso y le propina una fuerte patada que lo hace saltar por los aires. Deva contiene un grito.

—¿Se puede saber qué haces? —le espeta cuando llega hasta él—. Seguro que has despertado a más de un vecino.

—Pues no vamos a darles tiempo a que nos descubran —susurra colándose por el hueco.

La chica le sigue y juntos se adentran en la casona.

Avanzan unos metros, hasta quedar ocultos por los arbustos que esconden parcialmente la finca de los peatones, y se detienen a contemplar la casa, que, recortada a la luz de la luna, presenta un aspecto fantasmagórico. A Deva le recorre un escalofrío. Saúl, a su lado, le da la mano y juntos se aventuran en la oscuridad.

—Que conste que esto fue idea tuya —bromea el chico mientras inspecciona la puerta principal de la casona.

—¡Ah, no! —protesta ella—. Yo jamás quise entrar aquí de noche, como dos vulgares ladrones. A saber qué nos encontramos…, o a quién —murmura.

—Dudo que a una bruja o un asesino a sueldo. Ni siquiera un okupa. Por el día esto está lleno de obreros. —Saúl señala los andamios—. Lo único que debería preocuparte es que nos caiga una viga en la cabeza.

—Lo pones mucho mejor —contesta ella siguiendo sus pasos.

Poco a poco sus ojos se acostumbran a la oscuridad. No se escucha ni un ruido más allá del motor de algún coche esporádico que atraviesa la carretera, a unos metros de distancia. Deben conseguir entrar en la casona antes de que alguien se dé cuenta de que dos intrusos andan merodeando por la finca. Saúl empuja la puerta principal, pero está cerrada con llave. Retrocede unos pasos y comprueba que las ventanas de la parte baja, las que correspondían a la galería del salón y al estudio de Manuel, están tapiadas. Dan la vuelta al edificio. Cuando empiezan a pensar que su expedición ha sido en vano, Deva exclama:

—¡Aquí! Aquí hay una ventana sin tapiar. Creo que da a la cocina.

Ayudándose de una piedra como escalón, dado que la ventana de doble hoja se encuentra algo elevada, Saúl y Deva logran, no sin esfuerzo, saltar y colarse dentro. En el interior contemplan, con cierta desolación y gracias a la linterna de sus móviles, lo que fue la lustrosa cocina de la familia Cano: muchos de los azulejos descansan en el suelo convertidos en añicos, una gruesa capa de polvo cubre los fogones y la enorme y desgastada mesa de madera en la que Saúl puede imaginarse cómo María, la cocinera de la familia, preparaba platos suculentos. Cuando abandonan la cocina, la pareja recorre los pasillos en silencio sepulcral, como si rindieran pleitesía a esa casona antigua y destartalada que guarda, cual pirámide de faraón, los secretos más ocultos de la familia Cano.

—El salón debió de ser precioso —susurra Deva al contemplar la habitación que los obreros han dejado diáfana, a excepción de la esplendorosa chimenea que la preside y la lámpara de araña que adorna el techo.

—Sí. Ya que no puedo viajar al pasado, me encantaría ver la obra terminada. Estoy seguro de

que, cuando entra la luz del día, este sitio es maravilloso. Es una pena que Manuel no fuera muy feliz aquí.

—Parece que sí lo fue Antonio. Con razón le gustaba esta casa. —La chica alza la mirada y descubre, a la luz de la linterna, los preciosos y desgastados relieves que se dibujan en el techo —. Es una pena que renunciara a ella por el negocio familiar.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —suelta Saúl, que se dirige a las escaleras—. Era el reparto lógico. Estaba claro que Manuel no podía encargarse de La Copiosa. Alguien debía hacerlo, y, evidentemente, no podían dejar a uno de los hijos sin herencia.

—¿Y por qué Antonio no le compró la casa a su hermano? —sugiere ella justo cuando asoma al que fue el estudio de Manuel. Lo observa todo fascinada.

—Quizá Manuel se negó a venderla —elucubra Saúl—. Tal vez era el último recuerdo que le quedaba de su familia y de los buenos momentos que había vivido con Camille y con su hijo, que alguno habría, digo yo.

Deva asiente con poca convicción mientras recorre la habitación. El suelo está salpicado por cientos de pequeñas manchas de pintura; también se percibe alguna en el techo y las paredes. Un par de botellas de cristal cubiertas de polvo descansan en un rincón junto a un bulto marrón y unos papeles que se esparcen por el suelo. Saúl se acerca y con curiosidad coge unas cuantas hojas. Las alumbra con la linterna. Arruga la frente y observa lo que son bocetos, un poco infructuosos, de distintos objetos cotidianos: un jarrón, un cesto con fruta, un ramo de flores… Todos dibujados a carboncillo y ninguno terminado. Sin ser experto en pintura, el chico sospecha que parecen los dibujos de un principiante, ya que con un solo vistazo se puede intuir que las proporciones y las luces y sombras no son correctas.

En la casa, el silencio absoluto solo se rompe de cuando en cuando por algún crujido y por sus propios pasos.

De pronto escuchan una voz.

Se miran con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Parece una voz de hombre —susurra Deva.

Pasan unos segundos en silencio hasta que vuelven a escuchar, de forma clara y nítida, el timbre, esta vez, de una mujer.

—Tranquilos, no creo que a ningún fantasma le apetezca vivir aquí con tanto polvo y tanto barullo de obreros por el día.

Saúl y Deva buscan una salida con desesperación mientras sienten cómo los pasos de esos desconocidos se aproximan al taller de Manuel. Descartan la ventana, que está tapiada, y si cruzan la puerta, se darán de bruces con esa gente. No tienen más opciones.

—El biombo —susurra Saúl a Deva.

La pareja se esconde detrás del desgastado biombo de madera que descansa, con sus alas desplegadas, en una esquina. Solo unos segundos más tarde, un halo de luz tambaleante precede a tres figuras.

—La verdad es que la casa es preciosa, chicos —dice una segunda voz de hombre—. Es el mejor postre y final de una cena maravillosa.

El corazón de Saúl da un vuelco. Esa voz… Esa voz la ha escuchado antes. Intenta asomar la cabeza tras el biombo, pero Deva le detiene, apretando su brazo histérica. Sin mover ni un músculo, el chico aguza el oído mientras sigue la conversación.

—¿Y decís que aquí encontrasteis los famosos cuadros?

—Eso es. Por lo visto, uno de los obreros los encontró por aquí tirados. ¿Te lo puedes creer? —responde la mujer.

—Es curioso…

—¿Curioso? ¡Bah! De Manuel Cano uno puede esperarse cualquier cosa.

El halo de la linterna flota por la estancia unos minutos más. Minutos que a la pareja oculta tras el biombo se le hacen eternos. Cuando un último crujido de la madera les indica que las figuras se alejan, Saúl asoma la cabeza y, con los ojos como platos y un hilo de voz, dice:

—Deva, a ese hombre le conozco. Es el marchante de Tino Acevedo, y ellos, unos estafadores.

Capítulo 69

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

A la mañana siguiente, Saúl se despierta agotado. Ha soñado con Tino Acevedo, con Manuel, con Antonio y con el enorme caserón de los Cano. Tendido en la cama, todavía tarda unos segundos en distinguir el sueño de la realidad. Y no, no lo soñó. Anoche, José Manuel, el marchante, estaba en la casona de los Cano con otras dos personas cuyos rostros no llegó a ver, seguramente los propietarios que encontraron los cuadros de su abuelo durante las obras. Llevaban escondidos allí más de sesenta años. ¿Cómo es posible? La explicación, después de haberle dado alguna que otra vuelta, parece sencilla: fue Manuel quien los robó.

Esboza una mueca de aflicción mientras prepara un café pensando en el disgusto que se va a llevar su abuelo. O quizá no quiera creerlo para no sentirse traicionado por el que fue su mejor amigo. Sea como sea, no le espera una conversación fácil.

Con una taza en una mano y una tostada en la otra, se asoma a la ventana con la esperanza de contagiarse de la tranquilidad que reina en la calle, transitada por unos pocos peatones. Coge su smartphone y marca el número del representante de Tino Acevedo. Comunica. No le sorprende. El hombre lleva días sin contestar sus mensajes. Se fija en la pantalla de su teléfono móvil. Le recuerda que, a las seis, tiene una cita en la Casa de la Cultura, en la exposición de Tino Acevedo. «Ha llegado el día», se recuerda con un regusto agridulce mientras deja los cacharros en el fregadero y vuela hasta la ducha. Varias preguntas le muerden por dentro: ¿qué tiene que ver Tino Acevedo con todo esto? ¿Qué relación tenía, no solo con Manuel, sino con los herederos de la casa? ¿Y con su abuelo?

Una hora y media más tarde, después de un buen rato de cola, Saúl y Deva consiguen turno en el Registro de la Propiedad. Un hombre le facilita una nota simple sobre la casona de los Cano.

—¿Qué pone? —le apremia ella, que ha logrado escaparse un rato del trabajo.

Durante los siguientes minutos y con los nervios a flor de piel estudian el contenido de la nota: en ella aparece una descripción de la finca y se indica que esta ha sido dada en herencia a un hombre llamado «David Fuentes». Deva y Saúl cruzan una mirada de extrañeza.

—¿David Fuentes? No me suena de nada —dice la periodista.

—Debe ser el hombre que vimos ayer por la tarde, uno de los que estaban en la casona de los Cano.

—Sí, pero sinceramente creía que la heredera sería la mujer. El parecido con la foto del periódico es extraordinario. Suponía que alguna relación debía tener con Manuel. Además, ¿te has fijado en que tiene los ojos azules? Como él…

Con la sensación de tener de nuevo más preguntas que respuestas, salen a la calle. En el punto en el que se encuentran, Saúl sabe que solo hay una cosa que puede hacer para descubrir la verdad.

—Deva, voy a ir a visitar a Antonio. Nos vemos a las seis en la exposición.

* * *

—¿Qué pasa? ¿Te crees que tenemos tanta confianza que ni siquiera llamas para avisar de tu visita? —pregunta Amelia en un tono desagradable cuando un rato más tarde el chico se presenta en casa de Antonio.

—No seas así, mamá —interrumpe Inés, que aparece a su lado—. Estoy segura de que Antonio se alegrará de verte, Saúl.

El chico asiente y le da las gracias. Amelia bufa.

—Esta hija, de verdad que no sé dónde tiene la cabeza. —Se aleja por el pasillo murmurando de forma deliberadamente alta—. El madrileño solo nos va a traer problemas, si ya lo sé yo…

Inés se encoge de hombros.

—No se lo tengas en cuenta. —Le guía hasta el salón.

En cuanto la chica abre la puerta, el rostro del anciano se expande en una enorme sonrisa. A Saúl se le encoge el corazón.

—¡Saúl!

—¿Cómo está, Antonio? —Se acerca para darle una palmada cariñosa.

—¡Qué alegría me da verte! Pensaba que, ahora que había terminado mi historia, ya no volverías…

—¿Cómo no iba a volver? —responde el chico con ternura—. Me encanta su compañía. Lo que pasa es que estos días he estado un poco liado.

—¿Con la investigación sobre tu abuelo?

—Sí, podría decirse que sí…

—¿Y has podido averiguar algo?

—Sí, de hecho… —titubea—, tengo una pregunta que hacerle.

—Tú dirás. —El anciano se acomoda con movimientos torpes en el sillón, igual que si estuviera dispuesto a contar una larga historia.

Saúl se sienta en la butaca que ocupa habitualmente y, como si fuera tradición, saca de una bolsa de plástico su última adquisición de la confitería que está debajo del apartamento.

—¡Cruasanes!

Antonio se relame mientras extiende la mano para coger una pata de uno de los deliciosos bollos. Saúl se dispone a lanzar su pregunta.

—¿Le suena el nombre de David Fuentes?

El anciano, que en ese momento se encuentra masticando el dulce, hace una mueca que Saúl no sabe bien cómo interpretar.

—David Fuentes, eh…

—Es el heredero de la casona de los Cano —aclara el chico.

—¿Cómo lo has…?

Saúl se encoge de hombros.

—Un poco de curiosidad y una visita al Registro de la Propiedad. Tenía entendido que la casa se había vendido. —Guarda silencio esperando que Antonio continúe, pero el anciano no abre la boca—. ¿Quién es David Fuentes? —formula la pregunta como si no tuviera importancia.

—Oh, bueno, será un conocido de mi hermano.

—Debían llevarse muy bien para que le dejara la casa en herencia.

—Bueno, en primer lugar, no te creas que Manuel tenía gran aprecio al chalé; no como yo, desde luego. Y, como te dije, el final de su vida fue muy triste. Quizá ese David Fuentes fuese alguien que le cuidó en los últimos días, y por eso, como gesto de agradecimiento, le dejó la finca.

—Como usted con Amelia —afirma el chico.

El anciano dibuja una mueca y realiza un levísimo asentimiento con la cabeza.

—La vejez no es fácil, Saúl. Allá donde voy no me harán falta el dinero ni las posesiones. Amelia quizá no sea la mujer más cariñosa, pero me ha cuidado con devoción y aprecio los últimos años. Su hija Inés es lo más parecido a una nieta para mí. La conozco desde que era una niña, y a ellas pienso dejar lo que me queda.

—Entiendo.

—¿Por qué te ha dado por ir al Registro?

—Supongo que quería saber más sobre la casa.

—¿Eso es todo? —pregunta el anciano alzando una ceja y provocando un surco de arrugas en su frente.

Las preguntas se acumulan en la boca de Saúl, pero, al ver a Antonio tan menguado y desvalido, no se siente con fuerzas para remover sus heridas. Bastante ha removido ya, piensa.

—Eso es todo.

Al abandonar el piso un rato después, tras una charla banal, tiene la amarga sensación de que esa tarde ninguno de los dos ha dicho la verdad. Mira su reloj. Solo le queda una carta por jugar, un movimiento con el que resolver el misterio de Tino Acevedo.

Un movimiento que llevará a cabo durante la exposición.

Capítulo 70

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

A las seis de la tarde, la sala de exposiciones de la Casa de la Cultura está de bote en bote. Decenas de curiosos y de apasionados del arte contemplan con orgullo y admiración los cuadros del gran pintor Tino Acevedo. Saúl y Deva también pasean por la estancia observando las pinturas de Paco, ahora con nuevos ojos. El chico sonríe con cierta satisfacción al poder reconocer en las obras los lugares de Avilés de los que su abuelo le hablaba. De pronto, Saúl escucha una voz a su espalda.

—Llevas dos semanas aquí y todavía no te has dignado aparecer en ninguna de mis clases.

El chico se da la vuelta y descubre el pelo rojizo de la nieta de don Amador.

—He estado un poco ocupado, Rafaela —responde en tono cortés.

—Ya veo que has estado ocupado, ya… —replica ella analizando sin ningún tipo de disimulo a Deva, que le dedica una mueca.

—Le prometo que antes de marcharme iré a alguna de sus clases —afirma él con toda la convicción de la que es capaz.

—No sé si lo verán mis ojos —dice la mujer en tono dramático.

Deva le da un leve codazo a Saúl para indicarle que, entre la multitud, acaba de distinguir a Elvira. En cuanto consiguen deshacerse de Rafaela, se dirigen hacia la directora de la galería, que, como siempre, viste un traje impecable y se atusa el cabello con la mano mientras charla con un matrimonio ya entrado en años.

—Me alegro de veros. ¿Qué tal han ido las investigaciones para la tesis doctoral?

A Saúl este comentario le coge desprevenido, pero recuerda que esa fue su excusa para sonsacar información sobre Tino.

—Bien, bien —responde—. Hemos averiguado unas cuantas cosas interesantes sobre Manuel Cano.

—Estoy deseando leer esa tesis. Si es lo que me imagino, será algo muy interesante.

—¿Cómo lo sabía usted? —pregunta Deva en voz baja—. ¿Cómo sabía que Manuel ocultaba

algo?

La mujer se encoge de hombros y se aparta un poco de la multitud.

—Supongo que yo también quise investigar en su momento, pero no estaba muy bien visto dejar en evidencia a uno de los artistas más renombrados de Avilés, que, por cierto, seguía vivo —responde con tristeza.

—Entonces llegó a descubrir la historia: que sus cuadros en realidad no los pintó él —afirma Saúl—, sino que se los robó a un pintor francés, al menos los de las primeras dos etapas.

La mujer abre los ojos de par en par.

—Me parece que habéis llegado más lejos que yo. Yo solo pude averiguar que los cuadros no eran suyos. Mi trabajo fue algo mucho más… académico. Lo descubrí cuando al hacer un análisis de las cuatro etapas me di cuenta de que las obras parecían realizadas por manos diferentes. El plan de Manuel hubiera salido bien si se hubiera quedado solo con los cuadros de París. Pero supongo que su ego o sus necesidades económicas le perdieron.

—Esos cuadros se los robó a un hombre llamado «Jean-Luc Chauvet» —explica Saúl—. Hemos hablado con su hija.

Elvira les mira, sorprendida y admirada.

—No lo entiendo —comenta Deva—. ¿Nadie se dio cuenta? ¿Es usted la única persona en España a la que le pareció buena idea hacer un estudio sobre Manuel Cano, quien, en teoría, era muy famoso? Me parece absurdo.

—Era muy famoso en Asturias —corrige Elvira—. Desconozco si otras personas también lo investigaron. Sinceramente, a mí me dolía en el alma hundir en la miseria a ese pobre viejo que vivía recluido en un caserón solitario y medio en ruinas. Sobre todo, teniendo en cuenta la forma trágica en la que acabó su vida. Además, los cuadros de su última etapa los pintó él. No es que sean gran cosa, pero hay que reconocerle cierto mérito al coger un pincel después de más de cuarenta años de mentiras.

—No sé si a eso se le puede calificar como un acto meritorio —murmura Deva—. Elvira, habrías podido alcanzar mucho prestigio si hubieras seguido investigando.

—¿Y vivir con ese remordimiento? No, gracias. Yo solo quería elaborar una buena tesis doctoral, y lo conseguí sin tener que pasar por encima del cadáver de nadie, sin hundir su reputación. —El rostro de Deva muda en un gesto de tristeza. Elvira añade—: Sé en qué encrucijada te encuentras —apoya una mano en su hombro—, y estoy segura de que, decidas lo que decidas, estará bien.

Saúl observa cómo Deva y Elvira charlan sobre el caso de Manuel y se pregunta si Deva reunirá el suficiente valor para sacar a la luz la historia del pintor. Es cierto que ella no tiene ninguna vinculación personal con Manuel ni con su familia, pero podría ganarse ciertos detractores en

Avilés, además de entristecer el final de la vida de Antonio, que, después de mucho luchar, terminaría por ver ensuciado el buen nombre de los Cano.

Tan sumido está en sus pensamientos que ha dejado de escuchar la conversación de las mujeres. De forma repentina, algo, o mejor dicho, alguien le arranca de sus reflexiones. A unos metros de donde están, ve aparecer a los nuevos dueños de la casona de los Cano acompañados por José Manuel. Su corazón da un vuelco. Sin tiempo que perder, le pregunta a la directora de la galería:

—Elvira, ¿quién es esa pareja?

La directora enfoca adonde se encuentra el matrimonio.

—Son Eugenia y David —responde con sencillez.

—¿Y de qué los conoces?

Elvira, desconcertada, comienza a titubear. Saúl y Deva intercambian una mirada. La de Saúl, decidida; la de Deva, confusa.

—Yo… Son visitantes asiduos de la sala de exposiciones. Sobre todo Eugenia.

Saúl se impacienta. ¿Por qué ese día todo el mundo le oculta información? Debe ir directo al grano:

—¿Qué tienen que ver con Tino Acevedo?

La mujer se muerde el labio, sin saber qué contestar.

—No te quiero poner en un brete, Elvira —dice Saúl con firmeza—, pero he de resolver esto. Es algo personal.

El chico se da la vuelta y, con paso firme, va hacia el matrimonio, que en ese momento se encuentra observando uno de los cuadros, el de las mujeres sentadas en el banco del parque, el favorito de su abuelo. Se le encoge el corazón.

Cuando está a solo dos pasos de la pareja, toma aire.

—No sé quiénes son ustedes, ni cómo han conseguido los cuadros de mi abuelo, pero moveré cielo y tierra hasta demostrar que han engañado a todo el mundo con esta exposición.

Capítulo 71

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Debido a los nervios, Saúl ha pronunciado esas palabras más alto de lo que había calculado. Un silencio, seguido de un murmullo, se forma a su alrededor. Deva y Elvira aparecen a su lado inmediatamente. La directora le lanza una mirada fulminante y se apresura a calmar los ánimos de los allí presentes, afirmando que se trata de un malentendido que en un momento resolverán.

—¿No crees que te has pasado? —susurra Deva—. Pareces uno de los vengadores.

—Me he puesto nervioso —se limita a contestar él. El matrimonio, desconcertado, los observa de hito en hito.

José Manuel, por su parte, observa a Saúl perplejo, como si le sonase esa cara pero no supiera dónde ubicarla.

El hombre es el primero en hablar y en tono educado pregunta:

—¿Nos hemos visto antes?

La mujer, con enfado, le responde:

—Sí. Los vimos ayer por la tarde, cuando salíamos de la casa. ¿A qué viene todo esto? No voy a tolerar que se ponga en duda la autenticidad de estos cuadros.

—¿Quién es Tino Acevedo? —inquiere Saúl.

El matrimonio se mira.

—El artista de esta exposición, ¿quién va a ser?

El chico toma aire dispuesto a replicar. Deva se le adelanta.

—Vamos a tranquilizarnos y a charlar en un lugar más tranquilo, ¿os parece? Aquí estamos llamando demasiado la atención, y estoy segura de que esta gente ha venido a disfrutar de la exposición y no a ver un debate.

Los implicados asienten y cruzan la puerta de cristal del edificio. Elvira y José Manuel se disponen a atender a los visitantes con el fin de que el ambiente en la sala de exposiciones vuelva a la normalidad.

Ya en la calle, Eugenia exclama:

—¡¿Qué diablos es esto?! ¿Quiénes sois vosotros y cómo os atrevéis a afirmar que los cuadros no son auténticos?

—¡Claro que son auténticos! —se enfrenta Saúl—, pero no fueron pintados por Tino Acevedo, sino por mi abuelo: Francisco Ortega. Es su nombre el que debería aparecer en ese cartel.

—¡Eso no puede ser!

—Las acuarelas que están expuestas forman parte de una exposición en la que mi abuelo Paco estuvo meses trabajando, hace sesenta años. Antes de mudarse a Madrid, alguien se las robó. Nunca supo quién, y nunca las volvió a ver hasta que hace unas semanas, casualmente, visitó una exposición cerca de la calle de Alcalá. Lo que representan estas pinturas son recuerdos de su pasado, de su infancia y juventud en Avilés, y de las personas que allí conocía. Es más, las mujeres que aparecen retratadas en un banco del parque ¡son mi bisabuela y mis tías abuelas! ¿Por qué iba a mentir?

Eugenia dirige una mirada confusa a su marido. Saúl percibe, triunfante, que como mínimo ha logrado sembrar la duda en la mujer.

—No puede ser —niega ella, esta vez con un hilo de voz—. Esos cuadros los pintó…

—¿Tino Acevedo?

—Mi madre.

—¡¿Cómo?! —exclaman Saúl y Deva.

La mujer toma asiento en un banco cercano. Su marido se coloca a su lado. Alza la cabeza y contempla a sus sorprendidos interlocutores, que esperan una explicación. Eugenia toma aire.

—Tino Acevedo es el seudónimo de mi madre. Era una gran artista, ¿sabéis? Pero nos dejó antes de lo que nos hubiera gustado.

—¿Y por qué iba a tener tu madre los cuadros de mi abuelo? —pregunta Saúl, esperando que la mujer corrobore sus sospechas.

—No los tenía exactamente —responde David por ella—. Los encontramos en el chalé de Manuel Cano, junto con una nota de despedida.

Las preguntas se acumulan en las bocas de todos los allí presentes. Antes de que comiencen a salir a borbotones, Eugenia propone:

—Lo mejor será que conozcáis la historia desde el principio, la historia de mi madre, Soledad Mayo. Una buena mujer que tuvo la mala suerte de cruzarse con Manuel Cano.

Capítulo 72

Abril, 1975 - Avilés

El primer día que Soledad puso un pie en la academia de pintura de Manuel Cano se sintió la mujer más dichosa del mundo. Después de meses de insistencia y de muchas horas extra limpiando, zurciendo y haciendo recados, había conseguido las dos cosas que necesitaba para convertirse en alumna del famoso pintor: unos ahorros para pagar las clases y el consentimiento de sus padres.

La muchacha se había quedado prendada del artista la primera vez que visitó una de sus exposiciones en la Casa de la Cultura. Todo lo que rodeaba a Manuel derrochaba glamour y ese halo de misterio que suele rodear a quienes han sido bendecidos por la mano de Dios. Por casualidad, el hombre había dirigido a ella sus poderosos ojos azules y dedicado un guiño. Desde entonces, Soledad concentró sus esfuerzos en volver a verle. Afortunadamente, la chica contaba con una ventaja sobre las demás, y es que ella también había sido agraciada con el talento de la pintura. Sus manos obedecían perfectamente a sus ojos, y con un par de líneas y algo de sombreado lograba crear unos cuadros más que presentables.

Así, sentada en el taburete de La Academia, esperaba semana tras semana que el maestro apareciera por la escuela. Durante sus largas ausencias tenía que conformarse con Salvador, que pasaba tantas horas en el aula que en ocasiones se confundía con las estatuas que los alumnos utilizaban como modelo.

—Niña, no te dejes encandilar por ese viejales —le había aconsejado él una vez, al sorprenderla suspirando por el pintor—, que esos ojos azules mienten más que hablan. Y si no, fíjate en su pobre mujer. Tan sola, tan triste todo el día. Sin conocer bien el idioma…, una pena, sí señor.

Pero Soledad no hacía caso a esos chismorreos que empezaban a ensuciar la imagen del maestro. ¿Qué sabrán ellos?, pensaba. Estaba convencida de que ella podría entenderle mejor que nadie. Solo necesitaba una oportunidad.

Y esa oportunidad tardó menos en llegar de lo que hubiera imaginado.

Una tarde, después de que Manuel se ausentara de La Academia durante casi dos semanas debido a una fuerte discusión con una clienta, la campanilla de la puerta repicó anunciando su llegada. Sole levantó la cabeza esperanzada, como cada vez que escuchaba ese sonido. Al principio eran varias las cabezas que se elevaban cada vez que el gran Manuel se dejaba ver en sus dominios; sin embargo, los comentarios que repetían que el pintor estaba acabado cobraban cada vez más fuerza. Además, después de negarse a pintar para una clienta importante, comenzó a ponerse en

tela de juicio el talento del artista.

—Vamos, Manuel —había escuchado una tarde a Salvador—. Quizá podría dar su brazo a torcer en esta ocasión. Callaría muchas bocas, y sus admiradores y alumnos recobrarían la confianza en usted.

—No lo entiendes, Salvador. No puedo. Es una cuestión de principios —había murmurado Manuel de mal humor.

No había terminado de pronunciar la última frase cuando algo llamó la atención del pintor. Dejó a su ayudante con la palabra en la boca y, con paso firme, se dirigió hasta el caballete donde trabajaba Soledad.

—Ese cuadro es precioso —afirmó a su espalda con la misma voz grave y firme con la que antaño había seducido a compradores y periodistas—. ¡Diría que se parece a los míos! Tienes mucho talento…

—Sole, me llamo Sole.

Ella se dejó encandilar por las palabras de su maestro, que, a medida que hablaba, iba pergeñando un plan en su cabeza. Un plan que no podía fallar y que ella, en ese momento, no podía conocer. Ese día, por primera vez en mucho tiempo, no fue Salvador quien, a última hora de la tarde, cerró las puertas de La Academia.

Así, algunos días a la semana, para no levantar sospechas, Manuel aparece una hora o dos antes de cerrar. La excusa perfecta para quedarse a solas con Sole, quien no parece poner ninguna objeción a este plan.

—Y entonces le dije: Mec, souviens-toi de ce visage. Un jour, vous le verrez dans les galeries les plus importantes [1] —explica Manuel acompañando su narración de múltiples gesticulaciones.

—¿Y qué te contestó? —pregunta Sole, quien, a pesar de no entender ni una palabra de las referencias francesas, escucha atenta, como si todo su mundo dependiera de ello.

—Pues… la verdad es que no me acuerdo.

Ambos estallan en una carcajada y con un intercambio de miradas de complicidad recogen los últimos bártulos del taller. Todos los demás se han marchado ya, incluido Salvador.

A pesar de los más de veinte años de diferencia de edad, Manuel comienza a descubrir lo a gusto que se encuentra con la chica, quien le comprende a la perfección. Sole es risueña y alegre e irradia ese aire de frescura que en su mujer, Camille, desapareció hace ya mucho tiempo. A la joven no parecen importarle los comentarios y murmullos que circulan por todo Avilés sobre él. Manuel no solo es consciente, sino que cada nuevo rumor que llega a sus oídos le pesa como si cargara una enorme piedra a la espalda.

Esa tarde, cuando ya no queda ningún artilugio más por recoger, el pintor se desploma en el

sillón de las visitas.

—¿Qué ocurre, Manuel? —pregunta Sole acercándose con cautela a su maestro.

Él, mirándola con sus ojos del color del mar, confiesa:

—Estoy acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Que la inspiración me ha abandonado por completo. Tenía esa sospecha; hace meses que soy incapaz de pintar dos trazos con sentido. No sé qué me ocurre.

Ella, comprensiva, intenta tranquilizarle.

—Dicen que es algo común en los artistas. No te preocupes, estoy segura de que en unos meses volverán las musas y todo será como antes.

Manuel hace un leve gesto de negación con la cabeza.

—Me temo que no dispongo de unos meses. Parece que la villa de Avilés quiere mi cabeza sobre una pica.

—Por el amor de Dios, ¡no seas exagerado!

—No exagero. —Él dibuja un mohín, como si fuera un niño—. La gente reclama otra exposición. Algunos de mis alumnos han abandonado La Academia alegando que ya no soy una inspiración para ellos. Y luego vengo aquí y veo a mis discípulos, a ti, tan jóvenes, con tanto talento que…

Manuel, sin poder siquiera terminar la frase, se cubre la cara con las manos dejando a Soledad sin saber qué decir. La muchacha, tras pensarlo unos instantes, exclama:

—¡Ya lo tengo! Yo te ayudaré.

—¿Tú me ayudarás? ¿Cómo?

—Yo pintaré tus cuadros.

Capítulo 73

Febrero, 1976 - Avilés

Durante los siguientes meses, el plan de Manuel y Soledad fue surtiendo efecto. Manuel se dedicó a proclamar por todo Avilés que había recobrado la inspiración y que muy pronto estrenaría una nueva exposición, la mejor de todas. Ni más ni menos que veinte acuarelas basadas en sus viajes por España. De esta forma iniciaría su tercera etapa artística, la que le consagraría como pintor. Gracias a su arte de salirse con la suya, convenció a la familia de Soledad para ampliar las horas de sus clases de pintura.

«Esta chica tiene verdadero talento. Pronto realizará su propia exposición», había afirmado el artista a los sorprendidos padres de la muchacha, que, pese a haber mostrado ciertas reticencias al principio, terminaron permitiéndole acudir a las clases casi todos los días de la semana.

El detalle que los padres de Sole no conocían es que sus lecciones se habían trasladado al estudio de Manuel, en el caserón de los Cano. Nadie debía averiguar su plan. Manuel había tapiado todas las ventanas, y Sole entraba y salía a hurtadillas, siempre por la puerta de atrás y siempre en las horas en las que don Manuel estaba ocupado con sus asuntos, y, sobre todo, en las que Antonio no se encontrase por allí.

Con el paso del tiempo, la relación entre Manuel y Sole se fue haciendo cada vez más estrecha; sin embargo, la frustración de la muchacha por tenerse que ver a escondidas también iba en aumento.

—¡Ni siquiera podemos salir a tomar un chocolate! —exclama ella una tarde mientras, con el ceño fruncido, termina de retocar uno de los cuadros.

—Vamos, Sole, ¿qué pensaría la gente? Soy un hombre casado, y tú eres una chiquilla.

—Ayer, cuando decidiste quitarme la ropa, no decías lo mismo.

Manuel se lleva una mano a la frente.

—Eso fue diferente.

Soledad coloca el pincel dentro de un bote de pintura y le mira con recelo.

—En cuanto termine tus cuadros, me olvidarás. Me has utilizado. He sido tan tonta…

—Eso no es verdad. —Él se acerca y acaricia con mimo su pelo rizado—. Solo necesito tiempo.

¡No contaba con que aparecieras en mi vida de repente! ¿No ves que no puedo organizar un escándalo de la noche a la mañana? Me juego mucho. Entiéndelo, por favor. Tengo un nombre.

Ella agacha la cabeza. Se siente como una niña a la que reprenden sus padres. Manuel tiene razón: al fin y al cabo se acaban de conocer. Quizá el error ha sido suyo. Quizá se ha precipitado al lanzarse a sus brazos, poniéndoselo tan fácil. Desde que han comenzado a verse con asiduidad vive en un carrusel de emociones: algunos días convencida del amor que el pintor siente por ella, otros, al salir de aquel imponente caserón por la puerta trasera, como si fuera una vulgar ladrona. Cientos de dudas se remueven en su interior.

—Además —continúa Manuel—, si me separo, lo más probable es que Camille se marche a Francia y se lleve a mi hijo. No puedo permitirlo.

—Quizá él quiera quedarse contigo.

El hombre le dedica un gesto negativo.

—¿Y le cuidarás tú? ¿De qué viviremos si yo no trabajo?

—De mis cuadros —expone ella con rotundidad.

El hombre lanza una mirada condescendiente que a Sole se le clava como mil puñales. Justo a continuación, con unas palmaditas en el hombro, resuelve:

—A ti aún te queda mucho por aprender.

«¡Pero si los cuadros que vas a exponer son míos!», piensa furiosa.

Está a punto de abrir la boca cuando una voz femenina y unos pasos rápidos les sacan de la discusión. Camille. Cada vez que la francesa se acerca al estudio, a Sole le toca correr y ocultarse detrás de un viejo biombo. Se cubre con una manta mugrienta y espera. A los pocos minutos empieza una conversación en francés. Cada vez que los escucha hablar, sin entender nada, se da cuenta de lo bonito y romántico que suena el francés en los labios de Manuel y en lo repugnante que le parece en boca de su mujer.

Cuando, al cabo de un rato, los pasos de Camille se alejan y se escucha el crujir de la puerta del estudio, la joven sale de su escondite.

—Lo siento —murmura Manuel con el pesar reflejado en el rostro—. Sé que a veces parezco injusto contigo, pero me resulta muy difícil gestionar esta situación. Ten solo un poco de paciencia. En unas semanas habremos terminado los cuadros, y solo un poco después se celebrará la exposición. Deja que todo esto pase y buscaremos un futuro para nosotros.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto. —Él entierra la cabeza en su cuello y respira el suave aroma a perfume y pintura que desprende la chica.

Entre abrazos y los besos de después, una vez más, Soledad se deja convencer. No obstante, a medida que pasan las semanas y va terminando los cuadros de la exposición, su paciencia se agota. La pintura comienza a provocarle náuseas. Será por todas las horas que pasa en ese estudio, piensa. Un día, comienza a sentir que algo en su cuerpo no anda bien. Entonces lo sabe.

Manuel tiene que tomar una decisión.

Capítulo 74

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Sentados en una de las mesas de madera del Carpe Diem, Saúl, Deva y David escuchan la historia de Eugenia, que les mira a través de unos profundos ojos azules, exactamente iguales a los de su padre, Manuel Cano.

—Entonces Manuel eligió a Camille, después de todo —murmura Deva.

Eugenia hace un ademán con la mano.

—No es tan sencillo. Cuando supo que estaba embarazada, mi madre le escribió una carta a Manuel. Carta que, según ella, colocó junto con los cuadros, que ya estaban terminados y embalados para que él los llevase a la sala de exposiciones. En esa carta le decía cuánto le amaba y que estaba esperando un hijo suyo. Le suplicaba que dejase a su mujer y que huyeran juntos a otra ciudad. Le pidió que cancelase su exposición en Avilés; podían probar suerte con los cuadros en otra ciudad. Si las pinturas eran buenas, les acogerían bien, y si no, se tendrían el uno al otro y vivirían felices igualmente. Le dio un plazo de tres días para pensarlo, los días que faltaban para la exposición.

—Y Manuel la celebró igualmente —dice Saúl, compungido por la historia.

—Así es. Mi madre tuvo el valor de aparecer por la sala. Recorrió la estancia contemplando sus cuadros, expuestos bajo la firma de Manuel Cano, por supuesto, y observó de lejos cómo el hombre hablaba con periodistas y admiradores como si nada. Creo que ni siquiera advirtió que ella estaba allí.

—Y ahí fue cuando le tomaron la foto —comenta Deva mirando a Saúl.

—Me imagino que os referís a ese artículo de periódico que habla de cuánto emocionan los cuadros de Manuel Cano, ¿verdad? —pregunta Eugenia con una sonrisa amarga.

Saúl y Deva asienten.

—Eres el vivo retrato de tu madre —murmura Saúl al fijarse detenidamente en su rostro.

—¿Y volvieron a verse? —interrumpe Deva cautivada por el relato.

La mujer niega y la mesa se queda en silencio. Eugenia no puede evitar emocionarse. Toman un sorbo de vino para intentar relajar la tensión del momento y darle un descanso.

—¿Manuel nunca intentó ponerse en contacto contigo? —pregunta Deva.

—En realidad, yo no supe que era mi padre hasta muchos, muchos años después. La historia continúa, y aquí es donde nos encontramos con Tino Acevedo.

Saúl se yergue en el asiento dispuesto a prestar especial atención a las palabras de Eugenia. Por fin descubrirán el enigma de Tino Acevedo.

—Soledad decidió marcharse de Avilés por dos motivos: en primer lugar, para evitar habladurías, y en segundo, porque no quería ver a Manuel Cano ni en pintura.

—Es un buen símil —dice Deva.

Eugenia asiente, contenta porque alguien intente restar tirantez al momento.

—El caso es que se trasladó a León. Allí conoció a Fermín, un buen hombre y el que para mí siempre ha sido mi padre. Pasó muchos años sin pintar. Tiempo después nos confesaría que sostener un pincel entre las manos era como revivir el más doloroso de los recuerdos, el de un corazón que se rompe en mil pedazos. Sin embargo, mi padre, Fermín —especifica—, un hombre bueno y generoso, sabía cuánto amaba la pintura y terminó convenciéndola para que retomara las clases. Pronto le propusieron realizar alguna exposición. Ella, al principio no estaba muy convencida, pero aceptó con la condición de que los cuadros se expusieran bajo seudónimo: Tino Acevedo.

—¿Y quién era Tino Acevedo? —pregunta Deva.

—Nadie. El nombre se lo inventó mi madre. Fue lo primero que se le ocurrió. Supongo que le daba miedo utilizar su verdadera identidad y que sus cuadros llegasen a oídos de Manuel. No quería volver a verle, ni saber nada de él.

Deva interviene.

—Manuel reconoció los cuadros de tu madre. Tenía un folleto de una de sus exposiciones. Nos lo dijo Salvador.

—No lo sabía —responde Eugenia compungida.

—Pero… ¿qué tiene que ver todo esto con los cuadros de mi abuelo? —tercia Saúl—. Cuando los perdió, tu madre ni siquiera había nacido o, si lo había hecho, era una niña. No es posible que…

—Espera, espera —corta la mujer—. Ahora llegamos a esa parte. —Toma aire y observa a su alrededor con cansancio.

—Ya continúo yo —anuncia David colocando una mano en la rodilla de su mujer para infundirle ánimos. Ella, con una mirada, asiente agradecida—. Soledad mantuvo su pasado en secreto hasta solo unos meses antes de su muerte, cuando nos contó todo. Esto fue un shock para Eugenia, que

creció ajena a esta historia y creyendo, hasta ese momento, que Fermín era su verdadero padre. Cuando Sole nos dejó, viajamos a Avilés para conocer a Manuel.

—Yo quería echarle en cara cuatro cosas, la verdad —reconoce ella.

—Lo que nos encontramos fue un hombre hundido, viviendo en un caserón ruinoso y con la vida hecha pedazos —dice David—. Eugenia le echó en cara que se comportase de esa forma con su madre, y sorprendentemente él…

—Dijo que jamás había recibido la carta de mi madre. Que si hubiera sabido que Soledad esperaba una hija suya, habría movido cielo y tierra para estar a su lado. —Eugenia pronuncia estas palabras con una frialdad que no deja indiferente a los demás.

—Manuel se volcó con Eugenia. Le suplicó que le perdonase y que, al menos, le permitiera pasar algo de tiempo con ella los años que le quedaban. Ya estaba mayor y enfermo…

—Y yo acepté —dice la mujer con una mirada a su marido—. Supongo que me dio pena —suelta con amargura—, pero, sinceramente, no terminaba de creerlo.

—Y fueron buenos años, Euge. Aunque tenía sus cosas, Manuel era un buen hombre.

Ella niega y alza la vista, como si hubiera encontrado algo muy interesante en uno de los adornos confeccionados con corchos que cuelgan del techo. Con un suspiro, David continúa.

—Eugenia siempre ha sido muy suya —explica.

—¡Eso no es verdad! Él me engañó. Igual que a mi madre, igual que se la coló a todos con los cuadros. ¡Eso no es ser un buen hombre!

David, dándole una palmadita en el hombro, le pide que se calme y le deje terminar la historia.

—Hicimos algunos viajes a Avilés para pasar tiempo con Manuel.

—Craso error —interrumpe ella.

El hombre, obviando el comentario, prosigue:

—Como decía, a mí me pareció una buena persona. No digo que su vida estuviera libre de pecados, al fin y al cabo, ¿la de quién lo está? Solo era un hombre mayor deseando pasar algo de tiempo con su hija recién descubierta. Nos contó que se había quedado muy afectado cuando le dijeron que Soledad se había marchado a otra ciudad, pero ¿qué iba a hacer él? Ella era joven, tenía un futuro brillante por delante y comprendió que quizá la chica necesitaba una libertad que él no podía darle. La buscó durante los primeros meses; parecía que la tierra se la hubiera tragado.

—Ni que se hubiera ido al Congo —murmura Eugenia.

David pone los ojos en blanco.

—El caso es que un día, mientras Eugenia estaba dando un paseo, Manuel me llamó y tuvimos una conversación. Los dos sabíamos lo testaruda que es esta mujer —le aprieta la mano de forma cariñosa—, así que acordamos que Manuel me legaría la casona de los Cano con la condición de que Eugenia se tendría que ver beneficiada, ya fuera porque quisiéramos reformarla y vivir allí o bien para disfrutar del dinero que sacásemos de la venta.

Saúl y Deva se miran, entendiendo por fin por qué es David quien aparece en el Registro de la Propiedad.

—La casa estuvo a la venta durante varios años tras la muerte de Manuel; sin embargo, no hubo ningún comprador. Por eso, hace unos meses decidimos reformarla: quizá así alguien se animara a sacar la cartera.

—Sigo sin ver dónde entran los cuadros de mi abuelo en esta historia —insiste Saúl.

—Los cuadros, que dices son de tu abuelo, los encontramos cuando comenzaron las reformas de la casa, hace unos meses. Uno de los obreros los descubrió escondidos debajo de una tablilla suelta, en el suelo —dice David.

Saúl asiente, recordando que esa debe ser la misma carpeta en la que él encontró las acuarelas que fueron descartadas para la exposición. Pero ¿cómo llegaron al estudio de Manuel? Está a punto de abrir la boca cuando Eugenia le interrumpe.

—Decidimos exponer las acuarelas para rendirle un homenaje a mi madre. David tenía un conocido en una sala de Madrid que, en cuanto los vio, estuvo encantado de alquilarnos el espacio. Y, la verdad, la exposición fue todo un éxito. Tanto es así que enseguida Elvira nos propuso exhibirlos en la Casa de la Cultura de Avilés. Si mi madre lo viera… —dice Eugenia.

—Un momento, ¿por qué pensáis que los cuadros son de tu madre?

—¿No es evidente? —replica Eugenia—. Las acuarelas estaban en la casa. Ella acudía a pintar allí muy a menudo, y, lo que es más importante, los encontraron junto con la carta que le escribió. Le decía, además de su declaración de amor, que esperaba que cada vez que mirase esas acuarelas recordara los buenos momentos que habían pasado juntos. Eran imágenes de Avilés, creo que estaba bastante claro.

—Entonces, al final él sí que recibió la carta —afirma Deva.

Eugenia asiente compungida.

—Manuel era un mentiroso, y eso no lo cambia el tiempo ni lo cambia nada. Juró y perjuró que no conocía la existencia de esa carta, y resulta que la había escondido ¡en su propia casa! La que pretendía dejarme a mí como herencia. Me sentí estafada. Hubiera preferido que Manuel reconociera que no estaba en situación de dejar a su mujer, pero ¿mentir?

—¿Y por qué no tiró la carta? —aventura Deva—. La descubriríais tarde o temprano.

—Yo qué sé —replica la mujer cruzándose de brazos—. El caso es que ahí estaba, junto con los cuadros.

—Pero esos no son los cuadros de la exposición de tu madre —protesta Saúl—. No son los cuadros que pintó Soledad, sino mi abuelo Paco. Tú misma dijiste que tu madre dejó la carta junto con las obras que se llevarían a la galería. Las acuarelas de mi abuelo no pisaron otra sala que no fuera la de la Escuela de Artes y Oficios, y la de Madrid, hace unas semanas.

Eugenia y David se miran, albergando la duda de si lo que dice Saúl puede tener sentido.

—Es verdad que, pensándolo fríamente, el estilo no se parece demasiado —reconoce Eugenia—. Supongo que lo vi tan claro que ni por un momento dudé de que esos cuadros no pertenecieran a mi madre.

—Con todo lo que sabemos de Manuel, podrían pertenecer a cualquiera —comenta Deva—. El señor Cano se aprovechaba del talento ajeno: Jean-Luc, tu madre, el abuelo Paco… Creo que está claro que fue él quien los robó —afirma mirando a Saúl, que asiente—. Seguramente le daba miedo que la exposición de su amigo tuviera más éxito que la suya, que se celebraría solo unos meses después, y por eso los hizo desaparecer.

—Que la suya… con los cuadros de Jean-Luc —corrige Saúl—. La verdad es que tiene guasa… Eugenia, te propongo que busquemos a un profesional que nos confirme la autoría de los cuadros, así no habrá lugar a más malentendidos.

—Estoy de acuerdo. No obstante, creo que la historia tiene bastante lógica. —Dedica una mirada triste a su marido y suspira—. Lo siento por el homenaje a mi madre. Su obra póstuma.

—Bueno —comenta Saúl con una sonrisa tímida—. Quizás aún estemos a tiempo de homenajear a otra persona.

Capítulo 75

Viernes, 18 de febrero de 2022 - Avilés

Tras despedirse de Eugenia y David en la puerta del Carpe Diem, Saúl y Deva recorren a paso lento la calle hasta el apartamento del chico. Han llegado al fondo del asunto: por fin han podido juntar las piezas del puzle y averiguar no solo quién robó los cuadros de Paco, sino la identidad de Tino Acevedo. Es el mejor desenlace posible. No obstante, Saúl no se siente como esperaba. Pensaba que cuando terminase su cometido en Asturias sentiría como si le hubieran quitado una pesada carga de encima, se sentiría libre, feliz. En cambio, lo que siente es…

—Supongo que ahora que has desenredado la historia, volverás a Madrid —dice Deva.

Él asiente con pesar.

—Y tú escribirás tu artículo —le dice.

—Me gustaría, sí. Pero he pensado que debería hablar con Eugenia sobre ello; al fin y al cabo, Manuel Cano era su padre. En cualquier caso, Manuel era una persona complicada. No sería justo dejarlo como el malo de la película y que todo Avilés se quede con esa imagen. Me siento en el deber de contar bien su historia, la de verdad, con sus luces y sombras.

—Estoy seguro de que harás un gran trabajo.

—Te enviaré un email cuando lo termine —dice algo fría.

Saúl replica con enfado:

—Vamos, Deva, ¿qué es lo que te pasa? Estos días estás muy rara. Si es por lo que ocurrió en París, lo siento. Perdona si me equivoqué, pero pensaba que tú también sentías lo mismo. ¡Te plantaste en mi casa en San Valentín!

Ella le mira fijamente.

—Sentía lo mismo, pero me dio miedo —reconoce.

—¿Miedo?

—No te voy a seguir hasta Madrid. Mi vida está aquí, por poca cosa que te parezca.

—Yo no te he pedido que me sigas.

—Pues lo siento, pero las historias de una noche no me van —replica ella.

—A mí tampoco.

El momento de tensión se corta cuando el portal se abre y aparece Daniel. El chico les sonríe. Justo detrás de él aparece una cara conocida.

—¿Inés? —pregunta Saúl sorprendido.

—La misma —responde ella con afabilidad.

—No sabía que os conocierais.

—En realidad, nos hemos conocido estos días —responde Daniel—. Parece que a Inés le gustaba mucho frecuentar esta calle —dice con complicidad.

—Perdóname, Saúl. Mi madre se enteró de dónde vivías y me mandó espiarte.

—¿Tu madre es la mujer que preguntó por mí a Daniel?

—¿Que Amelia preguntó por ti? —pregunta Deva sin entender.

Daniel asiente y, con una mirada a Inés, la anima a explicarse.

—Mi madre no se fiaba de que tus intenciones con respecto a Antonio fueran honestas, por eso un día te siguió y después intentamos no perderte de vista. —Se encoge de hombros. Saúl tuerce el gesto—. No le tengas rencor, es una buena mujer que también tuvo una vida complicada. Aparte de mí, Antonio es lo único que tiene.

—Y pretende heredar su fortuna.

—¿Qué más te da lo que haga ese hombre con su dinero? Al cielo no se lo va a llevar —defiende Daniel.

—¿Hubieras preferido que viviera solo, en ese caserón, como su hermano? —pregunta Inés.

—Acabamos de descubrir que su hermano tuvo una hija —suelta Deva.

—Que fue a visitarlo cuatro fines de semana antes de morir y encima se quedó con la casa que tanto adoraba nuestro Antonio.

—¿Vosotras lo sabíais? —pregunta Saúl perplejo.

—¿El qué?

—Que Eugenia es su hija.

—¡Pues claro!

—¿Y por qué Antonio no me contó nada?

Inés sonríe con cansancio y replica con sencillez:

—Sus motivos tendría, pero ahora que has descubierto la verdad, lo mejor será que le dejes tranquilo. —Con esta última sentencia se despiden y se van.

Deva y Saúl se miran un momento pensando en la conversación con Inés y en la que ellos han dejado a medias.

—No tengo por qué volver a Madrid —retoma él—. No para siempre.

Deva se queda paralizada.

—Tu mundo está allí, tu trabajo, tu…

Él niega.

—Encontraré otra cosa. Quizá pueda trabajar a distancia, no lo sé. Lo que sí sé es que no me perdonaría si no lo intentara, si esta vez no pensara en mí, en lo que quiero. Además, Madrid no está tan lejos y algún día llegará el AVE hasta aquí. Quizá tú cubras la noticia.

—Creo que seré muy vieja para eso. —Ríe.

Saúl se acerca y la toma de las manos.

—¿Nos darás una oportunidad? Vas a necesitar un lector para tu artículo.

—Quizá esta historia merezca algo más que una columnilla en un periódico. Creo…, creo que sería una buena novela.

—Entonces voy a tener que quedarme más tiempo para leerla entera.

Ambos sonríen y, con las luces de Avilés como telón de fondo, sellan el principio de su propia historia con un beso.

—Un momento —interrumpe Deva—. ¿Crees que tu abuelo me prestará su título?

—¿Qué título?

—La memoria de las acuarelas.

Epílogo

Mayo de 2022 - Madrid

En el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid, un taxi se detiene frente a una sala de exposiciones muy cercana a la calle de Alcalá. El conductor, solícito, abandona su puesto y se apresura para abrir la puerta a su cliente. Del coche se apea un hombre mayor, con el rostro surcado de arrugas y movimientos tan lentos que parece que el tiempo se ralentiza a su paso. El anciano se agarra con fuerza del brazo del taxista y le mira agradecido.

—Hoy es tu gran día, Paco —dice Enrique con una sonrisa de oreja a oreja.

Laura aparece al lado de su abuelo y le tiende su brazo. En la puerta de la galería, una pequeña multitud aguarda: hijos e hijos políticos de Paco, sus nietos, algún bisnieto y varios amigos que han querido acompañarle en esa ocasión tan especial. El anciano dirige la mirada a un cartel dispuesto junto a la puerta. Sus ojos se humedecen.

«LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS»

por FRANCISCO ORTEGA

Entre gestos de cariño y algún aplauso, Paco se adentra en el edificio. Observa las paredes sobrias, decoradas con el colorido de sus cuadros, con sus acuarelas. A su alrededor, sus seres queridos contemplan las pinturas y comparten momentos y anécdotas, unas propias, otras tomadas prestadas de Paco, que no se puede sentir más feliz.

—Lo has logrado, abuelo —dice Saúl dándole un fuerte abrazo—. Por fin tu nombre ha llegado al lugar que le corresponde.

—Ha sido gracias a ti, mi querido nieto —manifiesta emocionado, tomándole las manos—. Siempre fuiste mi favorito —susurra.

Saúl suelta una carcajada.

—¡Pero si nos dices lo mismo a todos!

Deva se acerca con timidez y le da la enhorabuena a Paco, que los mira de hito en hito.

—Soy muy afortunado por teneros. Lo que habéis hecho significa mucho para mí, no sabéis cuánto.

—Siento que hayas tenido que descubrir que tu amigo Manuel fuese quien te robó los cuadros.

—Claro, claro…

El anciano esboza una sonrisa nerviosa.

—¿Abuelo? ¿Hay algo que nos quieras contar?

Paco parece meditarlo.

—¿Sabéis si en este sitio sirven algo que no sea el agua de fregar esa que me da tu madre?

Deva sonríe y, de forma cómplice, le susurra:

—Creo que hay Coca-Cola normal, zumos y hasta algún vinito. —Le guiña un ojo.

—¡Pues vamos, vamos!

Con Paco caminando a toda velocidad, acompañado de su bastón, Deva y Saúl se dirigen al rinconcito de la sala en el que se dispone el vino español. El abuelo toma asiento en una butaca y, pertrechado con un plato de aceitunas y un zumo de tomate, explica:

—Veréis, hace unos días recibí una llamada. Era Antonio. —Saúl abre los ojos de par en par—. Quería darme la enhorabuena por la exposición. «Por fin has recuperado tus cuadros», me dijo. A lo que le respondí que su hermano los había guardado muy bien durante muchos años.

—Qué duro, abuelo.

Paco se encoge de hombros.

—El caso es que, a continuación, Antonio relató una historia que me mantuvo en vela toda la noche. Os la contaré.

Junio, 1976 — Avilés

Ese miércoles de junio, Antonio ha conseguido salir pronto del trabajo. Avanza a paso ligero por las calles de la villa, deseando llegar a la casona de los Cano para encontrarse con Camille y ver al pequeño Jesús, que ya se está convirtiendo en todo un hombrecito. Sin embargo, una vez más, el alma se le cae a los pies cuando, al llegar, encuentra a la francesa con sus ojos verdes cubiertos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta atrayéndola a sus brazos.

—Me engaña, estoy segura. A veces escucho una voz femenina en ese taller. ¡Tienes que creerme!

—Te creo —contesta Antonio, que también había escuchado esa voz—. Pero Camille, ¿tan malo es? Si te engaña, tú también tendrías libertad para…

—¿Para estar contigo? —pregunta ella con un hilo de voz y su fuerte acento afrancesado—. ¿Y que mi hijo vea cómo cambio a su padre por su tío? Lo siento, no puedo hacerlo, ¿qué dirán en Avilés? Ya bastante se rumorea sobre nosotros. En unas semanas es la exposición y…

—Entonces no tendrás más remedio que aguantarte —responde él enfadado, soltándose de su abrazo.

Ella, desesperada, se acerca.

—Si Manuel me deja, volveré a Francia. No soportaría estar aquí. Tienes que librarte de esa mujer.

Antonio chasca la lengua y, dejando a Camille con la palabra en la boca, sube al torreón, al despacho de su padre. Se desploma en el asiento de cuero desde el que los Cano han lidiado con vientos y tempestades para mantener a flote el negocio y a la familia. Golpea la mesa con el puño y se levanta exasperado. Da vueltas en círculos y se lleva las manos a la cabeza con nerviosismo. Llega a una conclusión.

Está harto.

Harto de tener que velar por su hermano, vigilar sus movimientos y dirigir desde la sombra cada uno de sus pasos: él fue quien consiguió que comenzara con las clases de pintura, quien persuadió a su padre para que le dejase demostrar su talento con don Félix, quien le sugirió a don Amador que le propusiera realizar un viaje a París. Él, que llegó a ver los cuadros que Manuel trajo de Francia, hizo algo impensable: robar las acuarelas de Paco en la fiesta de Navidad.

Levanta un par de tablillas sueltas debajo de la alfombra y extrae una gruesa carpeta marrón, la

misma que, mientras todos estaban distraídos con la subasta de Navidad, logró sacar escondida bajo su abrigo de paño.

Lo sintió por Paco, que buscó sus cuadros durante semanas, pero no podía permitir que la exposición de Manuel Cano quedase empañada por un mindundi. El talento de ese chico era indiscutible. Podría volver a pintar esos cuadros o mejores, y buscarse un hueco en Madrid; sin embargo, su hermano debía hacerse un nombre en Avilés y rápido, o don Manuel le pondría a trabajar de recadero en La Copiosa.

Todo por la familia, piensa con amargura, como tantas otras veces.

Con las acuarelas de Paco entre sus brazos, Antonio intenta reprimir un sentimiento de culpa. Toma aire y guarda la carpeta de nuevo bajo la tablilla. Se sirve un vaso de coñac y decide esperar a que caiga la noche.

Cuando unas horas más tarde la oscuridad entra por los ventanales de la casona, Antonio sale del despacho y se dirige al estudio de Manuel. No es la primera vez que entra a hurtadillas, y piensa que probablemente no será la última. El lugar está limpio y ordenado, prueba fehaciente de que por ahí pasa a menudo una mujer, se dice. Los cuadros de la exposición se encuentran embalados y reposan en un rincón. A su alrededor, botes y pinceles descansan ordenados en las estanterías, y los caballetes vacíos parecen cuerpos fantasmagóricos rodeados de sombras. Antonio tuerce la boca. Ahí no va a encontrar nada. Está a punto de darse la vuelta cuando, al moverse una nube, la luz de la luna ilumina el pie de los lienzos apilados. Entonces descubre un pequeño sobre blanco junto a ellos. Sin ningún pudor lo abre y lee su contenido. Es una carta.

Camille estaba en lo cierto, pero la situación es mucho más grave de lo que ella se imagina.

Con pasos sigilosos, vuelve al despacho de su padre, levanta las tablillas y guarda la carta junto con las acuarelas de Paco, en el único rincón de la casa que su hermano no conoce y donde jamás las encontrará.

Todo por la familia, se repite.

Mayo de 2022 - Madrid

—Y así fue —concluye Paco dando un sorbo a su zumo de tomate—. Mi querido amigo no se enteró de nada. Él no robó mis cuadros, ya os dije que jamás lo haría. Tampoco mintió a su hija, a la que seguro quiso con toda el alma.

—Debemos contárselo a Eugenia —propone Deva mirando a Saúl—. Estoy segura de que nos lo agradecerá.

Saúl, con la cabeza gacha, reprime un gesto de disgusto.

—Pensaba que Antonio confiaba en mí, pero veo que me mintió, igual que hizo con su hermano.

—No te mintió, Saúl —dice Paco con voz tranquila—. Simplemente, no te contó toda la verdad, y tampoco tenía por qué hacerlo. Es más, creo que ha sido muy noble por su parte llamarme y darme una explicación para que yo no me fuera con un recuerdo amargo de mi amigo. No tuvo que ser fácil para él. Todo lo que hizo fue con la mejor intención, con la de ayudar a un hermano, que no encontraba su lugar en el mundo y que pensaba que no podría valerse por sí mismo. Solo que… sus buenas intenciones se le fueron de las manos.

—Al final eran unos piezas los dos —dice el chico.

Sentados en el rinconcito de la galería, lejos del bullicio y al lado de la mesa de la comida, Saúl, Deva y el abuelo observan el ir y venir de los visitantes. Paco dibuja una sonrisa y, con sus manos, siempre con restos de alguna pintura, los anima:

—Será mejor que vayáis a disfrutar de la tarde. Creo que he visto a tu amigo Perico, y además debéis hablar con Eugenia: contadle todo esto.

—Está bien, pero le diremos a Laura que venga a hacerte compañía.

—No os preocupéis por mí, yo siempre estoy acompañado.

Les dedica una sonrisa. Cuando se alejan, en voz baja, dice: «Ya te decía yo que este nieto nuestro conseguiría recuperar los cuadros». A su lado siente la presencia de Mercedes con más intensidad que nunca. Saca del bolsillo de su chaqueta un pequeño cuaderno y unos carboncillos.

Una vez más, Paco comienza a dibujar.

Agradecimientos

Esta es una novela muy especial para mí, por eso quiero agradecer a los que, de una forma u otra, me han acompañado a lo largo del camino en este viaje por L

A MEMORIA DE LAS ACUARELAS.

Como siempre, por orden de entrada en escena.

A mis padres, por la idea, por las largas charlas sobre Avilés, sobre nuestro pasado, sobre los entresijos de la novela y sobre la vida en general. Si escribo es gracias a ellos, que llenaron nuestra casa de libros y mi cabeza de historias y, entre los muchos regalos que me han hecho, este es uno de los mejores.

Mi padre siempre fue mi lector principal, el primero, el que después de leer aquel relato que escribí sobre The Beatles en el colegio vio, mucho antes que yo, lo importante que la escritura sería para mí. Con él comentaba los borradores de las novelas, los posibles finales y giros, y esperaba los capítulos nuevos como quien espera el siguiente episodio de su serie favorita de Netflix.

Poco antes de terminar L

A MEMORIA DE LAS ACUARELAS

nos dejó, antes de saber cómo soluciona Saúl el asunto de los cuadros del abuelo. Yo creo que esta novela (al completo) le hubiera encantado, y también creo que, allá donde esté, de vez en cuando vuelve y sigue leyendo mis nuevos capítulos y regalándome ideas, igual que hizo siempre.

De la mano de mi padre, o del brazo más bien, siempre fue mi madre. Juntos, inseparables. Mi madre es para mí un ejemplo de entereza, de optimismo, de luz, incluso en los momentos más oscuros. Ella me dio el empujón que necesitaba para terminar el primer borrador y, junto con mis hermanos, se volcaron para que llegara a la última página, para que el manuscrito estuviera pulido y para mantener viva la ilusión por esta historia que con tanto cariño habíamos construido, al final, entre todos.

Especial agradecimiento también a Alberto, la suerte de mi vida, mi compañero de batallas y de alegrías, con quien el mundo se quedará pequeño después de tantos paseos literarios. Podría escribir un libro (o una enciclopedia) contando cuánto te quiero.

Gracias a Pedro y José, por darme una masterclass sobre el mundo apasionante de la banca de inversión. Con toda esa información, ya tengo para un spin-off sobre la vida de Saúl.

Gracias a mi suegra, Concha, y a Cristina y Lorena, de la galería Ansorena. Por dedicarme su tiempo y responder a mis (muchas) preguntas sobre galerías de arte y comprobaciones de la autenticidad de los cuadros. Si en el libro hay algún gazapo, es solo responsabilidad mía.

Una vez más, un enorme GRACIAS a Santi Baró por seguir apostando por mí y por mis novelas, por demostrarme que los sueños, poquito a poco, se pueden cumplir, porque ya vamos por nuestro segundo éxito, y ya se sabe: no hay dos sin tres.

Gracias también a Adelaida Herrera, mi editora de Click Ediciones, y a su equipo, no solo por la oportunidad primero con Jaque al rey y ahora con L

A MEMORIA DE LAS ACUARELAS

, sino por el magnífico trato a los autores, con tanto cariño, respeto y dedicación. No puedo tener más suerte.

Por último, no por ello menos importante, mil gracias a ti, lector, que has llegado a la última página. Espero que hayas disfrutado esta novela y, cuando cierres el libro, te lleves un trocito de ella contigo. Nos vemos en la siguiente. Hasta entonces, puedes encontrarme en las redes sociales.

Biografía



Carmen García-Gancedo (Asturias,1991) es licenciada en Derecho por la Universidad de Oviedo. Actualmente reside en Madrid, donde trabaja como abogada. Es una ávida lectora desde que descubrió Las aventuras de Los Cinco y, desde niña, su pasión es escribir, por eso se ha vuelto experta en estirar las horas del día para poder compaginar su profesión con la escritura y su blog Punto y Leído. Cuando no está escribiendo busca inspiración en un buen café, largos paseos en buena compañía o una tarde con las agujas de tejer o un pincel.

Tiene dos novelas publicadas: Jaque al rey (Click Ediciones, 2023) y La memoria de las acuarelas (Click Ediciones, 2024).

Notas

1. Rayuela, juego en el que los niños desplazan un tejo o piedra, a puntapiés y a la pata coja, por varias casillas dibujadas en el suelo. No pueden pisar las rayas y la piedra tampoco debe posarse en ellas.

1. «Amigo, recuerda esta cara. Un día la verás en las galerías más importantes».

La memoria de las acuarelas

Carmen García-Gancedo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Carmen García-Gancedo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28308-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

Jaque al rey

Carmen García-Gancedo

261

Laura Zalve

Sueños del pasado

Jorge Urreta

La Rosa Negra

Sandra Garryson

París a través de la ventana

Fermín Pagola

Diamantes de invierno

Silvia Ibáñez Cambra

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!